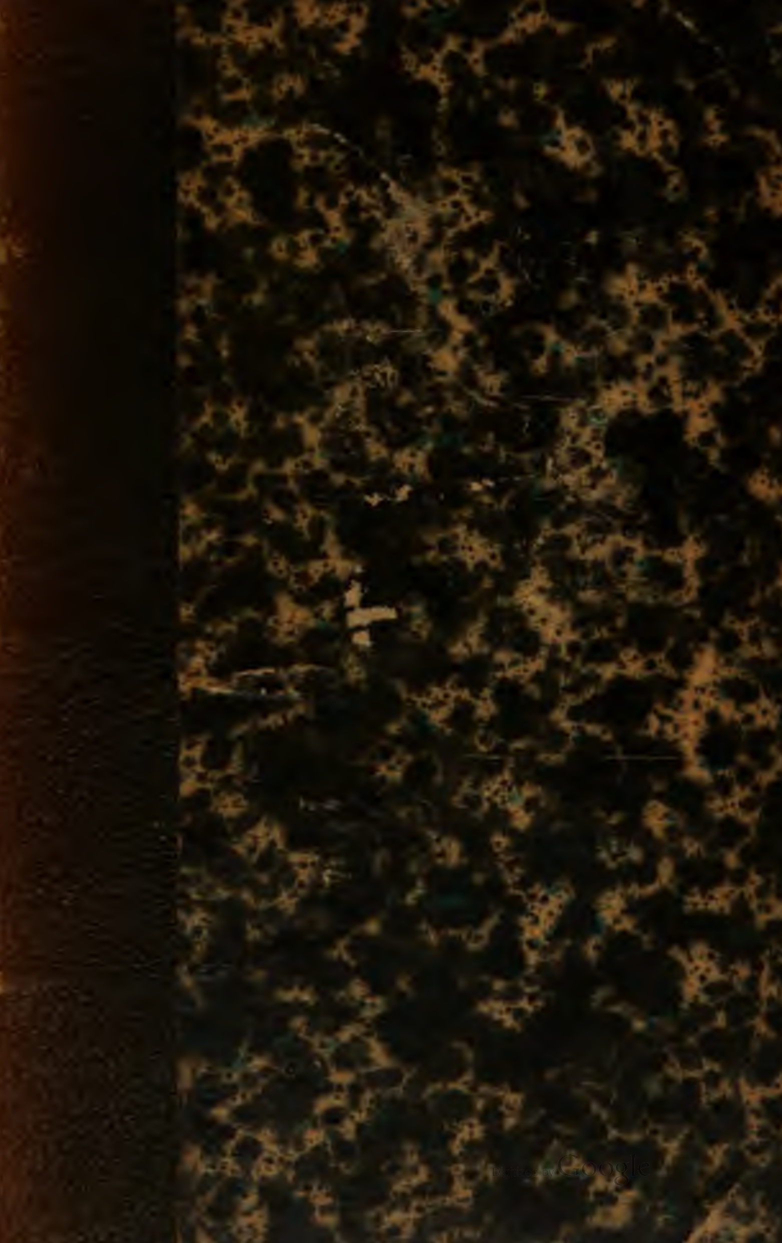
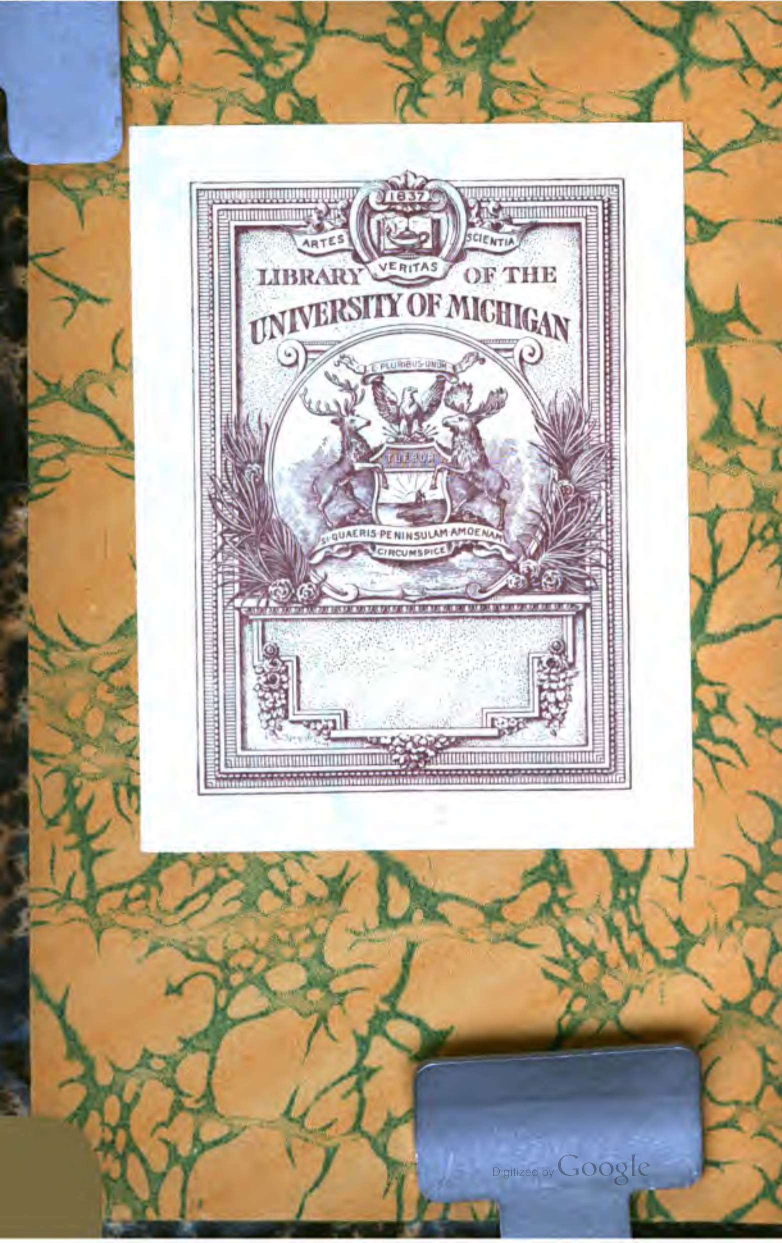






COLECCIÓN SELECTA

DE

ANTIGUAS NOVELAS ESPAÑOLAS

TOMO II



COLECCION SELECTA
DE
Antiguas Novelas Españolas

TOMO II

HISTORIAS
Peregrinas y Ejemplares

NOVELAS DE

DON GONZALO DE CÉSPEDES Y MENESES

Con noticias del autor y de la obra
por
DON EMILIO COTARELO Y MORI
De la Real Academia Española

MADRID, 1906

PUBLÍCALA LA
LIBRERÍA DE LA VIUDA DE RICO
Travesía del Arenal, 1—MADRID

IMPRENTA DE P. APALATEGUI, POZAS, 12.—MADRID

PRÓLOGO

Noticias del autor y de la obra.

I

Don Gonzalo de Céspedes y Meneses, como novelista insigne, como historiador diligente y bien informado, si no muy elegante y hasta por los extraordinarios sucesos de su vida que hicieron de él un romántico en acción, merecía, ciertamente, alguna mayor noticia que la que de él nos dejaron su coetáneo el doctor Juan Pérez de Montalbán (1), D. Nicolás Anto-

(1) «D. Gonzalo de Céspedes y Meneses, ingenio aplaudido generalmente por su obras: la primera parte del *Español Gerardo;* la segunda parte del mismo; las *Historias peregrinas; El soldado Píndaro; Apología por los sucesos de Aragón*, y la *His-*

nio (1) y el biógrafo madrileño D. José Antonio Alvarez y Baena (2).

Aunque no lo bastante para poner en claro la enmarañada biografía de este célebre personaje, podemos, en vista de preciosos y no conocidos documentos, indicar el camino para hallar la clave, así de su dramática existencia como de sus tan personales y casi autobiográficas novelas (3).

---

toria de la soberana majestad de Felipe IV, el Grande». (MONTALBÁN: *Para todos*. Madrid, 1633, *Indice de los ingenios de Madrid*, núm. 140, al fin del tomo.)

(1) Sólo dice que era madrileño y que en tanto maduraba algunos trabajos históricos y serios, escribió varias obras poéticas, como el *Español Gerardo* (Madrid, 1615, 1617 y 1654, 4.°, y Lisboa, 1625); las *Historias peregrinas; El soldado Píndaro;* la *Historia apologética* (Zaragoza, 1622 y 1624, 4.°), y *Francia engañada,* Caller (*ut sonat*), 1635, 4.° (NIC. ANT.: *Bib. Nov.*, I, 554.)

(2) ALVAREZ Y BAENA (*Hijos ilustres de Madrid*, II, 362) sólo añade á los anteriores que Céspedes pasó gran parte de su vida en Aragón. Menciona también á su hermano D. Sebastián de Céspedes y Meneses.

(3) Tenía hace tiempo en mi poder la copia de la partida de defunción de Céspedes y Meneses; y queriendo ahora sacar, guiado por ella, la de su testamento, en el Archivo de protocolos, hallé que

La familia de D. Gonzalo no era enteramente vulgar, y sus antepasados más inmediatos fueron todos madrileños. Llamábase su padre Leonardo de Céspedes y doña María de Meneses su madre. Abuelos paternos Gonzalo Fernández de Céspedes, que vivía en 1608, y había ya fallecido la mujer de éste, doña Ana de Espinosa. Eran también difuntos en dicho año los abuelos maternos, llamados D. Gonzalo de Paredes y doña Isabel Velázquez de Meneses (1); por donde se ve, que de ningún modo le correspondía á nuestro novelista este último apellido, si bien la anarquía que entonces rei-

---

se me había anticipado el infatigable erudito don Cristóbal Pérez Pastor, quien lo publicará íntegro en el tomo I de su *Tipografía madrileña del siglo XVII*, actualmente en prensa.

Este bueno y querido amigo no sólo me facilitó las pruebas de esta parte de su libro, sino otros tres curiosísimos documentos del mismo Céspedes que nos dan á conocer su familia y otras circuntancias no menos importantes de su vida. Son: 1.°, una información de limpieza de sangre hecha en 1608; 2.°, venta del privilegio para imprimir el *Español Gerardo* (1615), y 3.°, recibo de Céspedes á favor de su hermano por mil reales, en 1620.

(1) Información de limpieza de sangre hecha por D. Gonzalo de Céspedes en Madrid en 1608.

naba en su empleo autorizaba este y otros abusos.

Es posible que nuestro D. Gonzalo fuese pariente del famoso capitán Alonso de Céspedes, á quien saca á relucir en su *Varía fortuna del soldado Píndaro* (pág. 310 de la edición de *Autores españoles)* en una aventura harto extraña y sobrenatural, aunque no dice fuese de su sangre.

Nació D. Gonzalo en Madrid, como él mismo asegura repetidamente en la portada de sus libros y aun en la novela, en parte biográfica, del *Español Gerardo,* diciendo: «La insigne y famosa villa de Madrid, dignísimo aposento y morada de nuestros católicos monarcas, es mi amada patria; común y general madre de diversas gentes y remotas naciones... Aquí nací y un martes, cuyo proverbio desgraciado puedo decir no ha salido á ninguno más verdadero que á mí; pues hasta en el ser segundo fué contraria la infeliz estrella de mi nacimiento» (1).

Su hermano mayor, llamado D. Sebastián de Céspedes y Meneses, siguió la carrera de

(1) *Poema trágico del Español Gerardo,* parte primera; discurso I. (Bib. de AA. Esp., p. 124.)

la magistratura; y era en 1620 alcalde mayor de las Alpujarras. Hizo también versos que no carecen de elevación y brío, como se ve por la epístola en tercetos dirigida á su hermano, y que éste incluyó en su *Gerardo*.

Nos inclinamos á fijar el nacimiento de nuestro novelista por los años de 1585; pues en 1614 era todavía joven, como expresan algunos de sus panegiristas, y porque ya habían pasado por él las trágicas aventuras que forman parte de la trama de su primer novela.

En 1608 quiso pasar al Perú, llamado por un hermano de su madre, que residía en la provincia de las Charcas. Hizo para ello una información (2 de Julio) de limpieza de sangre, en la que depusieron como testigos el doctor Matías Vázquez, el capitán Diego de Chaves y Francisco de La Fuente, estableciendo su filiación de cristianos viejos, así como no ser pariente de los Pizarros, á quienes estaba prohibido pasar á América. Por esta información aparece que vivían aún sus padres y abuelo paterno. Pero este viaje no se realizó ni entonces ni nunca.

No consta que siguiese carrera literaria; pero como en sus escritos no escasean del

todo (aunque tampoco abundan) las referencias á los autores más comúnmente citados á la sazón, es de creer que, por lo menos, hiciese algunas provechosas lecturas de ellos.

Y aquí comienza la parte más interesante, si bien la más confusa, de la vida de don Gozalo de Céspedes. Una aventura amorosa de las varias que describió en la primera parte de su *Gerardo* (quizá la de doña Clara), dió con él en una cárcel estrechísima y con gran peligro de perder la vida en público cadalso. Sobre esto no puede haber dudas leyendo la advertencia «Al lector», que precede á la obra, y la referida epístola poética de su hermano.

«Si acaso, lector crítico ó como tú escogieres el renombre, el plectro de mi musa, ó ya por triste ó ya por áspero é inculto disonare á tus oídos, ruégote, si su buena intención no la excusare, que siquiera la disculpe contigo *el bárbaro instrumento de una cadena,* á cuyos desagradecidos acentos fuera imposible cantar menos que endechas y fúnebres elegías. Y si, supliendo la disposición de su inventiva, tocares sólo en la calidad de su doctrina, no condenes á su due-

ño; culpa á las injurias de los tiempos, y más que á ellos, *á la soledad de una torre, á la vejación y molestia de mis severos jueces;* pues muchas veces me privaron aun de los libros que tenía para mi diversión, *y algunas de pluma y tinta para escribir;* que á tales términos suele extenderse su jurisdicción; y á mayores si la emulación de los enemigos los divierten ó inclinan. No es mi intento jugar más de esta pieza, *pues no habiendo sido más que la de una dama el principal origen de tan largos trabajos, me tuvo, como dicen, al canto del tablero*». Y al final, añade que los sucesos que pasa á referir son en parte verdaderos y en parte fingidos.

D. Sebastián de Céspedes, en la repetida epístola, se expresa así:

> ¿Qué pudiera cantar *entre los grillos*
> *de una larga prisión* el tracio Orfeo,
> *cansado de vivir* y de sufrillos?
> Allí, donde engañando su deseo,
> *y al mísero cuchillo la garganta,*
> *esperaba aquel trágico trofeo.*
> Allí su error en *tres discursos* canta;
> *vivo ejemplar de su infeliz delito:*
> que amor excusa tanto como espanta.

La claridad con que uno y otro se expresan sobre la causa de la prisión de nuestro

novelista demuestra que en la conducta de éste no hubo nada de deshonroso para él, siendo más bien víctima de sus disculpables yerros amorosos y de injusta persecución ajena. La primera aventura de Gerardo en Talavera con doña Clara responde bien al carácter que queremos atribuir á estos sucesos reales de Céspedes.

Y tan conocida debía de ser entonces la causa de esta desgracia y prisiones, que hasta Vicente Espinel, en las décimas que en elogio del libro de su amigo compuso, dice:

> Si puede haber males justos,
> éstos, Gonzalo, son tales;
> *pues de tus trágicos males*
> sacas generales gustos.

A principios de 1615 estaba ya libre en Madrid, según creemos, pues en 24 de Enero, el mismo día en que obtuvo el privilegio por diez años para imprimir la primera parte de su *Español Gerardo,* comparece ante el escribano Francisco Testa, en unión del librero Juan Berrillo, á quien se lo cede y traspasa por la cantidad de 450 reales, cantidad harto exigua, pero que acaso harían aceptable la situación poco desahoga-

da del autor, así como su escaso renombre.

Publicóse poco después, en este mismo año, el libro, dedicado por el autor al famoso D. Gómez Suárez de Figueroa, duque de Feria, á la sazón virrey de Valencia. Y en un elegante soneto, también al Duque dirigido por D. Sebastián de Céspedes, le dice:

A ti, señor, á ti los avarientos
triunfos de amor, *mi agradecido hermano*...
A ti, señor doctísimo y dichoso,
rudezas y desdichas ofrecemos;
no impropio don, aunque pequeño y nuestro.
¿Quién no será á tu sombra venturoso?
¿Quién docto y culto no, si en ti tenemos
padre y Mecenas, príncipe y maestro?

Estas palabras parecen indicar que el Duque habría contribuído á hacer menos largas las prisiones del turbulento y fogoso novelista (1).

(1) Como el editor de esta obra en la *Biblioteca de Autores españoles* no conoció las primeras impresiones, y allí se han omitido, tanto en esta novela como en la del *Soldado Píndaro,* casi todos los preliminares, describiré con alguna minuciosidad las primeras ediciones de ambas.

I. *Poema trágico | del español | Gerardo, y des en- | gaño del amor lasciuo.* | *Por Don Gonza-*

La buena acogida que obtuvo este libro hizo que inmediatamente pusiese D. Gon-

---

lo | de Cespedes y Meneses vezino y | natural de Madrid. | A Don Gomez Svarez de | Figueroa y Cordoua, Duque de Feria, Marques | de Villalua, senor de las Casas de Saluatierra, Co | mendador de Segura de la Sierra, Virrey y | Capitan General del Reyno de | Valencia | Año (Un adorno de imprenta) *1615. | Con privilegio. | En Madrid, Por Luis Sanchez. | A costa de Iuan Berrillo.*

A la vuelta, escudo del impresor, con una alegoría formada de un brazo desnudo, empuñando un hachón encendido; un sol en la parte superior, y al pie esta inscripción poética:

Soy la luz del desengaño,
originario del cielo,
que vengo á quitar del suelo
las tinieblas de su engaño.

Tassa: Madrid, 23 de Marzo de 1615.—*Erratas*: 20 de íd.—*Suma del privilegio* (A Céspedes, por diez años): «Arganda á 24 de Enero de 1615».—*Aprobación* del Dr. Gutierre de Cetina: Madrid, 11 de Diciembre de 1614.—*Aprobación* de Fr. Tomás Daoiz, Presentado: Madrid, 26 de Diciembre de 1614.

Dedicatoria (del autor).—*Soneto* de Sebastián de Céspedes y Meneses.—*Al lector.*—2 *Décimas* del Maestro Vicente Espinel.—*Soneto* de Luis Vélez de Guevara.—*Otro* de D. Francisco Dávalos y Orozco.—*Otro* del Lic. Francisco de Cuenca.—*Otro* de D. Antonio Manjares, vecino de Talavera.—*Otro*

zalo manos á una segunda parte que tenía ya terminada al año siguiente, y se imprimió en Madrid en 1617 (1).

---

de D. Gonzalo de Ayala.—*Otro* de Felipe Bernardo del Castillo.—2 *Décimas* de una Dama granadina, al autor. *Soneto* de doña Beatriz de Zúñiga y Alarcón.—*Epístola*, en tercetos, de D. Sebastián de Céspedes.—*Elogio*, en prosa, de D. Francisco Dávalos al autor.—*Soneto* del *Poema* al lector.—*Texto* (3 *Discursos*).

Termina esta primera parte con dos poesías en tercetos, que se han suprimido en la edición de Rivadeneyra, como la mayor parte de los anteriores preliminares.

8.º; 20 h. prels., 303 foliadas y una de colofón: «En Madrid, | Por Luis Sanchez | Año M.DC.XV». Esta es la 1.ª edición de solo la 1.ª parte.

(1) II. No hemos visto ningún ejemplar de esta primera edición de la *Segunda parte*, que resulta de los preliminares de la que va á seguir, y citan Nicolás Antonio y otros, sin describirla.

III. *Poema tragico del español Gerardo y desengaño del amor lascivo. Por D. Gonzalo de Cespedes y Meneses... A D. Gomez Suarez de Figueroa... Año 1618. Con licencia. En Barcelona. Por Sebastian de Cormellas y á su Costa. Año 1618.*

Aprobaciones y licencias de la 1.ª edición.—*Dedicatoria; Soneto* de D. Sebastián de Céspedes.—*Al lector.*—*Epístola* en tercetos.—*Elogio* de Dávalos.—*Soneto* del *Poema*. Se han suprimido los demás preliminares.

Reveló en esta obra su autor cualidades de eminente novelista, en cuanto á invención, arte de disponer el asunto y orden de los episodios, que mantienen vivo y despier-

---

8.°; 11 h. prels. y 201 foliadas. También lleva al final las dos poesías. Á continuación va la 2.ª parte:

Poema tragico | del español | Gerardo, y desen- | gaño del amor lascivo. Por Don Gonzalo de Cespedes y Meneses natural de Madrid. | A Don Gomez Suarez de Figueroa... | Segvnda Parte. Año 1618. | Con licencia | En Barcelona, en casa de Sebastian de Cormellas | al Call, y á su costa.

8.°; 4 h. prels. y 180 foliadas. *Aprobación* del Maestro Espinel. Dice que mejora la primera parte: «Madrid, 17 de Diciembre de 1616».—*Aprobación* del Maestro Fr. Alonso Vallejo: «Madrid, en el Carmen, á 18 de Abril de 1617».—*Licencia:* Barcelona, 14 de Diciembre de 1617.—*Tassa:* Madrid 30 de Mayo de 1617.—Dedicatoria del autor escrita en Madrid (sin fecha).—Al lector (Ofrece las *Historias peregrinas*).

Soneto de Juan de Salcedo y Batres, escribano de Toledo.—«A D. Gonzalo de Céspedes y Meneses, Una Peregrina» *(Soneto y estancia)*. Dice hallarse Céspedes «en tus floridos años».—Texto. (Faltan los demás preliminares: se han suprimido.)

IV. *Poema tragico del Español Gerardo, y desengaño del amor lasciuo. Nvevamente corregido y emendado en esta segunda impresion por Don Gonzalo de Cespedes y Meneses, vezino y natural*

to el interés, sobre todo en la primera parte. Sobresale, además, en la pintura de caracteres, empezando por el del protagonista, que es su propio retrato, ó, al menos,

---

de Madrid, su mismo Autor. A Don Gomez Suarez de Figueroa.... Año (Escudo del impresor) *1621. Con privilegio. En Madrid, por Luis Sanchez, impressor del Rey N. S. A costa de Iuan Berrillo Mercader de libros.*

Las dos partes. 4.°, 8 h. prels. y 284 foliadas. Le llama 2.ª impresión, aunque era ya tercera, por no contar la de Barcelona, considerada fraudulenta ó hecha sin licencia del propietario, por no haber sacado privilegio para Aragón.

La primera parte lleva todos los preliminares de la 1.ª edición, y la segunda los siguientes:

Soneto del Lic. Felipe B. del Castillo.—*Soneto* de «La Peregrina».—«De Don Diego de Agreda y Vargas, hijo del Doctor D. Alonso de Agreda del Consejo Supremo y Cámara de S. M.» (Tres *décimas).*—«A Don Gonzalo de Céspedes y Meneses, el Licenciado Don Juan Ruiz de Alarcón y Mendoça» (1 *octavilla).—Décima* de D. Fernando Bermúdez Carvajal.—De Iuan de Vergara de la Serna (3 *quintillas).*—«Gonzalo de Ayala al lector» (2 *décimas).*

Ninguno de estos preliminares tan curiosos se ha copiado en la edición de *Autores españoles.*

V. *Poema trágico...* Cuenca, por Salvador Viader, impresor de libros, 1621, 4.°, 240 hojas.

como él hubiera querido ser. Que Gerardo era su nombre poético, parece indudable; pues aun en su último libro, publicado en 1635, lo recordó, suscribiéndolo con el seudónimo de *Gerardo Hispano,* que, como se comprende, es el mismo que Español Ge-

---

VI. *Poema trágico...* Madrid, Juan González, 1623, 4.°

VII. *Poema trágico...* Lisboa, por Antonio Alvarez y á su costa. Año 1625, 4.°, 278 hojas. Esta edición es como las de Madrid, y reproduce todos los preliminares.

VIII. *Poema trágico...* Valencia, Miguel Sorolla, 1628, 4.°, 12 h. prels., 400 pp.; más 4 h. y 350 páginas de la 2.ª parte. Esta última aparece impresa por Felipe Mey, con portada y paginación especiales.

IX. *Poema trágico...* Madrid, Imprenta Real, 1654, 4.°, 4 h. prels. y 234 foliadas.

X. *Poema trágico...* Madrid, Antonio Román, 1686, 4.°, 2 h. prels. y 372 pp.

XI. *Poema trágico...* Madrid, Francisco Martínez Abad, 1723, 4.°, 2 h. prels. y 386 pp.

XII. *Poema trágico...* Madrid, Pedro Marín, 1788, 4.°

XIII. *Poema trágico...* Madrid, Rivadeneyra, 1851, 4.° Páginas 117 á 271. (Tomo XIX de la *Biblioteca de AA. españoles.)*

XIV. Traducción italiana hecha por Barezzo Barezzi y publicada en Venecia en 1630.

rardo, que lleva el héroe de la novela de igual título.

Pero todavía fué más feliz Céspedes en los caracteres femeninos, tan variados, aun dentro de la expresión amorosa, común á todas sus mujeres; manifestándose en cada una con matiz diverso é inspirándoles acciones opuestas y hasta contradictorias, pero lógicas, dentro de su peculiar modo de ser.

No merece los mismos elogios el estilo, sobre todo de la primera parte. No es precisamente culterano, pues carece de latinismos, transposiciones y construcciones latinas, para lo que no tenía Céspedes instrucción suficiente. Pero sí es enfático el lenguaje y los períodos largos en demasía, defecto éste que no perdió nunca del todo; á la vez que presenta muy diluídos y aun repetidos los pensamientos, con sólo cambiar ó duplicar los adjetivos y los adverbios. En la segunda parte y en las demás obras adoptó un lenguaje más llano y más adecuado á los sucesos que refiere, llegando en su última novela á un grado muy alto de perfección en cuanto á esto.

Pasados dos años, de nuevo hallamos á

D. Gonzalo mezclado en negocios criminales y no menos que preso en la cárcel de esta villa. El documento en que consta es no poco curioso, aunque no muy claro. Empieza así:

«En la villa de Madrid, á primero día del mes de Enero de 1620 años, ante mí el escribano público é testigos de yuso escriptos, pareció presente D. Gonzalo de Céspedes, *preso en la cárcel real desta corte,* y dijo que Pedro López de Córdoba, jurado y vecino de la ciudad de Granada, en 24 días del mes de Julio del año pasado de 1619, dió una letra sobre Cristóbal Sánchez García, defunto, vecino que fué desta villa, para que pagase 1.000 reales en vellón á la persona que le entregase testimonio *de cómo su Magestad había hecho merced de alzar el servicio de galeras al dicho D. Gonzalo de Céspedes, á que estaba condenado por los señores de la Real Chancillería de la dicha ciudad, por tiempo de ocho años.»*

Dicha cantidad la enviaba D. Sebastián de Céspedes, alcalde mayor de las Alpujarras. No se hizo efectiva la letra en el resto del año; en el intermedio murió Sánchez, que era un comerciante de la Puerta de

Guadalajara; y en 3 de Diciembre se renueva la letra, pero añadiendo que los mil reales se entreguen directamente á D. Gonzalo, á quien se los presta, su hermano; y en 1.° de Enero da éste recibo á Luis Sánchez García, hermano y heredero de Cristóbal.

En vista de la diferencia de tiempos, pudiera creerse que se trata de algún nuevo desafuero cometido por nuestro novelista. Pero más bien parece sea el remate y conclusión del proceso incoado antes de 1615.

La primera parte del *Español Gerardo* concluye quedando éste preso en la cárcel de Iliberia, ó sea Granada, como en otro lugar de la obra dice con más claridad. Y el principio de la segunda es en igual sitio, hasta que le trasladan á una torre del Alhambra y comienzan sus amores con la infortunada Lisis. Viene luego su fuga de la torre y su refugio en la Alpujarra, donde, como hemos visto, era alcalde mayor su hermano. Entre los elogios poéticos de esta obra hay dos décimas «de una dama granadina», lo cual prueba su asistencia en aquella ciudad antes de 1615.

Si, pues, la Chancillería de Granada es la que aparece ahora haber condenado á ocho años de galeras á Céspedes, natural será pensar que se trata de un solo y único asunto, cuya sustanciación, por causas que no conocemos (quizá por haber quebrantado su prisión el reo), duró todo este tiempo.

Los mil reales serían destinados al pago de los gastos de conmutar la pena de galeras en cárcel ó destierro, que lograrían por influencia con algún ministro ó consejero.

D. Gonzalo de Céspedes obtuvo pronto su libertad; pero seguramente á cambio de una sentencia de destierro de la corte por un número de años igual ó mayor que la pena de galeras. Por eso le vemos en adelante residir largo tiempo en Zaragoza y aun en Portugal, antes de que, ya indultado, pueda volver á la capital de España.

En la aragonesa residía en 1622, cuando terminó y dió á la estampa una *Historia apologética* de las alteraciones de Aragón en 1591 y 1592, originadas principalmente por haber acogido á Antonio Pérez, la cual historia, aunque dedicada al rey y elogiada por Bartolomé de Argensola, le ocasionó

también algunos disgustos y, al fin, se mandó recoger (según dice Salvá) por el Consejo (1).

De los contratiempos que esta obra le causó habla el mismo Céspedes en la advertencia «Al lector» de las *Historias peregrinas,* que hoy publicamos, diciendo: «Protesto dibujarte el alma de la historia, en verdad efectiva, y tan calificada como la oí á personas de crédito, si bien en el cum-

(1) *Historia | Apologética | en los svcessos del reyno de Aragon | y su Ciudad de Çaragoça, Años de 91 y 92. | Y relaciones fieles de la verdad, que hasta aora | manzillaron diuersos Escritores. | Por Don Gonçalo de Cespedes y Meneses, vezino de Madrid. | Al Rey nvestro Señor* (Escudo real). *Año 1622. | Con licencia y Privilegio. | En Zaragoça, Por Iuan de Lanaja y Quartanet, Impressor del Reyno de Aragon.*

4.°; 2 h. prels. y 236 pp.—*Licencia* del ordinario: 28 de Julio de 1622.—*Aprobación* del Dr. Bartolomé Leonardo de Argensola (Elogia el libro). Zaragoza, 28 de Julio de 1622.—*Dedicatoria* del autor.—*Privilegio* para Aragón: 1.° de Agosto de 1622.—*Erratas*, 19 de Octubre de ídem.—*Texto*, dividido en *discursos.*

D. Nicolás Antonio cita una reimpresión de Zaragoza, 1624, 4.°, que no debe de existir, porque el libro fué recogido por orden del Consejo.



plirlo corra peligro el mío; daño experimentado y de cuyas heridas aún no se han aminorado las cicatrices. Pues por haberla escrito lisa y sinceramente en uno de mis libros, es maravilla grande verme ahora en escape. Tantos fueron y han sido los émulos que la contradijeron». (Pág. 11.)

Disgustado por tales motivos, ó cansado tal vez de su residencia en Aragón, hubo de transferirla á la ciudad de Lisboa, segunda metrópoli entonces de España, pues aún no se había alzado este reino contra el dominio de Castilla. Allí le hallamos en 1626, con ocasión de publicar la primera parte de su no terminada novela del *Soldado Píndaro,* último y más perfecto de sus ensayos novelísticos (1).

---

(1) I. *Varia | fortuna | del soldado | Píndaro | Por don Gonzalo de Cespedes y Meneses, vezino y na | tural de Madrid | Al Excellentissimo señor don Manuel Alonso Perez de | Guzman el Bueno, Duque de Medina Sidonia.* | (Escudo del impresor con la leyenda. *Vias tuas, Domine, demonstra mihi*). *Con todas las licencias necessarias. | Lisboa· Por Geraldo de la Viña. 626* (1626).

4.°; 4 h. prels. y 188 foliadas.—*Licenças*: «Em San Domingos de Lisboa 8 de Ianeiro de 625 annos. Fr. Thomas de S. Domingos, Magister».—«O Bispo

Algunos críticos, como Ticknor, encuentran en esta obra menos interés que en la del *Gerardo;* cansancio quizá dimanado de leer, una en pos de otra, tan extensas novelas. Pero creemos que, si bien el número de incidentes y episodios no es tanto ni están contados con la rapidez que en el pri-

Inquisidor geral.»—«Lisboa 4 de Feuereiro de 625. Viegos».—*Otra y erratas y tasa* (160 reis).—*Dedicatoria.—Al Letor.* Ofrece segunda parte muy en breve y habla de sus dos *Gerardos* (1.ª y 2.ª parte). Cita, además, la *Historia apologética* y las *Historias peregrinas*, añadiendo: «Uno mismo es su estilo; no obstante que he procurado en éste ceñir más el lenguaje, hurtando el cuerpo á toda afectación, epicteto y sinonomo. Lacónico y conciso verás hoy al Soldado.»

Ninguno de estos curiosos preliminares pasó á la edición de *AA. españoles.*

II. *Fortuna varia del soldado Píndaro... En Madrid. Por Melchor Sánchez. Año 1661. A costa de Mateo de la Bastida, Mercader de libros.*

8.º; 250 hojas.

III. *Fortuna varia... En Zaragoça, Por Pascual Bueno, Impressor del Reyno de Aragon. Año 1696.*

8.º; 256 hojas.

IV. *Varia fortuna... Madrid, Pedro José Alonso y Padilla, 1733.*

4.º (Con las *Historias peregrinas.*)

mero de los *Gerardos,* el interés no es menor; pues están los sucesos referidos aún con mayor habilidad y una gradación más calculada. La parte dramática de las aventuras no cede en intensidad á las de la anterior novela, comenzando ya al abrirse el libro con la sangrienta peripecia del convento.

A otros, como á Rosell, les parece desacertada la mezcla de lo serio y hasta moralizador de algunos pasajes de esta novela con otros de sabor y tendencia picarescas. Tampoco conceptuamos de fuerza este reparo. La alternativa de sucesos de géneros distintos lleva la atención á ideas muy diversas, evita el cansancio y la monotonía, da más variedad al lenguaje y estilo y recrea el ánimo con los pasajes alegres, después del sentimiento de pena ó conmiseración que producen otros de índole opuesta.

Y en la presente obra, como el espíritu de Céspedes, aunque valiente en la inventiva, estaba muy encariñado con la realidad, los pasajes relativos á las cárceles y á la hampa sevillana tienen un valor histórico muy de estimar para el conocimiento de la vida social de entonces.

El estilo es todavía en esta obra mejor que en las demás del autor; y con no ser de corta extensión siente uno que Céspedes no haya publicado la segunda parte que ofrece en la primera. Ticknor, resumiendo su juicio sobre esta obra y la del *Español Gerardo*, dice que «una y otra revelan, sin embargo, grandes recursos y tal fertilidad de ingenio, cual no se halla en ningún otro libro de su género escrito por aquel tiempo en Francia y en Inglaterra».

En Lisboa se hallaba aún D. Gonzalo de Céspedes en 1631, cuando dió á luz la obra en que tal vez fiaba la restauración de su fortuna. Habíala ido formando después que su estancia en Aragón encaminó sus estudios por los senderos de la Historia. Los cambios repentinos é inesperados en el Gobierno; los sucesos trágicos y el nuevo giro dado á la política española, y por ende á la europea, le inspiraron el deseo de recoger actos de tal transcendencia y referirlos haciendo núcleo de su narración la vida de aquel joven rey que á los diez y seis años fué llamado á gobernar el más vasto imperio que hasta entonces había existido.

Reunió, pues, y ordenó los principales

hechos de la monarquía en los seis primeros años del reinado del cuarto Filipo, y los dió al público con el título de *Historia de Felipe IV*, bajo la protección de D. Jorge de Cárdenas, duque de Maqueda, que entonces regía las galeras de la marina hispanoportuguesa (1).

Esta historia es más bien una crónica bastante minuciosa y exacta. Escarmentado

---

(1) *Primera parte | de la Historia | de D. Felippe el IIII | Rey de las Espanas. | Por Don Gonçalo de Cespedes, y Meneses.* | (Escudo real). *Al Excel.mo Señor Don Iorie de Car- | denas Manrique, duque de Najara, y Maqueda.* | *Año de* (escudo del Mecenas) *1631.* | *En Lisboa, con licencia la imprimió Pedro Craesbeeck.*

Fol. 4 h. prels. y 607 pp.—*Licenças:* 7 de Feuereiro de 631. O Doutor frey Manuel de Lemos.—*Otra:* 20 Marzo de 1631. Fr. Thomás de S. Domingos, Magister. —*Otra:* 20 Marzo 1631 (Inquisiçam).—*Otra:* 26 Marzo 1631 (Ordinario).—*Otra* (do Paço): 8 Abril 1631.—*Fe de no haber erratas:* 14 Octubre 1631.—*Taixa* («dous cruzados em papel»). Lisboa, 21 Octubre 1631.—*Dedicatoria* del autor.—Epístola latina, en prosa, al autor, por Francisco Tello de León, trinitario.—*Erratas.*—*Texto.*

Historia de D. Felipe IIII, rey de las Españas. Por D. Gonzalo de Cespedes y Meneses. Barcelona, 1634. Por Sebastian de Cormellas, al Call.

4.°; 4 h. prels. y 281 foliadas, más 34 de *Tabla*.

Céspedes, huye de juzgar las personas y los sucesos, sobre todo los que podían dar ocasión á querellas de poderosos. Como en general tiende á aplaudir el gobierno y actos del favorito, conde de Olivares, el libro fué bien recibido en la corte; tres años después se reimprimió en Barcelona y no se hizo esperar mucho la recompensa de su autor, que pudo regresar libremente á la patria y fué nombrado cronista de Su Majestad.

Es posible que ya algo antes de 1631 pudiese circular sin limitaciones por toda España, pues Lope de Vega, en su *Laurel de Apolo,* impreso en 1630, decía, hablando de los dos hermanos:

Dos Céspedes, hermanos, se te ofrecen,
que como las estrellas resplandecen,
á quien Júpiter dió partes divinas
y Leda las humanas.
Sus fortunas han sido peregrinas;
pero todas tuvieron fuerzas vanas
contra su nombre; que sus luces bellas
no temen las estrellas, siendo estrellas.

(*Silva* VI.)

Desde entonces ya no salió de Madrid. Había contraído matrimonio con doña María de Escobar, en quien no tuvo sucesión,

y que le sobrevivió por un tiempo que no hemos podido precisar hasta ahora.

En cumplimiento de sus deberes de cronista no se descuidó en responder, en 1635, á los manifiestos del Gobierno francés, con fechas de 6 de Enero de 1634 y 5 de Junio del siguiente, y encaminados á formar opinión contraria á la política internacional de España, sobre todo en lo referente á nuestras cosas de los Países Bajos, y que tantas y tan vehementes y razonadas respuestas (una memorable de D. Francisco de Quevedo) provocaron de los nuestros.

Tituló la suya D. Gonzalo de Céspedes *Francia engañada: Francia respondida* (1), dedicada al conde de Niebla, hijo mayor del duque de Medinasidonia. Declárase criado del Conde; según creemos, más bien para encarecer la adhesión á su persona que porque realmente lo fuese; si no es que mientras anduvo fuera de Madrid, tuviese ocasión de residir al lado suyo.

(1) *Francia | engañada | Francia | respondida, | Por Gerardo | Hispano, | Al grande primogénito, | de la siempre grande y esclarecida casa Cade | Gvzman | El conde de Niebla | Impresso en Il'er, Año 1635.*

4.°; 1 h. prel. y 154 pp.

En el cuerpo de este folleto polémico, que aunque suena impreso en Caller parece lo fué en Madrid, ataca dura y hasta injustamente al cardenal de Richelieu, si bien, desarrebozando la perfidia y sofismas hipócritas ocultos en los manifiestos inspirados por él, hace ver que la política francesa, dirigida en primer término al abatimiento de la casa de Austria, era francamente anticatólica, no obstante afirmar lo contrario, principalmente por la resuelta protección que dispensaba á los protestantes, no sólo los rebeldes de Flandes, sino á los de toda Alemania.

Es probable que nuestro D. Gonzalo hubiese publicado también alguna de las múltiples relaciones de sucesos que por aquellos años se dieron á luz, aun sin llevar su nombre (1).

(1) Por lo menos consta que se le encargó la de las fiestas hechas en Madrid en 1637 con motivo de haber sido elegido rey de romanos el de Hungría, cuñado de Felipe IV. Así lo asegura cierto curioso autor de unas *Noticias de Madrid*, impresas como notas de los tomos XIII y XIV del *Memorial histórico español*, en estas textuales palabras: «El escribir una larga y extendida relación de todas estas fiestas se ha encomendado á la cuidadosa y

No se hallaba todavía en edad avanzada, cuando por el verano de 1637 fué acometido de una grave dolencia que le puso en el trance de otorgar su última voluntad, como lo hizo, en 14 de Septiembre de dicho año ante Nicolás Gómez.

Contiene este documento algunas cláusulas muy singulares, que inmediatamente traen á la memoria sus aventuras de la juventud, aunque no podamos precisar el objeto de su referencia. Con todo, las extractaremos.

Declara hallarse enfermo en la cama; estar casado con doña María de Escobar, y después de la ordinaria protestación de la fe, añade:

«Item: mando, y es mi voluntad, que cuando Dios, Nuestro Señor, fuere servido de llevarme desta presente vida, mi cuerpo sea sepultado en la iglesia del Espíritu Santo del convento de los Clérigos Menores, en la sepultura en que está enterrado la seño-

---

diligente pluma del Sr. D. Gonzalo de Céspedes y Meneses, dignísimo cronista general de la monarquía de España. Esta suplirá mis faltas y se enviará habiendo salido á luz». (*Mem. his. esp.*, XIV, 69.)

ra doña María de Meneses, mi madre, que santa gloria tenga; esto queriendo buenamente los dichos religiosos hacerme merced de contentarse con cien reales de limosna por salir á recibir mi cuerpo hasta la puerta de la iglesia y mandarme abrir la sepultura, responsos y otros gastos ordinarios de cera, y les pido tengan por bien de admitir esta poca cantidad. Y de no querer hacerme esta merced los dichos religiosos es mi voluntad que mi cuerpo sea enterrado en el convento y capilla de mi padre San Francisco, cuyo humilde religioso y profeso soy de su Tercera orden, adonde mis albaceas me mandarán llevar en un coche para excusar los gastos incompatibles con mi poca hacienda...

Item: mando que con la mayor brevedad que fuere posible mis albaceas tomen la cantidad que de mi hacienda les pareciere, y della distribuyan en la forma y manera que yo les tengo comunicado las cantidades y sumas que dejo apuntadas y referidas en un papel aparte, del cual y dellas les reservo de dar cuenta á persona mortal, porque queda debajo del sello de la confisión, y les pido y ruego que al punto le rompan, por-

que para lo que toca á su cumplimiento sólo hago jueces á sus propias conciencias, las cuales les encargo y protesto á su Divina Majestad, que la omisión que en su ejecución hubiere no corra por mi cuenta sino por la de ellos...

Item: mando á Leonor Alvarez otros 50 reales.

Item: mando á Alonso, mi criado, demás de sus vestidos y ropa que le he hecho, le sustente doña María, mi mujer, todo el tiempo que fuere menester para acomodarse, como no exceda de un mes.

Y para cumplir y pagar este mi testamento, mandas y legados, y executar y disponer las demás cosas que en dicho papel dejo aparte firmadas de mi mano, constituyo y nombro por mis albaceas y testamentarios al Padre Jerónimo de Salcedo, mi confesor y especial amigo, y á la dicha doña María de Escobar, mi mujer, á la cual, por la mucha y grande confianza que de su amor y virtud tengo, déjo y doy todo mi poder para que luego que yo fallezca disponga de los dichos mis bienes y hacienda... Y en el remanente que de todos los dichos mis bienes quedare y fincare instituyo y

nombro por mi heredera universal usufructuaria á la dicha doña María de Escobar, mi mujer; y quiero lo haya y herede con la bendición de Dios; que, según el amor y la voluntad que la he tenido, y lo mucho que la debo, todo es muy poco. La cual la dejo con calidad y condición que, como tenemos tratado y comunicado con el Padre Jerónimo de Salcedo, y ella, por su parte, libre y espontáneamente consentido, se haya de poner á censo ó ganancia, como mejor le pareciere, con todas hipotecas y siguridades que para ello fuesen necesarias; de manera que yo no dejo á la dicha mi mujer sino por usufructuaria durante su vida, y para que en esta parte haga y cumpla lo que en el papel que reservo aparte, sellado y firmado de mi nombre y mano especifico y ordeno, porque esta es mi voluntad, y de otra manera no quiero que tenga, posea ni distribuya con buena conciencia la dicha hacienda...»

Firma este documento en Madrid, á 14 de Septiembre de 1637, como queda dicho. Todavía se prolongó la vida de D. Gonzalo otros cuatro meses, falleciendo el 27 de Enero siguiente, por la noche, en la calle

del Sordo (Zorrilla), casas del duque de Maqueda, según expresan las diligencias de apertura del anterior testamento y partida de defunción existente en el archivo parroquial de la iglesia de San Sebastián, de esta corte (1).

La iglesia en que, según su voluntad, fué sepultado D. Gonzalo de Céspedes, estaba en la Carrera de San Jerónimo, y ocupaba, con el convento, el mismo solar sobre el en que hoy se levanta el Congreso de los Diputados.

Tales han sido la vida y las obras del autor de las *Historias peregrinas*, cuya reimpresión hoy damos á luz, y de la que ya debemos decir algunas palabras.

---

(1) «Don Gonzalo de Céspedes y Meneses, Cronista de su Magestad, casado con doña María de Escobar, calle del Sordo, en casas del Duque de Maqueda, murió en veinte y siete de Enero de 638 años. Recibió los S. Sacrams.; testó *(tres palabras no inteligibles)* en veinte y ocho del dicho ante Nicolás Gomez, escribano de número de esta villa. Deja las misas á voluntad de su mujer y el Padre Jerónimo de Salcedo, de los Clérigos Menores. Dieron de fábrica 16 reales». *(Libro VIII de Difuntos,* folio 283 del archivo parroquial de San Sebastián.)

II

Así como los sucesos referidos en las dos partes del *Español Gerardo* y en la *Varia fortuna del soldado Píndaro,* son en gran parte fingidos, ó al menos adornados con circunstancias y accidentes imaginarios, los seis que se contienen en las *Historias peregrinas* son de todo punto históricos y ocurridos en los mismos lugares que se expresa. Una y otra vez lo afirma el autor, y ninguna razón tenemos para dudar de su certeza.

Según un primer pensamiento suyo habían de ser doce las historias peregrinas, aunque luego, por no abultar el tomo, las redujo á la mitad, reservándose completarlas en un segundo volumen, que no llegó á publicar. Teníalas ya preparadas en 1617 ó, al menos, en proyecto, pues las anuncia en el prólogo do la segunda parte de su *Español Gerardo*, donde ofrece al público «doce admirables y peregrinos casos que

por sucedidos en nuestra patria parecerán tan maravillosos, como notables en la disposición y novedad». Antes ya había afirmado que tales casos no eran «fabulosos cuentos y novelas».

Pero creemos que en Zaragoza fué donde les dió la última mano y publicó en 1623 (1), dedicándolos á la misma imperial ciudad, y

(1) *Primera parte.* | *Historias* | *peregrinas, y* | *exemplares.* | *Con el origen, fvndamentos* | *y excelencias de España, y Ciudades adonde* | *sucedievon.* | *Por Don Gonçalo de Cespedes y Meneses, natural de la villa de Madrid.* | *A la imperial civdad* | *de Çaragoça.* | *Año* (Escudo con un león coronado: armas de Zaragoza) *1623.* | *Con licencia, y privilegio.* | *Impressa en Çaragoça, Por Iuan de Larumbe.* | *A costa de Pedro Fernz.*

4.°; 6 h. prels., 191 foliadas, más 5 de *Tabla.* Todos los preliminares van reproducidos á continuación de este prólogo; por eso no los especificamos.

D. Nicolás Antonio cita una edición de Zaragoza, 1628; pero debe de ser errata ó confusión, pues omite esta de 1623.

El mismo Pedro Fernández costeó una reimpresión hecha por Larumbe en Zaragoza, en 1630, con la misma portada, excepto las palabras *Primera parte.* Está en 8.°, y tiene 2 h. prels. y 227 foliadas.

Ticknor (III, 345) menciona también una de 1647, en 8.°, sin más señas, que no creemos haya existido.

En 1733 la reimprimió de nuevo en Madrid el li-

en su nombre á los cónsules y jurados que entonces desempeñaban aquellos cargos, y que tal vez le habían ayudado en los conflictos que le produjo su *Historia apologética* del año anterior.

Como entonces absorbían la atención de Céspedes estudios de carácter histórico, hizo preceder la narración de cada aventura de un rápido bosquejo acerca del origen, condición y ventajas de cada una de las ciudades en que habían ocurrido (Zaragoza, Sevilla, Córdoba, Toledo, Lisboa y Ma-

---

brero D. Pedro José Padilla, en unión del *Soldado Píndaro,* en 4.°

En 1881 *El Averiguador Universal* publicó en un tomito en 8.° la novela cuarta, *Pachecos y Palomeques;* pero tomándola, no de la edición príncipe, sino de la reimpresión de Padilla de 1733, cuya incorrección disgusta al nuevo editor, que procuró corregir algunos de sus descuidos.

A pesar de esto, los ejemplares de las *Historias peregrinas* son sumamente raros. En el comercio yo no he visto ninguno en los últimos veinte años. Salvá poseyó un ejemplar de la primera edición.

En esta reproducción se ha procurado imitar la portada de la edición príncipe; pero sin guardar con exactitud la división de renglones ni la ortografía; por eso la hemos copiado literalmente al ingreso de esta nota.

drid), y algunos capítulos al comienzo de toda la obra sobre la grandeza y excelencias de España.

Tanto en esta última como en las demás reseñas históricas, la crítica de Céspedes deja bastante que desear; pues no sólo defiende las patrañas del Viterbiense, sino las otras y más antiguas leyendas contenidas en nuestras primitivas crónicas y antiguas historias de pueblos. No debemos, sin embargo, condenar con demasiado rigor la credulidad del autor madrileño, pues con no mejor criterio se escribía entonces la historia en el resto de Europa.

En cambio ¡con qué vigorosa y concisa expresión enumera, al llegar á su tiempo, las grandezas nunca vistas que atesoraba su patria! Céspedes conoce bien todos los dominios españoles y su verdadera importancia. En él hallamos ya el pensamiento, después tan famoso y repetido, aunque en otra forma. El «dominio de España está tan dilatado y extendido que, de Oriente á Poniente, dando el sol vuelta al círculo del orbe, siempre va caminando por tierras y provincias que le son tributarias».

En el resumen histórico de las ciudades

se detiene algo más en la de Zaragoza, donde escribía, ya para justificar mejor la dedicatoria, ó bien para realzar la historia que le aplica, que nos parece la más endeble de las seis.

Aumenta el interés novelesco en la segunda, titulada *El Desdén del Alameda,* de Sevilla, y llega al más alto punto de lo dramático en la tercera, titulada *La Constante Cordobesa*, en cuya historia, si los dos protagonistas, doña Elvira y D. Diego, fueron como el autor los pinta, ciertamente que pocas veces la imaginación creadora pudo llegar á tal grandeza poética.

Y por cierto que en esta historia hay un episodio sobrenatural que tiene alguna semejanza con otro del drama del *Burlador de Sevilla.* Es aquel en que, paseándose don Diego por una iglesia, en espera del momento de penetrar, al fin, en la casa de doña Elvira, de repente se levanta una de las losas que hollaban sus plantas, y surge, envuelto en blando sudario, el cuerpo nada menos que del padre (mucho antes difunto) de la joven víctima, y con potente voz y terribles amenazas le intima la orden categórica de renunciar á los favores de aquella

dama. D. Diego y su amigo caen desvanecidos ante la espantosa aparición, y el suceso se divulga por toda la ciudad de Córdoba. La época de esta historia es hacia los años de 1530 y algo antes (pues dura seis ú ocho), y el autor recuerda varias circunstancias históricas y locales, como la gran peste de Córdoba en aquel tiempo y el hambre que la siguió; la coronación de Carlos V, etc. Qué relación pueda tener este hecho con la oscura leyenda, tradición ó lo que sea del *Burlador*, es lo que no sabemos; pero, como se ve, hay alguna semejanza entre una y otro.

La más curiosa, por muchos respectos, de las anécdotas históricas referidas por Céspedes es la titulada *Pachecos y Palomeques*, alusiva á los bandos de la ciudad de Toledo en la revuelta época de las Comunidades. Todo contribuye á dar interés á esta soberana tradición. El fondo del suceso, en alto grado novelesco y dramático; los caracteres de las personas que en él intervienen; las costumbres del tiempo y del lugar, donde aparecen entremezcladas la barbarie y la caballerosidad; los instintos más feroces y sanguinarios con los más delicados

afectos del alma; la vida tumultuaria, la absoluta inseguridad de las personas y haciendas en aquella época de desorden, y la ley tiránica del honor imperando sobre todo aquel desbordamiento de pasiones é instintos brutales y perversos. Cuadro admirable, y que enseña tanto como una historia llena de pormenores diversos.

No son menores, ciertamente, el colorido histórico y movimiento pasional en la quinta historia sucedida en Lisboa, poco tiempo antes que el autor la refiere, pues alude siempre á Portugal como provincia española. Aquí el odio es también entre dos familias; pero no lleva en pos de sí el de los individuos de un pueblo entero dividido en dos parcialidades. En cambio, el conflicto se hace irremediable, y el rencor portugués va más allá de la tumba, sacrificando en sus aras la familia, el nombre, la fortuna y hasta el amor paterno. Todos los afectos y vínculos que pueden formar la felicidad terrena son menospreciados, y nada basta á saciar la inextinguible sed de venganza que devora el alma de Luis Antonio.

Pintura vigorosamente trazada es la del padre de los dos Mendozas, que dan título á

la última de las *Historias peregrinas,* y gallarda figura la de estos dos hermanos, que tan entrañablemente se aman y favorecen en sus mutuas contingencias y aficciones. Lástima que tan grata y bien narrada historia esté, al final, desmejorada con la vulgar conversación con el criado muerto; si bien la primera y segunda aparición de este personaje no pueden ser más dramáticas y sorprendentes.

Si los sucesos han pasado así, poco deben á la inventiva del narrador; pero de creer es que, ya en algunos incidentes ó en la expresión y fuerza dadas á las circunstancias capitales del hecho, el autor, sin faltar en absoluto á la verdad, haya puesto no poco de su parte.

El estilo, aunque adecuado á las aventuras en que se emplea y sin afectación el lenguaje, no tiene toda la variedad que fuera deseable. Los períodos son excesivamente largos; adolecen de alguna monotonía, así en la manera de comenzar como al concluir. Este defecto está cometido voluntariamente. Céspedes quiso probar su destreza en unir las ideas más inconexas sin cortar el hilo del discurso, y no tuvo presente que las transi-

ciones, cuando son naturales, están muy lejos de desagradar al que lee. Nótase también alguna repetición innecesaria de ideas, frases y hasta en el uso de los calificativos y adverbios; pero estos defectos quedan compensados con el brío, fuerza expresiva y claridad con que el autor nos cuenta estos casos extraordinarios.

En resolución; creemos que las *Historias peregrinas* son dignas de la valiente pluma que escribió el *Español Gerardo* y la *Varia fortuna del soldado Píndaro*, y merecen ser más conocidas que hasta aquí. Esta razón nos ha movido á preferirlas para formar el segundo tomo de esta colección de viejas novelas (1).

(1) Anotar debidamente esta obra formaría un volumen tan grande como ella. Solamente los capítulos históricos de cada ciudad celebrada y los dedicados á la descripción general de España, ocuparían muchas páginas superfluas en una edición vulgar como la presente. En la parte crítica y la filológica no hemos advertido gran necesidad de anotaciones, como tampoco en la relativa á usos y modales, en que el autor, según su costumbre, se detiene muy poco.

PRIMERA PARTE

Historias Peregrinas y exemplares

Con el origen, fundamentos y excelencias de España, y Ciudades á donde sucedieron

POR

D. Gonzalo de Céspedes y Meneses

Natural de la Villa de Madrid.

A la Imperial Ciudad de Zaragoza

Año 1623

Con licencia y privilegio

Impressa en Zaragoza, por Juan de Larumbe

A costa de Pedro Ferriz.

ASUNTOS PRINCIPALES QUE CONTIENE
ESTE LIBRO

Breve resumen de las excelencias de España, teatro de estas *Peregrinas historias.*

El Buen celo premiado; historia primera en la ciudad de Zaragoza; su descripción, antigüedad y origen.

El Desdén del Alameda; historia segunda, en la ciudad de Sevilla, con otro breve elogio á su grandeza.

La Constante Cordobesa; historia tercera, en la ciudad de Córdoba; su descripción y origen.

Pachecos y Palomeques; historia cuarta, en la ciudad de Toledo; su descripción.

Sucesos trágicos de Don Enrique de Silva; historia quinta, en la ciudad de Lisboa; su descripción y origen.

Los dos Mendozas; historia sexta, sucedida en Madrid, y otro pequeño elogio á sus mayores excelencias.

APROBACION

Por comisión del muy ilustre señor el doctor don Gaspar Arias de Reinoso, arcipreste de Belchite, tesorero de la Santa Cruzada y vicario general de este Arzobispado de Zaragoza, he leído la *Primera parte de las doce Peregrinas y ejemplares historias, con los originarios fundamentos y excelencias de España y de las ciudades adonde sucedieron*, que ha compuesto con mucha constancia y dispuesto con elegante estilo Don Gonzalo de Céspedes y Meneses. Y sobre que no hay en ellas cosa contra nuestra santa fe católica y buenas costumbres, se desempeña tan bien el autor en su promesa que, siendo tan peregrinas y bien ataviadas estas que saca á la vista, no dejarán de hallar muy buena posada, donde la curiosidad y el deseo de saber halló acogida. En Jesús de Zaragoza, nueve de Marzo de mil seiscientos veintitrés.

Fray Juan Calderón.

LICENCIA DEL ORDINARIO

Dáse licencia para que se imprima con esta aprobación. En Zaragoza, 10 de Marzo de 1623.

El Doctor Arias de Reinoso,
Vicario general.



Por comisión del excelentísimo señor Comendador mayor don Fernando de Borja, lugarteniente y capitán general por Su Majestad en el reino de Aragón, he visto este libro intitulado *Historias peregrinas*, compuesto por Don Gonzalo de Céspedes y Meneses, y me parece que puede S. E. concederle la licencia que pide para que se imprima; porque, demás que no contiene cosa contra la fe católica y buenas costumbres, las historias que refiere las cuenta con tan buen lenguaje y estilo, que serán, sin duda, estimadas y leídas con grande aprobación y gusto; á más del trabajo grande que ha tenido de apurarlas y recogerlas de tan diversas partes, y no es posible que de leerlas y saberlas no resulte gran provecho y fruto. *En Zaragoza, 4 de Abril de 1623.*

El Doctor Juan de Canales,
Del Consejo de Su Majestad en el Civil de Aragón.

PRIVILEGIO

Nos Don Felipe, por la gracia de Dios rey de Castilla, de Aragón, de León, de las Dos Sicilias, de Hierusalem, etc.

Nos don Fernando de Borja, Comendador mayor de Montesa, gentilhombre de la Cámara del rey nuestro señor y su lugarteniente y capitán general en el presente reino de Aragón. Por cuanto Gonzalo de Céspedes y Meneses nos ha suplicado fuésemos servido de darle licencia premisa y facultad para que él ó quien su poder tuviere, pueda hacer imprimir y vender en el presente reino de Aragón un libro titulado *Primera parte de las doce Historias peregrinas, con los originarios fundamentos, antigüedades, excelencias de España, y de las ciudades adonde sucedieron*. E nos, habiendo mandado reconocer el dicho libro, y tenido muy buena relación de él y que, demás de esto, está visto y aprobado por el ordinario de la ciudad y Arzobispado de Zaragoza, lo habemos tenido por bien en la manera infrascrita. Por ende, con tenor de las presentes, de nuestra cierta ciencia y por la Real autoridad de que usamos deliberadamente y consulta, damos licencia, permiso y facultad á vos el dicho Gonzalo de Céspedes y Meneses y á quien vuestro poder tuviere, para que podáis im-

primir y vender y hacer que se imprima y venda en el presente reino de Aragón y en cualquier parte de él el dicho libro, sin incurrir por ello en pena alguna, prohibiendo, como prohibimos, que ninguna otra persona lo pueda imprimir sin licencia nuestra ó de S. M., so pena de mil florines de oro de Aragón á sus reales cofres aplicaderos. Y es la voluntad de S. M. que el impresor que imprimiere el dicho libro haya y sea tenido y obligado, después de haberlo impreso y antes de entregallo á la parte ni que salga de su poder, haya de traer al nuestro el dicho original libro, juntamente con uno de los impresos, para que se vea si concuerda el uno con el otro. Y demás de esto, mandamos de parte de S. M. que no pueda imprimir el dicho libro ni esta nuestra licencia sin estar primero registrada y sellada en la Real Cancillería del presente reino de Aragón; y si lo contrario hiciere, incurra en las penas por fuero instituídas contra los que imprimen sin licencia, porque si no sea de esta manera no se la damos ni concedemos. Y mandamos á todos y cualesquier oficiales y ministros de S. M., mayores y menóres en el presente reino constituído y constituidores y á sus lugartenientes, que la presente nuestra Licencia os guarden, cumplan y observen, sin poner en ella estorbo ni dificultad alguna. Si, demás de la ira é indignación de S. M. en las penas arriba dichas y otras á nuestro arbitrio reservadas, desean no incurrir. Queremos, empero, que en cada volumen de los que imprimiéredes vaya impresa esta nuestra Licencia. En testimonio de lo cual, mandamos despachar las presentes con el sello común de S. M. de esta Lugar Te-

nencia en el dorso selladas. Dat en Zaragoza, á diecisiete de Marzo del año mil seiscientos veintitrés.

DON FERNANDO DE BORJA.

V. Sesse R.

Domini locumtenent et Capitanei Generali, manda michi Joanne Ludovico Abiego, visa per Sesse R. In diversorum locumtenent Generalis Arag. vj. Fol, iij.

ADVERTENCIA

Bien se podrá creer que he procurado saliese sin erratas este libro; háme sido imposible, no obstante que en su empresa han corrido parejas mi diligencia y buen deseo. La culpa tienen precisos accidentes que dificultaron mi asistencia; y con todo son raros los defectos que truecan el verdadero assumpto; mas si en alguno tropezare el lector, acudiendo á esta página será absuelto en sus dudas.

(Siguen las ERRATAS*)*

Con estas erratas concuerda este libro con su original. En Zaragoza, á 30 de Mayo de 1623.

EL DOCTOR JUAN DE CANALES.

A LA IMPERIAL CIUDAD DE ZARAGOZA, *y por ella á los muy ilustres señores el capitán Pedro Jerónimo de Villanueva, don Bernardino Copones, Francisco Tabar, Pedro de Maza y Pedro Miguel García, sus dignísimos cónsules y jurados.*

Si antes de ahora, en servicios de mayor jerarquía, no hubiera V. E. conocido mi celo, sin duda alguna naufragara el presente, desmereciendo, por humilde, su generoso patrimonio. Mas como de mayores deseos viven, para mi crédito, tan frescas experiencias (aunque se reconozca cuán mal frisa lo trivial de este asunto con la superioridad del sujeto, adonde se consagra y dedica), todavía queda mi atrevimiento disculpado, y aun animado, con tantos beneficios y mercedes como de V. E. he recibido, á ofrecer á sus pies, el nuevo fruto que le rinde por feudo mi talento.

Y así, encarecidamente le suplico se digne de admitirle, si no por su valor y cantidad, á lo menos por el amor fiel que se me ha conocido; pues haciéndolo así, no solamente V. E. me dejará premiado y para siempre agradecido, mas juntamente imitará á los cielos, que regulan nuestras obras y efectos, más según los deseos con que se les encaminan y dirigen, que no por la sustancia de la calidad y grandeza. Guarde Nuestro Señor á V. E. como puedo, etc.

DON GONZALO DE CÉSPEDES Y MENESES.

AL LECTOR

Doce historias prometí en mi *Gerardo*, y otras tantas diera hoy á la emprenta si el juzgar por pesado tan gran volumen no excusara el empeño de entonces, obligándome á dividirla en dos partes. La primera te ofrezco, lector discreto; traza, que también asegura la mejor corrección de la segunda. Pues es cosa precisa que, viendo en la presente tu objeción y censura, saldrá la que me queda más ajustada y advertida. En una y otra protesto dibujarte el alma de la historia, en verdad efectiva, y tan calificada como la oí á personas de crédito, si bien en el cumplirlo corra peligro el mío; daño experimentado y de cuyas heridas aún no se han aminorado las cicatrices. Pues por haberla escrito lisa y sinceramente en uno de mis libros, es maravilla grande verme ahora en escape. Tantos fueron y han sido los émulos que la contradijeron; aunque si hubieran leído lo mucho que presumen, hallaran que mi pluma dijo desnudamente lo que varios autores, y no nada vulgares, afirmaron en sus libros é historias. Mas no es aqueste asunto parte de su defensa; perdono su ignorancia; déjola entre renglones, mientras dan los presentes límite á sus efectos y en ejemplos morales loable diversión, premio no indigno de mis buenos deseos.

VALE.



BREVE RESUMEN

de las excelencias y antigüedad de España, teatro digno de estas Peregrinas historias.

Escribo en esta y la *Segunda parte,* doce verdaderos y memorables sucesos, en otras tantas ciudades, cabezas de los reinos de España; de quien, no tanto por la obligación de hijo suyo, cuanto forzado de la misma verdad, he querido, sin derramarme á extranjeras provincias, y para su mayor emulación, dar á entender al mundo que como en estos y en los pasados siglos, fué el teatro de sus más grandes y notables efectos, asilo y propugnáculo de sus furiosas armas, terror y dominación de las gentes, así también que entre acciones tan graves ha producido maravillosa variedad de sujetos, que con acaecimientos peregrinos, no sólo hoy lo son á mi pluma mas en otra mejor limada pudieran competir sus discursos, aun ceñidos al rigor de la historia, con los de Aquiles Tacio, decantado Heliodoro ó con las ingeniosas y sutiles del divino Ariosto.

Porque, si bien semejantes acciones parecen incompatibles con las materias del Estado, todavía no se me negará cuanto, á su modo, singularizan la nación, y en ella, con aprecio, los humores políticos; que no tan solamente se engrandecen los reinos, las repúblicas con el valor de los súbditos armados, pues igualmente aumenta estimación el

ingenio, las letras y, últimamente, los redundantes casos que la acrecientan nombre, opinión y fama. Con tal advertimiento, justo será también se me permita el breve adorno de tan buenos intentos; y de tal suerte, que si dijere (afecto mi nación, no lisonjero) algo de su venerable antigüedad, no por ello hayamos de incurrir en mayor objeción.

Parecióme precisa la noticia de las provincias y ciudades adonde sucedieron. Y así, no obstante la que tantos autores han publicado, no he querido excusar en mis rasguños este corto retrato de mi patria, dando con él principio venerable y que más califique las *Historias* que escribo.



De las excelencias de España.

CAPITULO PRIMERO

El principal, el mayor requisito que aventaja á los reinos, es la antigüedad, á cuya causa el origen de España debe ser justamente con grave estimación reverenciado, pues él solo en el mundo guarda hoy el lugar primero, porque (no obstante las objeciones que se han puesto á Juan Anio) de los tres que en su libro tercero habla Beroso sucesivos al diluvio, el de la Toscana, fundado por Noé; el de Egipto, por Can; el de los Asirios, por Nembrot, ninguno permanece con título de reino; y así el de España, que fué inmediato á éstos, quedó graduado en el mejor lugar.

Túbal, hijo quinto de Jafet, según el mismo autor; Josepho *(Antiquit.);* San Jerónimo y Eusebio Cesariense, fué el basa principal de sus fundamentos. Excelencia notable, como también

lo es la conservación maravillosa de su nombre, si bien ninguna iguala á la de haber (antes que otra nación, después de la de Judea) recibido la doctrina evangélica. Así lo sustentó elegantemente el cardenal de Torquemada, dominico y nuestro inquisidor en España, asistiendo al Concilio de Basilea.

Porque Santiago, protomártir de los doce, antes que se dividiesen por el mundo los demás apóstoles, la predicó en ella y erigió sus primeras aras en la imperial ciudad de Zaragoza, corte de la corona de Aragón, dedicándoselas á la Emperatriz y Reina de los Angeles, por expreso mandato de su boca dulcísima, según Anastasio Antioqueno, Isidoro, Braulio, Beda, Usuardo, León III, Gregorio VII, Gelasio II, Nicolás de Lira, el famoso Tostado, Calixto II y III, San Antonino, Garibay, Zurita, Morales, Román, Genebrardo, Castillo, Blancas, Vaseo, Béuter y otros autores, nos lo afirman y escriben. Plinio comienza en su descripción general hablando de ella como de parte más principal del orbe. Y bien se deja ver que autor tan grave no así se movería sin causas que bastasen á repetir entonces su defensa, mas justamente pudiesen prevenir para ahora la portentosa majestad en que la vemos, pues prudentemente se probará que ninguna región, reino ó provincia goza de tan ilustres excelencias. De su infinito número presumo entresacar doce que sean muestra

de mi verdad y su grandeza. Ellas, en tal bosquejo, podrán calificarse, que mi pluma y talento no aspira ni se atreve mayores golfos. Diré las que ocurrieren á mi frágil memoria, ilaciones á su origen antiguo, á su defensa, riqueza y cristiandad; á su inviolable fe, valor y santidad, sabiduría, valentía, dominio, imperio y consejo; en cada cual de aquestos tributos procuraré ceñirme á un igual número. Sabida cosa es, como ya queda dicho, que fué Túbal su primer fundador, cuya corte y asiento en la región que después se llamó Lusitania, fué la famosa villa de Setúbal, erigida en su nombre, y desde quien pobló las demás provincias principales de España, que son doce: Portugal, Galicia, Vizcaya, Navarra, Aragón, Cataluña, Valencia, Andalucía, las dos Castillas, León y Extremadura, que no es menos antiguo su venerable origen.

CAPÍTULO II

Prosigue.

Ni es menos admirable la segunda excelencia, la defensa espantosa que con tolerancia increible ha hecho á doce suertes de enemigos, de quien se ha resistido en diferentes tiempos. En aquellos primeros, los tres bravos Geriones y el decantado Caco harán cierta mi empresa; como después y en éstos, los tiranos Almonidas, los

Cartagineses y Romanos, los Hunnos, Godos, Vándalos, Suevos, Burgundios, Moros, Ingleses y Franceses, que quien si quiere leer nuestras historias, verá contra estas gentes inauditas victorias.

De sus riquezas grandes, ¿quién duda que hoy gozamos con más seguridad su dulce fruto, si como se ha entendido no lo fuera en el mundo tal verdad y noticia? Pues es cierto que aun cuando se negara lo restante del orbe, España encierra en sí cuanto necesitan los hombres, sin haber menester las ayudas que ella hace á diversas provincias que se aumentan y viven con las relieves de sus frutos y metales.

De éstos hizo mención el Spíritu Santo en el primero de los *Macabeos*, donde dice que oyó Judas decir de los romanos que habían sujetado á España sus metales y riquezas preciosas. Y es certísimo que del oro que rindieron sus entrañas, de la acendrada plata que brotaron sus venas, no sólo se enriqueció Fenicia, Africa y Grecia, sino que juntamente crecieron formidables y espantosas las armas y poder de los romanos. Y así á este fin, hablando de nosotros Valerio Máximo dice, nunca advertimos la importancia de este grande tesoro, porque á entenderla, como Roma por su ayuda y favor señoreó la tierra, así España se hubiera anticipado y hecho dueño de ella y de Roma.

Pues demás de lo escrito no hay parte en sus

contornos, que son de 634 leguas, que igualmente no se muestre abundante en los frutos, próspera en las riquezas, sobrada en los metales, todo merced de sus benignas influencias, puros y saludables vientos, de su cielo y asiento felicísimo, en quien, pasando á la excelencia que le sigue para su mayor gloria, Santiago el Mayor fué el primero que en ella predicó la fe de Cristo, digna excepción en su mejor grandeza, por ser no sólo uno de los más queridos discípulos y primo suyo, sino también el protomártir del divino Colegio. Y así, á imitación de su Maestro, como él redimió el mundo y sembró su fe con doce ciscípulos, cuya predicación sonó por lo criado, así en España Santiago la dilató con otros doce, cuyos nombres y las provincias donde la promulgaron son las siguientes: San Mancio, en Alentejo y Evora; San Pedro de Ratis, en Coimbra y la Vera; San Hieroteo, en Galicia; San Saturnino, en Pamplona; en Avila, Segundo; San Eugenio, mártir, en Toledo; San Hesiquio, en Astorga; San Torcato, en Cádiz; San Eufrasio, en Andújar; en Almería, Indalecio; en Berja, Tesipho, y en Granada, Cecilio, y antes, en Zaragoza, nuesto invicto Patrón.

Después del cual, con suficiente causa en la quinta excelencia que es nuestra fe católica, podré elegir por capitán dichoso al santo Recaredo, pues este ínclito príncipe desterró la secta arriana, y resucitó en España la fe de Jesucris-

to y la perseverancia inmudable contra los errores y herejías que la han presumido inficionar, siendo sus principales soldados doce gloriosos santos que, con valor accérrimo, se pusieron en diversas edades á su contradicción. Así lo hicieron Leandro é Isidoro, Fulgencio, Florentina y la reina Teodora; Eugenio y Elifonso, San Julián de Pomaro y el famoso Domingo, cerrando aqueste número los decantados reyes Fernando é Isabel, que instituyeron la Santa Inquisición, y el milagroso Pedro Arbués de Epila, primer inquisidor de Zaragoza, á quien, en odio de la fe y por su defensa, martirizaron (casi en los tiempos de nuestros abuelos y padres) algunos extranjeros.

Y pues es el valor la excelencia sexta, califiquen con inmortales alabanzas tan anexo atributo otros doce esclarecidos príncipes, cuyo esfuerzo en la última calamidad de España fué su restauración, y sea el primero el santo rey Pelayo, que recogido en las Asturias cuando todo estaba por el suelo y nuestras cervices sometidas á un duro cautiverio, saliendo de una cueva con una muy corta compañía, restituyó á España su valor, destrozando en un punto trescientos mil moros con su capitán Abraym. No le debemos menos al primero y católico Alfonso; al ínclito Bermudo, que venció al moro de Moncayo; á don Ramiro, que nos libró del infame tributo de las Vírgenes; Ordoño, que venció á Muza en Albai-

da; á Iñigo-Arista, portento de Aragón; al glorioso y nunca asaz loado conquistador don Jaime; el magno Alfonso, que sujetó á Toledo; don Ramiro, que venció Abdurramen de Córdoba, con la muerte de seiscientos mil moros. Y, finalmente, dejando aparte el de las Navas de Tolosa, el de Algecira, los Sanchos, los Ordoños y el último Fernando, á quien ya he repetido, demos fin á este número con el primero rey de Portugal, don Alonso Enríquez; con el siempre dichoso D. Manuel, y últimamente con el prudente y sabio don Felipe II, terror universal de los infieles, que allanó los moros levantados, que ganó la batalla Naval, glorioso propugnáculo, asilo, guarda y defensa de la Iglesia católica.

CAPÍTULO III

Prosigue.

Mas, pues la santidad es su mayor excelencia, discurramos en ella, entresacando del numeroso ejército que la patrocina y ampara doce santos, que, con el famoso Hermenegildo, engrandezcan su patria, como á Huesca, el protomártir español Lorenzo; á Córdoba, Rodrigo; Justa y Rufina, á Sevilla; San Dámaso, á Madrid; Raimundo, á Barcelona; San Vicente, á Valencia; San Antonio, á Lisboa; Lamberto, á Zaragoza; á Alcalá, Justo y Pastor, y á toda España, Engra-

cia, que, con sus invencibles compañeros, santificó la corte de Aragón. No me engolfo en sus innumerables mártires, no escribo los de Mérida, los de Granada y León, los de todas las ciudades que este dichoso reino tiene por sagrarios riquísimos, por erarios famosos de sus santas cenizas, pues todo es un plantel de tal semilla, regada con su sangre y santificada con los gloriosos triunfos que alcanzaron de los idólatras gentiles, de los arrianos y moros, á quien, con generoso espíritu, venció su perseverancia católica, como también su ciencia, sus letras y doctrina.

Es esta la excelencia octava, y así aunque del sabio Alfonso sus memorables *Tablas* pudieran dar principio á otro igual número, he querido excusarle por no incurrir en general emulación de tantos doctos. Tomaré otro camino, y así, dejando entre renglones sus más claros luceros, los santos y doctores de sus iglesias y aquellos que veneró la antigüedad gentil, ilustres Sénecas, Pomponio, Silio Itálico, Marcial, Lucano, Quintiliano, Avicena, Averroes, saldré de tanta máquina diciendo doce Universidades, que entre sus más famosas resplandecen. Son éstas: Salamanca, Alcalá y Huesca; Coimbra, en Portugal; Valladolid, Toledo; Lérida, en Cataluña; Valencia, Zaragoza, Sevilla, Sigüenza y Osuna. Dejo las de Oñate y Baeza y los Estudios, Colegios y Conventos, porque si hablara de ellos, no hay

villa, no hay ciudad que no tenga uno y muchos. Y así quien esto oyere y antes hubiere leído que las provincias de Africa, parte principal de la tierra, sólo tuvieron á Medauro, ni Grecia más que á Atenas; Italia, á Bolonia y Pavía; Francia, á París y Tolosa; Flandes, á Lovaina; á Ojonia, Inglaterra, y Alemania, á Colonia, habrá de concedernos su mayor excelencia.

Y ¿quién nos negará la valentía española? ¿Quién el honor y gloria de sus temidos capitanes, de sus grandes victorias, de sus magníficas hazañas, y quién las robustas y monstruosas fuerzas con que las han alcanzado? Bien conocida es, en verdad, en cuanto mira el sol, pues ni sus rayos han hoy tocado parte en que sus hechos, sus grandezas no sean memorables y eternas; y, con todo, no pretendo excusarme sin agravio de aquellos que de presente olvida mi memoria de escribir otros doce varones invencibles, á cuyo lado sin descrédito pueda el portugués Viriato (terror de las banderas imperiales de Roma) mostrar su compañía, y así el segundo á éste sea el célebre Bernardo, el famoso Ruy-Díaz, el gran Fernán González, el venerable don Artal de Alagón, Mudarra, Sancho Ordóñez, el Gran Capitán Gonzalo Fernández de Córdoba, y sea el noveno el siempre victorioso Galeoto Bardaxí, admiración de Italia y gloria de Aragón; el ilustre portento en América don Fernando Cortés; Alfonso de Alburquerque, asombro del

Oriente, y don Fernando de Toledo, duque de Alba.

Con que cerrando dignamente el ofrecido número, podré mejor pasar á la excelencia que se sigue: al dominio de España, que, según gravísimos autores, está tan dilatado y extendido, que de Oriente á Poniente, dando el sol vuelta al círculo del orbe, siempre va caminando por tierras y provincias que le son tributarias. Porque en Europa, sujeta á Flandes, Borgoña, Milán, Nápoles, Sicilia, Cerdeña é Ibiza; Prócita, Mallorca y Menorca; y en Africa y sus costas, á Orán, Mazalquivir, Melilla, Tánger, Ceuta, Larache y la Marmora, sin la grandeza inmensa de Guinea y cuanto állí tiene Portugal adquirido. Asia le rinde populosas provincias, reinos, ciudades, innumerables islas y fortalezas; en los dos sinos Pérsico y Arábico, y las partes de Goa, Cochín, Malabar, Malaca, Filipinas, Malucas, como en todas las costas del Océano, tiene toda la América, en cuyo espacio, siendo la mitad de la tierra, nadie, ni sus grandes islas y tesoros, triunfan gloriosos más que sus castillos y leones, sus barras de Aragón, y aun estas últimas hicieron las primicias del gasto, la costa y el avío de aquellos sus primeros exploradores, del famoso Colón y sus inmortales compañeros.

CAPITULO IV

Concluye la materia.

Mas ya es justo tratemos de la excelencia de su imperio, de los ilustres y generosos príncipes que la han señoreado con este título; porque mejor en ellos, á pesar de la envidia, se conozca en el mundo la felicidad con que España ha dado en todos siglos muestra de su bondad con tales hijos; y pues los mejores que tuvo Roma fueron los suyos, justo será que en doce emperadores que ha producido España se comience por ellos. Y así debidamente, Trajano podrá ser el primero, y seguirle Teodosio, Valentiniano, Arcadio, Honorio, el segundo Teodosio y Adriano; don Alonso, el que ganó á Toledo y el Magno de su nombre, tuvieron igual título; el décimo fué electo en Alemania, y el de Aragón y de Castilla, el gran *batallador*, don Alonso, mereció tal renombre; y, últimamente, los dos caros hermanos Fernando y Carlos V; de cuyas hazañas y victorias está el orbe cubierto, por su excelente madre fueron también de España, con lo cual sólo me restará cumplir su más grave atributo y la excelencia en que más resplandece su prudencia y consejo.

Repártese éste (dejo en silencio la santidad y acuerdo de sus leyes y fueros) con gobierno político, maravilloso y ejemplar por diversos

motivos; juntas, congregaciones, cabildos, corregidores, regimientos, concejos, que reconocen sujeción en lo que toca á cada uno, á doce Consejos superiores, que son la clave, basa, fundamento y gobierno de su más dilatada monarquía. El de Estado, con poderoso luto (en cierto modo superior á las cosas) abraza lo esencial de sus acciones; mira y conserva la reputación de los reinos; como el Real de justicia la administración libre de ella. La temida y venerable Inquisición, cela y ampara, intacta y pura la santa fe católica; el Consejo de Hacienda procura sus aumentos y creces; el de Guerra consulta, premia servicios, provee atentamente expertos capitanes y los demás progresos incidentes en mejor ejecución; el de Ordenes dispone en los maestrazgos de Alcántara, Calatrava y Santiago, juzga sus dependencias; y el de Cruzada las que se ofrecen en la publicación de las Bulas, distribución de sus efectos. Todos éstos asisten en la corte y juntamente el Supremo Consejo de Aragón y de Italia, Flandes y Portugal y el Real de las Indias: sin los cuales en Valladolid y Granada, hay dos Chancillerías, en Sevilla y Galicia dos Reales Audiencias; el reino de Navarra se gobierna con otra y los de la corona de Aragón, Indias Occidentales y Orientales, con tantas tan ilustres, que cada cual forma por sí distintamente otra grandiosa corte, nueva y suprema majestad que las asiste y aprecia con mayor esplendor.

Basta el que sobra en todas á deslumbrar aqueste atrevimiento con que, acobardada mi pluma reprime su carrera y aun remite al curioso investigador de tantas excelencias á más diestros pintores. Véanse, entre los muchos que las han divulgado, á Marineo, Domingo Baltanás y Juan Vaseo; pues cualquiera de estos graves autores llenará sus deseos y suplirá mi empeño bastantemente, y si ya su opinión no les satisficiese, lean las palabras de Suetonio Tranquilo ó las del famoso historiador Justino, pues en confirmación de mi verdad el uno describe esta nación con títulos magníficos, indómita, invencible, valentísima; y aun no contento, realza su valor, su lealtad, aventajándola entre todas las gentes de la tierra; por cuya causa, Julio César, los eligió y mantuvo en su propia guarda. Y el otro, confirmando este mismo argumento, hace increible su tolerancia y sufrimiento, espantosa su fe; y su constancia tan incontrastable é innaccesible, que ni la desnudez, hambre, cansancio, ni trabajo sin número, la prevaricaron ni vencieron. Con que dignamente, ha llegado á sujetar el poder más soberbio y la emulación de tantos enemigos; predominándolos con más estimación, aplauso y honra que los Asirios, Persas, Griegos, Cartagineses y Romanos. Y así la dilación de este resumen, merece excusa, como el ceñirle en términos más breves rigurosa censura. Fuera muy digno de ella,

si tratando casos tan peregrinos, como verá el lector, no hubiera hecho de la provincia y reino que les fué madre tan corta digresión. Súplaseme su enfado, mientras con la restante diversión le pareciere digno de su perdón y aplauso. Pasando juntamente los ojos, para su mayor calificación y certeza, por estos versos del divino Claudiano, con que bastantemente, quedará satisfecho, y más gloriosas las excelencias de mi patria.

Quid dignum memorare tuis Hispania terris,
Mens humana valet, primo levat equore solem,
India, tu sessos exacta luce jugales,
Proluis, in que tuo respirant sidera fluctu
Dives equis, frugum facilis, pretiosa metallis
Principibus fæcunda piis tibis saecula dabent
Trajanum, feries, his fontibus Ælia fluxit.



El buen celo premiado.

CAPÍTULO V

Historia notable sucedida en la imperial ciudad de Zaragoza, con el origen y antigüedad de sus mayores excelencias.

En los sagrados márgenes del celebrado y famoso Ibero, y casi en la mitad de su extendida y espaciosa vega, está fundada la ciudad de Zaragoza, honor y gloria de España, cabeza imperial de la corona de Aragón y de sus poderosas provincias, reinos y condados: digo Rosellón y Cerdania, Sicilia, Hierusalem y Nápoles; Cerdeña, Ibiza, Mallorca y Menorca; y en primer grado, Aragón, Valencia y Cataluña; y en los pasados siglos, de los valientes y fidelísimos Celtíberos, colonia de romanos y Audiencia ó Chancillería predominante á los nombrados pueblos edetanos.

Según Plinio, Gauberto, Marineo Sículo y

tos, todas padecen opiniones contrarias y todas caminan en sus principios y fundación con dificultades inmensas. Y así sólo, con razón evidente, con justicia notoria, se debe á esta sola el nombre de imperial y la excelencia de augusta. Y no me atreviera yo á decir con tanta libertad verdad tan clara si el divino Isidoro, doctor de España y arzobispo de Sevilla, no me hubiera animado á confesarla; pues él (no obstante residía en una de las más amenas y populosas ciudades del mundo y á quien en parte debía afectos propios y natural inclinación), hablando de Zaragoza, testifica, con palabras expresas, ser la ciudad más ilustre y mejor de España. Si bien aún ya pudo este santo en aquella edad hablar con más razón que los antiguos, respecto de estar calificada su verdad con el mejor testigo que, después de Dios, hubo en los cielos y en la tierra. Pues la Virgen Santísima, con su dulce asistencia, con su elección divina, en cierto modo la señaló por la mejor de las Españas, cuando mandó al apóstol que la rigiese su angelical capilla, santuario famoso y no inferior á ninguno del mundo, el cual hoy hace dichosa á esta ciudad, con el erario y tesoro riquísimo de cuerpos milagrosos, mártires infinitos con que puede, sin ninguna objeción, no sólo compararse con Roma, empero afirmar con verdad que sus calles, sus plazas, están regadas con su sangre y enlosadas con sus santas cenizas.

Tan continuos han sido en ella los martirios y tan acostumbrados en todos tiempos á recibirlos sus hijos, que así en los del romano gentilismo, arrianos godos y moros berbéricos (como en el de nuestros padres le padeció el venerable Pedro Arbués, de Epila), y no muchos siglos después su natural fidelidad. Porque si el padecer inocentes es, moralmente hablando, cruel martirio, ¿quién como sus nobles ciudadanos han así, tan sin culpa, padecido terribles y arrojadas opiniones, efectos de la mala intención de algunos extranjeros que, emulando su gloria, han impiamente presumido amancillar su crédito? No es de este asunto proponer su defensa; podrá verla el curioso en la *Apología* que hice el año de 1622.

Pero, volviendo ahora á mis intentos, digo que habiéndola Octaviano ennoblecido, reedificado con las ruinas de sus grandes y antiguos edificios, porque es cierto y sin duda que para hacer la plaza de Armas y ponerla en defensa contra los inquietos y valerosos cántabros, freno á los celtíberos y astures, antes recogió su grandeza, unió sus espaciosos términos, ciñéndola y estrechándola con murallas fortísimas, que no la dilató, como otros han dicho, con las ruinas de Julia Celsa y Bílbilis. Porque ella, según mi conjetura, más tuvo necesidad entonces de estrechar su grandeza, fortaleciéndose, que de no amplificarse con ajenos despojos. A esta sazón la dió Augusto su nombre.

CAPÍTULO VI

Alléganse en confirmación de la primacía y excelencia desta ciudad diferentes razones.

No ignoro, asentado este punto, que hay quien la llame juntamente Auripa, por el oro de sus vecinos montes, minerales y río; y aun quien afirme ser ella Numancia, alegando á Pomponio y Calepino; pero no es muy fiel su inteligencia: defiende la contraria nuestro Alderete; sin embargo, que el subir los navíos desde el puerto Agaray Osoria, es tal dificultad, que no sé yo cómo puede apearse, y mayormente teniendo allí el río Duero, tan poco fondoso, que ni aun pequeñas tablas se pueden sustentar, cuanto y más naves, y habiendo más de ciento y diez leguas con rodeos inmensos y lugares innaccesibles. Todo lo cual, en confirmación de la verdad de tales autores, estaba fácil y posible en aquella ciudad, mediante la grandeza del río, el fondo caudaloso de sus aguas y la vecindad del Mediterráneo.

Mas, en efecto, quédese su certeza en opiniones, pues en unas y en otras no hay poca autoridad, y digamos lo que resta en la descripción de Zaragoza; la cual, perdida ya por los romanos, ganada por los godos y después por los africanos; libertándola de éstos el emperador don

Alonso el Batallador, puso por siglos largos su asiento y corte en ella; y de suerte continuándola sus sucesores, hasta don Fernando el Católico, en número fueron casi diecisiete los reyes que la han habitado: excelencia notable, pues no sé yo qué otra ciudad de España pueda decir igual; como también ocasión, según la real y proseguida asistencia, para la majestad, esplendor y nobleza con que la vemos hoy; y no así solamente adornada de hermosísimas calles, suntuosos palacios y edificios soberbios, sino aun de la mayor muestra de su piedad de iglesias y templos sin número; y éstos tan ricos, tan espaciosos y magníficos, que pueden en grandeza, en ostentación y arquitectura, competir con los anfiteatros de Roma y con sus memorables edificios.

No singularizo sus partes, porque sería imposible; ni menos hago mención, como debiera, de su espaciosa Lonja; de su Armería, soberbias entradas, apacibles salidas, grandiosos puentes, innumerables torres, nombrado Coso, calle en quien caben holgadamente dos ciudades de España. Ni menos emprenderá mi atrevimiento la pintura de sus admirables santuarios, su iglesia arzobispal, su hospital memorable ó aquel altar primero de la tierra, la angelical capilla de la Virgen, su imagen del Portillo, que la guarda y defiende, ó aquel templo real, sepulcro digno de la gloriosa Engracia, del divino Lamberto y otros innumerables santos; como ni será empresa de

mi talento escribir la nobleza de sus ilustres hijos, el valor y riqueza de sus ciudades, el número infinito de sus moradores, su natural circunspección y gravedad, la inmunidad de sus preeminencias, la excelencia y santidad de sus leyes y fueros; pues no es pequeña gloria poder decir que entre ellos se mira establecida doscientos años ha la Inmaculada Concepción de la Sacratísima María.

Ni tampoco los Tribunales que la gobiernan, el virrey que la asiste, el gobernador del reino, sus ilustrísimos diputados, sus dos Consejos y el, sobre todos, temido y venerado del gran Justicia, oficio no tan sólo único y singular en el mundo, sino asimismo el más santo, el más pío y digno de renombre inmortal. Pues en su corte, sin afectos humanos, está la conservación de las leyes, el remedio de los agravios y el blando y suave medio, entre la superior majestad y sus vasallos, digo entre ellos y los arrebatados ímpetus de la ira. Esta ínclita ciudad goza hoy sólo de este único bien, de este beneficio, merced de aquellos sus primeros legisladores; y ésta es quien, entre cuantas contiene nuestra España, á pesar de los tiempos, conserva hoy en sí el esplendor ilustre, la pompa ostentativa del Senado Romano, la autoridad de sus padres conscriptos, la libertad prudente de sus senadores, la madurez de sus grandes consejos; pues todo esto se mira retratado en el más pre-

eminente y autorizado oficio de esta ciudad, que es el Consistorio, en quien, por su cabeza, asisten cinco jurados, electos por extracción y suerte, no así del numeroso pueblo, sino de cierta cantidad de ciudadanos, en quien han de concurrir, no solamente muy grandes calidades, experiencia y virtud, sino asimismo lustrosas apariencias y aun particularidades exquisitas. Su hábito en las acciones públicas y el de los ministros que los acompañan y sirven, retratan vivamente al de aquellos senadores antiguos de sus ropas talares, de las insignias y vestidos de sus líctores. La asistencia de sus juntas y acuerdos es debajo un dosel, con tan grave decoro, que ninguno de cuantos les asisten propone y aconseja menos que estando en pie. Y á su jurado *in Cap.* (porque se entienda mejor la autoridad de aqueste cargo), en cualquier acto público, entradas de su rey ó de otros príncipes, nadie le precede ni iguala, porque á él solamente se le debe el de la diestra; y admiro mucho que cierto autor moderno ignorase estos términos.

Tal, pues, es la majestad de los jurados y tanta la grandeza y soberanía de sus oficios; pendiente siempre de ellos el bien común, el estado político, la conservación, hartura y abundancia de esta ciudad; á cuya descripción será bien demos justo límite, honrándola en sus mejores fines, sus más dichosos hijos, el divino Prudencio, el famoso Braulio, decantado Zurita, Blancas y el nunca

asaz loado don Antonio Agustín, sujetos tales, que cualquiera por sí basta á inmortalizarla, como también mi prometida historia, á quien concluyendo este elogio daré breve principio; si bien quiero se advierta que por justos respetos habré de bautizar de ajenos nombres sus personajes, pues aunque se note por apócrifo mi crédito, parecerá más lícito que no caer de ojos en algún precipicio. Sírvame esta salva de excusa, mientras con nuevo aliento se desempeña mi promesa.

CAPÍTULO VII

Dáse principio al cuento prometido.

CORRÍA á la misma sazón el año de 1589, cuyo invierno fué airado; y nevada, escura y fría la noche deste propio suceso. Entraba, pues, casi á la mitad della, por la calle del Coso, un hombre de camino, religioso en el hábito, aunque sin compañía, cuando al llegar al monasterio donde iba encaminado, impensada y aun temorosamente le cercaron cinco hombres, de quien, aunque al principio presumió defenderse, fué tan de repente salteado que, sin contradicción, hubo, no sin espanto, de seguir su mandado y á la voz de uno de ellos que, en mal pronunciado catalán, le ordenó se apease.

Ejecutólo al punto, y juntamente advirtiendo que sólo le pedían confesase cierto hombre que

allí cerca tenían mortalmente herido, alegre se redujo á su primer sosiego; no obstante que el temor de diferente aprieto le privó, por entonces, de mejor parecer, porque es notable el hombre que bien sabe elegirle en el impensado peligro. Así, por esta causa, atropellando inconvenientes que le vendrán muy presto, concediendo á su intento, á pocos pasos, revolviendo una esquina, algo confusamente miró en la blanca nieve, si bien ya matizada de su reciente sangre, un hombre que, con gemidos graves, se revolcaba casi en los umbrales de la misma portería del convento. Allí los cinco, que no tan solamente en el adorno de sus personas, sino en su buen olor, ponían en mayor crédito y opinión el suceso, apartándose un poco del fraile, dieron lugar á que, acercándose al herido, pudiese ministrarle aquella última y saludable medicina; si bien solicitando su breve despidiente, cuando el uno ó el otro fomentaban su priessa, ó ya temiendo ser hallados en el delito, ó ya juzgando que la noche iba con presurosos pasos acercándose al día.

Concluyóse, á su parecer, aquel artículo. Y así, viendo al fraile que se venía hacia ellos, y oyéndole decir que aquel miserable hombre había expirado en sus brazos, llegando al reconocimiento, y ciertos de su verdad, le dejaron, volviendo al convento las espaldas; donde, queriendo el religioso quedarse, asiéndose dél los dos muy fuertemente, le advirtieron que callando

prosiguiese con ellos, porque de hacer otra cosa correría semejante peligro.

Aseguráronle con aquesto la vida y juntamente la vuelta en mejor coyuntura; con que, rodeado de temores intrínsecos y con inviolable silencio, hubo de seguir su derrota, hasta que, atravesando algunas calles, salieron bien fuera del concurso del lugar, y adonde la soledad y tenebrura de la noche, acompañados del sordo rumor y embate de los vientos, acrecentaban su cuidado y afligían, con nuevas causas, su turbado espíritu. Acercábanse á unos paredones antiguos, ruinas ó vestigios desiertos de asolados jardines, adonde apartándose dos de la compañía, oyó al uno (y aun al que á él le había parecido, que como á dueño obedecían los demás) que, así hablando con el otro, decía:

—Hermano, yo me voy desangrando poco á poco; y así, antes que mi peligro se acreciente, conviene dar la vuelta á nuestra casa; haced vos, entretanto, de suerte que esta diligencia tenga el efecto que todos deseamos; pues aunque ese hombre quiera con obligación contradecirla, en parte os lo dejo, que podréis á puñaladas conseguirlo.

Y que sin alargar su plática (dicho esto, y respondido del que llamaba hermano, á su propósito) se volvía acompañado de uno de ellos, con que pasando los demás adelante, su temor y sospecha confirmada se aumentó de suerte, que

casi de turbado no acertaba á levantar los pies. En efecto, habiéndose alargado por entre la espesura de unos árboles y teniendo el lugar por oportuno, aquel que había quedado con la orden, acercándose al fraile, le dijo estas razones:

—Padre mío, bien entiendo que, sabido el intento que hasta aquí nos ha traído, ha de pareceros demasiado y aun nuestra curiosidad tan indiscreta como poco piadosa; mas, supuesta la resolución última que á nuestro dueño vistes, ni yo podré eximirme de ella, ni vos excusaros de responder á cuanto os preguntare, advirtiendo que réplica ninguna bastará á satisfacerme menos que la verdad; cuyas premisas y conjeturas fuertes traigo también reconocidas, que será por demás cualquiera prevención ó rodeo.

No le dejó proseguir oyendo su aspereza el religioso; antes (en medio de tales confusiones), alentado, le respondió:

—No sé por cierto, caballero, adónde tantas estratagemas van enderezadas, y mayormente usándose con un hombre indigno por la veneración de estos hábitos de semejante violencia. Haced, sin tenerme más atribulado, lo que os está dispuesto, que de mí yo os prometo que pudiendo satisfacer en algo á vuestro gusto, no querré ponerme ni poneros en mayor contingencia.

—Así pienso (replicó el mismo hombre) que os será más á cuento. Y porque sin dilatarlo más

salgamos uno y otro de dudas, sabed, padre, que para lo que aquí os hemos sacado no es otra cosa que á que nos reveléis sin excepción alguna la confesión que aquel herido os hizo.

Y con tanto, cesando en su abominable pregunta, dejó lo horrible y espantoso de ella tan enmudecido y acobardado á su mismo dueño, como turbado y temeroso al que le oía; cuya respuesta, después de una larga intermisión, no sin admiración de los presentes, fué bien ajena de lo que esperaba; porque sin dilatarlo más, destocándose la capilla y sombrero, que hasta entonces había tenido puesta, y descubriendo el cabello igual y sin distinción ó señal de corona, con intrépido ánimo le dijo estas palabras:

—La mayor satisfacción que puede daros mi turbada lengua es la que al presente tenéis delante; y ansí, señor, si esto no aprovechare, satisfaráos al menos saber que no sólo no soy, como habéis pensado, sacerdote, pero ni aun religioso lego. Esta transformación que véis y el valerme de ella ocasionaron no más que mis propios peligros, mi necesidad y secreto; y, sobre todo, el ampararme mejor de la justicia, de quien mal de mi grado, ando escondiendo el rostro; por lo cual, habiendo de venir de Epila esta noche, por más seguridad, previno de esta suerte mi jornada un hermano mío religioso que asiste en el convento en quien nos encontramos y adonde tengo ahora por infalible y cierto que la impensada ocasión

de verme entonces debió de animar vuestra resolución y pensamiento, si ya mejor no la juzgamos por atrevimiento detestable y horrible. Yo os confieso, al presente, que pude en los principios de esta tragedia declarar este enigma; aunque si va á decir verdad, prométoos que el temor de mi propio castigo y el verme tan de repente salteado, me privó de cualquiera razonable discurso, pues juzgándome en poder de mis enemigos ó en las manos de la justicia, más difícil empresa se me hiciera muy fácil como realmente vuestra demanda y el tenerme por confesor y sacerdote me lo pareció; no obstante (que con diferente presupuesto), con aquel infeliz hombre no me alargué á más que fingiendo confesarle piadosamente exhortarle á morir, representándole el juicio temeroso adonde tan en breve había de ser juzgado. También conozco ahora el riesgo en que he puesto mi vida con tal declaración, si ya vuestra prudencia no reprime su injusta cólera, admitiendo por disculpa á este engaño tantas razones. Pues aunque, por reservarme en ella, pudiera con palabras confusas, con discursos equívocos, fingir el cumplimiento de vuestro deseo, y disimular mi disfraz, no sólo no lo he querido, ni aun imaginado intentar, pero antes he determinado primero padecer dos mil muertes que infamar con tan notable injuria la religión y el hábito de quien, para sombra y amparo de mi vida, me he favorecido y aun la nobleza y fe de

mi nación, de quien, por las premisas que he tenido, parecéis extranjeros.

CAPÍTULO VIII

Toman los delincuentes nueva resolución, aumentando con ella sus culpas y delitos.

No pasó adelante el fingido fraile, ni aun pienso le dejaran los oyentes; antes, conociendo en la turbación que les había causado su mayor detrimento, acordó, como valiente aragonés, valerse en la defensa de tan inviolable Sacramento de más ásperos medios, que no le fueron poco necesarios, según lo que le avino. Porque vista de aquellos hombres la claridad de su satisfacción y no teniendo réplica que hacerle, brevemente discurrieron en lo que su parecer más convenía, que siempre es miserable propiedad del pecado que uno engendre y acarree otro, hasta caer en la última desesperación.

Habían éstos, cuando resolvieron su primera maldad, asegurándola, juzgando que (aunque se consiguiese) el propio daño y castigo en que incurría el religioso, revelando la confesión, ese mismo les había de salvar y guardar secreto. Y así, faltando tan cierta circunstancia, y conocida la contingencia en que su mal consejo les dejaba, justamente temiendo, tomaron ahora por

remedio otro tercero y, en su modo, tan bárbaro delito, determinándose á matar al pobre que en ninguna cosa les había ofendido. Mas la justicia de Dios, á quien ya la concurrencia y perseverancia de tales ofensas la tenía irritada, permitió que en la ejecución de ellas hallasen el castigo. No se contentaban aquellos perversos homicidas con la muerte que dejaban hecha ni con el depravado sacrilegio que intentaron; antes, frustrada su esperanza y despeñados en furiosa cólera, juntamente confirman con el último exceso su perdición, porque los cielos, cuanto parecen al castigar más remisos y tardos, tanto más suelen acrecentar el tormento y la pena.

Postrado el ánimo, entonces más se alienta y resucita (aun en los muy cobardes) cuando se ven cercados de mayores peligros. Reconoció el suyo el aparente religioso; y así, antes de verse acometido, ya él estaba, con mejor prevención, sacando un corto pistolete de la manga, defensa que él había reservado hasta el último trance. Amagos, pues, de aqueste y reparos con el manto revuelto, pudieron al principio serle alguna resistencia; mas viéndose ya rodeado por todas partes, y que ni el amenaza de aquel pequeño rayo no les templaba ó suspendía, disparándole al uno, conocieron su audacia, y el efecto derribándole muerto. La turbación que este suceso causó en los compañeros, aunque fué muy corta, todavía dió lugar á que, recibiendo algunas he-

ridas, cobrase el agresor la espada del difunto, y con ella (ayudado de Dios, que comenzaba á pagarle su buen celo) tan grande esfuerzo, que á pocos golpes le envió compañía; y queriendo envestir al último que ya volvía las espadas, reconocida su buena suerte, corrigió la venganza, y tomando su mula, con diligentes pasos dió la vuelta al convento.

Suelen la Providencia y el corazón humano tal vez hurtar su oficio á la profecía; y así, no obstante que los dos procuraron, ya con evidentes persuasiones y ya con secreta resistencia torcer aquel intento, representando el forzoso peligro en que nuestro fingido fraile se ponía, su fatal suerte atropelló tan seguros recelos, pareciéndole más acertado proseguir su viaje que dilatarle á mejor coyuntura. Y así, no reparando en que precisamente había de volver por el puesto adonde quedó aquel hombre herido ó muerto y en lo que podía en su breve ausencia haberse ofrecido; y asimismo en los indicios y bastantes muestras que iban dando su hábito y las manchas de la reciente sangre de sus heridas, atropellando por todo, apresuró la jornada, poniendo su perdición en contingencia; porque apenas atravesó dos calles que enderezaban su camino, cuando poco antes de llegar á la portería le salteó un tropel de gente, quien oyendo el rumor de las herraduras le salió al encuentro, dándose fácilmente á conocer por ministros de

justicia, de quien, con el alboroto que les había causado, lo que después sabréis, aunque los hábitos pudieran eximirle de su jurisdicción, no por eso dejó su diligencia y libertad de proponer su intento, preguntándole de qué lugar venía, por qué parte ó camino y aun qué personas en él había encontrado; todo á fin de sacar, por semejantes conjeturas, la probanza y averiguación que ya andaba haciendo acerca del herido que hemos dicho, al cual, poco después que sus homicidas se desviaron del puesto, llegó esta gente encaminada de otros nuevos y mayores indicios, sucesos de tan grave importancia como el que queda escrito.

CAPÍTULO IX

Prosigue el caso, y dícese para su mayor inteligencia el que antes de éste había pasado por aquestos ministros.

ANDABAN, pues, algunas horas antes rondando la ciudad aquellos hombres; y en aqueste ejercicio discurriendo de unas partes á otras, cuando menos pensaron dieron de ojos con una de las muchas y peregrinas aventuras á quien suele asistir el silencio, secreto y oscuridad de la noche. Digo que al emparejar de unas grandes y autorizadas casas que caían detrás de aquel convento, sintieron que desde sus altas ventanas, poco á

poco, iban descolgando unas sábanas; de cuya novedad, prometiéndose mayores lances, sin desplegar los labios esperaron su efecto, que no se dilató; antes, en un momento, sirviendo aquel débil instrumento de segura escala, vieron con varonil despejo bajar por ella una mujer; que en tocando en el suelo, fué rodeada de sus armas y luces.

No excusó el femenil sujeto la turbación que el caso requería; y aun así, aunque deseara encubrirse, le faltaron las fuerzas, con que mal de su grado, quedó patente el vergonzoso rostro, acompañado de tan peregrina hermosura, que dejó á los presentes con igual respeto y admiración; porque este don de la naturaleza, privilegio del cielo y breve tiranía, no sólo atrae y fuerza los corazones y benevolencia de los hombres, más aún, trueca en afabilidad y cortesía la más inculta y bárbara condición.

Pasósele á la dama, con el repentino sobresalto, parte de su temor, y así, más sosegada, retirando á los principales ministros á una parte, descubrió su pena, sacando entre suspiros tiernos de su pecho las siguientes razones:

—No os admire tanto mi atrevimiento, ¡oh noble gente!, cuanto os lastime el afrentoso caso en que me veo. El dueño y señor de estas casas, hombre bien conocido, aunque extranjero de esta grande ciudad y reino, es no sé si diga mi desdichado esposo, cuya ofensa, indicios de que la

haya en su mayor reputación, le ha obligado á salir esta misma noche en busca del cómplice que presume, y, según los efectos, es sospechado que á darle muerte; acompañándose, para ello, de algunos criados y deudos. Dejóme, pues, en aqueste intermedio, en el encierro y seguridad de quien, faltándome aparejo para romper sus puertas, he salido con designio y propópósito de huirle el rostro y juntamente el peligro que amenaza mi vida, la cual, con el honor, encomiendo á la obligación de vuestro oficio y proceder.

Interrumpió, llegando aquí, con lágrimas su cuento lastimoso; y los oyentes, informados de otras circunstancias convenientes y movidos de una secreta fuerza, que para provocar á misericordia más que el hombre encierra en sí cualquier mujer, con bien pensado acuerdo, dispusieron el remedio; y así resueltos, respecto de las partes y calidad de aquella dama, los unos la acompañaron hasta dejarla en seguro depósito, y los otros, parte quedaron en espera de su esposo y parte se dividieron por las vecinas calles; diligencia tan buena y acertada, que ella sola, al fin, como dispuesta de mejor providencia, los puso, en breve espacio, los delincuentes y la averiguación en su poder.

Porque los que asistían al marido, viéndole aunque mal herido, llegar á las puertas de su casa, cuando pensó que sus intentos estaban más

ocultos y celados, se apoderaron de él y juntamente de un criado, cuyos hombros, por venir desangrado, le servían de arrimo. Bien quisiera el afligido caballero disimular el caso; mas como la justicia estaba sobre aviso, ni sus razones satisficieron ni sus ruegos y promesas les obligaron. No obstante que, temiendo su vida, le dejaron con muchas y fieles guardas arrestado en su misma casa; adonde entendida la ausencia de su esposa, confiriendo por ella, su declarada y más pública afrenta, el interior tormento de tal desdicha, ayudó á sus heridas, de manera que, en pocos días, las hizo irremediables.

CAPITULO X

Declárase quién eran el caballero herido y el fingido fraile.

En el ínterin que sucedió esta prisión y mientras el criado fué llevado á la cárcel, llegando los demás, que se habían repartido por las vecinas calles, á la portería del convento, y hallando en ellos y revuelto en su sangre aquel cuerpo, queriendo, para conocerle mejor, limpiarle el rostro, en él, aunque mortal y pálido y en la honrosa señal de Calatrava, no sin general compasión, fué conocido y no menos que por uno de los más generosos y bizarros mancebos de aquella gran ciudad.

Su nombre era don Félix, y su sangre y virtud tan conocida que, no sólo causó en los circunstantes el dolor que he dicho, más aún, les fué incentivo para su castigo y venganza; y así, queriendo con nueva compañía proseguir los unos tan importante prueba y los demás en el último remedio del desdichado caballero, al ponerlo en sus hombros sintieron que, como si volviera de algún parasismo mortal, el cansado espíritu anhelaba de sí pequeñas lumbres. Con que apresurando el camino de su casa, con mejor esperanza, se le entregaron á sus deudos y criados, que no sin lágrimas y mayor alboroto le recibieron; y acudiendo al remedio de su vida, en breve término le restañaron la sangre y dispusieron otros saludables antídotos y medicinas, si bien en este tiempo no se descuidó la justicia en lo que la tocaba; antes, dejando hasta el fin del suceso en bastante guarda su persona, dividiéndose en calles y cuadrillas, procuraron rastrear los delincuentes, para cuyo efecto hacían las repreguntas que ya oisteis al disfrazado religioso; que por muy buen partido tomara, en semejante razón, hallarse muchas leguas del tal aprieto.

Y no así su recelo le salió engañoso; antes, apenas comenzó á responderles, cuando en la voz y el rostro descubierto á la luz de las linternas fué de casi todos conocido. Era, pues, este desgraciado hombre hijo de la ciudad, y, aunque algo inquieto, persona de calidad y valien-

tes manos; y de presente, habiéndose hallado en una muerte, mientras con sus deudos y hacienda se acomodaba, yendo y viniendo de Epila, en aquel disfraz, le sucedió lo que habéis oído; y últimamente el caer en las manos de la justicia, que no menos alegre con tan buena prisión, guió con él á la cárcel pública, adonde, respecto de la religión, á su instancia, le permitieron dejar los hábitos, aunque la reciente sangre de que venían manchados y las heridas que traía (sobre su principal delito) acrecentó nuevos y diferentes indicios, vehementes presunciones de que podría él haber sido alguno de los cómplices que buscaban. Con que haciéndole primero curar, acordando nueva orden, le dejaron encerrado y sin comunicación en uno de los aposentos y cámaras destinadas á semejantes cosas, adonde el pobre y desgraciado Federico (que este era su propio nombre), con tristeza entrañable, efecto de tan extraordinarias desventuras, gastó lo restante de la noche y otros dos días sin entender ni penetrar el fin de aquel encierro, ni el silencio con que, aun de los mismos que le curaban, era tratado.

CAPITULO XI

Acontecimiento notable en la reclusión de Federico.

En medio de tanto desconsuelo, la justicia divina, á cuya poderosa diestra había movido el celo y religión con que aqueste hombre aventuró su vida contra la detestable maldad que al principio oisteis, guió por sus particulares y secretos juicios, no sólo los sucesos en que estaba inocente, mas aquellos que más pudieran apretarle; de suerte que, cuando se juzgó por perdido, entonces casi llegaron amontonados el galardón, la estimación y fin de todos sus temores y trabajos; porque es oficio del cielo recompensar con beneficio y premio duplicado las obras que se hacen por su respeto.

Mas antes de tan dichoso efecto y mientras los jueces (ya con la dama que tenían en depósito, ya con el marido, preso en su misma casa y mortalmente herido, y ya con el galán don Félix en la suya, y no en menor peligro, y, finalmente, con el criado que asistía en la cárcel) iba haciendo diligente pesquisa, en una de las próximas noches de su encierro, como el dolor de las heridas y el intenso temor desvelasen al pobre Federico, estando fatigado su espíritu con varios pensamientos, sin pensar interrumpió su pena una voz lastimosa que, en medio de suspiros

tristes, se dejaba entender confusamente; con que no poco alborotado, olvidando sus fatigas, más atento aplicó los oídos y la vista á una juntura breve que en forma de resquicio hacían los ladrillos de un tabique, y por donde salía, á su parecer, aquel nuevo rumor. Y no fué en vano aquesta diligencia, pues apenas puso allí los ojos cuando en el aposento vecino miró en un pobre colchón tendido un hombre, mas tan oprimido de grillos y cadenas, que casi su pesadumbre sola le hacían inmóvil. Tenía pegada en la pared frontera una vela encendida, con cuya luz también determinó el rostro, y en él, aunque lloroso y lastimado, la poca edad del dueño, al cual, movido de su natural compasión y deseando en alguna manera consolarle, le comenzó á llamar en baja voz, diciéndole:

—Amigo y compañero de mis desdichas, cuyos trabajos bien pienso las igualan, suspended á mi ruego parte de tanta pena, porque si no es posible remediarla quejándoos, menos será acertado prevenir el dolor antes de su ejecución. Sirvan os de consuelo mis conformes cuidados, y, participando yo de los vuestros, juntamente descansarán nuestros corazones comunicándose.

Aquí, esperando la respuesta, y viendo que con igual admiración le volvía el rostro, calló Federico, y con más atención vió que, acercando al tabique mismo el fatigado cuerpo, satisfacía sus razones con la siguiente plática:

—Si en tan graves desventuras pudiera dispensarse el sentimiento, ó mitigarse al menos, estad cierto, noble y piadoso amigo, que vuestra prudente persuasión venciera su vigor ó suspendiera el temor incesable que me aflige; mas él es de tan miserable condición, que, como el más espantoso de los males, irremediablemente me tiene sin consuelo, incapaz de consejo; yo espero por instantes la muerte, y aunque será corta satisfacción de mis delitos, ellos y mi mala vida producen tan cobardes extremos, porque así como el morir es dulce y agradable á los buenos, por el contrario, para los malos es sumamente amargo y espantoso.

Suspenso dejaron á Federico tan notables razones; y aunque le pareció por demás el consolar su dueño, todavía, con nuevas réplicas, volvió á intentarlo así:

—Aunque tan justas causas como habéis referido pueden en parte atajar mi razón y aun aumentar mi pena, el deseo de divertir la vuestra habrá también de excusar mi importunación y porfía. Yo soy de parecer que afligiros con tal desconfianza no hará mejor efecto que anticipar el daño que se espera; cosa por cierto indigna de un ánimo varonil, en quien no sólo han de ser los trabajos tolerables, mas hasta el fin acompañados de constancia y firmeza. Apártese, pues, de vuestro espíritu tan miserable presupuesto; que si para facilitarlo gustáredes que con mis desdichas

os entretenga, dándome, en cambio, el alivio y consuelo de las vuestras, tendré á muy buena suerte el referirlas.

Casi ordinariamente, ó ya con el temor, ó ya con la razón, se convencen los hombres; con que no sería mucho que las de Federico obrasen en aquesta razón según su intento, como, á la fin, sucedió; pues obligado y aun reconocido el afligido preso, no sólo mostró con nuevo aliento mayor ánimo, mas deseando parecer corregido, enjugó las lágrimas; y en vez de escuchar ajenos males, como quiera que, comunicados éstos, son menores, mejoró la elección, tomando por partido el referir los suyos. Y así, apercibiéndose para contar su historia, puso al nuevo amigo en justa obligación y aun en cuidado de ensanchar el resquicio. Después de lo cual, ofreciendo atención y acomodándose según su miserable estado, uno escuchó en silencio y otro de aquesta suerte dió principio á su cuento.

CAPÍTULO XII

Cuenta el preso su vida á Federico.

AUNQUE, sin deslizarme á exornaciones y preámbulos, pudiera reducir mi promesa á mayor brevedad, dejando circunstancias, si no forzosas, no ajenas del intento, todavía (si bien á costa de mi alma) deseo tanto pagar vuestro

consuelo, que pienso referiros su pena, sin celar mi secreto muchas cosas que vergonzosamente han de aumentar mis culpas; no obstante que ya de ellas tengo por permisión del cielo (que al encubrirlas acobardo mis fuerzas) hecha bastante confesión, á quitarme la vida; cuyo fin pienso que se suspende hasta ratificarme. Con esta prevención, si ya no lástima, podréis, amigo, tener paciencia oyendo en mi discurso la mala cuenta que ha dado de sí este mísero compañero de vuestras desgracias.

Doce años podrá haber que, infelizmente, con semejante edad, salí, por muerte de mis padres, de las montañas de León, patria de muchos buenos, con que, si no se excusa, al menos se acrecienta la ingratitud infiel que me ha reducido á tales términos. Mi nombre es Fulgencio, y mi mi hacienda tan corta, que para sustentarme fué preciso doblar mi inclinación, acomodándola á servir, y en aquesta ciudad, á un caballero, de quien no sólo vine á ser su mayor privanza, mas juntamente amigo y compañero, no criado, de su único hijo, mancebo de mi tiempo, aunque de diferentes partes y virtudes.

Con éste, bien que su padre viejo enderazaba para otros fines sus acrecentamientos, cursé en la Universidad, ciñéndome al gusto de mi dueño, algunos años, en el loable ejercicio de las letras, sin que de ellas me divirtiesen el hervor de la sangre ni la inconstancia de la juventud,

cuya naturaleza, no sólo inclina á variedades y caídas, mas pronostica arrepentida y trabajosa vejez. Y si bien reconozco excepción de esta regla, no culpo, no, tan bien gastados días; lloro, sí, con razón, el haber huído sus documentos y cedido al furor de las armas la quietud de los estudios; pues quizá este desorden acarreó el presente naufragio.

Preveníase en aquesta sazón en la Coruña, en Lisboa y parte de Vizcaya la más potente armamada que han visto nuestros siglos; magnánimo y piadoso remedio del católico Felipe contra las invasiones de la India y expugnación de Inglaterra, que las fomentaba.

Alborotóse, para jornada tan bien acepta, la nobleza de España, y singularmente la de aquesta corona, entre quien, dejando este su mejor paraíso, por gusto de su padre, fué mi dueño, y yo en su compañía; y habiéndole primero hecho merced de un hábito, nos embarcamos en vasos escogidos casi veinte mil hombres de pelea, setecientas piezas de artillería, municiones, arcabuces y picas para los católicos de la isla, que en viendo las banderas de España se habían de juntar á nuestro ejército, de quien era cabeza general el duque de Medina, con quien salimos de Lisboa á los fines de Mayo, maltratando de este el mismo punto los vientos á la armada; perdiéndose primero en la costa de Bayona algunas galeras y abrasándose gran parte de la pól-

vora, rindiéndose navíos; y finalmente, faltando prevenciones que, á cargo del príncipe de Parma, dejaron en opinión su crédito.

Cesó, sin mejores efectos, jornaba tan bien prevenida, dando á España la vuelta, y en ella á algunos puertos de Galicia; en quien desembarcando, perecieron de enfermedad ocasionada del trabajo padecido en tantas borrascas y contagio de los mantenimientos, muchos soldados y personas de lustre, que aventureros habían servido á Su Majestad, no siendo mi amo y yo de los más bien parados. Si bien convalecientes, quisimos desde la Coruña volvernos á Zaragoza; y poniéndolo por la obra, á dos ó tres jornadas, una fiesta llegamos al Cebrero, al mismo punto que otros muchos de á mula, acompañando una litera; de adonde parando en la posada, salieron dos mujeres, una de anciana edad; mas la que la seguía de tan pocos años, que pienso frisaban en los quince, digno asiento de la mayor belleza de la tierra. ¡Oh, cuán bien á este atributo llamaron los gentiles mudo engaño! Porque si muchos hablando engañan, sólo la hermosura callando engaña y ciega al que la considera.

Sucedióle lo mismo á mi inconsiderado dueño, pues apenas hizo la vista objeto de sus partes, cuando abriendo por ella francas puertas al alma, sin más consideración trocó su libertad en vasallaje. Quedó como rendido, humillado y sujeto á diversos cuidados y confusiones; y así, no



sabiendo qué remedio tomarse, de mi consejo supo su nombre, su calidad y naturaleza; porque sin dificultad absolvió estas preguntas uno de sus criados.

Eran las dos señoras hija y mujer de cierto caballero de los de la jornada, que quedaba enfermo en Santiago; y con tan grande aprieto, que les convino venirle á acompañar desde Zaragoza, adonde (no se diga que para mi total perdición) tenían, como nosotros, su morada. Llamábase la hija doña Elena, y por única y sola, exageradamente querida de sus padres, cuya hacienda era tanta como su calidad.

Con tal información se resolvió mi dueño á hablarlas; y así el saber que eran de nuestra patria facilitó su intento, llegando con tan buen achaque á hacerles cortesía. Son los ricos vestidos, los adornos preciosos, el mejor sobrescrito de la persona; y más cuando con tan honrosa insignia como un hábito, las partes se aventajan y lucen. Y cayendo todo esto sobre la presencia gallarda, rostro agradable y algún conocimiento de sus padres, no hay duda sino que sería mi dueño recibido con gusto, como así sucedió, y aunque no admitidos sus ofrecimientos corteses, correspondidos con igual agasajo.

Hablaron de su tierra algunas cosas y no pocas de la infeliz jornada, procurando el nuevo enamorado, por dilatar rato de tanto gusto, introducir materias que lo alargasen; mas llegándose

la hora de comer, y poco después la de su partida, haciendo esfuerzos para acompañarlas, ellas, á su pesar, lo divirtieron; quedando tan triste y afligido, que juzgando que de su inclinación y amoroso afecto se había hecho poco caudal (y como siempre la más fiel señal de un cierto amor es comenzar temiendo y desconfiando), de tal modo estas dudas aumentaron su incendio, que olvidado del primer viaje, se dispuso á volver dando escolta á doña Elena; para lo cual, pasando aquella tarde á Villafranca, por mejor disimulo, haciendo dos esclavinas, dimos la vuelta cumpliendo votos que si en la pasada tormenta no los prometimos, no sé cómo los cielos nos sacaron á seguro puerto.

CAPÍTULO XIII

Prosigue Fulgencio el amor de su dueño y dice su suceso en Compostela.

Al fin, siguiendo la voluntad de mi amo, me acomodé á su modo, caminando, aunque á cortas jornadas, las que hasta Compostela nos quedaban, cuyo divino santuario, tercero á los mayores de la tierra, visitamos el siguiente día; siendo tanta después nuestra diligencia, que no sólo dimos con la posada de las damas, más aún, tuvimos orden para aposentarnos pared en medio.

Con semejante prevención, todas las horas que

quería ponerse delante de su dama, sobrando la ocasión, vecindad de ventanas y asistencia suya por la enfermedad y cura de su padre, fácilmente podía conseguirlo; y así fueron sinnúmero las que se ofreció á sus ojos; que al principio, si no repararon en su cuidado, la continuación de su presencia les fué poco á poco granjeando, hasta que el advertir algunas señas y el parecerla que antes le hubiese visto, la hizo que dudase curiosa en su conocimiento; y de esta duda que cayese en la cuenta, acabando de entender, entre el basto sayal de la esclavina, la causa de su peregrinación.

Mas no dudando, con la fineza de este amor, la severidad de su condición, mi amo fué perdiendo la paciencia, y al paso que su gusto y desdén le enflaquecía, iba en aumento su pasión. Mas como en las mayores resistencias se alienta y se mejora el noble espíritu, así agora el desprecio y desdén que justamente diera al traste con otra voluntad, parece que animaba la suya; con que no sólo fió atrevido su amor de la fortuna, mas puso en crédito, si ya tal vez pueden los acaecimientos dichosos subordinarse al despejo y audacia.

En fin, el tierno amante, juzgando que con la comodidad de las ventanas fácilmente, en hallándola sola, podía darla un papel, y que si ofendida le arrojase, no perdía reputación en proseguir su intento, últimamente se resolvió á

escribirla, y en tan buena ocasión, que no sólo tuvo su diligencia efecto, mas juntamente fué admitida con agradables muestras: cosa para el amante tan alegre, que puso en contingencia su buen juicio.

Decíale en el billete, entre tiernos afectos, la fuerza de su amor, la firmeza de sus perverancias, y aunque en bosquejo, asimismo mezclaba algo de sus merecimientos, parte de su calidad y mucho de sus pretensiones, hacienda y esperanzas; enderezando tales razones á que su dama tuviese de sus cosas mejor crédito y, sin indignación de sus empleos, acogiese menos esquiva á los que sólo á su honor se dedicaban. Leyó casi á sus ojos doña Elena todo el papel, y con tanto contento de mi dueño como ya habéis oído.

Mas como nuestros fáciles placeres tienen tan seguros descuentos, brevemente se halló con mayor pena y su dama con igual confusión. Porque en medio de la suspensión en que sus conceptos la tenían, sin poderlo remediar ni encubrir, la halló su madre con el hurto en las manos y al turbado galán pendiente de sus ojos.

Cuando aún los flacos principios, ó ya por razón ó causa accidental llegan á errarse, parece que aperciben iguales fines. Veréis presto en mi propia experiencia esta verdad, bien que fomentada de propias culpas, de ingratitudes, de venganzas y alevosos deseos. Cayó, pues, de improviso la basa, el fundamento de este edifi-



cio, cuyas ruinas, entre su primera esperanza, lloraba mi dueño, convertidas en cenizas y humo; retirándose, en tanto, doña Elena y su madre, la cual, si en público no hizo grandes extremos, en la clausura y encierro de su hija se mostraron mayores.

Mas, antes que paséis adelante, advertid este punto y en él la fuerza de una privación, el rigor de una voluntad oprimida y, últimamente, los efectos que de tanto cuidado, encierro y diligencia resultaron.

No desmayó el amante con tal desgracia, aunque considerada en la ocasión primera favorable, era justo temerse no disponer la fortuna del suceso por diferentes medios; porque lo que sin duda fuera sin largo trato, sin finezas muy grandes y continuos servicios imposible alcanzar, sin merecer, sin pensar, lo hizo fácil una madre indiscreta, un recato encogido y una severidad demasiada.

Mi dueño, pues, á quien las dificultades ponían mayor esfuerzo, constante en su propósito, asistió á conseguirle; viviendo con cuidado, y recogido, tanto por no causarle á doña Elena, cuanto por no ser conocido en semejante disfraz, de los muchos caballeros que acudían de la jornada. Por estas causas, lo más del día guardábamos la casa; en quien en estos intermedios y muy cerca de mi propia cama, no sin poca advertencia, en diferentes noches y horas se sentían los

pequeños golpes, dados, según mi parecer, en la pared vecina; cosa que aunque al principio no me causó novedad, su continuación y hora extraordinaria me obligó después á sospechar curioso y, juntamente, á decírselo á quien (como tan buen amante) menores circunstancias le alborotaran; y así, con vigilancia, queriendo él ásistir á ésta, sucediendo los golpes en la siguiente noche y en la misma parte, tiempo y sazón, sin más considerar (porque él ya antes tenía conjeturado por señales y muestras evidentes que aquel tabique caía al cuarto en que doña Elena posaba), prometiéndose un alegre suceso, comenzó á responder con los mismos golpes; y luego, suspendiendo la obra, á escuchar si repetían en el reclamo, como en efecto se hizo. Porque apenas aplicó los oídos, cuando en voces confusas entendió que le preguntaban si era alguno de los dos peregrinos; á que, no obstante que por entonces no se distinguía el conocimiento de la voz, con mayor alegría fué satisfecha.

Mas antes es justo que sepáis, porque no se dificulte este acaecimiento, que no sólo las casas de Santiago, empero casi todas las de Galicia, son por la mayor parte de madera; digo los traveses, divisiones, tabiques y aposentos; de los cuales era este de quien voy á hablaros y por donde, así en la presente como en otras noches, comunicó mi dueño, más bien reconocida á su dama. Y aunque á su ingenio, á su vehemente

voluntad se le debía tan discreta industria, todavía, recelosa de algún engaño, no quiso aquella primera noche alargarse á más que á pedir acomodásemos de tal suerte aquel puesto que pudiese ella vernos; pues con algunos fáciles barrenos saldría de duda y pasaría con mejor objeto. En fin, unos y otros por entonces quedamos dudosos, hasta que haciendo, según el advertencia, los barrenos, mi amo salió de confusión y aun de juicio; y doña Elena mostró, aunque vergonzosa, igual contento, y descubrióse bien en razones, como asimismo el tierno amante en sus agradecimientos humildes.

Quería ella obligarle y salir gananciosa, y así, en breves palabras, estimó su voluntad, aseguróse de su perseverancia, encareció las primicias de su recompesa, y el peligro á que se ponía, el temor y cuidado de sus padres, y últimamente, recibiéndole por suyo, puso límites á los efectos de su amor, anteponiendo su honra y la obediencia paternal. Y si bien con esto raras veces deja de atropellarle, replicando su amante, la dejó tan contenta como segura de su buen empleo.

CAPÍTLO XIV

Convalece su padre de doña Elena: vuélvense á Zaragoza, y ella tácitamente en el camino se desposa con su galán.

Por esta parte, y con el viento en popa, fué engolfándose aqueste amor recíproco; y viéndose casi todas las noches, en ellas acabaron de satisfacerse y aun encadenarse, con tan estrecho nudo, que sólo la muerte ha podido romperle.

Aquí, haciendo el afligido Fulgencio una gran suspensión, dando nuevos gemidos, interrumpió su cuento; no obstante, que la promesa hecha á Federico (dejándole aún más confuso su impulsado extremo) le forzó, reprimiendo las lágrimas, á proseguirle de esta suerte:

—No hay tan valiente antídoto contra toda aspereza como el trato y la comunicación, dulce y agradable tiranía de los corazones humanos. Esta reduce la condición más bárbara, el ánimo más entero y el deseo más esquivo; y así llano es que siendo tal su operación, mejor ahora en dos tales sujetos, en dos espíritus generosos, en una discrección apacible haría su efecto. Pues es certísimo que no pudo mi amo hallar remedio más seguro para conseguir su deseo y amartelar de veras el pecho de su dama, como la continuación de sus visitas; en cuyo término, teniéndole



la enfermedad de su padre, llegó el día de su convalecencia, y después el de volverse con igual regocijo á su natural; si bien ya entre los dos amantes tenían dispuesto, para oportuna ocasión en el camino, la mayor seguridad de sus intentos, y esto temerosos de que la condición terrible de su madre atropellase con ellos; y más si á las sospechas referidas se le juntase el entender la voluntad de su hija. Y así, para mejorar su partido y recato, mi amo, en diferente hábito, adelantaba las jornadas; ya las noches en el de mozo de espuelas, fingiéndose mi criado, esperaba solícito la ocasión; que aunque á la vez es tarda, al fin se deja hallar de quien la busca. Y así como por providencia superior iban encaminados sus fines, todas las cosas enderezadas á ellos les sucedían á propósito.

Estuvo en un lugar mitad de la jornada, como recién convaleciente, apretado su padre de doña Elena; con que la noche misma que á él llegamos, el alboroto y confusión de los criados y el nuevo afligimiento de su madre, dieron lugar á que los dos se viesen, y con tan buen espacio, que hallándonos presentes yo y otro criado de á pie que nos acompañaba, después de ternísimos abrazos, haciendo á nosotros y á los cielos testigos, se dieron fe y palabra de esposo; y con tanto, gustando doña Elena que estuviese encubierto hasta mejor coyuntura, de común acuerdo y por obviar algún inconveniente que los dañase,

se despidieron, aunque no sin lágrimas, para no verse más hasta Zaragoza, adonde en breve tiempo y más crecido gusto fuimos bien recibidos; no obstante que, á suspenderse más nuestra venida, hallara mi señor muerto á su padre.

Estaba éste cargado de vejez y de achaques, tan arraigados y poderosos, que á pocos lances le concluyeron, quedando mi dueño, aunque heredado y rico, sumamente lloroso. Con que ocupado en sus exequias y retiramiento forzoso, y aumentando su tristeza la ausencia y tardanza de su dama, se le pasaría un mes, después del cual, á ser el arco de iris de sus tormentas, llegó á esta ciudad, prosiguiéndose en ella nuestra empresa amorosa con mayor libertad. Y aunque llenos de luto y exteriores iguales, tan alegre el amante á la vista de su esposa, como ella diligente y solícita en mostrarle siempre que su celosa madre dispensaba en su rocato y guarda.

Mas duróles este pequeño alivio solamente lo que ella tardó en penetrar sus pasos; porque cuando un amor es vehemente y fiel, casi se imposibilita el encubrirle; fuera de que su mayor inquietud y nuevo desasosiego puso en los ojos de su madre la causa, y juntamente con los pasos y asistencia de su amante el autor de ella. Del cual, no obstante que dos veces tan solas le había visto, tenía con la primera sospecha tan impreso, como aborrecido y odioso en su corazón, con que creciendo agora la pasión quedó á sí



mesmo confirmada su mala voluntad. Y no así como quiera, sino con tan notable extremo y aversión que, de la propia suerte, juzgó de su persona para yerno como si realmente fuera un hombre indigno.

Decíase entonces que el ser esta señora extranjera del reino y de nación poco afecta, ocasionaba sus desprecios. De aquí nació el retirársela; bien que nunca pudo excusarse su comunicación, valiéndonos de diferentes trazas para continuarla; aunque con tales inconvenientes que, considerados muchas veces, mi dueño propuso á doña Elena el declararse, pidiéndola á sus padres. Mas ella, que interiormente sabía que intentaban casarla con un deudo cercano de su madre, quiso primero se desbaratase aquel designio que se les propusiesen sus deseos, temiendo que su declarado rencor, ayudado de la ocasión presente, los atropellaría ó pondría de peor condición; y así, esperando que el tiempo dispusiese estas cosas para mejor satisfacer su fiel amante y reconocer la dificultad de verse, acordó otra ingeniosa estratagema.

CAPÍTULO XV

Prosigue el preso su amoroso discurso y cuenta en él la traza con que llegó su efecto.

Advirtiónos, pues, doña Elena cuánto importaría al cumplimiento y fin de sus amores que mi persona, archivo entonces de ellos, procurase entrar en el servicio de sus padres; pues este pensamiento tendría efecto, ó ya valiéndose de negociaciones, ó ya de intercesión, que no se lo negasen; con lo cual, no juzgando difícil esta traza, porque ni tampoco su madre me conocía, hubo de aprobarla mi amo, y yo, aunque sentí el dejarle (por su mayor contento), me dispuse. Y fingiendo con mis compañeros y amigos diferente ocasión, valiéndonos de inteligencias poderosas, se consiguió la nuestra; y de manera que en breves días pude, no sólo contarme por criado de doña Elena, mas juntamente (á fuerza de asistencias y puntualidades) por el más confidente y querido de sus padres.

Cuando al tirar el arco pasa el pulso, sus límites ó la cuerda se desanuda y rompe, ó él, saltándose, quiebra y despedaza. Tal sucedió por la celosa guarda, por la aspereza y terrible severidad de su madre; pues llegó á apretarla de suerte que, privada, con declaradas muestras de la esperanza de sus deseos, se aumentaron sus llamas,

para que, sazonadas con tantas repugnancias, llegase más aprisa el último lance, por cuya ejecución, trazándolo ella, se dispuso mi persona que, como ladrón de casa, sin guardarse de mí, pude fácilmente meter al dueño de mis transformaciones en mi aposento; y dél, á conveniente hora, con llaves hechas de propósito, en el de su dama, con quien yo entiendo que ni él andaría corto, ni puesta en semejante aprieto ella más desdeñosa.

Ratificóse entonces la primera palabra; y, consumándola, salió en mi compañía sin ser sentido. Con esta traza, tan bien asegurada, consiguieron su gusto y prosiguieron sus deseos que, aun en su cumplimiento, anhelaban por mayor esfuerzo. Porque no la dulce posesión causa desprecios en el amante fiel; antes, gozada, crece la estimación y el conocimiento de más amables partes. Mas ¿quién pensara ahora que en tan estrechos lazos, en vínculo tan indisoluble, pudiera haber quién, sin desanudarles para su destrucción, como el magno Alejandro, le cortara por medio?

Ocasionó tan grande desventura el ausencia forzosa de mi dueño que, á precisos negocios de su religión, hubo de partir á Castilla, con gusto y beneplácito de doña Elena, cuya persona y el despidiente de sus cartas, avisos y sucesos, quedó á cargo de mi mucha diligencia. Iban las de sus padres aumentándose en aquella sazón, cuidadosos de darla estado y mayormente la compa-

ñía del pariente que he dicho. Mas como la hermosa dama estaba ya tan imposible, resistiendo, aunque humilde, ya con su corta edad ó ya con otras causas, procuraba excluirse. Pareciéronles frívolas y aparentes; y así apretaban su delicado espíritu, el cual, mientras pudo vencer al temor y amenazas, estuvo firme; mas cuando de su resolución y parecer previnieron libertades secretas, trocando neciamente su blandura en rigores, determinaron oprimirla con fuerza.

Quitáronla, en consecuencia de esto, sus galas, midieron sus pasos y acortaron su clausura y encierro; y con tan exagerada diligencia, que de ningún criado, por más familiar y confidente que fuese, llegaba por entonces á ser vista. Y, con ser tal su tratamiento y pena, pienso que aún la llevara con paciencia gustosa, si á estas desdichas no se le acrecentaran otras mayores. Culpa de su poca capacidad, pues, en tales extremos, fuera justo excusar cualquiera inconveniente.

Digo, pues, que la afligida dama, en medio de estas tribulaciones y para su mayor consuelo, reiterando una y muchas veces las cartas y billetes de su amante, recreaba el corazón doliente; y con la dulzura de sus requiebros y la discreción de sus razones, acompañaba la triste soledad de sus encierros. Y aunque, á su parecer, hacía estas muestras recatada del sol, no así lo fueron del cuidado y recelo de su madre, en cuyas manos dieron, á su pesar, estos papeles, y

juntamente el desengaño cierto de sus inobediencias. Con que no obstante que quien en ellos se escribía ó mentaba mi asistencia, mi razón que ensangrentase en algo su sospecha, todavía lo que leyó bastó á creer que aquella pretensión iba muy adelante.

¡Oh providencia inútil de este frágil sujeto! ¿No es bueno que la causa urgentísima de verdades tan claras, de tan averiguado amor y voluntad, en vez de remediar el inferido daño y de desistir de su intento, no sólo la obligó; pero, al contrario, vencida de ira, atropelló el maternal amor su propio gusto, desalentó su confianza, y, finalmente, con amenazas y obras, no sólo puso en detrimento su vida, mas lo que doña Elena sintió y aun temió mucho más, mengua en su honestidad, falta en su honra?

CAPÍTULO XVI

Presume hacer su madre en doña Elena indignas experiencias, y temiéndolas ella, se rinde á su voluntad.

HASTA aquí pudo durar la constante perseverancia de una mujer principal, en quien mayor batería hace, mayor estrago, un átomo de infamia que todos los rigores, aspereza y crueldad. Porque no la espada furiosa de Tarquino, sino el amago afrentoso de su esclavo, forzó á la castí-

sima Lucrecia. Y así, rendida de tan grave dolor y aumentándoselo con nuevas amenazas, pues aun se extendieron á intentar experiencias imprudentes en la entereza de su cuerpo; temiendo este último golpe, dió el sí forzado doña Elena, y poco después, al segundo esposo y pariente, con las diligencias necesarias y bendiciones de la Iglesia, la posesión de su persona.

Pasaron todas aquestas cosas con tanto secreto á los principios, y después (porque doña Elena no se volviese atrás) tan por la posta, que, aunque con ella avisé al ausente, cuando á toda diligencia llegó al remedio, ya su dama estaba sin él. Pagando yo, que ni tenía la culpa, ni había faltado á cosa de su gusto, el tormento rabioso de sus penas, el entrañable y nunca oído dolor, que rompió sus entrañas. Pues á la primera vista que tuvimos, discurriendo en el caso, no sólo puso falta en mi diligencia, sobra en mi olvido y obstáculo en mi fe, mas arrancando de la espada, en vez del premio merecido, por tantos servicios y trabajos, saqué de sus manos muchas heridas, y lo que más sentí, injurias indignas y afrentosas de su boca.

Convínome, por no dejar la vida, huirle el rostro; y así, llegando á mi posada y diciendo en ella otra diferente ocasión, di orden en mi cura, y no se consiguió tan fácilmente que primero no me viese en mortal peligro; y fuera de éste, en largos días de cama y convalecencia obrando en

su progreso de tal suerte la memoria de tan injusta ofensa, que no sólo no me abstuvo lealmente de tales pensamientos nuestra antigua crianza y amistad estrechísima, el pan, el sustento que, como, al fin, criado y hombre noble debiera anteponer á la injuria, sino que olvidando estas y las demás circunstancias que pudieran divertir la venganza, cerrándoles los ojos, me dispuse á ella; y con tal presupuesto, disimulando, recibí algunos recaudos, muchos dineros y mayores regalos, que ya con menos pasión me enviaba mi arrepentido y pesaroso dueño casi en todo el discurso de mis males.

La miserable vida que en estos intermedios padecía doña Elena (en quien porque no se me olvide había muerto su padre), bien claramente la mostraba su rostro, cuya hermosura, marchitada y triste, hacía públicas sus interiores penas, su forzado gusto, y, sobre todo, la aborrecible compañía de un hombre, siempre mal afecto á sus ojos; y de quien, ó su propia conciencia, ó el defecto que pudo presumir de su persona, la tenía temerosa y en continuos recelos. Y no presumo que fuera de razón; porque con desear su esposo y deudo tiernamente su agrado y sumamente su posesión desde el día que llegó á tenerla, ni el rostro se le miró contento, ni en sus afectos y razones se conoció el gusto que antes, ni menos las caricias, asistencia y amor del nuevo estado; y, en conclusión, según el tiempo lo

declaró después don Rodrigo (que tal era su nombre), tuvo más que premisas del suceso; y poco á poco, en confirmación de sus sospechas, vino á entender las que más le irritaron. Porque muchas veces con los juicios del ánimo adivinamos la suerte, donde nacen nuestros bienes ó males.

El espíritu amante de mi dueño, perdida su antigua posesión, bebía los vientos por ver y hablar á doña Elena; y ella, que no menos cautiva, dispusiera su alma á tener quien la animara, con el mismo deseo, vacilando, intentaba mil medios, que yo, por principio de mi mayor venganza, dificultaba y corregía. Mas no pudiendo, sin declada contradicción, negar en todo la inteligencia de mi ayuda, no obstante que en ella se fundó la ejecución de mi cruel deseo, propuse el tratarlo de manera que, á horas excusadas y sin sospecha, los dos amantes se hablasen muchas veces por una alta ventana, de cuyas pláticas (después de amargas lágrimas y satisfacciones sin remedio), á no prevenirla mi ingratitud y alevosía, resultara sin duda una extraordinaria resolución. Mas yo, que solamente deseaba con obstinado corazón, rabiosa venganza, atajé sus intentos divertiéndolos hasta mi conveniencia con disimulación cautelosa, que es singular destreza (permítase me culpe mi propia maldad) tener siempre cariño la traición, palabras dulces, obras enormes, seguridad matando, y promesas y disimulaciones para engañar mejor.

CAPITULO XVII

Descubre Fulgencio á don Rodrigo los amores de su dueño; trazan su venganza los dos, y concluye su cuento.

Confieso, amigo, que fuí, sobre todos los hombres, á mi buen dueño, ingrato, y que ni sus injurias, sus palabras y heridas pudieron lastimarme en la honra. Porque el señor no afrenta á su criado, y, por consiguiente, ni en mí cupo su ofensa ni en él mi venganza y satisfacción; y así, cualquier castigo, cualquiera pena, juzgo por muy igual al merecimiento de mi delito.

Este llegó, en efecto, á sazonarse y prevenirse en mi pecho de tal manera que, advertidas las sospechas y disgustos de don Rodrigo, su pesar y cuidado, hice de su favor, de su ira (al parecer justa), instrumento y cuchillo para vengarme. Y en ocasión oportuna, vendiéndome por muy su confidente y leal criado, puse en sus oídos los pasos de mi antiguo señor (y, aun antes y después del casamiento, sin tocar en cosa de mi daño), su pretensión y voluntad. No obstante que de ella, por parecerme honesta y justa á los principios y por juzgar después que con el nuevo estado cesaría, no había prevenido como al presente su prosecución y según me obligaba mi lealtad. Con lo cual, diciéndole así mesmo el

modo de sus visitas, la ventana y la hora, y ofreciendo ayudar con la vida últimamente, prometí perderla en la satisfacción de su honra, dejando, á razones tan tristes, absorto y suspendido su corazón. Mas satisfecho de mi verdad y no poco ayudado de su sospecha se alentó á la venganza, ordenándola sin mayor dilación por el camino más breve y conveniente á su honor y castigo de semejante afrenta. La cual aún vió primero, á instancia mía, con sus propios ojos; porque como los seguros amantes fiaban de los míos su secreto, fácilmente, redundando de mí, podían cogerles en el hurto, mas de otra suerte no; porque para emprenderle, las ausencias que don Rodrigo hacía de noche á la conversación ó el juego eran su razón principal, y yo, en la calle, la centinela y cierto aviso de su vuelta.

Habiendo, pues, conseguido patente el desengaño de sus celos, creció con él el sangriento ánimo, si bien cuanto á su esposa, aunque á su primera duda acreditaban semejante muestra, todavía, el parecerle conjeturas solas, no bastaban á disponer de ella; le tenía indeterminable. En fin, la siguiente noche, acompañándole su hermano y otros tres criados, puestos en diferentes sitios, esperamos el lance, de quien era mi vigilancia y orden el fundamento principal.

Llegó, pues, el descuidado galán á su acostumbrado desvelo, y debajo de mi seguro y confianza, apenas con doña Elena comenzó su pláti-

ca, cuando su esposo juntamente dió los primeros pasos de su venganza. Los cuales fueron cerrarla por de fuera el aposento adonde enajenada con su amante (digo desde sus ventanas) estaba en dulces coloquios, y luego, descendiendo la calle, en viéndole rodeado de todos, se halló embestido y aun herido de mi espada mi pobre dueño. A los principios no dejó de mostrar valiente resistencia, pues á nuestro pesar, en comparado término, fué retirándose un grandísimo espacio, hasta que finalmente acosado de tantas armas, ciego de la oscuridad y tenebrura de la noche, resbalando en la nieve que los nublados con inclemencia despedían, cayendo, perdió el sentido y juntamente las esperanzas de su defensa. Con que siendo blanco á nuestra cólera y espadas, quedó rendido y pidiendo, por últimas ansias, confesión. Mas curándonos poco de su demanda, juzgándole por muerto, nos quisimos volver, si al mismo tiempo no interrumpiera este propósito el sentir los pasos de una mula, y poco después que en ella se acercaba casi al puesto en que estábamos un religioso, cosa que inopinadamente causó en don Rodrigo notable alboroto, y no tanto por el riesgo en que estaba, cuanto porque la no pensada vista de aquel fraile indució de repente otra nueva salida, para del todo acabar con sus sospechas. Mas ella fué de suerte, que entiendo el mismo infierno no se atreviera á imaginarla.

Al fin, aunque nosotros lo ignoramos entonces, confiriendo de la nobleza de su pecho que quería hacer á su enemigo aquel beneficio, por orden y mandato suyo apeamos al fraile, y advirtiéndole el caso, no sin alguna alteración, asistió á él, confesándole; no obstante, que cuando concluído aquel acto quiso, pidiendo beneplácito despedirse y llamar en la portería de su convento, cuyo umbral ocupaba el desangrado cuerpo, entonces, sacándonos de duda, descubrió don Rodrigo su dañado propósito; pues nos le hizo sacar á más seguro puerto; y aunque sintiéndose en el camino herido mortalmente, no se halló en la ejecución, encomendándola á su hermano y á mis compañeros; arrimado á mis hombros dió la vuelta á su casa, y á mí en el camino de ella bastante parte y cuenta de su espantoso atrevimiento. Pues no era menos que, para penetrar si de la confesión de mi dueño resultaba el seguro de la ofensa que presumía en su esposa, hacer que el fraile, ó de grado ó de fuerza, la revelase.

Mas no permitió el cielo que tan grave pecado se siguiese á su primer delito, ni que uno y otro se quedase sin el castigo que todos merecíamos; porque apenas llegamos á las puertas de nuestra casa, cuando en ellas se apoderó de don Rodrigo la justicia, y á mí me trujo á estos aposentos, adonde habiendo estado tres días, que ha lo que yo sospecho, fué suspensión por mayores indicios; hoy, que es el tercero, me sacaron á un te-

meroso tribunal; en quien viéndome de una parte rodeado del verdugo cruel de mi conciencia y de otra declarándome la confesión de doña Elena, la de don Rodrigo su esposo y la del mal vendido dueño mío; en que los unos me culpaban de traidor y los otros de cómplice; y juntamente sabiendo la mejoría del uno, el depósito de la dama y peligro mortal de don Rodrigo, la muerte de su hermano y las heridas de otro criado, que así mismo con él hallaron en el campo (porque así la divina justicia por mano de aquel fraile los había castigado), y últimamente, juzgándome por causa de tan grandes desdichas, acobardado y confuso, sin esperar á que negándole pusiesen en contingencia mi vida, no sólo confesé cuanto me imputaban, mas, agravando mi culpa, la tomé tan de atrás como en la proligidad de aqueste cuento habéis oído de mi boca.

Estas fueron las últimas palabras del mísero Fulgencio, y aun el principio de su mayor confusión de Federico; pues aún no acertaban á darle las debidas gracias, ni menos el consejo que tan por la posta convenía á sus declarados delitos.

CAPÍTULO XVIII

Dáse fin á la historia, y goza Federico el premio merecido de su buen celo y religión.

SATISFECHO Federico por lo que había escuchado, de que su tragedia y aquélla eran una misma, pues el don Félix que la justicia halló fué el que en hábito de fraile él había ayudado á morir y á quien mató con el pistolete su hermano de don Rodrigo, y su criado el que también dejó herido en el campo; y cierto de que su culpa, según tales indicios, estaba bien averiguada, perdió totalmente la confianza y con ella el breve consuelo que la ignorancia de tal suceso le había causado; mas puesta en los cielos su esperanza y remedio, con ánimo constante aguardó el temeroso fin, divirtiendo la noche y hablando sobre el caso con el nuevo amigo, hasta que á las primeras horas del siguiente día, oyendo abrir la puerta, le convino callar y seguir á uno de los ministros que allí le habían encerrado.

Bien presumió que iba á la presencia de los jueces, y así, encomendándose al que lo es de todos, llegó á su tribunal. En quien haciéndole ante todas cosas cargo de su antiguo delito, se prosiguió á los indicios presentes leyendo la confesión que más le culpaba, que era la del segundo herido, con quien asimismo fué entonces carea-



do, y aun convencido en lo que traía resuelto confesar de plano; y así, sin más apremio, incitado del cielo y sin querer valerse de otros recursos y manifestaciones que pudiera, declarólas largamente cuanto en aquesta historia queda escrito, concluyendo con la exageración que merecía el honrado y piadoso celo que le movió á ponerse por la defensa de su fe, del inviolable sacramento, de su patria y nación en tan grande peligro. De que no solamente los considerados y advertidos jueces no se indignaron, mas antes con impulso particular y convencidos de otra fuerza mayor, poco á poco fué su rigor trocando en misericordia, y en muestra de su efecto mandaron le curasen é hicieren honrado tratamiento; con que alentado y lleno de alegría, remitido á más fácil prisión, quedó esperando mejorado suceso.

Mientras esto pasaba en la cárcel, lastimado de tan vergonzosas injurias, y vencido del terrible dolor de las heridas, murió el lastimado don Rodrigo; castigando los cielos en éste y los demás afrentosos golpes, no sólo su temerario y detestable intento, mas el loco rigor, la imprudencia y aprietos de su suegra. Con lo cual, desengañados los jueces, en acuerdos y consultas consideradas, mandaron hacer justicia de los dos criados; digo del que hallaron herido y del triste Fulgencio; dieron por libres á don Félix y á su dama: y en cuanto á aquella culpa, absol-

vieron á Federico, y premiando su buen celo por lo demás, fué suelto con fáciles fianzas. Determinación que entendida del pueblo, no sólo fué aplaudida de sus voces, mas aprobada con general decreto de los hombres prudentes, calificando aqueste regocijo con mayores extremos la convalecencia y salud adquirida del gallardo don Félix; y, finalmente, la revalidación de sus bodas con doña Elena.

Premio también debido á su perseverancia, cuanto indigno de habérsele por tan infelices y extraños caminos, dilatando la imprudencia y rigor de una mujer; á la cual no así término largo se le dilató su castigo; mas antes prevenido y apresurado por sus propias manos, apenas vió á don Félix en la posesión, que tanto por su parte se había contradicho, cuando, juzgándolo por su mayor desdicha, desamparó su casa, dejó su única hija y, acompañada de dos criados, tomó el camino de la ciudad de Játiva, donde era natural, y en cuyo viaje, rabiando con deseos de venganza y pidiéndola al cielo de su sangre, se le cumplió bastantemente; pues haciendo la última noche de su vida, jornada en un lugar pequeño de moriscos, hasta hoy no se ha sabido más de ella, ni su compañía; y así se cree que, por quitarla muchas y ricas joyas que llevaba, ó por el odio que aquellos pérfidos tenían á nuestra religión, ó por uno y por otro, hicieron de ella y de sus criados lo que de otros

innumerables cristianos que en tan vil hospedaje murieron á sus manos, si bien ni tampoco ellos han quedádose sin el merecido galardón, merced al cielo y al benigno y santo rey don Felipe III, que acabó de arrancar de entre nosotros tan maldita y perniciosa semilla.



El Desdén del Alameda.

CAPÍTULO XIX

Historia segunda, sucedida en Sevilla, con el antiguo origen y fundamento desta ciudad.

La ciudad de Sevilla, cabeza del Andalucía, según los mas graves autores, es una de las primeras y grandiosas poblaciones de España. Fundóla Hispalo seiscientos años después de la inundación y diluvio general del orbe; y llamóla, de su nombre, Hispalia. Siglos después vino Hércules, y como por señal y pronóstico de su magnificencia, puso en la parte donde está hoy más extendida y ampliada dos columnas; cuyos vestigios y antigüedad ilustre se conservan, con esplendor maravilloso, en su famosa Alameda. Mucho tiempo adelante, en los arruinados trofeos de esta ciudad, el siempre vencedor y primero César reedificó á Julia Romúlea. Y no obstante que Hispalia y Julia, quiere Plinio, no sean una misma cosa; por lo menos San Isidoro

lo dice así, y afirma que Julio César la pobló y dió este nombre. Y, finalmente, los árabes y moros, de quien con notables trabajos y prolijo asedio la ganó el santo rey don Fernando, la llamaron Sevilla, que en su lengua significa lo mismo que preciosa y rica.

Su asiento está en unas grandes y amenísimas llanuras, que fertilizadas con las aguas del caudaloso Betis, río por quien toda la provincia se dijo Bética, y aun la hace más apacible, alegre, y deleitosa. Tiene en solo el ámbito de sus muros y arrabales, algunos de cinco mil vecinos, entre parroquias, conventos, hospitales y casas de oración, más de trescientos edificios; digna muestra de su piedad, y riqueza incomprensible. Por esta causa, en sus actos y demostraciones, es única, es incomparable. Y así los oficios de la Semana Santa celebra, en particular, tan suntuosamente, que deja á Roma, cabeza del mundo y silla de la Iglesia, muy atrás.

Entre sus cosas notables, bien merece lugar primero su templo arzobispal, en quien está aquella torre de elevación y arquitectura memorable. Sus alcázares, ó por mejor decir, huertos pensiles, según la amenidad de sus jardines y la fragancia y artificio de sus hermosos cuadros, también pueden competir con sus mayores grandezas; aunque, no obstante, las de sus tres Audiencias y Consejos, las dignidades de Asistente, Provincial de la Hermandad, Casas de la

Contratación y Moneda, tenientes, alcaldes y ministros inferiores, jurisdicción grandíosa, edificios magníficos, lonjas y caños de Carmona. La de mayor admiración, riqueza y nombre es su Aduana, en quien cifrándose los tesoros de Oriente, sus gomas preciosísimas y la inacabable y espantosa máquina, que sin cesar, en montañas de plata, barras de oro, cochinilla, colambre y otras mercaderías inmensas, brota la extendida América; siendo de todo escala y receptáculo esta ciudad y casa, juntamente la podían bacer sin igual en la tierra, pues Venecia en Italia, Lisboa en Portugal, Alejandría en Egipto, Malaca, Goa y Cantón en el Asia, ni pueden compararsele sin grandes excepciones, ni á su caudal, tesoros y riquezas llegar en mucha parte.

De mantenimiento es abundante, y más particularmente su comarca de lindo aceite y olorosos vinos, y en general, aun en tan gran concurso, todo se vende á precio moderado; facilitándose esto más por lo entrada y comunicación del río, cuyas aguas corren con tanto fondo, que suben desde el mar quince leguas, sin riesgo alguno los bajeles. Y, finalmente, de esta insigne población salieron tres luceros de santidad y letras: San Isidoro y San Leandro, y el santo y mártir príncipe Hermenegildo, y de ella juntamente, es hoy el asunto y materia esencial de nuestra historia, cuyo principio es el que se sigue.

CAPÍTULO XX

Empieza el caso sucedido en Sevilla.

Poco más puede haber de cincuenta años que vivió en esta ciudad Claudio Irunza, hombre noble y cargador de los más opulentos y ricos que ha tenido la Europa; pues llegó el valor de su hacienda á un millón, y el de su crédito y confianza á mucho más. Este, aun pasando ya de los cuarenta, casó en Méjico con una principal mujer, hija de otro poderoso mercader vizcaíno, con quien demás de sus virtudes y hermosura, llevó en dote cien mil ducados; cosa por cierto, si no increible, digna de admiración que en hombre particular se juntase tal máquina de hacienda, y que tan á banderas desplegadas repartiese con él la inconstante fortuna de sus bienes. Pues realmente si hubiera de ellos gozado larga vida, venerable vejez, pudiéramos contarle entre los más dichosos que la fama celebra.

Mas como las riquezas temporales, los contentos mundanos, traen consigo tan amargos descuentos, raros han sido los que en ellos no hayan experimentado esta verdad. Así nuestro Claudio, reconociendo, como ahora sabréis, su inconstancia y fragilidad, casi en el fin regocijado de sus bodas, le salteó el de sus días, dejándole en catorce, que estuvo enfermo, sin ha-

cienda, sin mujer, sin criados, sin amigos y sin vida.

Ocasionóse esta última miseria de lo que con mayor razón debieran aumentarse sus alegrías; porque fué el caso que aun no siendo en Méjico pasados tres meses de su casamiento, como su esposa sintiese en la novedad de los accidentes desabridos la preñez con que en su persona poco á poco iban agravándose, entendida tan buena nueva de sus deudos y marido, queriendo celebrarla con más exageración, concertaron más grandes fiestas, de quien desgraciadamente resultó su muerte. Porque habiendo querido por honra de aquellos regocijos, que eran juego de cañas y valientes toros ser uno de los que en ellas se hallaron, el rico Claudio, no solo á despecho de su esposa no se contentó con haber andado en las cañas, mejor que su ejercicio prometía, sino que asimismo, como quien ya pretendía con semejantes actos oscurecer tales principios, se dispuso, acompañado de criados y pintados rejones, á meterse entre aquellos furiosos animales, como en efecto lo hizo; mas con tan triste suerte, que á la primera vista lloraron en él los presentes, el mismo suceso que en la plaza de Alava aconteció á don Diego de Toledo; si bien lo que en aquél fué suma desdicha, en Claudio Irunza fué poca destreza y menos experiencia; porque al meter en el toro el agudo rejón, quedó incorporado y desigual, que cuando le

quiso romper con el ímpetu y fuerza de la indomable cerviz, debiendo sacar el cuento, al diestro oído, siendo al revés, él mismo se hizo pedazos el rostro y con tan gran ruina, que ni á su golpe hicieron resistencia los cascos.

Cayó á los pies del caballo sin sentido, de adonde habiendo muerto su feroz homicida, corta venganza en tan terrible daño, levantando el desmayado cuerpo, dieron sus criados principio con sus lágrimas á las exequias que después se le hicieron; no obstante que, volviendo en su acuerdo, en el término referido de su enfermedad, haciendo testamento, dejó en él por heredero universal de sus riquezas al póstumo que vivía en las entrañas de su esposa, á quien en defecto de salir á luz, nombró también, en el mismo grado, con condición de que no se casase, y no cumpliéndola, diferentes legados y obras pías, en que se despendiese.

Quedó, con tanto, la hermosa dama casi antes viuda que casada, imposibilitada por no perder tan absoluto poderío de las segundas bodas; y así con muchas lágrimas, no del todo desconsolada, en la esperanza de sucesión, la cual cumplido el tiempo destinado, fué de una hermosa hija, con quien mitigando sentimiento de su difunto esposo, resuelta á cumplir su última voluntad, vivió contenta; y así desde á diez años, habiéndose en ellos muerto sus padres, quitados tales inconvenientes, por no faltar á tan grande

hacienda, como en Sevilla estaba, en no buena administración, haciendo barras la que en dote la cupo y la demás herencia, felizmente embarcándose, llegó con toda al famoso puerto de Sanlúcar, de donde acompañañada de amigos y deudos de su marido entró en Sevilla y en la deseada casa y familia que la esperaba.

CAPÍTULO XXI

Resiste honesta diferentes empleos la esposa del difunto Claudio y prosigue el cuento.

Aquí, pues, rica, poderosa y generalmente venerada, asistió alegre, creciendo, en tanto, al peso de sus tiernos años, la rara y peregrina belleza de su hija; cuya inestimable posesión, por tantas razones deseada y pretendida de muchos y grandes personajes, aun tan fuera de tiempo, comenzó á darla no pequeños enfados é importunaciones. Siendo también las que por su propio casamiento la hicieron, de condición tan apretada, que como, no obstante el ser moza, desease perseverar en la fe de su primer dueño, la fué fuerza, para mejor huir semejantes inquietudes, retirarse á una pequeña aldea, en quien sorda á infinitos combates, hasta que del todo se entendió su determinación casta y honrada, asistió á otros dos años de entretenida, tanto en la disposición y aumento de su grande hacienda,

cuanto en la educación, recato y virtuosas costumbres de Floriana (que este era el nombre de su hija), como la que pensaba, y no sin graves causas, que en ella se criaba digno sujeto de sus altivos y soberbios empleos.

El caballero que antes de esta ausencia, y con la mayor perseverancia, insistió más en la pretensión de esta señora viuda, fué don Pedro de Castilla, mayorazgo grandioso y nobilísimo y con quien, según se dijo entonces, estuvo muy adelante el concertarse; si bien el amor de su hermosa hija, y al considerar que no sólo la perdía en casándose, sino la posesión de tal riqueza, hubo de contrastar á sus deseos y poner en silencio tales pláticas. Aunque así mesmo, porque todo se entienda, hubo de parte de don Pedro no pocos defectos é inconvenientes que impidiesen su gusto; y no el menos advertido y considerable, el de su desvanecida y soberbia condición, con lo cual se juntaba el estar este caballero en Sevilla infamado, y no sin culpa, del implacable odio con que trataba á un hermano suyo; cosa que aunque entre particulares naciones bárbaras se acostumbre, al fin son bárbaras, al fin viven desnudas del amoroso afecto que se engendra y produce en la afinidad de la sangre. Pero entre cristianos y hombres de razón y discurso, si no es faltándoles estos atributos, júzgase por impiedad y afrenta.

Digo, pues, que teniendo este caballero un

solo hermano y hasta entonces su forzoso heredero, era tan aborrecido de sus ojos y tan mal respetado y acudido de sus obras y lengua, que no había en toda su familia y casa persona más abatida, más pobre y desheredada; y este ruin tratamiento, cayendo sobre un hombre semejante y mayormente por sus muchas gracias, gentileza y virtudes, indigno de él, vino á ser tan mal quisto y peor parecido, que no se hablaba de otro particular en Sevilla, ni menos piadosamente. Afectos y lastimados no había en toda aquella poderosa ciudad, caballero ó ciudadano, mercader ó plebeyo que, en competencia noble, no acudiese al lucimiento aumento y regalo de don Sancho (que este era el nombre del infeliz y bien afortunado caballero), dos atributos, que si no es advertido el aplauso del pueblo y, por el contrario, la absteridad y rigor de su hermano, harán repugnancia en cualquiera sujeto.

Esta mala opinión (proceder bárbaro), aun sin conocimiento del pobre que lo padecía, descompuso tanto como su honesta determinación el casamiento que don Pedro deseaba con aquesta dama. Si bien ella, aunque desengañándole claramente primero en su voluntad, como mujer discreta y prevenida, no del todo quiso perder la parte que en él tenía, ni el rendimiento y vasallaje que su alma le había hecho; antes, mostrándosele cautamente agradecida (aunque vivía satisfecha de que para su hija sobrarían mari-

dos), le hizo entender que gustaría se emplease en servirla; empeñándole así dudosa y confusamente en esperanzas que, con su continuación y largo progreso pudieran dar al traste con su rico mayorazgo, tales efectos causa una vana afición, ostentación loca y gastos desproporcionados.

CAPÍTULO XXII

Descríbense las virtudes y partes de Floriana, sírvenla en grandes fiestas y, por su recato incomparable, grangea indignamente el nombre del Desdén del Alameda.

Tendría ya en aquesta sazón la graciosa Floriana catorce años, edad tan bien lucida y empleada que, dejado aparte su peregrina y notable hermosura (dote por sí solo bastantísimo), no había gentileza, habilidad ó estudio lícito á persona semejante que no estuviese en ella muy aventajado y perfecto, y esto con tan singular extremo, que aunque con la dulce música y delicada voz enloquecía los hombres, su destreza y artificios los suspendía y asombraba, y si la agilidad, labores y bordaduras exquisitas de sus manos los admiraban, no tenían más que entender, más que desear, en cualquier festín, junta ó sarao que el honesto concurso de sus mudan-

zas y la graciosa gentileza de sus movimientos.

Sabía además no pocas letras, latinidad y retórica competente á su estado, y, sobre tantas y tan generales excelencias, siendo honestísima era igualmente un perfecto retrato de la compostura, recato y vergüenza de una doncella noble; con que no sólo tales partes la hicieron conocida por sus muchas riquezas, sino amable, estimada y más apetecida por sus heroicas virtudes.

De esta suerte comenzó el Andalucía, digo los grandes señores de ella, á moverse en competencia y emulación á tan grande pretensión, ya algunos para sí mismos y ya otros por gusto y conveniencia para sus dependientes y deudos; y no paró en tan cortos límites la fama de este lindísimo objeto, que alargándose á más, no hubo en España ciudad en quien no se mostrasen los triunfos, las victorias de su hermosura, y en fin, Sevilla, por tan honrosos huéspedes, estuvo largos días hecha grandiosa corte y divertidos sus ricos tratos en regocijos y fiestas continuadas, no habiendo en todas ellas quien á muy grandes costas de su hacienda campease con mayor demostración que el enamorado don Pedro. Porque ni vistió la hermosa Floriana color que él no luciese ni gala que hasta en la librea de sus muchos criados no se admirase, ni aun flor pintada de sus ricos tocados que no sirviese de artificioso enigma, hasta en las adargas y motivos de sus alegrías, haciendo punta en aquestos extre-

mos á los más persuadidos por su grandeza ó partes en la pretensión de su dama.

Vivía, en el ínterin que estas cosas pasaban, el pobre de su hermano miserablemente afligido y sobremanera afrentado más que nunca; porque, no obstante que siempre generalmente amado y favorecido del pueblo, en cualquier fiesta ninguno más que él se aventajase, así en caballos, galas y jaeces, como en la estimación y aplauso de sus acciones, como todo este adorno en su discrección parecía venir violento y forzado, si ya no por la voluntad, de los que largamente con él partían sus haciendas, por el vergonzoso y noble pecho con que eran admitidas, no pudo pasar más adelante en semejante vida. Y así, no sin grande nota y sentimiento de toda la ciudad, porque de toda era acariciado y bien visto, se retiró y encubrió en su casa á todas estas últimas fiestas y regocijos, en quien don Pedro, por su ausencia, fué el más lucido, aunque no el mejor mirado; porque el trato de su hermano le había puesto en aborrecimiento común de todos.

Era, fuera de aquesto, el noble don Sancho tan mirado y cortés en los respetos de su hermano, que, aunque no le movieran á ocultarse tan justos sentimientos y causas, él lo hiciera, tanto por dejarle lucir, cuanto por no ocasionarle á nuevos enfados con su presencia. Y así, aunque entendía el progreso de sus pretensiones, no sólo estaba ignorante del conocimiento y sujeto de

su hermoso dueño, mas ni aun sabía su casa, ni en dos años que duraron atravesó el Alameda, ni muchas calles de su contorno, sólo porque había oído que era en aquel comedio el barrio y morada de la hermosísima Floriana. A quien en esta sazón, por su acostumbrado recato y honesto encogimiento, atribuyéndolo sus pretendientes á desdeñoso melindre ó propia estimación, comenzaron por la cercanía á llamarla el *Desdén del Alameda;* nombre que la hizo tan conocida en el mundo, que pudiera á ser igual mi intento, dar título famoso á aquesta historia. En semejante estado estaban estas cosas, cuando á la fama de ellas llegaron á Sevilla los dos duques de Medina y Alcalá, deseosos de gozar en sus antiguas casas parte de tan crecidos regocijos. Y así nuevamente alborozados y contentos, los que los fomentaban comenzaron á disponer otros mayores.

CAPÍTULO XXIII

Prosíguense las fiestas; la absteridad y rigor que usa con don Sancho, su hermano, el hablarse los dos y su resolución.

ANDABA don Pedro con esta novedad, más que nunca divertido en sus galas, inventando libreas, y gastando con prodigalidad y grandeza; ocasión que en don Sancho, comentando sus penas, apresuró el mejor remedio y salida de ellas;

y así estimulado y persuadido, aun de los mayores amigos y confidetes de su hermano, dispuesto á irse á Flandes, trató de hablarle y de acomodarse con él, sin intervención de justicia, en el modo de sus alimentos, y del apercibirle y aviarle conforme á su calidad y persona; para lo cual el mayor estorbo que se le ofrecía era llegarle á hablar. Porque en su casa tenía mandado le impidiesen la entrada de su cuarto, y para sus intentos y pretensiones, no era á propósito remitirlo á la calle. Y como el noble mozo desease excusar violencias, hubo de procurar que el verle se guiase en buena conyuntura. Eralo muy á pedir de boca cogerle de noche en el acostumbrado paseo del Alameda, adonde en siendo tarde se apeaba á coger el fresco con sus amigos; los cuales habían de ser quien disimuladamente pusiesen á don Sancho en ocasión que á solas tratase su pretensión con don Pedro.

Efectuóse á gusto esta diligencia de los que la deseaban; porque llegando él á buen tiempo, y atravesando pláticas con su hermano, aunque se le hizo nueva y áspera tal correspondencia, temiendo dar mayor motivo á los que le acompañaban, disimuló; y sin poderlo excusar, viendo que pedía á los demás licencia para hablarle, y que todos alegres se la concedían, hubo de quedarse paseando con él, y atender, aunque á su pesar, á estas tan discretas cuanto bien comedidas razones.

—Doce años ha, hermano y señor mío, que aun sin tener yo los seis de edad, faltando nuestros padres, quedé amparado de vuestra sombra, teniéndoos, desde entonces, en el respeto y lugar que aquéllos. Y sabe Dios que en todo aqueste tiempo, deseando, sobre todas las cosas vuestro agrado, he presumido en secreto, ni en público, acción ni pensamiento que degenere de vuestra sangre, ni que me hiciese indigno de vuestra gracia; si bien no sé por qué contraria estrella mía ha muchos tiempos que estoy tan fuera de ella, que no sólo se me ha negado el alivio y consuelo de vuestra vista, pero lo que más puede causar admiración y lástima, el vestido y adorno de mi persona, y aun el pequeño y moderado alimento suyo; cosas que por ser tan inexcusables y precisas, y mayormente por no daros enfado, he procurado suplir hasta hoy afrentosamente, ó ya valiéndome de nuestros deudos ó ya de amigos mercaderes y ciudadanos que, condolidos de tanta calamidad, la han remediado. Y pongo ahora por testigo á los cielos que hiciera lo mismo en la ocasión presente, y me valiera de esta diligencia, antes que llegara á cansaros, si el natural empacho, si la vergüenza noble, que con los años y mejores discursos me han abierto los ojos, no impidieran tan poco honrosa salida. Hasta ahora parece que mi poca edad podía disculparla; pero ya que alcanzo lo mal que está á vuestra reputación, no per-

mita Dios que yo la infame ni amancille: soy vuestro hermano, hijo de unos mismos padres; ellos me dejaron hacienda y joyas, que con los alimentos de vuestra obligación, pueden sustentarme, si no en Sevilla, honradamente en Flandes, donde sus alteraciones pueden servir de empleo á los hombres de mi suerte; y así, con esta determinación, y seguro de que á pensamientos tan honrados habéis de ayudar con generoso espíritu, he querido proponéroslos, para que con mayor voluntad, pues tenéis mi hacienda, se disponga la jornada y el modo que se ha de tener en acudirme en aquellas provincias. Además, de que es muy justo que así en ellas, como en cualquiera parte, luzga en mis obras el esplendor de ser hermano vuestro y segundo de la ilustre casa de nuestros padres.

Aquí dió fin don Sancho á su breve y proporcionado discurso; y ciertamente que en cualquiera sujeto que le tuviese de hombre, lastimara y moviera á más graves efectos; no obstante que fueron bien contrarios y disformes los que en don Pedro ocasionó esta justa demanda, el cual, reventando de ira y soberbia loca, aun mucho antes que don Sancho acabara, quisiera el haberle vuelto las espaldas; y si no lo ejecutó dejándole sin respuesta, no fué por más estimación, sino por parecerle conveniente dejar decididas con su desengaño las pretensiones honradas de su pobre hermano; y así, con tal resolu-

ción, en viéndole callar, con fingida risa le respondió, como se verá en el siguiente capítulo.

CAPÍTULO XXIV

Responde ásperamente, á su hermano, don Pedro, y él, irritado justamente, satisface su injuria.

No sé para qué ha sido cansarme, dijo don Pedro, con tan estudiada arenga, ni apartarme de la conversación de mis amigos, á oir tanta necedad; pues con un memorial que se me diera se hubiera excusado mi enfado, y vos tuviérades satisfacción bastante. Don Sancho, que queráis ó no emplearos en Flandes, sirviendo al rey ó en vuestros pasatiempos; ni que por mi reputación estiméis vuestros lucimientos, ni que por la misma causa procuréis excusar favores y ayudas poco honrosas, en mí, de todo aquesto he hecho siempre tan corta reflexión, que pienso que hasta ahora no me ha quitado el sueño, cuanto y más reparado en que vuestras desórdenes y bajezas puedan oscurecer mi estimación. Pero dejando esto á una parte, lo que yo sé deciros al presente es que nunca los hermanos segundos que tienen la mucha honra que vos blasonáis, pretenden de sus mayores licencias tan costosas ni gastos tan fuera de propósito; antes, deseando como nobles y honrados que en ellos



resplandezca la grandeza de sus progenitores y cabeza de su casa y linaje, ó procuran ejecutando lo que vos proponéis aliviarles de carga, ó profesan alegres tomando el hábito de alguna religión.

Mas intentar lo que en vos reconozco, pedir hacienda, importunar por joyas ó enflaquecer con alimentos el mayorazgo, es muy contrario de estos justos propósitos y muy ajeno, de lo que, viéndome embarazado en tan altas pretensiones y gastos, debiera esperar de vuestra obligación. Mas no sin causa, no sin particular misterio ha puesto el cielo en mi alma tan grande austeridad y contradicción á vuestras cosas, pues es llano, es certísimo, que á haber en ese pecho sangre de mi difunto padre, ni en mí faltara el natural afecto que os repugna, ni en vos el miramiento que en tales casos os obligara á ser mi hermano, y no mi mayor émulo.

Con esto, sin esperar otra réplica, volvió don Pedro furioso las espaldas. Y sin duda dejara interrumpida la proposición de su afligido hermano, si él, con desacostumbrada alteración de tal respuesta, y más de las finales razones de ella, no le tuviera de la capa: acción con que la soberanía de don Pedro, poniéndose en más cólera, acabó de reventar, brotando el veneno de sus entrañas entre afrentosas injurias: repitiendo sin término ni juicio aquella última y vil resolución de que no era hijo de su padre, sino exceso afren-

toso de su honrado lecho. Soltóle, oyendo tan infames, tan nefandas razones, el pacientísimo mancebo, mas no con el sufrimiento y cordura que hasta entonces había mostrado, porque antes fué tan implacable la ira y furor, que de él se apoderó, luego que oyó repetir mancillas, tan indignas y afrentosas, y que sus blanduras y humildades hubiesen alentado tan grave atrevimiento, que sin más esperar, ciego y loco con pasiones tan justas, volviéndose á don Pedro, empuñada la espada, en alta voz le dijo:

—Ea, pues, infame caballero; yo soy contento de no ser vuestro hermano, y pues, al paso que me libráis de tan justos respetos, me obligáis juntamente á la defensa de mi honrada madre, callad la lengua y aventajad los brazos, en tanto que os la cortan mis manos, si bien será venganza poca, respecto de la injuria.

Y repitiendo aquesto, en un instante, aunque al principio don Pedro intentó defenderse con libertades y palabras viles y después, apretado, con sus armas, siendo todo corta defensa, cubierto de su sangre, y casi hecho pedazos por las muchas heridas, se halló en un punto sin sentido en el suelo.

Habían, cuando los dos hermanos comenzaron su plática, apartándose sin sentir tan á lo largo de la demás compañía, que casi este impensado accidente les vino á hallar por lo más alto y superior del Alameda, y gran trecho apartado de

sus árboles; y con todo esto, no faltó alguna gente que, al ruido de las espadas y confusos gemidos de don Pedro, no acudiesen volando; haciendo igual diligencia sus amigos, aunque unos y otros tan tarde, que ya estaba dispuesto el mal recaudo, y don Sancho, rompiendo por los ministros de justicia, que nunca faltan en tales ocasiones, ya en parte con algunas espaldas, y ya dándole lado, no hubiese en un momento desaparecídose.

Y fué el caso que cogiendo la primera calle, hallando á pocos pasos abierta la puerta de una grandiosa casa, arrojándose en ella y cerrándola con una fuerte aldaba, sin ser de nadie visto, aseguró algún tanto su temor; del cual, regido, pareciéndole que el ruido y concurso de la calle era todo en su busca y seguimiento, sin reparar en lo que hacía, viendo una pequeña luz al fin del zaguán, guió hacia ella; y hallando un cancel abierto, se entró en la primera cuadra, en quien durmiendo y en mortal descuido, miró una esclava encima de unos cajones, cosa que le hizo presumir aguardaba gente de fuera; con que alentando el paso, sin más considerarlo, de un aposento en otro, y de una sala en otra, y sin ser sentido de algunas personas, que á la confusa luz que entraba de la luna, por unas altas rejas, vió en diferentes lechos reposando, vino á dar con su cuerpo en unos largos y espaciosos corredores, y de ellos en otro rico cuarto, y sin com-

paración más adornado con preciosas colgaduras y diferentes arreos. Del cual (cosa que espanta, siendo de noche y con tan breve luz), salió á una galería cubierta de tanto oro, así de los marcos de diversas pinturas, como de los follajes y mazonería de sus bóvedas, que no echó menos á los rayos del sol.

CAPÍTULO XXV

Admirables sucesos de don Sancho huyendo de la justicia.

ESTABA toda la galería á concertados trechos, llena de ventanaje, que caía á un ameno jardín. Corrióla don Sancho brevemente, admirado tanto de su gracioso adorno, cuanto de ver que en la pared frontera de una puerta se divisaba un resquicio de luz; con que perdido ya aquel temor primero, no parando hasta ella, apenas la tocó, cuando abriéndola, se halló en una cuadra cuya riqueza y curiosidad, siendo admirable, interrumpió algún tanto el verse en un instante salteado y hecho salteador de la más notable aventura que hasta entonces vieron sus ojos. ¿Quién le dijera á aqueste caballero que en una noche tan rigurosa y llena de peligros para su vida hallara tales desenfados y alientos? Por cierto, los acaecimientos de los hombres son notables, y la Providencia superior que los gobierna, asom-



bro digno de toda reverencia y estimación. Veráse cuerdamente este infalibre efecto, antes que demos fin á nuestra historia.

Y así, volviéndonos á ella, digo que aún no había don Sancho puesto los turbados pies en aquel aposento, cuando impensadamente se vió ofuscado y casi sumergido entre los blandos rayos de unos divinos ojos; y esto, con tanta fuerza y enajenación, que en buen espacio no pudo discernir en que realmente, la verdadera luz que alumbraba aquel puesto era una blanca vela, que en un candelero de plata, bufete de lo mismo, daba alma á un libro en quien leía aquel objeto hermoso que le tenía suspendido. El cual, viendo tan temeroso acaecimiento, queriendo dar voces, á la primera despertó á don Sancho que, reconociendo su peligro si aquel ángel alborotaba la casa (que hasta entonces aún dudaba fuese mujer mortal), acercándose al precioso lecho en que estaba acostada, procuró suspender su temor, asegurándola como mejor el suyo le dió lugar; si bien importara poco esta diligencia, si abriendo más los ojos no reparara el daño y acudiera con descorteses muestras y amenazas al remedio; con que la triste dama, eclipsado el más hermoso rostro que miraron mortales, estando casi muerta, hubo de reprimir su voz, comenzando, viéndose en tal aprieto, un muy amargo llanto, que enterneciendo nuevamente el pecho de don Sancho, no excusó el mitigarle, satisfaciéndolo con

decir en forma siguiente el origen y causa que le había traído.

—Mucho siento, señora mía, y tanto como el peligro que á vuestra casa y á daros este enojo me redujo, la pasión con que os miro y considero por tantos caminos temerosa de ver, y con razón, hombre no conocido y á semejantes horas en tal puesto; mas el aprieto y riesgo de mi vida, y la natural defensa suya, me obligó á que, viniendo huyendo de quien deseaba quitármela, y hallando esta casa abierta, me valiese de su sombra para mi receptáculo y custodia; con que de un aposento y cuarto en otro, he llegado hasta aquí, anhelando siempre por quien pusiese con seguridad y salida secreta, límite á mis cuidados; y nunca he descubierto, hasta ver este milagroso portento, persona á quien recomendar mi necesidad y aflicción, y así, piadosamente, pudiendo darles el remedio que pido, os suplico por su ejecución, pues seguramente podréis creer que ni mis riesgos han buscado otra cosa, ni el noble ser que tengo, aunque vos lo ignoréis, me la permitirá emprender.

Había estado el tiempo que duró esta breve plática considerando, aunque temerosa, la gentil dama, el rostro grave, la persona bizarra y la compostura y discreción de aquel hombre que la estaba hablando; y pareciéndole no haber visto en sus pocos años tan grande perfección, poco á poco, haciendo juntamente sus partes la blan-



dura de sus razones, la piedad de sus ruegos, fué perdiendo el medroso desvelo. Y resolviéndose á favorecerle, sacándole del presente peligro, con mejor semblante le respondió que ella le pondría en salvo; y que mientras para hacerlo se vestía, descansase consolado de haber llegado á casa, que por dos ó tres puertas podían darle el seguro que buscaba.

Serían en este tiempo las doce de la noche; y así, al dejar de maitines, tirando las cortinas á su cama, brevemente salió vestida de un faldellín francés, ropa de levantar, y uno y otro de precioso tabí; que no poco aumentaban sus visos y reflejos á la secreta fuerza de los hermosos ojos de su dueño; cuyo talle bizarro, aunque al parecer de no dieciséis años, era sumamente gentil. Abrió con esto otra segunda puerta de su cuadra, y siendo guía á don Sancho, bajando un caracol, dieron en el jardín que arriba dije, cuya fragancia, tanto con las sombras y bosquejos que de sus cuadros, cenadores, altas paredes y doradas rejas descubrió la luna, dejaron al mancebo en larga admiración; mas sacóle de ella al ver que, acercándose á una puerta que á su parecer y según el desaliento que traía saldría al campo, siendo la verdad que no correspondía sino á la Alameda, aunque á distante sitio del de su pendencia, llamándole la dama, le decía advirtiese el gran alboroto que sonaba, quizá efectos de su misma ocasión; y que

así le parecía suspendiese el propósito hasta más sosegarse. Obedeció don Sancho este consejo, y juntamente la siguió á un hermoso cenador, adonde sentándose los dos, á ruego de tal huésped, porque ya con menos miedo le miraba, contó sin nombrar los sujetos, digo á sí y á su hermano, todo el suceso referido.

CAPÍTULO XXVI

Degenera don Sancho en su proceder noble, y con violencia goza de la ocasión.

No excuso en aquesta sazón el suspender mi historia á una breve consideración, pues es sin duda que, á no dejar diferidas las muchas que pueden ofrecerse, fuera poner en contigencia la verdad y no facilitar sus repugnancias; porque realmente no dejara de parecer terrible confianza ó suma libertad la que contemplo en esta hermosa dama, de quien, si ya por los requisitos, grandezas y esplendor con que la he pintado, queda desvanecido el último defecto, todavía el primero arguye poco juicio y menos experiencia, pues le fuera más fácil, á no ser esto así, el llamar á su gente y hacer poner en cobro aquel hombre, que animarse á ejecutarlo por sí sola, con tan disculpable materia á cualquiera exceso.

Esta objeción, á mi ver no pequeña, ha suspendido muchas veces la pluma, hasta que más

atento di en la excusa que más verdaderamente pudo favorecerle; porque es creible que la afligida dama, viéndose en tales términos, consideró profundamente que del llamar sus padres ó criados venía á incurrir en una irremediable y evidente sospecha y, por el consiguiente, en el daño mayor que podía temerse; porque es el caso certísimo que hallando en su aposento hombre de tales prendas, ni su honestidad dejara de quedar en opiniones, ni su fama en terrible detrimento; y así, con más prudencia que prometían sus pocos años, eligió el menor riesgo, fiándose de aquél que por el mismo suyo había de callar cualquier fracaso, antes que de los muchos criados, que á sus voces era fuerza acudiesen; además que tampoco don Sancho, temiendo su peligro, se lo permitiría ni excusara el estar muy sobre aviso; con que ciertamente ella, según el estado presente, había elegido buena resolución, si como en este caballero resplandecían muchas y grandes excelencias, hubiera la abstinencia y castidad sido de semejante número.

Mas porque se conozca lo flaco y débil de nuestra ruin naturaleza y cuán poco debe nadie fiarse de su esfuerzo sin ayuda y favor del cielo, por más ajustado que nos parezca, y de más perfecciones y virtudes, diré de éste, á quien con general estimación y aplauso daba Sevilla el título de mayores requisitos, teniéndole por espejo de su juventud, por ejemplar virtuoso de sus cos-

tumbres, la facilidad de su caída, el defecto que ocultaba en su pecho y la ruina que causó su inconstancia; pues cuando más pudiera lamentar su peligro, así precipitado y ciego se dejaba despeñar en otros nuevos y en su tanto mayores.

Lloró tierna y amargamente la verdad de su costosa experiencia la hermosa dama, de cuya vista, rendido torpemente, apenas acabó de contarla su historia, cuando valiéndose de la ocasión que más debiera agradecer, atrevido y descompuesto, la dejó sin honra. Cosa que no sé cómo en medio de tan grandes y cuidadosos temores pudo emprender un hombre de razón. Ello, en fin, pasó así, quedando en el de su lascivo intento la forzada señora desmayada, y él tan arrepentido y afrentado (efecto de su yerro y pecado), que sin tener ánimo ni cara, para esperar las quejas lastimosas, que el caso prometía, subiendo de una reja á las almenas del jardín, á todo riesgo de matarse ó dar con la justicia, se dejó derrumbar; y en cogiendo el suelo, sin atender á tomar siquiera alguna muestra, por señas de la casa, en quien había ejecutado semejante destrozo, se metió en la ciudad atravesando calles y cruzando plazas; y librándole su fortuna de tantos como le buscaban, llegó en salvo á la puerta de dos grandes amigos suyos, mercaderes flamencos, y hermanos de los más poderosos y ricos de Sevilla, adonde, habiéndole sus criados

conocido, y siendo avisados, salieron á recibirle con entrañable amor.

Contóles brevemente su desgracia, y como entendía quedaba en ella muerto su hermano, y juntamente les pidió le amparasen; razón que, sin encarecimiento, estimaron en más que el mayor acrecentamiento de sus tratos y hacienda; y así, sin temor de su daño, gratos á la elección y confianza, desde luego encargaron la importancia de tal secreto á la familia, y agasajando al huésped, le hicieron cenar y reposar hasta el siguiente día, que con disimulación y cordura, hechos exploradores del suceso y estado de don Pedro, entendieron que él aún no había vuelto en su acuerdo, y que las justicias de la Audiencia y Asistente buscaban al matador, con tanta diligencia que, tomadas las puertas, los pasos, los caminos, no dejaban piedra ni sepulcro, ataúd ni bóveda, cuyos huesos no revolviesen, ni secreto lugar, iglesia y convento, que una y muchas veces no trastornasen é inquiriesen, sin perdonar las casas de sus deudos, amigos y allegados. Los pregones eran temerosos, las amenazas terribles; y en fin, todo era rigor, todo apercibimientos y cuidados; si bien en sus nobles pechos antes aumentaron con esto nuevos deseos de acudir á su huésped, favoreciéndole ó muriendo en la empresa; y realmente ellos anduvieron tan generosos en el discurso de la determinación como vísteis, y tanto, que á no tener yo larga

experiencia del aliento y despejo con que emprenden semejantes acciones los nobles de aquella belicosa nación, dudara de escribir la que tenemos entre manos.

CAPÍTULO XXVII

Los dos amigos, amparando á don Sancho, facilitan su fuga, mientras su hermano vuelve de las heridas en su acuerdo.

FINALMENTE, aunque por el desasosiego de don Sancho quisieron encubrirle tan graves prevenciones, no pudieron, viéndole que importuno deseaba salirse luego de Sevilla; y así, advertidas tales dificultades, hubo de reprimirse y dejarse gobernar de sus buenos amigos, á quienes, muy puesto en razón damos tan honroso título; pues considerada la ocasión en que se mostraba, á cualquiera menos, si no en quilates, hiciera, como dicen, temblar la barba.

Era don Pedro de Castilla, como habéis entendido, uno de los grandes y calificados caballeros del Andalucía; y esto, junto con el riquísimo mayorazgo de que era dueño, no obstante su condición soberbia, le tenía puesto en estimación y predicamento grandísimo: además, que aunque toda la ciudad disculpaba á don Sancho, cierta (aun ignorándose lo secreto del caso) de que hubiese indigna y afrentosamente sido irritado á

semejante exceso; como quiera que la justicia tiene obligación á proceder por diferentes términos, y puesto en sus procesos y preámbulos sonaba el matar un hermano á otro fea y detestablemente, y más por materias de hacienda, es sin duda que á caer en sus manos, la cabeza del reo corriera notable riesgo.

Estaba aún hasta entonces don Pedro sin sentido, acribillado con horribles heridas, desangrado y en evidente peligro de morirse; porque aunque sus amigos le acudieron con priesa, como todo fué tarde, ni el restañarle brevemente la sangre que perdía por tantas bocas, fué parte á que dejase de verse casi en los umbrales de la muerte; aunque siendo el cielo servido de que al segundo día volviese en todo su acuerdo, las esperanzas de su hermano se mejoraron; y aun las diligencias y prevenciones de la justicia hicieron pausa; y así, en sabiéndose esta buena nueva, se acudió á su declaración; porque hasta aquel punto, con su desfallecimiento, todo fué á ciegas y por congeturas en lo escrito. Hízola el herido don Pedro verdadera y fiel; y si fué á su pesar, cierto sería temer á estrecha cuenta que según el peligro le estaba amenazando; y así tomando fuerzas el crédito y opinión de su hermano, y en breves días asegurado de sus nobles amigos, y llevando adelante el presupuesto que tan gran quiebra había ocasionado, se embarcó en una urca flamenca, con tal dispuesto avío, que ni sus

padres, viviendo, se le ordenara más rico y regalado.

Hiciéronle bizarros vestidos, plumas vistosas, galas de soldado y costosa ropa blanca; y juntamente le dieron quinientos escudos y letras para que sus agentes le acudiesen al mes con otros cincuenta; y con tanto y cartas importantes á sus deudos y amigos, le enviaron á Anvers; con que no sé yo adonde más pudo alargarse el ánimo el extremo de unos hombres particulares, de dos hermanos y amigos verdaderos. No pienso que estos tales se hallaran hoy en el mundo; y aun sospecho que entonces se inclinasen tan fuertemente menos que compelidos de alguna favorable simpatía que desde este punto mostró piadosa su invencible poder en cuantas acciones, pasos y movimientos ejecutó don Sancho; el cual, puesto ya en aquellas provincias, á pocos días su generoso y gallardo espíritu se hizo bien conocer, así de los naturales como de la milicia belicosa, que á la sombra del excelente duque de Alba contrastaba la fuerza de los alterados países.

CAPÍTULO XXVIII

Gran valor de don Sancho en los Países Bajos; favorécele el Duque, y por honrarle le vuelve á enviar á España, en tanto que en Sevilla corren varios sucesos.

MOSTRÓSE tan cortés, tan llano y socorrido el valiente andaluz, que no había en el ejército príncipe ni señor que no le honrase, ni soldado de estimación que no se preciase de su lado y posada. Llegó ésta á noticia del Duque; y como la virtud del ánimo no puede largo tiempo encubrirse, así deseando en don Sancho salir á luz en las primeras ocasiones que le empleó, que fué la toma de Mons de Henao, en sus asaltos, arrastrando una pica, la enarboló el primero, á pesar del contrario, en sus mismas almenas; y prosiguiendo tan honrados principios, después, en diferentes trances, hizo igual experiencia, y en la famosa rota que se dió al enemigo, prendiendo á su general Mos de Genlis, él fué quien, aclamando la victoria, anticipó el suceso, y quien, mediante su esfuerzo y valentía en aquel memorable Esguazo de Targoes, singular ejemplar para el de Cirquizca, dió á España honor eterno y á lo restante de la tierra, con semejante hazaña, admiración y espanto. Y éste fué, así mesmo, quien en singulares y peligrosos desafíos por la preeminencia y

honra de su nación, saliendo victorioso, la dejó en iguales respectos y opinión que el portugués Viriato; y, últimamente, él fué quien y por quien los ejércitos del Duque, vivían quietos, pues en la variedad de sus compuestos fué siempre la absolución de sus duelos y dudas, el montante de sus pendencias, amparo de sus riesgos, remedio de sus necesidades y el amigo y compañero de todos.

Con que no solamente vino á hacerse amable y famoso en aquellos países, sino en toda España, adonde habiendo llegado por diferentes medios al Consejo de Guerra sus servicios, y por el consiguiente á los oídos y noticias de aquel potentísimo príncipe y monarca Felipe II, prudente apreciador de tales méritos, deseó mucho verle y remunerarle según su grandeza, y así lo dió á entender, remitiéndole por su medio del Duque un hábito de Santiago, ventaja y conducta de caballos; en cuyo ministerio, habiendo servido algunos años, no con menor aplauso, antes con nuevos casos y dichosos sucesos, aumentó su opinión, y el amor y agasajo del excelente Duque. De manera que, sabiendo el deseo y gusto de S. M., con el primero aviso conveniente á su calidad, se le envió á España, en quien, y particularmente en Sevilla, estaba su fama extendidísima; porque los dos amigos flamencos, con quien siempre fué su correspondencia y amistad en aumento, no dejaban perder lance ni suerte con

que no aplaudiese la ciudad, y que con ella no se engrandeciese y alegrase dándoles el pláceme; no obstante que para don Pedro, su hermano, que ya estaba sano de las heridas, aunque con sus cicatrices y costuras, manco y disforme, eran semejantes nuevas mortales flechas que atravesaban su alma.

Había el odio y rencor envejecido con su acaecimiento, y juntamente con el dolor continuo, que cada día, mirándose al espejo, le refrescaban las señales del rostro, endurecídose en su alma de suerte, que ningunos respetos bastaran á reconciliarle con don Sancho. El cual también, por su parte, aumentando esta pena, con poderes que remitió á sus dos amigos, había fomentado el pleito de la hacienda, que le tenía usurpada, y de los alimentos pretendidos; y aun tan bien defendido que, diligenciándolo con larga mano tales agentes, y por otra parte cartas y favores del Duque, y sobre todo su justicia, tuvo tan buen efecto que, en todas instancias, condenaron á don Pedro en la restitución de frutos y réditos de lo uno y en mil y quinientos ducados de alimentos, con que se fué allegando tan gran suma, que le fué bien preciso, para su recompensa, estrecharse en sus gastos, y aun deshacerse de sus mejores joyas y preseas; porque, obstinado y terco, no quiso que de mano de su hermano se le hiciese en la paga la mucha comodidad, que le ofrecieron los dos amigos.

Con esto don Sancho se vino á hallar con más de treinta mil ducados, y sus alimentos, gajes y hábito. Y don Pedro, lleno de mil ponzoñas, y aunque empeñado, contento en parte por ver que su casamiento, por tantos años pretendido y deseado, andaba ya en términos de concluirse. Había en tal particular corrido con diferentes rumbos y accidentes; ya unas veces con próspera fortuna, y ya otras con tormentas y borrascas deshechas.

CAPÍTULO XXIX

Prosigue en sus empleos don Pedro de Castilla, y en el interin vuelve á Sevilla por mandado del rey su mismo hermano.

Díjose, casi generalmente, en Sevilla que á la honesta y hermosísima Floriana, desde la noche que don Pedro fué herido no se le miró el rostro alegre; y inquiriendo motivos, unos juzgaban su tristeza respecto de las defectuosas cicatrices, y otros por la ruinada mengua de su empleo. Y si va á decir verdad, de la ocasión redundaban sus mayores sentimientos, y con tan grande extremo (bien que guiados por desiguales y secretos caminos), que no queriendo admitir ninguno de los muchos y aventajados casamientos que se le proponían, los más de ellos, perdida la esperanza y ofendidos de su ingratitud, desistiendo en su pre-

tensión, dejaron perseverante en ella á su primero amante, con quien, aunque naturalmente le aborrecía su afligida madre á falta de buenos, hubo de ponérsele en plática.

Sentía entrañablemente la noble viuda considerar su hermosa hija en edad de veinticinco años, y que aun en ellos su abstera y desdeñosa presunción la hubiesen puesto en término incasable, y por la misma causa, despintándosele graves y altos sujetos, que á haberlos ella apetecido, lo menos fuera tener entonces un título su casa; y además de esto, conociendo sus resoluciones y tristezas continuas, no tenía por buen medio apretarla ni persuadirla con mayores violencias, juzgando que, si las emprendía, se le metería en algún convento, como diversas veces había intentádolo con que perdida la esperanza de sucesión en su casa y herencia, no sólo contaba por perdida la grandiosa hacienda, sino por desvanecido y desechado el fruto que por tantos tiempos había sido de todos los suyos deseado. Tales y tan justos temores la traían cuidadosa, y no sin alguna sospecha de que, según lo que se decía del sentimiento de las heridas de don Pedro, hubiese la antigüedad y continuación de sus porfías hecho en su hija algún aficionado efecto; y así, sin curarse de las grandezas á que siempre aspiró, deseaba ahora que ella se declarase y que don Pedro no se arrepintiese.

En tales términos andaban estas cosas, al



tiempo que don Sancho, honrado de los grandes de España y al lado de algunos que por su mucho valor le acompañaron, entró á besar la mano á S. M.; de cuya real presencia agradablemente recibido, salió con una encomienda de tres mil ducados. Díjose que con alguna singularidad había admirado la valiente persona de don Sancho, con que bastó á extenderse, aun hasta Flandes, aquel grave concepto; tanto era poderosa cualquiera acción ó movimiento de este príncipe, el cual, no contento con mercedes semejantes, habiendo de enviar á Sevilla un personaje de su casa que fomentase el efecto de cierto servicio, que así aquella como las demás ciudades de sus reinos le habían concedido en forma de donativo para los gastos de sus continuas guerras; sabiendo cuán bien quisto y mirado era don Sancho en ella, le mandó proponer su voluntad y el servicio que recibiría, siendo él quien lo dispusiese; cosa que estimó el buen caballero, como era justo. Y así, alegre, obedeciendo al punto, tan sólo replicó el inconveniente que de las heridas de su hermano y del caer con él en otros mayores podía recrecerse, para que S. M., informándose de la verdad y circunstancias del suceso, pusiere en ello el medio que fuese servido. Hízolo como se le pedía el prudente príncipe, y enterado bastantemente, aun con la noticia del caso, honró más á don Sancho; y no sólo mandó escribir á las justicias, sino que asimismo le dió su real cédu-

la de amparo y seguro; y aunque, según su arriesgado espíritu, de esta segunda diligencia juzgó don Sancho poca necesidad, todavía conociendo el gusto de su rey, le estimó por favor notable. Y con tanto, sabiéndose su ida, generalmente regocijada previno la ciudad ó su mayor parte un gran recibimiento; de suerte, que á la entrada no quedó caballero, mercader ni oficial que no le acompañase y aplaudiese hasta su posada, que fué la misma de los nobles flamencos, sus amigos, adonde aderezada suntuosamente, fué aposentado; y con tanta mayor grandeza, que la pudiera ser en todo el reino; porque, además de la inestimable y preciosa voluntad con que era admitido, el poder y riqueza de los dos hermanos era el más cierto crédito de la Europa. En fin, don Sancho, tomando desde luego con fervor particular el beneplácito de aquel magnífico ayuntamiento, dió principio al intento para que le enviaban; y prosiguiendo en él con prudencia y cordura, no sólo granjeó los ánimos á cumplir la promesa ofrecida, sino que por su amor y respeto la adelantaron á porfía; y de suerte, que S. M. se tuvo por tan bien servido, cuando lo entendió, que le mandó dar buen acostamiento y acrecentar los gajes y ventajas.

CAPÍTULO XXX

Diversos regocijos festejando á don Sancho, y el suceso que en uno de ellos tuvo.

LAS fiestas que en este ínterin le hacía Sevilla eran por otra parte tan continuas y alegres, que pocos días se pasaban sin que, ó ya en una plaza, ó ya otra, se corriesen toros ó dispusiesen diferentes regocijos; entre los cuales sus dos caros amigos, no queriendo en alguna demostración quedar cortos, trazaron á su usanza un alegre festín, en quien hallándose particularmente lo mejor de su nación, no quedó dama en Sevilla de calidad y cuenta, que ya de embozo ó descubierta, no le honrasen con su presencia.

Hubo en él notables aventuras, ingeniosas letras, invenciones y máscaras; y, sobre todo, un hermoso teatro, infinito de bizarros embozos, que sin dejar los mantos y el secreto, danzaron admirablemente, sacando muchas veces el gallardo huéspede, digo, á don Sancho, blanco y fin de esta fiesta; el cual hizo en tal noche igual muestra de sus gracias y gentileza.

Entre las damas que danzaron con él, dos solas fueron las que, aventajando á las demás, pudiera su despejo dar envidia al sol mismo, si bien la una no admitió igualdad, porque en los circunstantes no hubo quien le negase el premio

justo y victoria conocida. De esta dama, pagándose mucho el galán don Sancho, con singular afecto, procuró conocerla, aunque de aquel deseo y afición le libró fácilmente uno de sus amigos, diciéndole cómo era la hermosísima Floriana, y hablándole más claro, el famoso *Desdén del Alameda,* sujeto que, según estaba público, sería muy presto esposa de su hermano, cosa que escandalizó en oyéndola á don Sancho, de suerte, que aun con hacer encima de su cuerpo mil cruces, no le parecía bastante muestra para el sentimiento de su breve deseo; tanto estimó siempre á su hermano, que ni con tales rompimientos perdió un punto el decoro á su obligación. Empero sacóle de aquesta suspensión el ver que la otra dama, que había danzado con él, habiéndosele acercado disimuladamente, brindaba con sus hermosos ojos y alguna inclinación su voluntad, con que no rehusando el envite, en honesta conversación y plática, gastaron lo que duró el sarao, en cuyos fines, dejando concertado verse otro día en parte más segura, despiéndose alegres y quizá alguno de los dos engañado, se fueron á descansar á sus posadas.

Háseme olvidado advertiros cómo el agraviado don Pedro, sin tratar de otra cosa que de su casamiento, el cual andaba en términos de concluirse, estuvo retirado en su casa, sin parecer ni ser visto fuera de ella, todo el tiempo que á su aborrecido hermano festejaba y aplaudía aquella

opulentísima ciudad; con que entendido su encogimiento, por don Sancho, noble y generosamente afligido, fué aprisa previniendo su jornada y aun muchos días antes de lo que tenía pensado, y uno de éstos, que fué el siguiente al del festín que he dicho, estándola tratando y disponiendo, siendo ya después de comer, entró un paje que le traía un papel, que sin quererle decir su dueño viendo que esperaba respuesta, sin apretarle más, para dársela, abriéndole, leyó en él las razones siguientes:

«Si la ocasión de anoche fuera más á propósito, procurara hablaros muy despacio, porque esto ha muchos días que lo deseo; mas consolándome con tan breve remedio, su ejecución remito á las últimas horas de esta tarde, en quien os suplico, que solo me esperéis junto á San Diego, á donde en tan buenas soledades seré puntualmente en un coche con vos; y porque de vuestra fama y valor puedo prometerme mayores empresas, no os encarezco cumpláis mi voluntad, seguro de que la debéis mayor merced. Dios os guarde.»

Muy alegre acabó de leer este billete don Sancho, y presumiendo al punto que, según el concierto, era de aquella dama con quien quedó aplazado, despidió el mensajero, diciéndole que cumpliría sin duda la salida y el modo con que se le ordenaba; y así, no discurriendo más en el caso, apretando la fiesta, se retiró á dormir.

CAPÍTULO XXXI

Véese don Sancho en un grave peligro, de quien con su valor y el de unas damas, se halla impensadamente socorrido.

Aun no del todo iba el sol de caída, cuando pareciéndole hora para lo prometido, subiendo en un gentil caballo, á pocas calles mandó volver don Sancho á sus criados, y quedándose con un solo lacayo, en llegando á la puerta de Jerez se apeó; y mandándole que allí le asistiese, pasó adelante, hasta el mismo convento de San Diego; si bien en todos sus contornos ni aun en aquel extendido campo descubrió coche alguno; con que pareciéndole que había acudido algo temprano, comenzó á pasearse con determinación de esperar fielmente hasta la noche. Mas á pocos pasos, casi en un mismo punto, vió asomar hacia la puerta de Jerez un coche de cuatro caballos, acompañado de cuatro ó seis criados y gentileshombres, que con su vista templaron el contento, que si viniera sin ellos le aumentara; y por las tapias y huerta de San Diego otros cuatro robustos mancebos, que poco á poco, acercándose á él (que de lo que sucedió estaba bien ajeno), en llegando á postura, sin hablarle palabra, sacando las espadas, le embistieron, y con tan grandes ímpetus que, á no haberlo con hombre tan expe-

rimentado en tales refriegas, fuera cierto el llevársele en los primeros golpes. Más halláronle, aunque descuidado, tan en sí que, como si estuviera prevenido, cual otro Alcides, se revolvió entre todos; pero sin duda alguna su esfuerzo y ánimo suplieran mal el impensado aprieto, porque, además de hallarse muy desnudo, los que le acometían venían tan bien armados y seguros como el hecho pedía; y así, abriéndose de pechos, hacían el caso de sus puntas, que si tuvieran una trinchera delante.

Ya él en este medio, conociendo la evidencia del daño, á fuerza de destreza sustentaba la vida, aunque no sin algunas heridas; bien que no corrían poco riesgo sus contrarios, porque dedeseando él vengar su muerte, arrojándose en ellos, tenía ya el uno atravesada la garganta y tendido en el suelo; con que apretado rabiosamente de los compañeros, viéndose en la última perdición, hubo de retirarse á las cercanas tapias, y asegurando en ellas las espaldas, pudo sostener su final gemido algún pequeño espacio; que éste fué el que tardó en acercarse al coche y ser reconocido de dos damas tapadas que venían en él; las cuales, advertido su aprieto, con turbación notable y mayores voces, mandaron á sus criados que le favoreciesen. Hiciéronlo así en un punto, porque además de ser seis eran todos hombres de vergüenza y respeto. Ayuda tan milagrosa como bien necesaria, y conocióse presto, pues á peque-

ños lances desistieron los contrarios de su empresa, y tan mal parados y heridos, que los dos corrieron en los mismos términos que el quedaba agonizando.

No hay encarecimiento que signifique bastantemente el agradecimiento de don Sancho; y así, aunque mal herido, reconociendo la parte de adonde le viniera el socorro, no paró hasta tocar los estribos de su coche, en quien halló dos mujeres, como he dicho, tapadas, que viéndole tal y casi desangrándose, con mayor sentimiento que él creía, le forzaron á que entrase en él; y así, tanto por verse ir desmayado, cuanto por el riesgo que podía acarrearle el hombre que quedaba muriéndose, sin esperar á oir de su boca la ocasión de su alevosía, juzgando que sin duda la dama del concierto y billete la hubiera fomentado, y aun pasándole por el pensamiento que fuese la misma que burló la noche funeral de su desgracia, teniendo en más haberse librado, obedeció á las que entonces debía tan buena suerte; aunque tan flaco y sin alientos respecto de la sangre vertida, que al arrojarse en el estribo juntamente se quedó desmayado en el regazo de las piadosas damas.

Las cuales, con nuevo sentimiento y lástimas, mandaron que por la puerta de Carmona diesen á toda prisa vuelta á la ciudad, como, en fin, se dispuso, y con tal brevedad, que con hallarse bien lejos de su casa, antes de anochecer estaban

en ella; don Sancho curado y restañada la sangre, aunque á poco rato, volviendo en sí, no sin grande admiración se halló en un precioso lecho rodeado de venerables dueñas y aun de hermosas doncellas; no obstante que á las que le trujeron á semejante albergue no le pareció, según las señas, que estuvieran en toda la cuadra. Con que, extrañando á las damas, preguntó por ellas, y juntamente quiso saber adónde se hallaba y si sus huéspedes y amigos habían sido avisados de su desgracia. Mas como á nada de esto para responderle tuviesen licencia, viéndole que, muy penado, insistía en ello y que por entonces no convenía decírselo, poco á poco se fueron levantando, y dejándole solo y con tan grave confusión y desasosiego, que, si hallara sus ropas, infaliblemente se vistiera y saliera de dudas.

Empero, con todo esto, más se le pasaron de dos horas que saliese de ellas, gastando aquel espacio en discurrir, pensar y maquinar sobre el negocio que tenía entre manos, haciendo, con su indisposición y melancolía, discursos tan desvanecidos y tristes, que el mejor fué juzgarse por vendido; y así, ó ya presumía que las damas del coche fuesen las mismas del billete, y quien sacándole con su traza al matadero, viéndole en él defender su cabeza, trocando la hoja habían asegurado su castigo con el segundo engaño trayéndole á aquel puesto para mejor vengarse, ó que si este disparate, mal pensado, no fuese él,

sin duda, estaba en poder de don Pedro, su hermano y enemigo mortal; y así, viendo que la noche se alargaba, volviendo al tema de querer vestirse, con nueva furia se levantó del lecho y no dejó en todo el aposento lugar alguno que buscando sus vestidos y espada no trastornase; hasta que oyendo de la parte de afuera el ruido que sobre aquesto hacía, ó que quizá de intento esperasen aquel punto, ó que por otra causa lo hubiesen dilatado, abriendo con ruido una pequeña puerta, recogiéndose á su cama don Sancho vió que por ella entraba una mujer en cuerpo, de hasta veinticinco años, pero tan hermosa y gentil, que aunque él en tan diferentes provincias había visto sujetos bizarrísimos, todos respecto del presente le parecieron bosquejo ó negras sombras; con que suspenso á tan peregrina vista, retratado en sus ojos, esperó lo que, acercándose á su lecho, le decía.

CAPÍTULO XXXII

Dícese quién era aquella dama, y hallándose don Sancho lleno de obligaciones, goza mejor fortuna y nuevo estado.

Traía la graciosa dama vestidos solamente los últimos arreos, digo, pretina y faldellín de una tela tan rica, que sólo sus reflejos pudieran dar luces á la cuadra; el tiempo era verano, la

hora muy cerca de media noche, y así el venir tan ligera se pudo atribuir á estas razones; si bien no entendiendo el herido en tales circunstancias, más sosegado recorría su memoria; y atentamente mirando aquel divino rostro (aunque como entre sueños), se le antojaba haberlo otra vez visto.

En este pensamiento sumergido, le cogió la dulce voz de aquella dama, que con halagüeño semblante, y no sin alguna vergüenza y turbación, le preguntaba cómo se sentía; á que sacando esfuerzo de flaqueza, le respondió don Sancho de aquesta suerte:

—Aunque mis heridas fueran más peligrosas, no es posible que amparado de tal sujeto deje su dueño de recobrar muy presto la salud perdida; y así, hermosa señora, si el haber conocido vuestra piedad puede excusar en mí nuevos atrevimientos, encarecidamente os suplico me digáis en qué prisión estoy ó quién es el peregrino alcaide que me guarda; porque si, como sospecho, es el que miro, inmortales quisiera fueran estas heridas, pues alargándose su cura, juntamente se dilatara mi cautiverio y el gusto inestimable de vuestra compañía.

—No encarecéis cobarde (respondió la bizarra dama) vuestros pensamientos, si como sabéis digerillos con palabras, igualárades á su ejecución con las obras. Mas ya es propia galanería de los hombres prometer grandes cosas á las pobres



mujeres, y cumplir después lo que frisa mejor con sus deseos y aun con sus torpezas y apetitos. Yo estoy, señor don Sancho, muy desengañada en lenguaje y lisonjas semejantes; y así también podréis vos excusarlas, creyéndome por cierto, que á no temer lo que menos deseo, que es algún accidente en vuestra salud, que no excusara el absolver vuestras preguntas fácilmente; porque no obstante que lo apresure vuestro mal conocimiento, en fin, conmigo puede más el cuidado que he dicho y la cura de que por ahora tanto necesitáis.

—No ha de ser eso la causa (replicó el sospechoso caballero) para que por más tiempo me permitáis estar confuso; porque ni el achaque presente es inconveniente que importe á un hombre que ha pasado por otros innumerables y semejantes peligros, ni mi paciencia y sufrimiento podrá más tolerarse sin precipitarme primero por aquesas ventanas: fuera de que os aseguro y certifico que ni aun caerse sobre mí aquesta casa me ocasionara mayor turbación y disgusto que negarme lo que os he suplicado, y vos debéis hacer por no ponerme en desiguales riesgos.

De esta suerte, alterado replicaba don Sancho, cuando sentándose la dama encima de su lecho, advirtiendo con su sospecha tan terribles razones, sin poder resistirlo, comenzó, si no á verter menudo aljófar de sus ojos, al menos un líquido cristal en vez de lágrimas; de cuya no-

vedad más admirado, queriendo proseguir menos colérico, le suspendió el ver que la llorosa dama, envueltas entre ardientes suspiros, pronunciaba estas dulces razones:

—¿Es posible, amado señor mío, que así tan por la posta, como ahora reconozco en vuestro olvido, pasaron en ese noble pecho los sucesos amargos, que ya tuvisteis en esta triste casa; y es posible que con tanta crueldad os hayáis persuadido á despedir del corazón, del alma, una mujer que en esta misma cuadra, en este mismo lecho, no ha diez años, que hallasteis descuidada del miserable fin que halló su honra entre esos brazos? ¿Y es posible, señor, que así los caballeros tratan tales mujeres, y que sin acuerdo de vuestra obligación hayáis dejádome llegar á aquestos términos de tristeza y edad, sin gusto, sin consuelo, y sobre todo sin remedio é incasable, siendo yo aquel sujeto quien para su esposa pretendïeron tan grandes personajes, tantos títulos nobles y tantos poderosos caballeros? ¿Cómo, y que esto permitan los cielos que nos oyen, y el más cortés y virtuoso de los hombres, y que en tan largo llanto, á tan continuas lástimas y ruegos, no se hayan condolido los unos ni enternecido los otros? Compadézcanse, pues, en esta alegre noche, alegre porque os gozan estos ojos, de quien, aunque forzada, sois el dueño. Cesen, pues, mis desdichas; suéldense ya mis males y miserias: para vos me eligió el cielo, para

vos ha guardado la más espantosa máquina de hacienda que hasta hoy vió la Europa; gozadla, pues, querido señor mío; despendan mis riquezas esas manos, sírvan os de esplendor, después de tantas fatigas; y si ya mi triste desventura, mi contraria suerte á tan fuertes razones, á obligaciones tales cerrasen por mi mal esos oídos, rendida estoy á vuestros pies; vuestro gusto obedezco, vuestro gusto adoro, y cumpliréle con acabar llorando la necia confianza que hice de vuestra fe, el crédito que di á vuestras palabras y la piedad que, por salvaros, usé tan á costa de mi honra. Mas si esto así queréis, si esto os parece justo, al menos, señor mío, no quede así la hacienda de mis padres; no quede, no, ya que yo me he perdido, al albedrío de mis deudos, á la distribución de albaceas; tratar siquiera de que este retrato vuestro (y aquí sin pasar adelante, levantándose y llegando á la puerta por donde había entrado, volvió, trayendo un ángel de la mano, un hermoso rapaz de hasta diez años, y prosiguió su razón tornando á repetir): que este retrato vuestro, este consuelo único de mi alma, quede de puerta en puerta. Vuestro y mío es, noble don Sancho; esta prenda tan sola me dejasteis alimentada con mi sangre, criada entre mis lágrimas y gemidos; pagadme en remediarle, como os pido, los trabajos que padecí tantos tiempos, encubriéndole y recatándole de mi madre y criados; las ansias y congojas con que

siempre en su lecho pasé por el mismo temor, los mortales dolores y la incomodidad con que en tan tiernos años le saqué á luz; y finalmente, en la afrenta y vergüenza del descubrir mi falta y el trabajo, traza y cautela con que, fingiendo nos le habían echado á la puerta, dispuse su crianza, su regalo y educación en mi propia casa. Grandes son estas causas, grandes vuestras obligaciones, no indigno mi sujeto, ni mi calidad y bienes de fortuna, desestimables; consideradlo bien, don Sancho mío; pensad cosas tan arduas esta noche; quizá algún astro feliz inclinará á mi amparo vuestra voluntad.

CAPÍTULO XXXIII

Prosigue el suceso y absuélvense las dudas y suspensión pasada.

A estas razones últimas llegaba vertiendo espesas lágrimas la hermosa dama acompañada con igual sentimiento del ángel bello que sacó por padrino, cuando el noble caballero, como quien despierta de un pesado letargo, despidiendo del alma tantas dudas y mayores congojas, quedó tal cual podéis ponderar; oyendo tales cosas, mirando tales prendas, y reconociendo la verdad, el suceso, su culpa y obligación; con lo cual, cubriéndosele el cuerpo de un sudor frío, el alma de opresiones y verdades y el rostro de



tiernas lágrimas, sin poder hacer menos, forzado por infinitos modos, obligado por tantos caminos y contento con tan extrañas dichas, abrió los brazos, recogió madre y hijo, llamó esposa á su dama, dió nombre de padre á su retrato mismo y, finalmente, sin interrumpir tanta gloria, sin dilatar su justa satisfacción, hizo llamar á algunos criados, y en su presencia, y en la de su madre, que ya oyendo el suceso (que ella había así dispuesto) llegaba á abrazar el nuevo yerno, dió la mano de esposo á su hermosa hija; y con ella principió el regocijo y fiestas de su casa y familia; de quien luego entendió, como su esposa era, no menos que el forzoso heredero del riquísimo Claudio, la hermosísima Floriana, el famoso *Desdén del Alameda*, el engaño amoroso de su hermano don Pedro, la que él forzó la noche de sus heridas; y últimamente, la mujer más perfecta, más rica y virtuosa de la mitad del orbe; con que satisfecho del todo, quedó loco de gusto, admirado del suceso y sobremanera glorioso de haber puesto con él un firme clavo á la inconstante rueda.

Y ciertamente don Sancho podía, con justísimas causas, tenerse por dichoso; porque no sé yo quién será el ciego y falto de discurso que así no lo confiese, ponderando el fracaso de aquella triste noche, el hallar la puerta abierta para tan gran ventura, la impensada fuerza, el rigor de la justicia, la piedad de los amigos, la buena

suerte de los países, la merced de su rey, el amor de sus naturales, el socorro de tan grave traición, sus inopinadas heridas y la cura y servicio que para ellas tuvo y, últimamente, el impensado fin y paradero de su carrera. ¿Quién, pues, será en esta ocasión el atrevido que dé al soberbio don Pedro, al que tenía por acabadas sus pretensiones, al que con tantos años de servicios y gastos increibles se juzgaba por digno de mayores empresas, aquesta triste nueva, aquesta impensada salida y la última resolución y desengaño de su amor? Ciertamente, que aunque él no merece ninguna lástima, no puedo excusarla en mi pecho; mas tales disposiciones y rodeos son secretos juicios de Dios, á quien hemos de venerar y no inquirir.

Don Pedro, persuadido á que Floriana le quería, juzgaba esta falsa sospecha por certísima, trayendo á la memoria el sentimiento que hizo por tan largos días cuando fué herido; mas ahora entendido este caso, ¡oh cuán burlado se hallaría, porque lo cierto fué que la triste señora entonces lloraba su desdicha y encubría su preñez! Y como ésta empezó la noche de sus heridas y duró lo necesario y forzoso, engañó con iguales apariencias tan locas esperanzas; y así, despreciando tales casamientos con ansia de su madre y pena propia, dió lugar que mientras ella libraba en solo Dios el remedio de su perdida honra, atribuyendo su tristeza á presunción

su absteridad y suspensión, otros intentos vanos creciese el título de desdeñosa, y las quejas de sus pretendientes, y amantes, si bien en tantos tiempos nunca su madre presumió la causa, pues de haberla entendido, llano es que en estos días últimos no intentara, aunque á mas no poder, el casarla con su cuñado, y así es certísimo que hasta la noche del festín que Floriana reconoció á don Sancho, y aun danzó con él, el volver á su casa con tan grave y repentino alboroto y algunos congojosos desmayos, la hicieron juzgar su última hora, y juntamente por cosa necesaria el dar cuenta á su madre del suceso; con que no desconfiándola antes como mujer prudente asegurando su perdida esperanza, la hizo no sólo recobrar el sosiego, más aún, dispuso el acuerdo de hablarle, y trazó para ello el billete y recaudo que habéis oído; porque la verdad fué que Floriana le escribió, y no las otras damas que él esperaba; las cuales, quizá en saliendo del sarao, no se acordaran más de su concierto, ni aun de que tal hombre estuviese en el mundo. En fin, todas aquestas cosas entendió don Sancho tan alegre y gustoso con su nuevo estado, cuanto alentado y fuerte en sus heridas; tanto puede un súbito contento un no esperado bien.

CAPITULO XXXIV

Despósase don Sancho; búscale la justicia; quieren hacerla en don Pedro; socórrele su hermano, y tiene fin la historia.

En medio de este gusto, ó, por mejor decir, en sus principios, apenas rayaba el sol los chapiteles y balcones dorados de Floriana, cuando llamando con grandes golpes á sus puertas, entendida la causa, fué avisado de que el Asistente mismo, acompañado de otros caballeros y muchos ministros de justicia, preguntaban por él; y así, aunque presumió luego lo que era, no dándosele mucho, hizo que les saliesen á recibir; y finalmente, en viéndose, el uno salió de cuidado (porque el Asistente, respecto de la recomendación de S. M., le tenía grandísimo), y el otro entró en otros en su tanto mayores. Admiróle, y no poco, el hallarlo en tal casa; porque, aunque traía barruntos y premisas de ello por haber entendídose el socorro y ayuda que le dieron sus dueños, así con sus criados como con su carroza, nunca se persuadió á qué habría sido para más que ponerle en cobro, y así su diligencia más era á informase de él que á buscarle en tal parte. Mas cuando, enterado en todo el caso, miró á don Sancho como á dueño absoluto de la hermosa Floriana, no pudo encarecerle su alegría, antes en de-

mostración de ella se ofreció por padrino de sus bodas, y queriendo con tanto despedirse, ya en pie, por contera de su plática, le refirió que, así el herido que dejó en voz de muerto, con otros dos de los que habían huído, estaban en la cárcel, y confesos en su delito y culpa; en la cual, por principal actor y delincuente condenaban no menos que á don Pedro su hermano, que sin temor del cielo ni aun del real amparo que le obligaba á un crimen *lesse*, les había inducido á que por quinientos escudos le matasen, y que andando muchos días antes en su espía la tarde precedente, valiéndose de su descuido y soledad le habían acometido, según habéis oído; y no parando en en esto el Asistente, concluyó su razón con decirle cómo también su hermano, prevenida la fuga que hacía á Portugal, estaba ya en la torre y puerta de Triana con prisiones y guarda suficientes. Despidióse con esto dejando al herido don Sancho con nuevas lástimas y aun mayores cuidados, y tan en sumo grado, que temiendo el peligro de su hermano, sin reparar en el suyo ni en la traición y maldad cometida, juzgó por mal obrada su alegría y aun por muy necesario el consuelo de su nueva desdicha.

¡Oh poderosa fuerza de un ánimo juntamente generoso y honrado! ¿Quién creerá semejantes extremos, y quién el exceso notable que poco después de esto ejecutó sobre la misma causa? En cuya prosecución y sustancia, dando el Asis-

tente cuenta de todo al rey, fué sentido el suceso por sumo atrevimiento, y encargándole con veras su castigo en breves días, fué don Pedro sentenciado á degollar, si bien él estaba, de haber entendido su desengaño y la buena fortuna de su hermano, tan desesperado y doliente, que hizo poco caudal de la sentencia; y no cesando en esto sus desdichas, como fuese el sujeto melancólico, cavando poco á poco en sus discursos, sin poder reprimirse, cayó en tal enfermedad, que á los primeros accidentes le turbó el juicio.

Con todo, en tanto aprieto, sus deudos apelaron al Audiencia; pero importara menos esta diligencia si el piadoso don Sancho, con ánimo de verdadero hermano, no acudiera á su defensa. Y así, aun sin estar convaleciente, entendida la apresurosa sentencia que amenazaba á don Pedro, y la certeza de su confirmación con tácito seguro de que en veinte días no se ejecutaría, á pesar de su esposa, partió en ligeras postas á Madrid, que, á no ser tan robusto, esto sólo le costara la vida. Y en llegando se echó á los pies del rey y le pidió la vida de su hermano; y no obstante que aquella su admirable severidad suspendió la respuesta más de lo que el término pedía, el noble caballero hizo tantos esfuerzos y se valió de tan grandes favores, que al fin alcanzó su perdón, mas con tal cortapisa, que luego se entrase en religión y profesase en ella, y esto por haber entendido el estado de su enfermedad, que si no su

profesión fuera en Orán ó Melilla; y finalmente, aplicando de hecho su hacienda y mayorazgo al forzoso heredero, cosas que, aunque al parecer eran muy duras, don Sancho las aceptó en su nombre y con la misma prisa. Después de haber cumplido su deber y respetos volvió á Sevilla y á su casa, adonde de una y otra fué recibido y celebrado con voluntad y amor jamás oído.

Publicóse el perdón, y así don Pedro se entró en el convento de San Pablo, adonde, apretado de su enfermedad, cayendo y levantando, vivió dos años, sin que en ellos su hermano tratase de la aplicada hacienda, como ni la admitiera si viviera dos siglos. Con lo cual, quedando para caballero particular el más rico y poderoso de España, y habiéndose celebrado sus casamientos con el mayor aplauso que vió Sevilla, vivió en ella en compañía de su amada esposa y en correspondencia envidiable con sus dos amigos los hermanos flamencos; y teniendo ocho hijos y otra hermosa Floriana, á todos les fundó grandiosos mayorazgos y á todos los vió puestos en estados dignos á su calidad, que fué la última felicidad de sus buenas dichas, y la mayor que puede haber en esta vida transitoria y perecedera.



La Constante Cordobesa.

CAPITULO XXXV

Historia tercera, sucedida en Córdoba; con el antiguo origen y fundamento desta ciudad.

Es tan notoria y conocida en lo descubierto del orbe la antigüedad, fundación y excelencias de la ciudad de Córdoba, tanto por su originaria nobleza cuanto por los ilustres varones que así en armas como en letras ha producido en todos tiempos, que pudiera excusar por demasiada esta breve narración si no temiera que el interrumpir el estilo con que he comenzado había de censurárseme con nota. Y así, por disuadirla, en pocos renglones haré de sus grandezas este fácil resumen.

En las vertientes y amenísimas faldas de la famosa Sierra Morena, y en lo mejor y más poblado del Andalucía, está fundada la ciudad de Córdoba en un llano hermosísimo que entre la sie-

rra y caudaloso río Guadalquivir formó naturaleza para asiento y mayor esplendor de su población, á quien, según Plinio, Estrabón y otros autores edificó Marcelo, insigne capitán de los romanos, y no así como quiera, disponiéndola con los soldados comunes de su ejército, sino entresacando y escogiendo dél la flor de la nobleza, los patricios y caballeros más ilustres de Roma. Y así parece que desde aquellos memorables principios ha conservado generosamente aqueste maravilloso pundonor; pues hoy es cierto no hay ciudad ni población en toda la Europa de más limpia y apurada nobleza, ni en su tanto de más caballeros de sangre y mayorazgos riquísimos.

Es su terreno, su comarca y ribera, abundante de pan, vino y aceite, frutas y seda, y sobre todo célebre y conocida por los veloces y alindados caballos que produce, y por las aguas puras y delicadas del Bétis, en cuya margen hacen sus altos y torreados muros majestuosa y agradable vista. Los aires son saludables y delgados; de suerte que aunque en parte la infama el caluroso estío, ellos, con su bondad y frescura, participada de la vecindad del río, hacen bien engañosa esta opinión.

De sus templos magníficos, en quien más resplandece la piedad de sus moradores, ni de sus grandes palacios, suntuosas casas y peregrina iglesia catedral, dicho está harto con haber apuntado la antigüedad, riqueza y nobleza por

tantos años continuada en sus hijos; pues ella, con más elegancia y verdad que mis renglones, hablará en su derecho; y así sólo daré un fácil rasguño por su mayor iglesia. La cual fué primero la mayor mezquita que tuvieron los moros después de la de Meca; y según el *Suplemento de las historias*, su notable y suntuosa fábrica se comenzó por Abduramen en el año de 892. Tiene 24 naves, con infinitos y compasados arcos sobre mármoles y columnas de jaspe, que pasan de 500. Y aunque conforme los edificios árabes y respecto de su grandeza es la techumbre baja, empero aún en aquella forma representa una espantosa y os tentativa máquina, como también hacen alarde y muestra los alcázares y jardines reales de que están hermoseados y en perdurable primavera.

Hablando Marcial de las cosas de esta ciudad dice que había un plátano en aquestos alcázares de tan monstruosa y exquisita grandeza, que cubría con sus hojosas ramas la mayor parte de ellos; que si fué así, no sé yo cómo le ponderó tan sobrepeine; si bien ahora se pudiera mejor culpar en mi diferente objeción, pues olvidado de lo más esencial, he antepuesto en esta descripción las ruinas, los vestigios, las murallas y torres á los edificios vivos, á los verdaderos y más admirables monstruos; pues no lo han sido menos, entre los hombres, sus excelentes hijos. Dos Sénecas, un Lucano, un orador Balonio, un cristiano y doctísimo obispo Osio; un Avicena, un Rasis, un

Moyses, médicos famosísimos; un Aben Ruiz, comentador insigne de Aristóteles, y, finalmente, el ingenioso y venerable Juan de Mena; y sobre todo el valiente y Gran Capitán Gonzalo Fernández de Córdoba, honra de su patria y gloria de su nación; con cuyo ilustre remate cesaré en las demás excelencias de esta ciudad, y empezaré el suceso que en ella tengo prometido; en quien su principal persona es no menos que un caballero de su esclarecida sangre, con que más animosa y atrevida se alentará mi pluma, haciendo dél la narración siguiente.

CAPÍTULO XXXVI

Dáse principio á la ofrecida historia; dícese quién es el principal personaje de ella, y algunas hazañas de sus progenitores.

En los años pasados de 520, gobernando estos reinos, por el ausencia de la católica y cesárea majestad de Carlos V, el cardenal de Tortosa, su maestro, que después, con el nombre de Adriano, fué Pontífice máximo, vivía en esta ciudad don Diego Fernández de Córdoba y Montemayor, nobilísimo mancebo, en sangre esclarecido, poderoso en hacienda y por sus buenas partes amable con sus conciudadanos y una de sus mayores cabezas.

A este caballero, habiéndose primero servido

dél en sus primeros años, casó la majestad de Carlos con una ilustrísima señora llamada doña Aldonza Ossorio, tanto á fin de aquistar algunas diferencias, cuanto por hacerle con mujer tan poderosa (que lo era mucho esta dama) una grande y señalada merced. Reconocíalo así don Diego, y deseando se conociese en sus obras, convocó á sus casamientos la nobleza mayor del Andalucía, á quien con esplendor, magnificencia y gastos festejó, siendo asímesmo las fiestas, los torneos y máscaras tan grandes, tan continuos y varios, que dejó su nombre bien conocido en España, aunque no lo es poco el de su antigua estirpe, el de progenitores valerosos, cuya originaria valentía y magnanimidad parece que, de padres á hijos heredada, es tan perdurable y excelente, ya en la famosa casa de Aguilar, ya en la de los condes de Alcaudete, Sésar, Feria, Guadalcázar y otras innumerables que, como ramas de su firme tronco, se han extendido por lo mejor de Europa, mientras durare en ella la memoria de los hombres.

Y así, no pienso yo que debe aquella generosa ciudad á ningún hijo suyo más honrosas hazañas en su provecho ni mayores servicios en su defensa que á los de aquestas casas referidas, de quien si me fuera lícito contarlas fácilmente desempeñasen mi verdad su crédito. Pero aunque se alargue algo el suceso, ya que no las mayores, diré, entre tantas, dos, en que, supuesto que voy á realzar y engrandecer más conveniente el héroe

principal de esta *Historia,* habrá de suplírseme su breve dilación; fuera de que también apetecerá el curioso saber con gusto, con la antigüedad y excelencia de sus claros ascendientes de don Diego, la causa original y tan decantada en España de haberse llamado *Campo de la Verdad* aquel llano extendido que tiene su ciudad pasado el puente; y aun antes desto, el hecho memorable y de pocos sabido que emprendió Martín Alonso de Montemayor en el cerco y socorro de Castro del Río.

Y así, con esta salua, digo que Alonso Fernández de Córdoba, hijo de don Fernán Núñez de Temez y Donora, señora de Dos Hermanas, que fué Adelantado del Andalucía y dueño del lugar y Torres de Cañete, tuvo dos hijos, Martín Alonso, que heredó Dos Hermanas, y Hernando Alonso, que sucedió en Cañete. Martín casó con doña Aldonza de Haro, hija de don Lope, el que llamaron *el Chico,* mayordomo mayor del rey don Alonso, y á quien, porque se vea cuán grande estimación se hacía entonces de esta familia, diré lo que en el tal casamiento acaeció.

Parece ser que se dispuso éste sin sabiduría del rey, de lo cual, muy sentido, reprendiendo á don Lope, le dijo que cómo sin su orden se había atrevido á casar con ningún su vasallo á su hija. A que cuentan haber respondido don Lope con despejo y valor que no lo había hecho, según debía, temiendo que S. A. lo había de impedir y

estorbar para casar su yerno con la infanta su hija. Que ciertamente fué gallarda satisfacción y estimable salida al enfado y enojo de su rey.

Mas dejando esto aparte, después de algunos días, viniendo moros contra Castro del Río (lugar entonces de estimación é importancia notable), fué cercado por innumerable gentío, para cuyo remedio, siendo el dársela á cargo de la ciudad, se juntó en ella lo mejor de la provincia; pero no conviniéndose en el modo y creciendo con la dilación el peligro, Martín Alonso, como verdadero hijo de su patria, dijo que si le prometiesen socorro, él se aventuraría á meter en la villa, por medio de sus enemigos, gente y bastimento que entretuviese su ayuda. Ofreciéronlo así, y juraron de acudirle con mayor prevención; con lo cual, sin detenerse un punto, partió á Montemayor, castillo inexpugnable y á quien él había fundado, en donde y en Espejo, juntando alguna gente, al romper del alba, con ánimo audacísimo, rompió él juntamente, y no así como quiera por diez ó doce mil hombres, sino por un espantoso é innumerable ejército de doscientos mil moros; por el cual en un instante, acaudillando sus buenos soldados, llegó á la fortaleza. Y bien se deja entender si en tan grande peligro mostraría necesariamente su valentía y esfuerzo, y si en el que ahora, pasados los reales, le sobrevino, sería preciso conformarlo; porque es de saber que cuando más acosado, pensó tener su ánimo

atrevido algún reparo, el que halló fué tapiadas las puertas del castillo, y encima de su poca gente el numeroso y contrario ejército, de quien rodeado, sin defensa ó murallas, comenzó nuevamente á verse compelido; y ciertamente que parece increible que tan poco número pudiese sustentarse un solo instante. Mas era león fuerte el capitán, y así, aunque sus soldados fueran mansos corderos, hicieran aún mayores efectos; y vióse claramente esta verdad, pues sin turbarle el temeroso riesgo, volviéndose á romper por desiguales tropas y peleando á veces con valor invencible, á pesar de tan grande morisma, rodeó la fuerza, y por un pequeño postigo descargó el bastimento, metió su compañía y socorrió el lugar casi perdido, granjeando la mayor fama, opinión y nombre que tuvo capitán en su tiempo; y tanto, que en oyendo el rey moro, el dueño del suceso, desconfió del suyo y alzó el real, volviéndose afrentado. De suerte que podemos decir que el valor admirable de este hombre atropelló un príncipe tan poderoso y á un ejército tan desproporcionado.

CAPITULO XXXVII

Prosíguese este asunto y escríbese el memorable origen del Campo de la Verdad.

No fué esta hazaña el servicio menor que de tan buenos hijos recibió su ciudad; pues no mucho después don Alonso Fernández, hijo de este caballero, emprendió el hecho memorable de quien al campo referido le quedó el nombre *de la Verdad,* el cual pasó de esta manera:

Parece ser que como el justiciero rey don Pedro fácilmente se dejase engañar de algunos mal intencionados, y quisiere, por ciertas sospechas, hacer matar á nuestro don Alonso y á don Gonzalo Fernández de Córdoba, su primo y señor de Aguilar, porque aun por chismes y consejas solas no era menor el castigo de este príncipe, envió á este efecto al maestre de Calatrava, don Martín López de Córdoba, que mejor informado y cierto de la falsa relación que al rey se le había hecho, sobreseyó en su voluntad, de lo cual fué tanto el coraje y sentimiento que recibió su sangriento ánimo, que, sin más suspenderlo, bramando por venganza, se avino con el rey de Granada, y al fin de disponerla en su poder, le prometió á Córdoba, y con tal conveniencia sacaron los dos el mayor ejército que jamás se vió en aquellos contornos. Y dando vista á la ciudad y mayor temor á sus moradores desapercibidos,

porque nunca creyeron de su príncipe y señor natural semejante resolución, fué tan notable su fidelidad y su lealtad tan maravillosa, que aun viendo entrar por el Alcázar Viejo los contrarios, no hubo hombre que se les opusiese, respetando la presencia de su rey, queriendo antes perderse que tomar las armas en su contra. Y pasara adelante este desmán si, advirtiéndolo algunas principales señoras, no salieran por las calles y con ruegos tristes y tiernas lágrimas les quitaran de tan necia perseverancia; y con tan buen efecto, que no sólo los obligaron á compeler á los que entraban, retirándolos con muchas muertes, sino que nombrando por su capitán al noble don Alonso, se dispusieron á mayores empresas. Y así hecha su elección, y junta buena parte de gente, envió al rey un mensajero pidiéndole se sirviese de aquella ciudad, y como su príncipe y señor, entrase en ella y dispusiese de sus vidas y haciendas como mejor le pareciese; mas que esto fuese sin semejante compañía, de la cual, respecto de ser enemigos de Dios, estaban resueltos á defender su religión y fe. A lo cual, como la indignación de don Pedro no admitía ruegos ni intermisiones, la respuesta que dió fué más llena de amenazas, pues juró de castigar de tal manera la ciudad, que sólo de los pechos de las mujeres se llenase el Pilar de la Corredera, y bebiesen los vivos sangre en vez del agua que entonces corría.

Esta fiera y cruel resolución cubrió las gentes de lágrimas y miedo, digo al vulgo y común que, como novelero sin atender á más, viendo á su valiente capitán que salía á pelear, se persuadió á que se iba á concertar con los moros, y creció de suerte su infame presunción, que llegó á los oídos de doña Aldonza de Haro, madre del dicho don Alonso y de don Lope Gutiérrez de Córdoba, alcalde mayor de la ciudad y señor de Montilla, de quien descienden los de Guadalcázar, la cual, saliendo al paso de sus hijos y encontrándolos debajo de los arquillos de la iglesia, sin mayor advertencia, á grandes voces les dijo:

—¿Ah don Alonso? Advertid que estas gentes me han dicho que váis á entregarnos á los moros; y si esto ha de ser así, permita el cielo quitarme antes la vida que ninguno me llame la madre del traidor.

Mas no dejándola proseguir su noble hijo, arrojándose del caballo y besándola la mano, la satisfizo respondiéndola:

—Cuando yo no tuviera sangre vuestra aún se pudiera dudar mal de mi lealtad, cuanto y más siendo vuestro hijo. Y tomando el caballo con más cólera, levantando la voz, discurrió diciendo: «Quedáos á Dios, madre y señora mía, que al campo salgo, donde se sabrá la verdad.»

Esta es la causa y el origen famoso de su nombre, mayormente con lo que luego sucedió;

porque saliendo con gallardo denuedo, en pasando la Puente, mandó echarla por el suelo, licenciando primero intrépido y feroz á cuantos de los suyos se quisieron volver; y con semejante hazaña, resueltos á morir él y los que le acompañaban, no sólo, ayudados del cielo, rompieron los dos reyes, sino que, siguiéndoles hasta Castro del Río, dejaron hecho de su sangriento estrago lloroso y memorable acuerdo para sus enemigos, y á sus descendientes y hijos eterno y perdurable renombre, dándosele asimismo á aquel campo extendido teatro de sus grandes hazañas.

Tales han sido y fueron los troncos nobilísimos de adonde, entre otros ramos, procedió el principal héroe de esta historia: si bien es justo disculpemos primero lo que en ella pareciere degenerable á su sangre; pues la amorosa causa que obligó sus múchos desacuerdos bastantemente disculpa da á mayores yerros.

Cortamos, pues, el hilo del discurso, dejándole casado y entretenido en los regocijos y fiestas de sus bodas. En medio de los cuales nació el asunto de sus desvelos y mayor ocasión de sus disgustos; porque no fueran ellos contentos y alegrías de la tierra si no trujeran tras de sí fracasos tristes y desastres latimosos.

CAPITULO XXXVIII

Ultimas fiestas en las bodas de don Diego, y el trágico suceso que tuvieron.

HACÍANSE por remate y fin de tantas fiestas en una de estas noches, ciertos torneos y máscaras; para cuyo efecto, atajando lo suficiente de la plaza y calle de don Diego, igualaron con ventanajes y andamios de madera los cercanos edificios. Y siendo mantenedor él hubo tanto que admirar y tantas galas, cifras, invenciones y letras que ver, que, á pretender particularizarlo todo, creciera sin propósito este volumen. Y así, por escribir solamente lo importante al intento, diré el fin que tuvieron; pues no fué menos lastimoso y terrible que venirse con estrépito y rumor espantoso uno de aquellos artificiosos ventanajes al suelo, que, oprimido de la innumerable gente que le ocupaba, fué el estrago que hizo, no poco miserable y sangriento.

No quedó á tan impensada ruina hombre en ventana, plaza ni tablado que no acudiese al remedio de ella, y hasta los caballeros del palenque, arrojando las armas, las plumas y libreas, fueron de los primeros. Con esto, el rumor fué aumentándose; y así la temerosa confusión, al paso que los tristes gemidos, llantos y voces, parece que crecían; y mayormente no oyéndose,

ni viéndose otra cosa que miembros desgarrados, cuerpos partidos, golpes y terribles heridas y, sobre todo, arroyos de sangre, que envueltos con los tristes gemidos y quejas de los que la derramaban, formaba junto un horrible y lloroso espectáculo.

En este concurso de desdichas, y en medio de miserias tan grandes, no fué, pues, quien menos asistió á su remedio don Diego de Córdoba; antes juzgándose por el más obligado con noble y generoso espíritu, acompañado de criados y luces, atajó muchos males. Y así, sacando casi ahogados á los que ya anhelaban con la muerte, y haciendo abrigar y recoger en su misma casa á los que, con más cierto peligro, necesitaban de sacramentos y otras medicinas forzosas, sin parar, discurría á unas partes y á otras, hasta que no habiendo más que hacer, cansado, aunque no satisfecho, en sus piadosas obras, al volverse á su casa, como para salir á lo ancho, quisiese saltar unos andamios, yendo á poner los pies en los maderos rotos de sus últimas ruinas, parece que se le enmollecieron; y sintiendo blandura, no sin particular providencia del cielo, sospechando algún daño, muy á prisa mandó quitar las tablas y maderos; debajo de las cuales, no sin grande lástima, halló que en medio de un tapete de estrado y casi en él amortajada y revuelta estaba una mujer, cuyo adorno precioso, pocos años y hermosísimo rostro, si bien matizado de recien-

te sangre, acrecentó no sólo el sentimiento, mas el cuidado de su remedio, pareciéndole persona de suerte. Y así, con nueva compasión, tomándola en sus brazos, aunque siempre juzgó que estaba muerta, con todo no paró hasta ponerla en los de su esposa, que en este ínterin, no con menos piedad había mostrado con los muchos heridos que se acogieron á su amparo la nobleza y ternura de su pecho; con que pocas palabras fueron bastantes á que al daño presente tratasen de remedio, ya previniendo cirujanos y médicos, ya, como en tan grandiosa casa, albergue y hospedaje conveniente. Todo lo cual, aún se aventajó con más extremo luego que conocida de unos y otros se advirtió su calidad.

Era, pues, esta señora herida, ó por mejor decir medio difunta, una doncella, aunque pobre, hija de padres nobílisimos y caballeros no poco conocidos en aquella ciudad; no obstante que, á esta sazón, viuda su madre, vivía en su poder y compañía, de adonde sacándola, á su pesar, para el torneo unas parientas suyas, ocasionaron su desgracia, y aun participaron de iguales daños. Y así entendido esto, sin mayor dilación mandó avisar don Diego á su afligida madre, la cual, aunque al momento vino cubierta de tiernas lágrimas é insistió en llevársela, todavía no le fué permitido; antes los piadosos huéspedes la obligaron á que también se quedase acompañándola. Fuera lo demás poner la dama en notoria contin-

gencia por su mortal peligro. Con que le fué preciso obviarle y asistir á los muchos y eficaces remedios que para volverla en su acuerdo se le hacían, como, en efecto, el más esencial punto y consistencia de su vida, la cual, fomentada con tantas medicinas como buenos deseos, al cabo de dos días, volviendo algún tanto en sí, mejoró su esperanza y consoló á los presentes. Y yendo poco á poco recobrando el espíritu, al mismo paso que se morigeraron los tumores, los golpes cárdenos y la sangre esparcida, fué descubriendo en su rostro un portento admirable, un retrato del cielo; tan bello era el sujeto, que pudiera en su efigie, no sólo ponderarse lo más hermoso de la tierra, mas conocerse juntamente la suma perfección de su Criador.

CAPITULO XXXIX

Convalece esta dama y su salud causa diferentes efectos en sus ilustres huéspedes.

Dejó esta impensada y peregrina vista cuando llegó al punto y perfección que he referido, tan asombrada y suspendida la familia de don Diego, que no se hablaba en otra materia, y aunque todos, en general, contentos, no así igualmente doña Aldonza y su esposo (digo, no á un mismo fin), porque si ella con piadosas entrañas juzgaba alegre el haberla hecho el cielo segunda causa y

iustrumento en la vida de aquel ángel hermoso, don Diego, arrepentido y triste de haber traído á su casa el incendio de ella, no sólo blandeaba en la debida fe á su nuevo estado, mas compelido de una secreta y poderosa fuerza, temía y aun lloraba su perdición; si bien, como discreto, procurando en los principios atajar su fuego cuanto podía, retiraba la vista de su hermoso huésped, divertiendo el alma y pensamiento entre los amorosos y tiernos lazos de su mujer, pues no sólo por la virtud de su alma, más aún por las partes graciosas de su cuerpo, por su nobleza grande y riquezas sin número, era digna de correspondencia y voluntad perseverante.

Pudiera yo, considerando tantas razones, admirarme, y no poco, en la fragilidad de este caballero, la cual, advertida en lo superficial, muestra gran mengua, indigno proceder, corta afición y menos voluntad con tal persona. Porque ni en su excusa militan, ni aun podemos juzgar en su favor las disculpas del lecho cotidiano, de la mesa común, del ordinario hastío y, finalmente, de una posesión continuada y prolija, porque aunque todas son razones impías y de malos casados y peores cristianos, no podía don Diego valerse de ninguna, pues apenas mudó estado, tomó la posesión de su esposa, cuando mudó también de pensamiento, prevaricando sus honrados propósitos.

Empero, aun dando más este particular, no

obstante que parece imposible hallarle causas que disculpen su yerro, todavía no con pequeño esfuerzo lo obscurece y deshace el haberse casado don Diego, según ya queda dicho, más por conveniencias de estado y materias iguales, que por confrontación de estrellas (hablo más claro), que por inclinación dulce de amor, y así, no sin razón bastante, pensó bien el que dijo ser infeliz el hombre que se casaba sin enamorarse primero de su mujer.

En efecto; insistiendo por ahora cuerdamente en huir la ocasión, no sólo el tierno mozo se esforzaba atrevido, mas juntamente solicitaba la cura y convalecencia de la enfermedad, pareciéndole que siendo así preciso el volverla á su casa, quitada la causa principal cesarían los efectos de su operación. Mas engañóse en esto notoriamente, porque apenas doña Elvira en salud, rindiendo con su madre humildes gracias y ofrecimientos, dejó su casa, cuando en la privación de su vista creció el fuego mayor de sus deseos, de quien dejándose vencer, precipitadamente cayó en un inmenso piélago de amor, y no obstante la cuerda resistencia, sometió la cerviz al fiero yugo, y la voluntad, libre y exenta, á una injusta tiranía que dominó en su alma, en sus potencias y sentidos; de suerte que, aun después de largos días y prolijos disgustos, fué necesario, para sacarle de tan duras cadenas, medios y fuerzas sobrenaturales y portentosas.

Llevó, pues, con tal solución la correspondencia adelante, visitando á doña Elvira y su madre, y ellas diversas veces á doña Aldonza.

CAPÍTULO XL

Presume el ciego amante contrastar á la honesta doña Elvira, valiéndose para ello de diferentes medios y caminos.

HALLÓ don Diego pobrísimo el menaje de su casa, las paredes desnudas, la sala sin estrados y, en conclusión, un grande y antiguo solar lleno de arneses viejos, de adargas rotas, de lanzas y banderas, trofeos honrosos del padre de su dama; pero en cuanto á lo demás, vacía de lo forzoso y necesario y aun de sillas en qué poder sentarse; con lo cual, pareciéndole camino para obligarla, trató de que secretamente se arremediase con larga mano tanta incomodidad.

Mas ya la hermosa doncella, cuando intentó estos medios, había penetrado por sus ojos lo interior de su pecho; porque aunque era niña y de corta experiencia, es tal la enfermedad de amor, que aun deja conocerse de los más incapaces; y así, con discrección y blandura, rechazó el recibir lo que otro día trajese tras de sí la paga ó una aparejada ejecución en su honra. Ejemplar puede ser este en las muchas ocasiones de nuestros tiempos, en quien no hay firme roca, no hay



castillo inexpugnable, que el interés no venza y avasalle; siendo esta dama (aunque noble) pobrísima, y por consiguiente, cargada de mayor pundonor y obligaciones, ninguna fué parte á torcer su propósito; antes, viendo que picado don Diego continuaba las visitas y que de ellas ni sus entradas ni salidas podía resultarle mejor crédito, por no perder el granjeado, trató de parecer primero descortés, y así, con tal intento, ó se negaba declaradamente, ó si alguna vez la cogía descuidada, con desabridos ojos daba á entender su poco gusto.

De esta manera vino á saber su amante el ruin efecto de sus cuidados y la mala acogida de su voluntad; con que perdiendo el alegría y aun la conversación de sus amigos, estuvo en poco de perder la paciencia. Había hasta aquel punto conservado el secreto; mas viéndose irremediable y falto de consejo para tomarle y consolarse mejor en tan ciega pasión, dió cuenta de ella á su mayor amigo, á un caballero de su misma sangre y con quien solía comunicar sus más arduos negocios. Y aunque don García (era este su nombre) procuró desvanecerla en los principios, ya afeándosela con la obligación de su nuevo estado, y ya dificultándole la empresa, viéndole firme en ella, hubo de ponerle los hombros, y de común acuerdo, juzgando por remedio el declararse y que esto fuese mediante otra mujer y con algún billete, sin mayor dilación lo dispusie-

ron. Porque don García buscó un valiente tercero, y tal, que ni la famosa Celestina ó Claudina igualaron sus obras, ni Tulio ni Demóstenes su perversa elocuencia; y así, don Diego, habiendo escrito según su motivo el siguiente papel, se la entregó en sus manos.

Papel á doña Elvira.

«Nunca entendí, señora, que del haber piadosamente reducido á mi casa el fuego abrasador de vuestros ojos, y deseando con tantas veras vuestra vida y salud, hubiera redundado todo en mi daño y perdición; pues es cierto que de uno y otro no sólo nacerá el incendio y ruina de mis cosas, mas juntamente, al peso de vuestra ingratitud, mis mayores desacuerdos y penas. Yo estoy, reconociéndolas tan impaciente, ó por mejor decir, falta de discurso, viendo cuán mal estimáis esta vida, que temo y muy en breve, si no mudáis estilo, hallarme arrepentido y pesaroso de haber (con la que os restauró mi propio brazo) dádoos armas y avilantez para tantos desprecios; porque aunque (como quien soy) confieso no merecer vuestros favores, por otra parte alcanzo que pudiérades moderar el desdén y conocer que me debéis la vida; y cuando esto no queráis entender, á lo menos, por fin de este papel, os ruego que siquiera creáis no ser buen camino reprimir el raudal de mi furioso amor con el

mayor incentivo de despreciarle. Respondedme resuelta y no de suerte que experimentéis el triste estado en que me reconozco; el cual es tal, que juzgo mil desdichas en mi crédito é irreparables daños en mi salud.»

CAPITULO XLI

Resolución de doña Elvira, su respuesta y ausencia.

Por cierto maravillosa muestra de un ciego, loco y desatinado deseo; y bien hace don Diego en llamarle furioso amor, porque semejante papel, tal discurso y palabras, que bien las escribiera menos que arrebatado del frenesí de su voluntad. Mas disculpémosle en alguna manera; no afeemos del todo la opinión de aqueste caballero; sírvale, pues, de excusa lo mismo que le sirvió de objeto y culpa; la furia de su amor, el incendio de su alma, las llamas vivas de sus deseos crueles y finalmente, la yesca, el incentivo poderoso de los desprecios y desdenes de su dama, la ingratitud de sus buenas obras, el olvido de tan grandes beneficios y mal conocimientos que, á su parecer, mostraba la restauración de su vida y ser.

Y si alguno dijere que estas mismas razones militan mejor en alabanzas de doña Elvira, pues sin reparar las atropella á todas por conservar-

se honesta, á esto responderé que no por otro inconveniente pintaron ciego el poderoso amor, y que así, ciegamente nuestro perdido amante, pudo mal conocer semejante verdad, tan mal ajustadas y bien digeridas causas, con que faltando en un sentido tan esencial fuerza es que había de dar en mil tropiezos y barrancos mayores. En fin, el papel se le dió á su dama por mano de la mujer que he dicho, en que no menos se mostró la ceguedad del que la envió; pues ya no era que el valerse de sujeto tan vil había de llorar afrentosamente doña Elvira. Mas, con todo, la cauta Celestina, con achaque ó propósito llegó á su presencia, y proponiéndola primero la fuerza con que temerosa y compelida de un mozo poderoso y arrebatado venía á tal diligencia, juntamente la propuso en su idioma el miserable estado en que se hallaba, las obligaciones que ella le debía y la facilidad y secreto con que podía hallarse brevemente riquísima y fuera de necesidades tan largas; y en conclusión, abrevió su plática pidiéndola leyese el billete y la resolución de su respuesta.

Había doña Elvira, desde que atendió á su razón primera, determinado en sí el dársela á la vieja tan áspera y terrible, que quedase por memoria de su atrevimiento sepultada en una asquerosa sima. Mas cuando llegó á leer el billete y en él á conocer tan ásperos discursos, tan nuevo estilo de enamorar y pretender, con mejor

acuerdo reprimió su enojo, y advirtiendo en el caso y aun en el mensajero, miró por sí y por las asechanzas y encantos suyos, y no hizo poco en esto; antes presumo que consistió en su recato su contento y salud; porque otra fuerza totalmente la niego á los hechizos; turban éstos el juicio, ahogan y ofuscan los espíritus, y como realmente, todos, á la corta ó á la larga, son venenos, quitan la vida; pero pensar que tocan en la voluntad libre, en el racional albedrío, es disparate indigno de escribirse, cuanto y más de creerse.

A este último fin, á esta, pues, desesperada medicina de sus deseos había ofrecídose la diabólica vieja; y así, por esta causa, más que por otra, y con el pretexto del billete que he dicho, se valieron de ella los dos amigos. Mas la virtuosa doncella, advertidamente dejó en vacío su intención depravada, no permitiendo la tocasen sus manos y despachándola en un punto con decir que don Diego viniese el siguiente día por la tarde y tendría su resolución y última voluntad por respuesta.

Y sin más esperarse, quedó aguardando á su madre, con la cual, enterada del caso, y previniendo este aviso, la dejaremos, volviendo á su abrasado amante, que habiendo oído de la tercera el despidiente, y creído por él que sus designios tomaban mejor rumbo, aunque alegre, siglos eternos juzgó los átomos de la obra asignada; en

quien con nuevas galas y mayor bizarría, se fué á la posada de doña Elvira, adonde, en vez de hallarla más amorosa y menos intratable, lo que halló fué la casa desembarazada, yermos los aposentos, ó al menos en su humilde pobreza, y en lugar de su dama, un escudero viejo por guardián; del cual, absorto y suspendido, recibiendo un papel con intrínseca pena de su alma, acabó de salir de su engaño y confusión leyendo en él estas razones:

«Si entendiera que por haber recibido de vuestras nobles manos la vida que reconozco por su hechura, se me había de pedir tan desigual recompensa, creed, señor don Diego, que primero me dejara morir mil veces que admitir semejante beneficio; fuera de que ni aun parece compatible querer por él vuestro generoso ánimo tan incomparable y mayor interés. Yo confieso que, como vos decís, sois justamente el acreedor de mi vida; mas no por esto podréis negar ahora que en pedirme por ella la misma honra, usáis conmigo de cruel tiranía; pues es llano que cuanto más participa aquélla de perecedera y mortal, tiene ésta de inmortalidad y estimación. Además, que ¿á qué mayor desdicha pudo reducirme mi muerte si es indubitable y certísimo que es afrentoso y desgraciado el día que se sustenta sin honor? Resuelta, pues, á perseverar en él y deseosa de satisfacer las buenas obras que me habéis hecho, he querido dejar mi tierra y desamparar

mi casa, para que, quitada con mi ausencia la ocasión de vuestras inquietudes, aunque tan á costa de mi sosiego, vos le tengáis, en tanto que peregrinando pobre y miserablemente llora mi alma esta malograda hermosura que á vos, por mí, tanto os ha divertido, y á mí, por vos, tanto mal hecho.»

¿Quién, pues, en este punto, supiera ponderar la locura y furor que se apoderó de este perdido mozo? ¿Quién el sangriento ánimo con que se puso en términos de quitarle la vida? ¿Quién en la opresión y enajenamiento de su espíritu? De mí puedo afirmar que no me atrevo; y así sólo diré que no fué poca suerte el haber escapado sin lesión de sus manos el anciano escudero, al cual, ya algo divertido el raudal de su cólera, haciéndole intrincadas preguntas, y conocido de ellas y sus respuestas que así mesmo su dama había dél recatado sus intentos y que no sabía de ella, de su madre y una criada que las acompañaba, volviendo las espaldas y buscando á don García le contó el suceso; y lleno de pasión reventó en mujeriles lágrimas parte del fuego que le abrasaba el pecho; mas no el llorar, en casos de tan irremediable amor, es injuria ó afrenta de los hombres.

CAPITULO XLII

Hace don Diego diligencia por saber de su dama, mientras ella procura huir de su presencia.

No se halló el discreto amigo poco indeterminable y ofuscado; y mayormente por la corta y dificultosa noticia de doña Elvira, dudó el remedio conveniente don Diego; mas viendo que su valor y sentimiento le había de reducir á alguna mortal desventura, deseando atajarla, ó por lo menos entretenerla, con sólo sus cuidados, divirtiéndolos con esperanza de salir presto de ellos; y así brevemente, por caminos y atajos, despachó á todas partes diferentes personas, diferentes espías y centinelas, que habiendo gastado muchos días sin fruto, se volvieron ayunos y sin saber particularidad ó circunstancia de aquello que buscaban, cosa que á los dos caballeros y aun en otro cualquiera pareciera imposible. Y no así creedero es que tres mujeres, y de la calidad que he referido, se hubiesen ocultado y encubierto de suerte que con tan grande brevedad y priesa, como si se les hubiere tragado la tierra, así dejaron el rastro y la noticia; y así no sirvió de más la diligencia del buscarlas que dejar el secreto amor del infeliz don Diego al albedrío y gusto de semejantes hombres.

Y como su dolor impaciente crecía al paso que se le imposibilitaban, sin dilatarlo más, previniendo para su noble é ignorante esposa causa de obligación y achaques más forzosos, acompañado de algunos criados de su caro amigo, dió vuelta, en pocos días, á toda el Andalucía, gran parte de Castilla y Extremadura y corriendo la sierra, sin haber antes dejado ciudad, villa ni aldea sin inquirir, se volvió á Córdoba con no mejor noticia, pero tan sin esfuerzo y esperanza, que sin poderse ir á la mano cayó en una melancolía profundísima, y de suerte mortal y peligrosa, que se dudó en su buen juicio y se temió muy mucho su locura y perdición.

Porque no menos desdichados términos trujo su ciega voluntad á este caballero; y dóile tan tristes atributos por parecerme que no pudo hombre humano llegar á estado semejante, á desesperación tan terrible, á enfermedad tan incurable; sin que para excusarle de ella le valiesen su calidad, su sangre, sus riquezas, sus amigos y aun, sobre todo, ser persona de claro entendimiento y discurso, que es la más eficiente causa para reprimir tales afectos. Por donde mejor conoceremos nuestra frágil y bien frágil naturaleza y cuán breves y limitadas son las fuerzas y trazas de los hombres.

Un año y más se le pasó á don Diego en tan amarga vida, y aun sospecho que toda se la pasara así si el cielo no le abriera, y quizá para su

mayor castigo, el camino y luz que tanto había deseado y con tantas costas y trabajos buscado. Pero antes que á él le demos esta alegre nueva y que el lector se despene en ella, quiero yo dar también cuenta bastante de su hermosa dama, del lugar de sus asistencia y juntamente de los sucesos de su ausencia larga.

Y así bien os acordaréis que, según queda dicho, en recibiendo doña Elvira aquel billete, la dejamos dispuesta á tratar con su madre la última resolución de sus intentos. Dióla, pues, cuerdamente noticia de la pretensión de don Diego, de sus ofrecimientos, y últimamente del papel, cuyas razones libres y arrojadas les dieron bien claro á presumir el peligro en que estaban y el detrimento que corría su honor; con lo cual, juzgando por forzoso el prevenirse, y ayudando á su miedo la sospecha cruel en que además la puso la hechicera, justamente resuelta por fin de sus consejos, eligieron remedio, que sin duda hubiera sido suficiente, si la fortuna ó suerte de su amante no rodeara las cosas en su favor, y tan á tiempo crudo, que á tardarse más días el saberse de ellas, por lo menos en hallar á doña Elvira, fuera en diferente estado, y con tales arrimos y respetos, que tuviera don Diego por preciso llorar su desengaño eternamente.

CAPITULO XLIII

Ampárase la honesta Cordobesa de un antiguo criado de sus padres, y allí impensadamente halla nueva inquietud y desasosiego.

Habían, en este tiempo, las afligidas damas, antes de salirse de Córdoba, vendido una posesión que solamente les había quedado, con propósito de trazar con su precio algún empleo que las adelantase el provecho; y así, hallándose en la ocasión presente con el dinero, que sería mil ducados, facilitando su jornada, la dispusieron la noche de aquel día; y comenzada con secreto inviolable y en tres mulas ó cuatro forasteras que por ventura estaban en un mesón, cerraron por todas partes las puertas á la noticia y rastro de su viaje. Y de esta suerte, caminando las noches, al alba del tercero día llegaron al fin de él á un lugar apacible de hasta quinientas casas, en quien al levante de la sierra vivía en razonable puesto un antiguo criado de su casa, el cual, admirado de su venida y lastimado de la causa de ella, se arresolvió á ampararlas con su misma familia, y haciendo por su mano empleos del dinero y facilitándolos con su solicitud, pasaban las pobres señoras, aunque incómodamente, aquel honroso y voluntario destierro, con menos zozobras y temores; y esto con tan grande recato y advertencia, que pudieron, en breve, no sólo

granjear la estimación del pueblo, sino hacerse invisibles á cuantos ojos las buscaron.

Seis meses pasaron en estos intermedios, cuando, sin pensar en tal acaecimiento, se vió en no pequeña inquietud ni menor desasosiego la honesta dama; y mayormente siendo en la misma parte que ella había elegido para su receptáculo y custodia; pues, por lo menos, fué á hallar debajo de las propias almohadas de su cama un billete amoroso. Suceso que no tan solamente la dejó turbada, mas aumentó su pena y disgusto; tanto por el cuidado de otro peligro semejante al pasado, cuanto por presumir de las razones del papel y de la ignorancia de su dueño, que de su casa misma, ó al menos de algún criado de ella, nacía la tercería de aquel atrevimiento. Y así, estimando esta sospecha en más que su pesar, sin esperar mayores lances, trató de mudar casa, y con excusa honesta, dejar la de su criado. Efectuóse todo, y pareciéndola que aún no estaba segura, no volvió en muchos días á salir á misa, ni la vieron en puerta ni en ventana.

Olvidábaseme escribir la continencia del billete, sus razones discretas y el propósito y fin á que se enderezaba. El cual, si leyó doña Elvira, no fué tanto curiosa cuanto cuerda y prudente, juzgando convenir en sus cosas el entender y prevenir cualquiera inconveniente, y así, con semejantes pensamientos, abriéndole en aquella sazón, vió que decía las palabras siguientes:



Papel á doña Elvira.

«Mi buena suerte, ó mi mayor desdicha, porque uno y otro pongo en vuestras manos, me trujeron habrá cuarenta días á pasar mis estudios á esta aldea, seguro de que en el sosiego de sus soledades pudiera hallar ocasión que inquietara mi alma y divirtiera mis sentidos; de suerte que adonde presumí salir aprovechado en la facultad que profeso, he aprendido otra nueva doctrina, otros documentos de amor; y en vez de repasar leyes del reino, paso en la tiranía de las suyas amargas horas y desconsuelos sin medida. Esta suma afición y barruntos bastantes de vuestra nobleza y honestidad incomparable, animaron este atrevimiento; si bien de lo primero no pretendo remedio contra vuestra honra; y de lo segundo, aunque soy caballero, puedo decir que aún me juzgo por indigno de vuestra sombra. Y de suerte reconozco esta verdad, que ni por noble sangre, ni por generosa humildad siento sujeto que os merezca; con que yo mismo vengo á ser el castigo de mis libres ojos y un abrasado estío de mi corta esperanza. Pero, no obstante, estará á todos vientos perdurable mi fe, ó ya haciéndome el cielo dichoso en vuestra gracia y respuesta, ó ya dejándome consumir en vuestro olvido é indignación.

DON JUAN DE ZÚÑIGA.»

CAPITULO XLIV

Impensada mudanza en doña Elvira, y las causas que más la originaron.

Este discurso breve y amoroso y aun igualmente cortesano y humilde, con la segura oferta, hicieron en el honesto acuerdo de la dama tan ruin efecto, que antes, puedo afirmar, sintió la traza de su arrojamiento como si se le hubiera hecho una afrenta; y así, atribuyendo á algún descuido de sus ojos ó á alguna mengua de su recato aquella libertad, reprimió sus salidas, acortó sus pasos y cerró sus ventanas, hasta que después de cuatro meses, pareciéndole que ya el incógnito amante habría vuelto á sus estudios, se dejó ver del mundo, dando más luz sus ojos desde aquel pobre albergue que los rayos del sol desde su esfera.

Salió á misa el disanto, llevando tras de sí las almas y dos mil bendiciones de aquellos rústicos; y, finalmente, sin pensar, en la iglesia (porque muy de pensado se le había puesto enfrente) vió de repente un mozo tan gallardo y bien hecho que pudiera hacer ruido en la mayor ciudad, cuanto y más en una aldea; en quien no sólo el hábito, mas el rostro agradable, hacía la misma diferencia que el lucero á las demás estrellas. Arrebatóle un espacio la vista de su presencia, y

tanto, que cuando cayó en su desmán, de empacho y de vergüenza cubrió el rostro de nácar y el manto hasta los pechos; pero aunque de su parte dió cárcel al deseo, la novedad solicitaba á los ojos, y éstos á la voluntad; y no sé si también anduvo inquieta el alma y aun deseosa de que fuese el dueño del papel referido semejante sujeto.

Mas con aquestas dudas y su acostumbrado encogimiento se volvió á su casa, no obstante que, tomándola primero la vuelta de la calle, antes de entrar en ella, se le volvió á ofrecer la misma persona, y haciendo con la gorra y el pecho humildes cortesías, de que aún más bien pagada doña Elvira en recompensa, levantó un poco el manto, y el galán prosiguió su camino, dejando aquel pecho de mármol con unos calofríos, que si no procedieron de amor, al menos creo que se inclinaron algo de su parte; porque lo que hasta entonces no le había sucedido, comió poco gustosa y durmió sin sosiego, y no sólo aquel día, sino otros quince, que, forzando animosa á sus propios deseos, quiso con remedios tan graves morigerarlos y rendirlos, si bien al cabo, ella se halló vencida honestamente y, sobre todo, ignorante en la causa.

¡Oh, cuántos razonables discursos propuso en este tiempo; cuántos protestos castos; cuántos honrosos medios, y con cuánta facilidad, tomando unos y tripulando otros, cuando quiso valerse

de consejo, se halló imposibilitada de él! Porque aunque más deseó reprimir sus ojos, volviendo otro disanto al mismo sacrificio, no sólo la fué casi imposible, más aún, dió avilantez á aquel mancebo para que, al volverse á su casa, la arrojase disimuladamente en sus umbrales un billete; el cual, alcanzando de ella, si en conociendo que era la propia letra del pasado le pidieran á albricias, diera su corazón, aunque no sé si ya se le hallaran en el pecho, porque los efectos presentes tiranizaban y oprimían lo mejor de él.

Holgóse sumamente doña Elvira coligiendo que el cielo tan á su honra y condición honesta abría la puerta á su remedio; pues siendo tal la calidad del sujeto, y según lo ponderado en el papel de ahora y el pasado, no podía codiciar su limpio intento cosa más á propósito, dueño más á medida de su deseo; y así, aun antes de darle el menor favor ni de imaginar la respuesta, llamando á aquel su criado antiguo y consultando el caso con su madre, propuso al uno y otro la pretensión de don Juan de Zúñiga; y advirtióles en su perseverancia, en sus dilatados desdenes, enseñó los billetes y el fin de su demanda, que era su casamiento. Con lo cual, dejándose informar del criado, que muy bien conocía al caballero sabiendo que lo era y natural de Ubeda, hermano de cierto mayorazgo, alimentado razonablemente y las grandes esperanzas de sus es-

tudios, con más sano consejo que hasta entonces acordó por buen medio el que para remate de sus trabajos la ofrecía su ventura; y así, con semejante presupuesto, se dispuso á escribirle, digo á responderle, estos breves renglones:

Doña Elvira á don Juan de Zúñiga.

«La primera vez que para escribir á hombre alguno he tomado con voluntad la pluma, quisiera mucho (señor don Juan) que creyérades es la presente y juntamente que, según tan exquisita novedad, estimárades el servicio que os hago; si bien antes de ahora no ha sido pequeño, en conformidad de mi encogimiento y recato el haber leído muchas veces vuestros papeles, y aun el crédito que he dado á sus razones. Y así, pues, ya sabéis estas verdades de mi pecho, y no ignoráis que soy tan rica de calidad y buena fama como pobre de bienes de fortuna, agradándoos tal dote, madre tengo, y vos deudos y hermanos que dispongan lo demás. Encomendadlo á ellos, pues ni mi estado pide otra cosa, ni á vos os está á cuento querer más que saber lo intentáis con mi gusto.»

CAPITULO XLV

Háblanse estos amantes, dispónense sus bodas, y suspéndelas, avisado con un acaecimiento peregrino, don Diego de Córdoba.

El papel referido tuvo don Juan la misma tarde; porque poco cuidado bastó á ponerse delante, y saliéndose al pasear la calle de su propia lición; con que, fuera de sí, en leyéndole estuvo para hacer extremos locos; y, en conclusión, para abreviar con ello, tales réplicas, demandas y respuestas hubo de por medio, que doña Elvira se dispuso á hablarle; y con tan gran favor, si á don Juan le suspendían algunos inconvenientes (porque realmente quisiera que el casarse y las nuevas llegaran á su hermano á un mismo tiempo), fácilmente quedaron atropellados, haciendo al punto que dos criados suyos, huyendo el cuerpo á Ubeda, se partiesen á Córdoba, y en ella previniesen las galas, preseas y joyas más preciosas al caso; de adonde resultó todo su daño y el saberle el afligido y enamorado don Diego. Porque quiso su suerte que el oficial á quien lo encomendaron acertase á ser, no sólo el mismo sastre de su casa y persona, sino uno de aquellos que por orden de don García salieron en busca de doña Elvira; y así, apenas oyó ahora de los necios criados el nombre, señas y casa-

miento, cuando como la mejor noticia del lugar dió aquella nueva alegre, á quien se le pagó tan bien, que quedó rico.

Bien pienso que se podrá creer, según lo referido, que si á tan impensado suceso no acabó el tierno amante de perder los sentidos, ó sería ayuda milagrosa, ó hallar templado su gusto y alegría con el desconsuelo de las futuras bodas; aunque este esencial punto más le irritó el espíritu que le acrecentó la voluntad; porque ésta no podía subir á mayor altura, ni su celosa rabia levantarla de punto. Y así, desde aquel mismo en que tuvo el aviso, llamando á don García y á doce hombres para cualquiera afrenta, arrancó por la posta, llevando ya resuelto no dejarse morir como amante cortés, sino quitársela por fuerza á quien se le opusiese.

En este ínterin, como en negocio hecho y por excusarse de mayor nota, las mas noches entraba á verse con su dama don Juan; si bien nunca estas visitas pasaron los límites honestos, ni aunque él lo pretendiera, ni aun tomarla una mano sirviera de otra cosa que perder á doña Elvira y caer para siempre en su indignación; con lo cual, en conversación amorosa, dulcemente entrenían las horas que sus criados dilataban la vuelta, valiéndose para estas entradas y visitas de medios que excusasen escándalos, y que, sin interrupción de terceros, guardasen mejor que ellos el secreto.

Llegó, pues, en esta coyuntura don Diego y su compañía, que á tardarse algo más, hallara hechas las bodas; de quien, apenas se apeó en una posada, cuando, creyendo el huésped que venían convidados, les dijo, aun sin preguntárselo, la casa de su dama. Cenaron luego con tan cierta noticia, porque aunque era bien cerrada la noche, no tenía la hora por conveniente; mas como el corazón de don Diego no sosegaba, aun con el bocado en la boca, dejó á su gente prosiguiendo la cena, y bien ajenos de imaginar lo que hizo, que fué tomar las señas, y sin más compañía hacerse explorador de la aventura, y no con otro intento que de hartar sus deseos y aun sus ojos, viendo y tocando los umbrales que pisaba su empleo y las paredes altas que ocultaban su luz. Y así, discurriendo á tiento de unas partes á otras, al volver de una esquina, sin pensar, le tocó en el rostro y parte de la vista una cinta que colgaba de una ventana de reja, á la cual, movido tanto más de su propio enfado que de lo que resultó, apenas dándola con la mano, tiró de ella, cuando se asomó una mujer que, en baja voz, le dijo que esperase á la puerta; de cuya novedad, admirado y confuso, juzgando que no sólo en las grandes ciudades se hallaban semejantes sucesos, suspendiendo el que más le importaba, sin más acuerdo, se acercó á la puerta que ya estaban abriendo. Y aunque de la parte de adentro se divisaba una pequeña luz, atrope-

llando por todo se arrojó al zaguán, en quien no dió tres pasos cuando se halló casi en los dulces brazos de su dama, en la deseada y hermosa presencia de doña Elvira, la cual, conociéndole asimismo, no tuvo esfuerzo ni ánimo para moverse; si bien, aunque turbada y ciega, dió voces, á que despertando don Diego como de un pesado sueño, conociendo ser ciertas sus sospechas y celos, quedó más desmayado que la ocasión pedía y aun de lo que fuera menester, según el peligro en se vió. Porque como el uno y el otro, con su impensada vista, olvidaron la puerta, aún no había dado doña Elvira dos gritos cuando se entró por ella un hombre, con tan grande alboroto y inadvertencia, que hubiera de dar de ojos con don Diego, al mismo instante que su furor celoso estaba en términos que, á tardarse el socorro, diera de puñaladas á su dama; que conociendo ahora á su esperado dueño, digo al galán don Juan, á quien ya respetaba como á esposo, con nuevo aliento se amparó de su lado, tratando él de defenderse y defenderla tan venturosamente, que no sólo retiró hasta la calle á su contrario, mas en tanto que cerraba doña Elvira las puertos, le dió algunas heridas, tan peligrosas y crueles, que á no llegar entonces don García y su gente que le andaban buscando, dejara el buen don Diego entre sus manos y armas la vida y pensamientos. Y si bien, aunque huyendo don Juan tantas ventajas, se puso en cobro, no fué

tan á su salvo, que no llevase juntamente que curar muchos días; no obstante que al volverse los que le habían seguido, hallaron á su dueño tan desmayado y herido, que colgándole á hombros les fué preciso suspender su buen lance, y tratar muy aprisa de su vida y su alma.

CAPÍTULO XLVI

Diligencias de la justicia sobre las heridas de don Diego; múdanle á Córdoba, y juntamente á doña Elvira, á su madre y criada.

Corrió, aun aquellas horas, la voz de este suceso por todo el lugarcillo; y asimismo, sin poderlo excusar, la ocasión y el personaje herido, con que otro día, no sólo no quedó hombre con hombre, pero llegó hasta Córdoba la nueva.

Don Juan, entendiendo la verdad, mal curado y peor prevenido, no se hallando seguro, mudó de tierra, y aunque no los pensamientos amorosos, perseverante en ellos, tanto como satisfecho en la integridad y pureza de su querida prenda, no el atrevido y loco intento de su opuesto, bastó á menguar un punto su aflicción y á desacreditarla en su pecho. Fuera de que, á esta sazón, ya él sabía los infructuosos cuidados de don Diego, y juntamente las peregrinaciones y trabajos de su honrada resistencia. Y así, aunque el peligroso estado de tal suceso le metió en Portugal,

y después el saber que allí le buscaban la muerte, le sacó á vagar por el mundo, siempre acuartelado; y no pienso que en ausencias tan largas (aunque en su correspondencia hubo olvidos y grande intermisión) fué menos deseado y aun llorado por doña Elvira, á quien, volviendo á nuestra historia, sin respetar su sangre y su decoro, los villanos alcaldes pusieron guardas, y en son de presa la aseguraron en su casa, hasta que respecto de tan gran caballero, aun sin pedirlo él, de oficio envió la Audiencia real á la averiguación de sus heridas; para lo cual, y para la comprobación de otros indicios, llevaron á ella, á su madre y criada, á Córdoba, adonde, sabido por don Diego, á quien primero habían traído en una litera, como ninguno mejor entendía su inocencia, cargando en sí la culpa de todo, no sólo las hizo dar por libres, mas con declaraciones y protestas honrosas, volvió por su opinión y buena fama; si bien ésta, aunque faltara semejante diligencia, padeció nunca detrimento; antes, en medio tribulaciones tan graves, permaneció intacta y durable, y al peso que las unas crecieron, lució más su verdad y se acrisoló con mayores quilates su constancia y firmeza.

Con la publicidad á que se arreducieron tales negocios, fué forzoso entenderlos la noble y generosa doña Aldonza, de quien, no obstante (agasajado y recibido su distraído esposo), mientras con paciencia cristiana trataba de curarle, dis-

puso también, con gusto y beneplácito de doña Elvira y su madre, su más segura vida y su mayor comodidad y consuelo. Y así, alimentadas con mano liberal y piadosa, se encerraron en un convento, resueltas á esperar el fin de sus infelices bodas, y al dueño que había escogido para esposo, ó acabar unas y otras con su clausura, sus persecuciones y vida.

Mas ni tan sano acuerdo fué de importancia, porque ni la prudencia ni sufrimiento de su santa mujer, ni los consejos de sus deudos y amigos, bastaron á que, convaleciendo don Diego, se excusase de volver á su amoroso tema, y con deseos tan vivos y nuevas fuerzas, que parece cobraban más vigor en sus mayores resistencias, y que competían en inmortal pelea dos afectos tan poderosos y contrarios: el desdén y aborrecimiento de su dama, y su incurable amor y voluntad. Y así, entendido el lugar adonde estaba, renovando las pasadas fiestas de sus casamientos, no hubo día en quien la plaza del Convento no sirviese de teatro á sus invenciones, á sus máscaras y regocijos y otros públicos juegos, con que no sólo turbó la paz, quietud y recogimiento de aquellas mujeres, sino que juntamente las obligó á que advirtiendo el descrédito de su religión y el escándalo de la ciudad lo remediasen con sacar de su compañía la ocasión. Con que las afligidas señoras, con lágrimas del alma y pidiendo venganza de sus injurias á los cielos, se

hubieron de acoger á su antigua morada, resolviendo en su pecho doña Elvira morir con varonil ánimo en ella antes que volver á más peregrinaciones ni verse por don Diego escarnecida.

CAPITULO XLVII

Persevera constante en sus intentos la honesta doña Elvira, mientras don Diego prosigue los de su loco amor.

En este tiempo, habiéndose pasado, después de las heridas, tres años, y habiendo en el primero de ellos aportado don Juan de Zúñiga á Bolonia y tenido diferentes sucesos; de tal suerte, llevando adelante sus estudios, aprovechó en ellos resplandeciendo su ingenio y letras, que sin contradicción, por común voto llegó á ser su concepto el más calificado, y su opinión y jurisprudencia la primera silla de aquella insigne Universidad; y tanto, que yendo en la misma sazón, la majestad de Carlos V á celebrar en Bolonia el acto solemnísimo de su coronación, teniendo de tan grande sujeto larga noticia, y queriendo servirse de él, le entretuvo consigo hasta venir á España.

Si bien, antes de aquesto, sucedieron en Córdoba cosas notables; porque, prosiguiendo don Diego en sus locos devaneos, sin un mínimo alivio ó esperanza de fruto en tantos años, corría ligero el curso de su vida, engañando sus penas

y divirtiendo sus pasiones con pasear la calle, con besar las paredes y reja de su dama, sin que el erizado y prolijo invierno, ni el abrasado y seco estío, pusiesen límites á tantos desconciertos.

Estaba entonces la ciudad, y aun la resta de España, sumamonte afligida y sumamente apretada de una peste mortal que, infeccionando el aire, la circundó con estrago cruel y lastimoso; y así, pocas ó ninguna casa se libraron en Córdoba de esta plaga y azote; y no obstante, sin temor, seguía don Diego su carrera; cifraba, como dije, su consuelo mayor en sus paseos, en quien bien de ordinario, ya con la diversión de su plática, ya con el gusto de su compañía, ayudaba su amigo don García, no habiendo día ni hora que no diesen mil vueltas á la casa de la honesta doncella, cuyas puertas, aunque siempre estuvieron con recato y clausura, pareciéndoles que en aquesta sazón casi tres días continuos las hallaban en una misma forma, notando tales muestras, con mayor advertencia, no sólo confirmaron sus dudas, mas de ellas y del silencio grande, y sobre todo del no salir persona, ni oirse ni entenderse en indicios ó barruntos de que la hubiese dentro, presumieron otra segunda ausencia, otra impensada fuga ó semejante determinación á la pasada, con lo cual, como realmente al afligido amante no le había quedado otro alivio, otro refrigerio y descanso, viendo perdido aqueste, no hay ingenio que pueda enca-

recer sus ansias, sus congojas y penas. Habló mil desatinos, dijo mil tristes lástimas, llamó á voces su dama, injurió su fortuna, y finalmente, lloró con tiernas lágrimas sus rigores crueles y sus resoluciones ingratas; y tal le vió su amigo, tal le consideró, que movido á lástima ó regido de otra superior causa, deseando aplacarle, procuró juntamente, no lo sólo hacerle creer la presunción por falta, sino que sin quejarse á los vientos, ni hacer más fundamento en esperanzas, entrasen en casa de doña Elvira, y acabasen, hallándola, por fuerza lo que tantos suspiros, congojas y tormentos no habían de grado conseguido. Y así, con tan vivo incentivo, alentado don Diego, en siendo más de noche, con dos linternas fácilmente penetraron la entrada por una puerta falsa, que á pocos golpes, abrumada del tiempo y de su ancianidad, se dejó franquear; y con aquesto rodeando los patios, no hallando tan frágil resistencia en otra que de ellos, subía á los altos corredores, sirviéndoles de escalera sus pilares, en un punto uno y otro se hallaron allá arriba; mas no oyendo rumor, ni viendo que aun del suyo con ser bien grande resultaba alboroto, perdiendo la esperanza, y volviendo á su tema, se quisieron salir por donde entraron. Y sin duda lo hicieran si entonces la curiosidad y frenesí del amartelado caballero, deseando ver el aposento, ó según él decía, el relicario y lecho de su dama, aquel testigo mudo de su más secreta hermosu-

ra, no les pasara adelante; hasta que atravesando dos tan despejados como crecidos aposentos, al entrar al tercero, casi les hubiera suspendido largo espacio el aire contagioso y ardiente que salía de él; mas con todo, animados, arrojándose dentro, apenas dió la luz de las linternas alguna claridad, cuando en pobres y diferentes lechos miraron desmayadas ó en términos de muertas á la hermosa doña Elvira, á su madre, y en un colchón, algo distante de ellas, á su fiel criada; si bien ésta, como de natural más robusta, con algún acuerdo.

CAPÍTULO XLVIII

Obliga nuevamente á su dama don Diego, líbrala de la muerte por dos veces; pero ella, más constante, mira más por su honra.

No hay duda si no que semejante espectáculo, vista tan lastimosa y nunca de don Diego imaginada, haría en su pecho sangrienta operación; pues es cosa bien cierta que teniendo librados sus gustos, su alegría y su mayor riqueza en la vida y salud de esta mujer, aun estando en su desgracia, aun siendo su cuchillo, hoy que á su parecer la hallaba muerta, sin cura, sin regalo y aun sin la mortaja, que había de ser grande su pena y grande su valor, pues pudo resistir golpe tan duro.



En este medio, habiendo don García más libre de pasión, llegado á doña Elvira y su madre, hallándolas con pulsos y temiendo por cierto que el humor pestilencial las tenía en tal estado y su pobreza y falta de remedios en semejante peligro, advertido don Diego, dejando el llanto, sin mayor tardanza el uno fué por médicos y lumbre, y el otro por personas que asistiesen á su cura y regalo, dando el amante á todo tan fácil expediente como el caso y su afición pedían. Y con tanto, dejando á la criada cantidad de dineros, sin saber doña Elvira por entonces quién en tan grave aprieto había sido el restaurador de su vida, se volvieron á sus casas; y ella y su madre, recobrado el sentido con los muchos remedios y eficaces antídotos opuestos al veneno, juzgaron su mejoría por sobrenatural y su regalo y cura por milagrosa; y aunque, con justa razón, debieron así atribuirlo, todavía de la misma criada entendieron las segundas causas y el brazo piadoso con que se habían dispuesto, si bien ni al verse dos veces (digámoslo así) resucitada por una mano, por un sujeto mismo, pudo trocar su pensamiento, ni mudar su intención en ésta, porque, aunque es verdad que, agradecida y con pecho obligado, reconocía tan grandes beneficios, primero se dejara herrar el rostro, vender por esclava, y primero ofreciera dos mil veces su vida por salir de tal deuda, que rendir su firme voluntad al ciego y torpe fin de sus deseos.

Bien presumo que muchos, oyendo entonces dureza semejante, y ahora leyendo tan admirables pruebas del amor de aquesto caballero, disculparán sus yerros y aun culparán en su dama tantas ingratitudes, y no me admiraré; porque los hombres así juzgamos el fondo do las cosas, presumiendo de las virtudes, vicios y de la perseverancia y pureza, tema y locura. Llegó, pues, esto á tanto, que aun de su misma madre, de su fiel criada, vino á ser persuadida, y aun á ser reputada por ingrata: tal es el imperioso brazo de un interés y de las buenas obras recibidas, pues aun exponiéndose á malos fines, rinden las voluntades y echan duras cadenas al más libre prudente juicio.

Mucho se temió doña Elvira viendo así blandear á su madre y criada, y con justa razón, porque enemigos tan caseros, golpes tan continuados, avisos tan secretos y guardas tan sobornadas, no hay que pensar sino que una vez ú otra había de dar entrada á su contrario, y con ella al traste con su honra. Y así, de nuevo, cuidadosa y solícita, apenas se vió convaleciente de su mal, cuando se halló rodeada por tan graves temores, que para que más se acrecentasen y la causa creciese, no pararon en las que he referido sus obligaciones ni las generosas obras y beneficios de su amante. Porque sobre la plaga pestilente, de que no se veía libre aquella ciudad, la castigó el cielo con otra en su tanto mayor,

con un hambre general, con una carestía espantosa; que así ahora se caían los hombres por las calles hambrientos, como poco antes, por el contagio pestilencial.

Es muy ordinario seguirse á esta semejante desdicha; y así, hallándose doña Elvira en igual trabajo, su madre con el discurso de los días pereciendo, y su criada sin alientos ni fuerza, pasándose los dos y aun los cuatro sin comer, y los más con muy frágil sustento, que vino descaecerse y consumirse la virtud natural; de suerte que sus cuerpos, en breve término, se volvieron anatomías de huesos y esqueletos descarnados. Y como el tierno amante, aunque sabía sus aprietos, tenía cerradas las puertas para remediarlos, porque aún la pasada cura se dispuso por los mismos médicos, ella corría ahora por la posta á la sepultura, y su pobre madre y criada los mismos pasos, sin querer dar lugar, no digo á su deshonra (que aun tanto daño pudiera reprimirla), sino aun sólo volver blandos los ojos, y digo menos, á una ligera permisión, pues bastaba ésta para salir de mayores trabajos y para que don Diego la entregara su hacienda.

CAPITULO XLIX

Resolución honrada de doña Elvira, fragilidad de su madre y criada y esperanzas primeras de don Diego.

En conclusión, firme en morir rabiando antes que verse deshonrada de sus lacivos lazos, permaneció en su dureza doña Elvira, hasta que cediendo á sus ayunos y vigilias el flaco y tierno espíritu, mirando morir su triste madre y su criada perecer, con lastimosas lágrimas y suspiros celebraba sus obsequias y muerte.

Mas á esta misma hora, que serían las once de la noche, como nunca la mano liberal de Dios faltó en el mayor aprieto, en la mayor necesidad estando como he dicho esta constante y famosa mujer, oyó un grande golpe, que á su parecer había sonado en otro diferente aposento, cuyas altas ventanas caían á una calle excusada y sin salida. Con un varonil esfuerzo, animándose lo mejor que pudo y tomando una luz, guió con su madre y criada hacia aquella parte; más aún que su valor, procuraba alentarse, todavía corazón mujeril, turbada y temerosa, llegó al aposento, en quien en vez de algún vestiglo ó sombra, halló en medio de él un costal grande, que abriéndole al momento, para su desdicha y miseria fué tierra de promisión, y una oficina llena de apacibles conservas, de carnes adoba-

das, de cecinas y empanadas diversas; lo cual, y un bolsillo de quinientos escudos remediaron no sólo la presente necesidad, pero el reparo de otras cosas forzosas; y así, no queriendo la dama inquirir tan nuevo modo de milagro, sin hacer sobre él discursos y quimeras, dió al cielo muchas gracias; y su madre y criada, aun sin saber lo cierto, juntamente mil bendiciones al piadoso don Diego; el cual, no pudiendo soportar con su alma el ver más padecer al dueño hermoso de ella, aunque dilató tan buena traza, presumiendo rendirla por hambre, al fin él se hubo de vencer primero; y con dos escaleras bien ligadas, por ser la ventana muy alta, con un criado y su mayor amigo, previno este milagro tan á tiempo, que á suspenderle un día se hallare sin dama y ella desesperadamente sin vida.

Hasta este punto y ocasión pudo seguir su madre y aun perseverar en su honrada opinión. Mas ahora, gobernando, juzgó por diferentes rumbos, y siendo la criada del mismo parecer, trataron entre las dos, con notable secreto, la satisfacción y premio de tantos beneficios y el asegurar sus aumentos para otra semejante desventura. Y así, con semejante acuerdo, tomando por su cuenta el disponerlo, sin mayor dilación, se vió la criada con don Diego, y con la misma, sin usar de preámbulos y figuras retóricas, en liso y llano estilo rindió gracias humildes á tantas mercedes, á tantas buenas obras y bene-

ficios. Y pasando adelante, culpando la entereza y cruel condición de doña Elvira, su aspereza y desdén de parte de su madre y con su beneplácito y gusto, dió fin á su demanda, ofreciéndosela liberalmente, con que él, como noble y generoso caballero, tomase su remedio y en darla estado por su cuenta.

Tal fué el recaudo y orden de la gentil criada, tal la resolución de quien la gobernaba y tal, en conclusión, oyendo tan increibles y no pensadas nuevas el alborozo de don Diego, que dudo mucho y con razones justas que, según he leído en autores diversos, pueda matar un súbito contento, una alegría impensada; pues siendo ésta tan grande y superior á sus fuerzas, le dejó con la vida; y no así como quiera, sino con más vigor, con mayores alientos.

Dió á la criada dos mil abrazos; y tras cada pregunta, repetido este extremo, no sabiendo cómo satisfacerla, aun su gran mayorazgo juzgaba por corta recompensa y á su misma persona por indigna de tanto bien. En efecto, asentado el concierto y asegurado un rico y grande dote, al presente la criada volvió con muchas joyas y no menor promesa; y don Diego, quedando previniéndose, hizo llamar á don García, á quien loco y fuera de sí dió parte de su gusto; y asimismo de cómo su entrada en casa de doña Elvira había de ser aquella tarde y antes de anochecer.

Era este último aviso y prevención de la criada, pareciéndola que, esperando á más tarde, sería dificultoso meterle en casa sin advertencia de la ya sospechosa doña Elvira; con lo cual, igualmente gozosos los amigos, esperaron la hora; si bien como en don Diego los muy cortos minutos fuesen años prolijos, aun antes de llegar dispusieron su ida, entreteniendo lo restante del tiempo en la iglesia y parroquia de su dama, por caerles muy cerca y aun casi enfrente de sus mismas ventanas, adonde, paseándose por una hermosa nave, anduvieron buen rato confiriendo sus cosas y desmembrando los diversos caminos, por dónde, sin pensar, se hallaba dueño de ella.

Así era la cuenta que se hacía don Diego; y quizá en tiempo que la inocente corderilla vendida por su sangre, ó por mejor decir, destinada á tan detestable sacrificio, por ventura estaría con más fervor y lágrimas pidiendo á Dios remedio. Veíase ya la afligida doncella perseguida de su madre é insistida de su criada y, finalmente, de aquellas que tantas veces fueron su consuelo y tantas el arrimo y apoyo de su perseverancia, y no teniendo ahora á quién volver los ojos, fuerza era que con mayor aliento acudiese á su único amparo, al verdadero Padre de los huérfanos, al consuelo de los afligidos y al siempre vengador de tan graves injurias.

CAPITULO L

Horrendo y espantoso suceso en los dos amigos.

En fin, volviendo á mi propósito, siendo ya las cinco de la tarde, y poco menos del término aplazado, alegre el tierno amante y su amigo contento, viendo llegar la hora con más nuevo placer, de una vuelta y otra dividían la espaciosa nave, ya haciendo breves pausas en su conversación, y ya volviendo á ella con donaires y motes; cuando en medio de su mayor discurso, casi impensada y repentinamente, parando don García, se quedó embelesado mirando al suelo; cosa que, advirtiéndose con admiración y cuidado por su amigo, viéndole así pasmado, le tiró del brazo, y de tal suerte, que como si despertara de un pesado sueño, así le hizo volver el rostro; y no parando aquí, oyendo que don Diego preguntaba admirado la causa de su suspensión, con nuevo espanto, volviéndose á él, le dijo:

—¿Cómo es posible, amigo y compañero, que vos me preguntéis lo mismo que habéis visto? ¿Acaso en este punto no os hallasteis conmigo? ¿No veníades á mi propio lado? ¿No os sucedió lo que á mí, ó por ventura venís tan sin sentido, discurrís tan sin ojos, sumergido en vuestro ciego amor, que no habéis visto, oído ni entendido que al pasar estas losas, estos mármoles cubiertos de



sepulcros, se han levantado con nosotros del suelo portentosamente? Yo colijo, sin duda, que si este estupendo caso se os ha pasado en blanco, ó he perdido el sentido, ó vos la vista, la memoria y el juicio.

Aquí, sin dejarle pasar adelante, con descompuesta risa, gritos y voces desentonadas, atajándole don Diego, discurrió por la iglesia, haciendo extremos tales, que cualquiera juzgara se había soltado de la cadena ó casa de los locos. Tales extremos ocasionó el asombro de su turbado amigo, con quien, volviéndose á juntar, con trisca y burla celebraba las suyas; pues nunca atribuyó su mejor acuerdo á cosa semejante, y aun pienso que hoy estuviera en igual parecer, y don García, corrido del crédito y engaño de su presunción, si, á esta hora, más sosegados y quietos, volviendo á su paseo, no se hallaran inopinadamente desengañados y aun perdidos. Porque apenas, en el mismo ejercicio y aun con la misma risa y desenvoltura, quisieron juntos atravesar la losa, cuando, al poner los pies en ella, con horrible estampido, alzándose con ellos, los arrojó como con un trabuco seis pasos adelante; y luego, sin suspenderse allí el suceso espantoso, mientras los dos se pusieron en pie, no sin horrible turbación vieron que del sepulcro se iba levantando poco á poco un hombre que, en vez de la mortaja, vestía un hábito francisco, el cual, destocando el rostro y habiendo con

sumisión profunda reverenciado á los altares y simulacros, volviéndose hacia ellos, con tremulante voz, y mirando al mísero don Diego, daba principio á las razones siguientes:

—¿Hasta cuándo has pensado ¡oh atrevido mancebo! que habrán de suspender los justos cielos el castigo y azote de tus detestables intentos? ¿Hasta cuando, con tan graves ofensas y pecados, has de irritar su tremenda justicia, teniendo juntamente lleno el mundo de escándalos, alborotada esta ciudad y cubiertos de lágrimas y miedos los ojos castos y pecho virtuoso de mi desdichada perseguida hija; pues aún no han perdonado en la prosecución de tus torpes deseos y mi afrenta hollar tus pies estas losas y mármoles, asilo de mis huesos, y por tantas razones lugar digno de mayor respeto y veneración? Vuelve, vuelve ya sobre ti, miserable hombre, antes que tu perseverancia detestable apresure el castigo, para el cual, como hoy se me ha permitido la amenaza, entonces se me cometerá la ejecución de su ira, y tú satisfarás en desgracia de Dios siglos eternos el tiempo mal gastado de tu vida.

Aquí llegaba la temerosa voz cuando sin poder el ánimo y valor de los dos caballeros escuchar más razones dieron consigo totalmente en el suelo, y al mismo punto, haciendo como al principio una reverencia humilde, aquel bulto espantoso se volvió á su lugar, cubriéndose la

losa por sí misma con tan grande estampido, que no sólo acabó de quitarles á los dos el sentido, sino que juntamente su novedad y rumor trujo al puesto en que estaban algunos clérigos y otras muchas personas de la vecindad, que hallándoles en tan triste estado, brevemente se extendió su noticia por toda la ciudad, y sin poderlo remediar asimismo á los oídos de la virtuosa y noble doña Aldonza.

CAPITULO LI

Siente don Diego en sus mejores prendas el castigo del cielo, y doña Elvira comienza á gozar de mejor fortuna.

A esta sazón, aunque se me ha olvidado referirlo, no obstante las inquietudes de su esposo, estaba la afligida señora preñada y muy vecina á dar á luz con su parto al fruto que esperaba para sosiego y paz de su casa y marido.

Mas como las determinaciones y juicios de Dios sean tan investigables y secretos, muy al contrario se dispusieron sus propósitos, siendo aquello sin duda lo que más convendría, porque apenas entendió la afligida señora la triste nueva (pues indiscretamente añadida fué no menos de que habían hallado muerto á don Diego en aquella parte) cuando rompiendo la fuerza del dolor y sobresalto lo interior del pecho, abortó un hijo, y

con tan grandes ansias y mortales fatigas, que en breves horas rindió el alma, y poco después, con general sentimiento y lágrimas de toda la ciudad, la siguió el tierno infante; que cuando el cielo empieza á enojarse y sentirse, no suelen ser menores los efectos de su ira, y así, justa, aunque desastradamente, comenzó á experimentar don Diego su espantoso aviso.

El cual, ya á esta hora (que fué el siguiente día), volviendo en sí, estaba, aunque ignorante de tal pérdida, en términos de seguir á su esposa y no en mejor su amigo, porque uno y otro, en muchos días, se levantaron de la cama, sobreviniéndoles tales accidentes, que fué milagro escapar con la vida, y más cuando entendió don Diego los daños de su casa, la muerte de su mujer y sucesor, el perdido dote y la falta de otras comodidades y conveniencias que pudieran dar al traste con su salud y aun con sus sufrimientos. Mas, como caballero cristiano, reconociendo cuerdo y humilde de adónde y por qué causa le venían tales azotes, protestando grandes encomiendas y conformándose con la voluntad del cielo, esperó mejoría y convalecencia.

Habíase en este tiempo extendido aun lo más esencial del secreto por toda Córdoba, adonde en diferentes concursos y pláticas, añadiendo y acrecentando circunstancias, se contaba con horror y general admiración; porque, aunque se pretendió encubrir por justos respetos, de donde



menos se esperaba salió en publico, y fué de la misma casa de doña Elvira, en quien no quedándose sin castigo su madre, como más culpada, le tuvo á la hora misma que á don Diego le vino, apareciéndola otra semejante sombra que la dejó no menos mortal, mas antes llena de horribles miedos y tan espantosos temores, que dieron con sus quejas, con su cura y poco ánimo al traste con el justo secreto, haciendo patente el caso, la culpa y aun su ruin determinación. Si bien tocado de más superior brazo, atendiendo don Diego al remedio y satisfacción de tan graves escándalos y quiebras, resuelto á darla, propuso á sus deudos y amigos su última voluntad, y aplaudida de todos, aunque todavía indispuesto, asignó para el siguiente día á esta junta su ejecución y el hacer notorio al mundo el remate de su amor, pues era no menos que llenar el vacío de la difunta y noble doña Aldonza con la invencible, casta y virtuosa doña Elvira.

Y así, acompañado de lo más general é ilustre de aquella nobilísima ciudad, sin dar aviso de este intento á su dama, porque quiso que la prevención y el hecho la acogiesen á una, siguió á su casa, adonde, aunque pensó hallarla en el recato y soledad qué siempre, no así le sucedió; antes muy llena de alboroto, las puertas principales abiertas, la calle con cuatro coches de camino, literas, acémilas y recámara y, finalmente, el patio y corredores con muchos criados de li-

brea, alguaciles con varas, y todos forasteros y de ninguno conocidos, cosa que sobre tantos sobresaltos y penas dejó á don Diego suspendido y á su compañía en duda y confusión.

CAPITULO LII

Dícese la ocasión de este alboroto, concluyendo la historia con la elección prudente que la concede el cielo á doña Elvira por galardón y premio de su perseverancia generosa.

Creció este escándalo cuando, entendida la causa se supo la verdad, pues era por lo menos venirse á casar con doña Elvira, no menos que un ministro gravísimo de uno de los más principales y superiores Tribunales de España; y no fué tan grande este cuidado ni sentido de don Diego con tan largos extremos, como cuando apoderándose el caso acabó de apearle y de saber que era su antiguo competidor el que le sacó tanta sangre del pecho y, finalmente, don Juan de Zúñiga, cuyos grandes estudios y partes traían por primicias á aquella plaza y otros acostamientos generosos del César Carlos V; con que acabando su cólera de ponerse en su punto, acrecentándola su celosa rabia, dió á los circunstantes parte de todo y juntamente de su justa venganza y resolución. Y aunque algunos quisieran que estando en tales términos las cosas se guia-

ran con mayor cordura, como el pecho abrasado de don Diego no estaba ya para admitir consejos, siguiendo el suyo, entraron en la casa de doña Elvira, que bien ajena de semejante novedad, alegre y gustosamente recibía entonces, si ya no por amor, por último remedio de sus males, al que en don Juan le ofrecía su fortuna.

Mas como aún no estaba ésta cansada de afligirla, cuando pensó haberla puesto un clavo, vió en términos de perderse su casa y honra. Porque sin guardar otro mejor decoro, otro respeto, á pesar de don Juan y de toda su gente, la hizo meter en una silla; y diciendo que llevaba á su mujer, mando guiar con ella á su posada, aunque esto se hiciera no sin algunas muertes y mayor dificultad. Porque, determinándose don Juan á resistir tan descarada injuria, animado con la autoridad de su oficio, comenzaba una terrible sedición, si á este tiempo no le atajara el corregidor, que avisado de todo, y siendo un grave y prudente personaje, su blandura y respeto mitigó en don Diego, dando lugar á que su pretensión tuviese más justificación; y así, de su consentimiento, fué puesta la hermosa dama en un convento, adonde por términos jurídicos conoció el eclesiástico de la causa y sus impedimentos.

No obstante que, teniendo tanto poder don Juan, dió parte de su agravio al Consejo, que, proveyendo en ello como mejor convino, remitió orden particular para que, sin embargo de

lo actuado y escrito, el corregidor pusiese en libertad á doña Elvira, para que con ella, y sin perjuicio de los dos pretendientes, pudiese en su presencia elegir á su voluntad quién de ellos más bien le estuviese; y así, no atreviéndose el apasionado don Diego á prevertir tan estrecho mandato, perdidas totalmente las esperanzas de buen suceso, hubo mal de su grado de obedecer y asistir, aunque por cumplimiento, á aquel acto; el cual, no sin grande concurso de la ciudad, se dispuso en su casa del corregidor, dònde sacando él por la mano á la honestísima doncella, allí en público la propuso la orden, y juntamente la dijo hiciese su elección; con que esperando todos los circunstantes pendientes de su boca, cubierto el rostro de virginal vergüenza, vuelta á don Juan de Zúñiga, dió principio á este breve discurso:

—Aunque en esta ocasión pudiera justamente quejarme de vuestro largo olvido y corta correspondencia, y aun del haber acordádoos más de vuestros acrecentamientos que de mis grandes persecuciones y trabajos, todavía no es mi intento, don Juan, contradecir el vuestro con semejantes causas, pues ninguna fuera suficiente ni excusara el ser vuestra esposa, á no tener delante el mayor ejemplo de amor y perseverancia que dieron los mortales, y á quien no una, sino tres veces, debo la vida, y no sólo la vida, mas asimismo por mi propia ocasión (aunque sin cul-



pa mía) la pérdida de sus mejores prendas, de su santa mujer, de su hijo y hacienda, cosas por cierto indignas de ingratitud, y por quien, con justísima causa, pudiera el mundo desestimarme y aborrecerme, si ya en términos tales yo faltase á tantas obligaciones y deudas á que vos no habéis de dar lugar por las muchas muestras, ni menos yo he de quitar á don Diego el premio y galardón que merece. Y pasando adelante sin esperar respuesta, cubiertos los ojos de aljofaradas lágrimas, abrazando á don Diego, prosiguió su oración, diciendo: Vos sí, dueño y señor mío, debéis serlo de mi alma, y á vos, en contrapuesto de todo el mundo, elegirá mi boca y obedecerán mis sentidos mientras me durare la vida.

Y sin poder proseguir, atajada del aplauso y voces de los presentes, de la vergüenza y disgusto de don Juan, de los estrechos lazos de su nuevo esposo, cesando su discurso, comenzó el de sus alegres bodas, en cuya prosecución el opuesto amante, corrido y no poco afrentado, prosiguió su jornada, y don Diego alcanzó el fin deseado de su larga y bien resistida voluntad.



Pachecos y Palomeques.

CAPITULO LIII

Historia cuarta, sucedida en Toledo, con el origen y fundamento y antigüedad desta ínclita é imperial ciudad.

La imperial ciudad de Toledo, corte y Silla real de los más esclarecidos reyes godos y, al presente, trono majestuoso del perlado mayor de las Españas, digo, de su primado cardenal y arzobispo, tienen sus fundamentos tan venerable ancianidad, que casi en ellos, por su mejor noticia, hemos de proceder más por conjeturas que evidencia notoria. De ella hacen mención bien singular Tito Livio, Tolomeo y Plinio, poniéndola en la Citerior Tarraconense y en la Provincia Carpetana; todos tres gravísimos autores, y que ilustran sus glorias, sus victoriosos triunfos y su inmortal memoria con aplauso tan digno que pudiera su sola autoridad, su respeto solo, hacerla conocida y famosa entre las más inclitas, generosas y opulentas ciudades del mundo; y

así, no sin muy justa causa, por infinitos siglos, por edades largas, adquiriendo con sus grandes empresas, con su valor altivo, con su riqueza inmensa, el título grandioso, el renombre imperial, la majestad insigne de sus augustas armas, las coronadas águilas de sus insignias han merecido conservarle juntamente y casi desde sus primeros principios.

De los cuales, con seguridad y atención, han escrito libros copiosos muchos autores nuestros, digo, naturales de España y aun hijos propios de esta imperial ciudad, si bien uno de ellos, y no el menos auténtico, el docto arzobispo don Rodrigo (no sé en qué se fundó), dándola á Tolemón y Bruto por fundadores, quiso defraudarla de muchos siglos de ancianidad y origen, aunque otros, que le investigaron profundamente, han afirmado y dicho que fué edificada por los griegos y su valiente y magno capitán Hércules Libio, ayudando no sólo á esta opinión la fuerza de la tradición que en su famosa cueva hoy se conserva, mas aun la misma dictión, mudando algunas letras lo testifica, porque *Ptoliethron,* palabra griega, lo mismo significa que ciudad.

Otros, no sin grandes desvelos, dicen que Ferresio, insigne astrólogo y griego, conociendo por el benigno aspecto de sus astros que había de ser tal sitio felicísimo, la fundó y dedicó su cueva á Hércules, como á deidad de su adoración, 1270 años antes del nacimiento de Jesucristo.

Diferente opinión sigue Garibay, alegando á Beuter, Figueras y Arias Montano, pues todos se resuelven en que los ejércitos de Nabucadnecer, formados por caldeos, persas y hebreos, y viniendo á España la edificaron, llamándola Toledoth, que es lo mismo que generaciones; mas, según la mayor parte de autores graves y doctos, es lo menos dudoso que el valeroso Hércules fué su verdadero fundador y haberla esotros ampliado y engrandecido.

Su asiento de esta ilustrísima ciudad es una montaña proporcionado con su mismo circuito y, por el consiguiente, inaccesible, áspera y firmísima, siendo gran parte de su fortaleza y adorno las famosas riberas del caudaloso Tajo, cuyas aguas, en forma de herradura, hermosamente la rodean, fertilizando su anchurosa vega y terreno abundante con majestad y aplauso maravilloso. Esto, la templanza de sus frescos y delgados aires y el privilegio de que goza contra los terremotos, nieblas, inundaciones, y la abundancia de mantenimientos, prósperas influencias, hermosísimas y discretas damas y tantos y tan estimados sujetos como ha producido en todos tiempos y edades, parece que justamente recompensan la parte que le cupo de aspereza y fragosidad.

No escribo lo que pudiera de su excelente santuario, insigne iglesia primada de España, soberbios alcázares, magníficos palacios, puentes, edificios y antiguallas, porque, además de

repugnar á mi asunto, fuera alargarme infructuosamente; y así, no pretendiendo ser prolijo en las cosas que de suyo tienen granjeado tanta fama y conocimiento, habré de excusar esta censura, dando de aquesta suerte principio al cuento prometido.

CAPITULO LIV

Notable historia sucedida en Toledo.

Cuando en los años de mil y quinientos y veinte y uno la mayor parte de España parcial y divertida en opiniones, que otros han llamado comunidades, abrasándose en sangrientas y civiles guerras, dió tante que hacer y que decir á lo restante de la tierra, sucedió en esta imperial ciudad el caso de quien al presente escribo, con la verdad y fe que he protestado. Y porque casi en medio del espantoso estruendo de las armas, y mientras tantas venganzas, castigos y atrocidades se ejecutaron, nació la causa de su mayor particularidad, bien me atreveré á decir que nunca con más justa razón pudo el hijo de Venus preciarse de su adúltero padre, pues entre la desigualdad de dos tan contrarios efectos como son guerra y amor, mostró más claramente la poderosa fuerza de su brazo y la verdadera significación y moralidad de su metafórico nacimiento.

Estaba en esta sazón, por las pasiones y bandos que seguían, tan afligida la ciudad, que fué

evidente muestra de su opulencia el no quedar perdida ó arruinada del todo. Señalándose en el fomentar su desdicha los mejores y más poderosos hombres de ella, entre quien los dos hermanos Palomeques, famosos por el ánimo y fuerzas que alcanzaron, tanto como por su antigua nobleza, no fueron los que menos dieron á sentir su valor. Llamábase el mayor don Fernando, y el segundo don Pedro, y entrambos grandes conservadores de su república, siguiendo en esto las acciones y pasos del noble don Rodrigo, su padre, al cual, en los principios de estas revueltas, mataron, desgraciadamente, en la plaza de San Juan de los Reyes; ocasión no pequeña para que las inquietudes creciesen y las parcialidades aumentasen, si bien como más particular emulación mostraron su indignación con don Lope Pacheco, mancebo ilustrísimo y conocido por sus heroicas y loables costumbres, amable y generosa presencia, pues por excelencia notable fué llamado *el perfecto*.

Dos veces fueron de éste y algunos deudos suyos, echados los Palomeques de Toledo y perseguidos con tan notable extremo, que llegaron á cercarlos en una casa de placer de adonde, en diferentes ocasiones, se les escaparon dichosamente y con tan secreta huída, que dió motivo á que en la ciudad no supiesen otro nombre al Cigarral ó Quinta de los Palomeques, sino la *Casa del encanto*.

Tantas injurias y ofensas declaradas no prometían, en tan valientes hombres, menos que una terrible venganza, la cual procuraron por cuantos caminos y vías les fué posible, sin perdonar desvelos, vigilias y aun jornadas no poco peligrosas, no obstante que todas le salieron inciertas, porque don Lope y los suyos se guardaban con recato y prudencia.

En medio, pues, de tanta confusión, y cuando con igual vigilancia procuraba este caballero huir de Caribdis, dió sin pensar, no menos que en el Scila de unos hermosos ojos, cuyo dueño le tiranizó el alma. Digo que habiendo en una fiesta pública visto á Laurencia, doncella hermosísima, no sólo hizo en su ánimo suspensión de las armas, sino que juntamente rindió en su amororosa conquista la libertad, joya inestimable sobre los demás atributos del hombre.

Era esta dama hija de un ciudano, más rico de honrosos respetos que de caudal y hacienda, portillo, á su parecer de don Lope, suficiente á salir con el asedio que ya comenzaba á poner á la fortaleza de Laurencia; y así, regido de semejante industria, solícito buscaba medios que, dándola á entender su pasión, juntamente granjeasen con obras y regalos su voluntad, no le saliendo vana tan fuerte diligencia; porque años pocos, mucha hermosura, bizarros pensamientos y cortas fuerzas para lograrse en ellos, suelen desbaratar y romper los más castos propósitos. Al fin, más

obligada del precioso interés que de correspondencia amorosa, abrió Laurencia fácil puerta en su gusto al nuevo amante; y aunque en las de su casa tenía su padre el cuidado conveniente, todo importara poco si primero no fuera avisado y prevenido de un pariente, que pretendiendo de muy atrás el ser su yerno, desvelado en su intento y receloso por algunos indicios, hizo tan vigilante centinela, que á cortos lances alcanzó la causa y aun particularidades más secretas de ella, porque encubriéndose una noche en parte que con facilidad se podía percibir lo que con don Lope hablaba Laurencia desde cierta ventana, claramente acabó de entender, no sólo por cierta su sospecha, sino que temerosa la dama de algunas que en su padre iban descubriéndose, trataba con su amante le previniese sacándola de su casa y poder, como, en efecto, lo hiciera si la advertencia del deudo no atajara sus pasos.

CAPITULO LV

Oculta con secreto y recato su padre á la hermosa Laurencia, y prosigue el caso.

ERA, según ya tengo dicho, hombre su padre desta dama de más reputación que bienes de fortuna; y así sintió el afrenta que don Lope había intentado hacerle, con más extremos que sus fuerzas pedían; esmerándose en su satisfac-

ción, con tan poca cordura, que al fin, según presto veréis, vino á perder la hija y á poner su vida y honra en contingencia. Declaróse ante todas cosas por del bando y parcialidad de los dos hermanos, en cuyo poder, digo en el de su madre, que asistía en Toledo, dejó la mejor prenda de su alma; cierto de que en tal casa, ni el atrevimiento de don Lope pondría los ojos, ni la perseverancia de su voluntad llegaría á efecto; y con tanto, saliéndose á las aldeas y villajes, donde aquellos caballeros alojaban, mostró, en cuanto pudo, el deseo de su venganza, aunque lo hubiera sido más á cuento remediar su ofensa, dando cuerdamente á su hija esposo; pues con él no sólo excusara la infamia de su publicidad, sino que asimismo hubiera atajado los daños que por su causa sucedieron.

No sintió don Lope menos esta desgracia; antes, con amorosa y ardiente cólera, estuvo en términos de emprender una temeraria violencia; porque sospechoso de que se la habían encerrado en algún monasterio, hasta que en todos fué desengañándose, tuvo su impaciencia algún sufrimiento y consuelo, con la fuerza de que pensaba aprovecharse. Mas cuando últimamente, y como si se la hubiera tragado la tierra, perdió las esperanzas del hallarla, bien le fué necesario valerse de su cordura y discreto atributo; pues no le mereciera de perfecto si en semejantes trances se dejara rendir de su pasión.

Esto, en efecto, como mal remediable, fué su cura remitiéndose al tiempo; y aunque la convalecencia se alargó muchos días, no por eso dejaba de acudir, así á los cuidados de sus civiles guerras, como á la solicitud de las cosas que en ellas tenía á cargo.

No estaba en casa de sus enemigos y contrarios la hermosa Laurencia poco afligida en estos intermedios; porque si bien no amaba con tanto fuego, como ya don Lope la costaba algunos disgustos y malos tratamientos, y la vagante imaginación en la mayor clausura y encierro que su pasada libertad la había puesto hiciese mejor su oficio, poco á poco la memoria de su perdido empleo la forzó á sentir de veras lo que al principio disponía con diferentes motivos; y así como el frágil natural de la mujer es más incapaz de resistencia, fácilmente pudo á costa de su disimulación conocerse, si ya no su accidente, á lo menos el disgusto que padecía; origen suficiente para que en el noble hospedaje se sintiesen sus dueños por mal correspondidos; aunque no obstante esto, como realmente deseasen su agrado, y el sujeto de Laurencia, por su mucha hermosura, fuese digno de ser amado, por el consiguiente, cualquiera sinsabor en ella les era dispensable; sin excusarle todo el agrado y agasajo de sus fuerzas, alargándose en esto con mayor asistencia, doña Juana Palomeque, que hermana de los dos valientes caballeros, que así por su corta edad

como particular confrontación, más se le inclinaba.

Era esta noble señora, según el recato con que su madre la criaba, tan poco conocida, que, no digo la gente ciudadana, pero ni aun muchos de sus criados, pudieran dar razonables señas de su persona, cuya belleza peregrina no sé que haya humano ingenio que sin muy grandes yerros se atreva á reducirla á breve suma; pues en la imperfección de sus pocos años, y sin haber llegado al precio inestimable que después tuvo, puedo afirmar con razón que no sin justa providencia quiso el cielo ceñir sus rayos entre tantas paredes y clausura; porque si al mundo estuvieran patentes, es cierto que más desdichas y males hubiera en ellos ocasionado que venganzas y daños las disensiones y armas de sus deudos. Y así, en tal compañía, aún más culpable y reprensible era el desabrimiento de Laurencia; de quien mal resistidos sus desconsuelos y cuidados á pocas hojas (como doña Juana aunque niña, tenía de ingenio y agudeza suplida la falta de experiencia), leyó en su frente con evidencia clara la ocasión de su amorosa pena, que conocido no tardó su dueño en descubrírsela.

CAPITULO LVI

Procura doña Juana, entendido el empleo del ausencia, divertírsele y aun desacreditársele.

Bien sabía Laurencia la emulación y enemistad de aquélla y la casa de don Lope, su amante; mas deseando con tan gran grave sujeto disculpar su yerro, quiso juntamente informarla en su empleo; si bien mal afecto su nombre en los oídos de doña Juana, que, como dicen, habían en la leche bebido el mismo veneno, furia y rencor de sus hermanos; apenas le oyó, cuando procuró disuadírsele, aunque en vano; porque la tierna dama, por igual causa gobernada de su afición, y como ordinariamente acontece, á los más enfermos de semejante pasión; pues siempre quieren sea preciada de todos en su estimación propia la cosa amada, no sólo no desistió de su propósito, mas antes con mayor vehemencia, pintando su sujeto, tal vez le juzgó el más gallardo, el más valiente y generoso, y tal vez el más noble, el más virtuoso, el más galán, el más entendido y de más peregrina hermosura; y pretendiendo aúnmás largas disculpas, añadiendo á las sujeciones de sus réplicas otras semejantes razones, tal vez con más ternura, la dijo las siguientes:

—Si de tal hombre, señora y dueño mío, ha merecido ser Laurencia querida, ¿quién en el mundo puede con don Lope grangear su correspondencia? ¿No es éste, por ventura, el amparo y remedio de los caídos, el fuerte y poderoso con los soberbios, el humano con los humildes, el generoso y liberal con sus amigos, el terror de sus contrarios, el blando y apacible con las mujeres y el cortés y agradable con los hombres? Y finalmente, éste ¿no es quién, entre todos, por tantos requisitos y excelencias, ha merecido el nombre de *perfecto*? Pues si á él solo todos le reconocen vasallaje, todos le rinden voluntad y tributo, yo, que por tan frágil é indigna cosa me reputo, ¿cómo podré negársele, ó cómo, aunque quisiera, dejaran de forzarme su razón y justicia? Las cuales son tan poderosas y desapasionadas, que estoy por afirmar que, ó faltan en vos para conocer esta verdad, ú os sobran el odio y rencor de vuestros hermanos para oscurecerla.

De esta suerte, y en diferentes ocasiones, oyó en defensa de su amor doña Juana tales y mayores encarecimientos de Laurencia, y referidos con tanta exageración y esfuerzo que, sin pensar, poco á poco, perdiendo en su opinión la que de sangrienta y feroz homicida tenía don Lope, fué adquiriendo en su alma, no sólo diferente concepto, mas deseos grandes de mirar con los ojos su desengaño. Y así, determinándose á cesar en su contradicción, juntamente se dispuso á

favorecer con su ayuda la causa amorosa de esta dama; de quien, entendida tal determinación, fueron sus demostraciones y agradecimientos tan encarecidos, que doña Juana se tuvo por más que satisfecha; y como ya regida de aqueste parecer, tanto como por su nuevo deseo y curiosidad, sin mayor dilación, con su consentimiento, comenzó á prevenir Laurencia los medios que para hacerle sabedor de su asistencia á don Lope convenían, segura de que la razón por que su padre eligió semejante amparo era enderezada á solo encubrírsela; y como éste fuese en la prosecución de su voluntad el primer escalón que se había de apear, no dejó para facilitarlo camino que no rodease, ni máquina en su imaginación que no dispusiese; y finalmente, tantos vados tentó y tantas dificultades se atropellaron, que al fin, por último remedio, hubo de aprovechar la diligente traza.

CAPITULO LVII

Avisa su asistencia á don Lope Laurencia, ocasionando con su vista varios sucesos.

Había comenzado su madre de doña Juana, en la misma sazón, una novena al milagroso Santuario de la Piedra, en cuya estación, acompañada de Laurencia, de su hija y criadas, asistía con secreto y rebozo de las ocho á las nueve ho-

ras de la mañana. De esta breve jornada, queriendo valerse, escribió la dama dos cartas, las cuales, siendo en la misma sustancia y sobreescritas á don Lope Pacheco, se las metió en el pecho, hasta el conveniente término en quien, haciendo perdida la una en la iglesia y dejando caer la otra en la calle, libró su efecto en la disposición de la fortuna; pareciéndole que siendo tal la de don Lope, y su persona tan amable y bien vista, de ninguno podían ser halladas que no estimase con gusto el remitírselas, como realmente ello sucedió; porque, apenas eran las doce de aquel día, cuando ya estaban entrambas en sus manos; aunque no hizo tan larga confianza de su buena suerte la dama que en ellas escribiese razón, porque en llegando á otro poder se entendiese el secreto. Abriólas, en efecto, don Lope; y aunque turbado por el conocimiento confuso de la letra, leyó en ellas este breve discurso:

Laurencia á don Lope.

«Por no aventurar la buena dicha que me concede el cielo, remito el corto trabajo de otro aviso más seguro, el que en aqueste excuso por su incertidumbre; y así, porque salgamos, vos de cuidado y yo de la pena en que estoy, os suplico que con la puntualidad que confío estéis mañana á las nueve en la Capilla de la Piedra, adonde, si por seña lleváredes esta carta en la mano, ha-

llaréis entre las alfombras de sus gradas otra con mejor orden y claridad de lo que habéis de hacer. Dios os guarde.»

Muy alegre se halló don Lope con el desengaño y salida que de sus confusiones y sospechas se le ofrecían; y así, con igual cuidado, á la hora concertada, ya él estaba con su muestra plantado en la peana del altar, en quien, aunque procuró curioso y recatado conocer la imagen de su devoción, como el concurso de damas y el ir en diferentes disfraces se lo impidiesen, fué por demás su diligencia, no obstante que halló la carta prometida; porque Laurencia, no sólo en viéndole cumplió con su deseo, mas pudo, sin embargo, del recato con que su madre miraba por doña Juana, enseñarle despacio la satisfacción de sus yerros y el crédito de su verdad.

No había hasta aquel punto aquella inocente y mansa corderilla repastado entre flores de tan nocivo y amargo fruto, porque, según ya tengo referido, ni á sus divinos ojos llegaba conocimiento humano, ni su edad y clausura, daban lugar á mayor noticia, con que no me admiro ni espanto que, siendo de tal hombre la primera que tuvo, hiciese en su alma semejantes estragos; pues fué tal su mudanza y turbación (culpa la corta experiencia de aquellos accidentes), que casi puso en términos de entenderse su mal disimulada pasión; que, fomentada por la necia perseverançia con que Laurencia la exageraba las admirables

partes de su amante, no sólo aqueste desacuerdo añadió yesca al fuego, mas hizo que creciesen sus llamas de tal suerte, que primero perdió la vida que se mitigase su incendio. En fin, con bien disformes pareceres, ella confusa y triste, cuanto Laurencia sumamente alegre, dieron á su casa la vuelta, y don Lope, haciendo lo mismo, en llegando á la suya, abrió la carta y juntamente las puertas de su confusión y desengaños, leyendo las siguientes razones:

Laurencia á don Lope.

«Desde el punto en que mi cruel padre, efecto de nuestra entendida voluntad, me privó de vuestros ojos, no han cesado los míos de verter, en satisfacción de tal desdicha, abundantes lágrimas, cuyo fin, á no haberme valido de esta industria, hubiera sido mi última desesperación. Mas ya que el cielo piadosamente acudió á mi remedio, cierta de vuestra animosa resolución, me atrevo á pediros procuréis verme esta noche en la casa de vuestros contrarios, adonde, con su madre y hermosa hermana, estoy desde el amargo día que me ausentaron de vos. La empresa, aunque parezca difícil, mediante la ayuda que de acá se me ofrece, se os hará muy posible; y así, en una de las ventanas del jardín que caen junto á la muralla de la Vega, os esperaré á las doce; el lugar es secreto, la hora acomodada, vuestros ene-

migos ausentes, vos don Lope Pacheco y quien os lo pide vuestra firme Laurencia; con que ni tengo más que encareceros, ni vos razones para excusar la paga de tan verdadero amor.»

CAPITULO LVIII

Resuélvese don Lope al cumplimiento del billete, y doña Juana aumenta en él la pasión de su incendio.

¡OH cuántos y diferentes pensamientos cercaron á don Lope luego que acabó de leer las razones que habéis oído!, hallándose, por una parte, tan sin pensar, alegre con la perdida prenda; y por otra, no poco melancólico, viendo que el lugar adonde había parecido fuese tan lleno de sospechas, pues la menor que entonces confirió su pecho bastara á acobardar al más animoso. También consideraba, y no poco temía el descrédito de su persona, si acaso cuando todo saliese muy cierto, con la continuación, sus secretos amorosos se descubriesen, y él quedase mal reputado y desdorada la opinión granjeada por el noble trato y cortesía que con la casa de sus contrarios había usado.

No obstante que á tan graves causas no le faltaban réplicas que en su ánimo hiciesen mayor contradicción, pareciéndole que, según la honrosa confianza de Laurencia, no sólo no podía sin

mucha nota excusarse de verla, sino que juntamente quedaban en nuevo empeño su reputación el día que sin igual descuento se entendiese la arrogancia de sus émulos; y entonces era tanta, que la dama, á quien su mismo padre, aun estando presente, no se había resuelto á defenderle, ellos, por cosa suya y hacerle semejante pesar, tomaban el guardarla por su cuenta.

Con que, infiriendo de aqueste hecho poca estimación, sin más consulta, arrojadamente indignado, atropelló por los demás inconvenientes y cumplió la orden referida, aunque como prudente y recatado, yendo dos horas antes del concierto, cautamente notó en ellas todos los vestigios y señales que de sospecha ó traición se podían tener; con que algún tanto más asegurado, llegó á ponerse debajo de las ventanas del jardín, cuando apenas las acababa de abrir su dama, que ya puesta en la una y conocido le recibió con el gusto que sus deseos prometían. Y así, habiéndose dicho muchos tiernos y amorosos conceptos, ya culpando Laurencia el descuido de su amante, y ya don Lope la suspensión de semejante traza, alegre el uno y satisfecho el otro, se despidieron aplazados para las siguientes noches; en quien, proseguidas sus amorosas vistas, creció con ellas en Laurencia el incentivo de su ardiente deseo (y lo que debe causar más lástima, más grave sentimiento), vino á ser incurable y sin remedio el veneno furioso que del

tierno y aficionado corazón de doña Juana se había apoderado. La cual, los breves ratos que faltaba á la custodia y centinela de su amiga, fingiendo vana curiosidad en sus deseos y encubriéndose con ella de don Lope, gozaba, entre el amargo acíbar de la pena celosa de su alma, las dulces blanduras y requiebros de su comunicación, haciendo ésta su curiosa diligencia, sobre tanta afición, tales efectos, que puso en contingencia su salud, y aun su vida en conocido riesgo.

Siempre el amor fué reputado por tormento cruelísimo, si bien nunca es más insufrible que recatado y encubierto; de adonde nace que, mientras el corazón más se anima á disimularle, entonces crece con mayor furia, brotando como efímera ardiente al rostro y á la boca las reliquias de su fuego. Nadie hizo de esta verdad tan costosa experiencia, ni mujer, con mayor tolerancia y cordura, procuró resistir en tan frágiles fuerzas tan juntas y amontonadas penas; con que de su valiente resistencia el fruto que doña Juana vino á sacar fué caer del todo rendida en una cama, en que, poco ó mal entendida la pasión de su alma, aplicándola desiguales remedios, llegó á ser juntamente enfermedad del cuerpo, aumentándose por esta razón, en su afligida madre, el disgusto continuo en que la tenían las inquietudes y bandos de sus hijos; y cesando en Laurencia las visitas y pláticas de que había gozado hasta

entonces, mediante la industria y traza de doña Juana, cuyo amoroso y doliente espíritu, si por algún camino pudo recibir alegría, esta privación impensada, no sólo se la dió, mas dobló su consuelo; porque es, sin duda, el mayor de una celosa pena; pues al fin no se fomenta su dolor imposibilitada la causa de él.

Aunque no por esta dificultad dejaban de comunicarse los amantes, que prevenidos antes por lo que pudiera suceder, remitieron la prosecución de su empresa á una cinta, en la cual, esperando ocasión, el uno ataba sus papeles y el otro recibía sus respuestas; mas como Laurencia totalmente ignorante en el daño que hacía no encubriese á doña Juana éste y sus más interiores pensamientos, también fué sabidora dél, aunque con diferente efecto de su pecho, porque deseando no dejarse morir en semejante desesperación, apenas entendió la discreta traza, cuando en su idea la eligió por último reparo de su vida.

CAPITULO LIX

Intercadencias del amor de don Lope y otros nuevos sucesos mayores.

PASABA la suya don Lope en este tiempo con poco gusto, nacido tanto de las dilaciones de su amor, cuanto porque realmente, desde la primera intercadencia que en él hubo, más por propia

reputación y enfado de sus enemigos, que por fuerza de voluntad, perseveraba en su demanda; así que esto y el ser tan llena de peligros como infructuosa, le hizo que poco á poco fuese prevaricando en ella. Semejante tibieza, que como mala nueva, aun antes de consultarse llegó á noticia de su dama y de su boca á los oidos de la ya convaleciente doña Juana; la apresuró su resolución, temerosa de que desistiendo en su afición don Lope, quedaba sin remedio, el que para entenderse en la suya tenía maquinado; con que sin más tardanza, porque á la fuerza y necesidad de amor ni hay ley que la reprima ni precepto tan grave que la mitigue, pues ella sola, con más facilidad, rompe y atropella las del honor; pospuesto éste, su fama y reputación, el temor de sus hermanos, la venganza de su padre muerto y el odio intrínseco por tantas heridas recibidas, determinó la ejecución de sus intentos en la manera que presto entenderéis.

No del todo declaradamente había don Lope desistido en los suyos; antes, sabida la mejoría de doña Juana, con la esperanza de volverse á ver presto con su dama, acudía á la correspondencia de sus papeles, en cuya prosecución, yendo por la respuesta de uno que la noche antes había escrito, hallándola en la parte asignada, la tomó, y queriendo, para mejor leerla, dar la vuelta á su casa, previno su deseo el parecerle que, así en el manejo como en el mayor peso del billete,

mostraba en sí diferente novedad que en los pasados, con que, sin esperar á más, llegando al cobertizo de una iglesia en quien había una lámpara, abajándola y rompiendo la nema, apenas desplegó sus dobleces cuando salió del último un rayo penetrante que le atravesó las entrañas, pues con verdad puedo decir que no menos sangriento y poderoso fué el efecto que hizo en ellas el retrato de un monstruo, de un portento de hermosura y belleza que se descubrió ante él. Este acaemiento notable, y el ser la letra que miraba de ajena mano y diferentes señas, acrecentó, y con razón, su turbado espíritu, si bien teniendo tan cerca el desengaño, embarazados el sentido y los ojos en la divina efigie, aún no acertaba á valerse de él, hasta que satisfecho de que en sujeto humano no podía caber tan rara perfección, queriendo saber á que efecto Laurencia le escribía de otra letra y con la enigma de aquel pintado serafín, poniendo su lámina en el pecho, dió principio al billete y á su mayor confusión de aquesta suerte:

Doña Juana á don Lope.

«Sabe el piadoso cielo á quien hago testigo de mi honrada resistencia, las penas, los tormontos, lágrimas y dolores que en perseverar en ella me ha costado, pues por no verme rendida á semejante liviandad he querido primero padecellas y aun dejarme desesperadamente llegar á los fieros

umbrales de la muerte. Mas si la última ruina de mi casa infeliz está ya de lo alto subordinada á vuestro brazo, de quien ni el valor de mi difunto padre ni la audacia de mis desterrados hermanos han podido ampararse, ¿cómo la frágil fuerza de una mujer había de ser bastante á contrastarla? Al fin, don Lope, hoy permiten los cielos que, en vez de las venganzas tantas veces contra vos repetidas, sea mi alma víctima y último sacrificio de vuestra voluntad, para que de esta suerte no le reserve cosa de vuestros enemigos que no sienta su rigor y poder. El efecto que de éste reconozco desde el punto en que Laurencia me dió de vos noticia, es de tal calidad, que ni me atrevo á reducirlo á palabras ni los raudales de mis amargas lágrimas han dejado lugar en el papel para escribirle; y así, aunque temerosa de semejante arrojamiento, cierta de que vuestro noble pecho sabrá darle disculpa, le remito, siendo vos servido á nuestra vista, si bien ésta quise primero granjearme y merecerla enviando á pedírosla con semejante mensajero, al cual os ruego tratéis con el secreto y hospedaje que debéis á su original, y, sobre todo, con mejor acogida, que de mi desdicha y muchas partes de la hermosura de Laurencia puedo prometerme. Dios os guarde y á mí me haga agradable á vuestros ojos, que si tan buena suerte me sucede, seguramente podré esperaros mañana en la misma hora y ventana que sabéis.»

CAPITULO LX

Háblanse doña Juana y don Lope sin sabiduría de Laurencia.

TALES como ya habéis leído fueron las últimas razones con que acabó don Lope de leer el tierno y amoroso papel de doña Juana, en cuyo hermosísimo retrato, volviéndole á sacar del pecho, elevando á su contemplación, y pasando otras mil veces por los ojos el billete, sin saber lo que le había sucedido, casi en medio de tan extraordinaria suspensión hubiera de cogerle el día, por lo cual, temiendo ser hallado en semejante lugar, hubo de proseguir el camino de su posada, adonde arrojándose en el lecho, así vestido como estaba, sin dormir ni comer, pasó la mayor parte del día, y esto con tan maravillosa confusión y desasosiego que, como enajenado de sentido, así en el semblante de su rostro como en las demás acciones de su persona, daba justamente á presumir á los criados, que con silencio le miraban, ó que hubiese lastimosamente perdido el juicio, ó que sin duda maquinase en su idea alguna empresa ó jornada gravísima, como verdaderamente en esto último no se engañaban, porque nunca don Lope, aun habiendo manejado cosas tan grandes, se halló en su mayor aprieto con igual aventura.

Ella era, por cierto, según los casos y muestras sucedidas, en el presente estado bien digna de consideración, y tanto, que á no tener en el bello retrato tan valiente estímulo que le animase, y en el premio ofrecido tan agudo acicate que aligerase sus deseos, pienso que doña Juana se hallara corrida y burlada en su determinación; mas esta dama anduvo tan prudente en el enviar el retrato como discreta en la disposición del papel, pues uno y otro aseguraron el temor de don Lope, y granjearon su voluntad de suerte, que ni la evidencia del peligro ni la sinrazón y lástima de injuria tan afrentosa le pudieron mover de su propósito; y así, no reparando en la correspondencia antigua de Laurencia, ni menos en los medios con que doña Juana había de gobernarse, remitiéndose en todo á su prudencia, puso resueltamente la vida y honra en sus manos.

Con semejante determiuación, habiéndose sosegado algún tanto, esperó la noche, y juntamente con ella la hora deseada, en la cual, vestido un fuerte jaco y con armas al hecho convenientes, sin compañía ninguna por la importancia del secreto, poco á poco se fué acercando al puesto, en quien, después de haberle bien reconocido, oyó que sentidos sus pasos iban de la parte del jardín abriendo las ventanas; con que acercándose á ella, apenas doña Juana se dejó ver, cuando aun sin poder llegar á la reja quedó inmóvil, gozando como en éxtasis de aquel si-



mulacro de hermosura, y confiriendo en él el presente gusto que había hasta entonces tenido por gloria imaginada, ni la lengua pudo hacer su oficio, ni las plantas llegar más adelante.

Pasó, en fin, la turbación de este accidente, y llegándose á menor distancia el uno al otro, sin mover los ojos, por largo y dulce término se retrataron en ellos, hasta que don Lope, vencido de su justa cortesía, rompió de aquesta suerte su silencio:

—¿Es posible, único y solo portento de hermosura, adoración de los humanos, que los ojos de vuestro mayor enemigo, indigno por tales causas de asistir á tanto resplandor, han merecido veros y contemplaros tan de cerca? ¿Qué venturosa estrella, qué astros ó qué influjos dichosos miraron aquel día mi nacimiento, pues haciéndome en vuestra dulce vista agradable, juntamente inclinaron la voluntad á sacarme de las tinieblas en quien hasta ahora he vivido? ¿Qué secreta deidad rigió mis pasos, ó qué piadosos sacrificios han merecido por descuento tan inestimable galardón? ¡Oh ventura incomprensible! Feliz sea mil veces el punto y hora en que miré á Laurencia, ocasión de tantas dichas y mil veces bien empleados y dichosos los desvelos, movimientos y acciones gastados en su empresa, pues á costa de tan breves servicios y con el sudor de tan cortos trabajos, he descubierto mina de tan incomparable tesoro, joya de tan inesti-

mable precio y, sobre todo, alivio, que si alguno en esta vida mortal puede ser comparable al de aquellos divinos y Elíseos Campos, á él solo se le debe semejante igualdad. Digan, pues, ¡oh hermoso dueño mío!, más apriesa mis ojos lo que como incapaz de tanta gloria ignora y calla mi lengua, porque aun mi alma propia no sabe más que sentirlas, como ni su humildad agradecerlas.

—Bien confiada estaba yo, respondió doña Juana (atajando su plática), que de tan noble y cortesano caballero había de ser mi voluntad correspondida con demostración semejante, aunque si bien no me podréis con ella poner en mayor obligación, pues la mía ha llegado, sin poderla reprimir, al más subido grado, todavía vuelvo á ratificar en vuestra presencia la fe que para siempre os será inviolable. Vos, don Lope, habéis sido después de mis hermanos el primer hombre de quien aun mis ojos tuvieron particular noticia, y el que sólo por ellos tomó la posesión de mi alma, y así, vivid seguro que, bien ó mal pagada, no saldréis de ella mientras la vida me durare, ni otro ocupará el lugar que vos solo merecisteis, aunque por ello haya de perderla mil veces. No os pido en recompensa de este amor más finezas que las que vuestro gusto dispusiere, porque ni de que viva ó muera en él Laurencia harán menguas las mías ni de su amor y vuestra perseverancia formaré agravios.

Con esta carga emprendí esta hazaña, y cuando yo sea tan desdichada y vos tan desconocido en la desigualdad de nuestros méritos que no queráis proseguirla, pagaránlo en silencio mi sufrimiento y lágrimas, mas no vuestro sosiego y mi correspondencia.

CAPITULO LXI

Prosiguen estos nuevos amantes sus tiernos coloquios, quedando interrumpidos por un caso notable.

No quedaron estas palabras últimas y celosos temores sin la satisfacción y promesa que doña Juana merecía; y así, deseando sobre todas las cosas el apasionado caballero el firme apoyo de su nueva voluntad, procuró acreditarla con amorosas réplicas, entre las cuales, habiendo entendido el origen y principio de su afición y la enfermedad de doña Juana, también supo cómo para escribirle se había apoderado de la misma industria de Laurencia, que como ella le comunicase sus papeles, fuéle fácil el verla atar el último y el quitarle después sin ser sentida, poniendo en su lugar el del retrato; con que pareciendo cosa conveniente, para su mayor quietud, de acuerdo y consentimiento de su dama, quedó asentado que don Lope prosiguiese entreteniendo á la pobre Laurencia, á quien para po-

der venir seguramente á aquel puesto había dejádose en profundo sueño, sacando primero del poder de su madre las llaves del jardín, que siendo todas estas diligencias en su modo, de igual peligro, aun con más evidencia conoció don Lope la verdadera fe con que era amado.

Dos horas habría que los nuevos amantes, en apacible plática, gozaban las primicias de su voluntad, cuando oyendo don Lope un recio golpe, como de persona que se había arrojado ó caído de alta parte, ó tras de aquesto algún fácil rumor, algo alterado, hizo que muy aprisa cerrase doña Juana las ventanas, y con la misma brevedad, aun sin despedirse, abajándose al suelo, para mejor encubrirse y descubrir lo que era, se metió entre unos altos malvares y carrizos, desde adonde, con más seguridad, vió en un instante cubierto de hombres y armas aquel sitio. Cualquiera por de corto discurso que sea conocerá en tan triste suceso el temeroso y afligido aprieto con que se hallaría don Lope salteado; el cual, dándose por perdido y presumiendo que hubiese sido alevosamente vendido, ya que tan cerca juzgó su amargo fin, se arrevolvió ansí mesmo á vender por muchas vidas su temprana muerte; y así, con valiente ánimo dispuesto, esperó, como quien deseaba dilatar aquel breve espacio de vida, á que sus contrarios le hallasen y embistiesen; los cuales, acercándose juntos á la puerta del jardín, y habiéndose aguardado un

corto término, vió que después de él, entendido de adentro el contraseño, abriéndoles con recato y silencio, se iban entrando sin curar de otra cosa, hasta que no quedando ninguno, vuelto á cerrar el jardín, dejaron aquel sitio en el mismo silencio y seguridad, con que más alentado, apreciando desde aquel punto su vida milagrosa, poco á poco se fué desviando hacia la parte de la muralla, que era la misma por donde aquellos hombres habían venido, y en quien, apenas puso los pies don Lope, cuando entre unas grandes sombras que hacían los torreones y barbacanas, divisó un golpe de caballos, que á su ver asistían á los que estaban en la ciudad, de cuyo riesgo y perdición, temeroso y cuidando no hubiese igual daño por las demás partes del muro, indeterminable en su resolución, estuvo algo confuso; porque sospechando por cierto que eran los dos hermanos de su dama, y satisfecho de que en su fe y amor no había el doblez que al principio de aquel fracaso presumió, como ya informa en su pecho otros más blandos y menos vengativos espíritus, quisiera disponer el peligro de la ciudad sin que le recibiesen tan grande cosas de una mujer á quien él debía tan maravillosa voluntad.

En efecto, regido de este generoso pensamiento, él solo, por no alborotar sin tiempo ni lugar, requirió sus murallas y puertas, y previniendo los soldados y guardas muy despacio, se volvió á su casa, en quien puesto á caballo, con algu-

nos criados y amigos que mandó avisar, y haciendo juntamente que en San Román tocasen las campanas, cierta señal para que la gente del rebato acudiese á sus casas, cuando le pareció que ya los dos hermanos, oyendo el alboroto, se habrían puesto en cobro (como al fin sucedió) á buen paso, debiendo salir por la puerta del Cambrón, guió á la de Visagra y luego al lugar en quien la tropa había descubiértose; desde adonde, conocida la huella de los muchos caballos que huían, fueron á rienda suelta en su seguimiento, aunque fué por demás su diligencia, porque con las muchas que para su remedio hizo el gallardo don Lope, llevaban grandísima ventaja; con lo cual, desconfiando de alcanzarlos, y pareciéndole estaban bien fingidos sus deseos, mandó tocar á recoger, disimulando el buen suceso de ellos y el sobrado contento de haber tan á su honra dado la vida á los dos valientes Palomeques y hecho á su querida hermana tan importante servicio, no obstante, que como después sabréis, hubiera aqueste de costarle el sosiego, la hacienda y aun la vida y reputación; mas sin prevenir estos cuidados, todos los atropelló el noble caballero, teniendo en más estima el haber podido vengarse, que la satisfacción de sus enojos y ruina de sus mortales enemigos; porque en el generoso y magnánimo, la mayor venganza y castigo es no ejecutarla, pudiendo.

CAPITULO LXII

Don Lope, divertido en sus amores, falta al recato y seguridad de sus cosas, con que impensadamente salteadas, se viene á ver en un mortal peligro.

Lo restante del día y parte de la noche descansó don Lope, si bien, aun en tantos desvelos, no excusó el ver á doña Juana, de quien temía (y no poco) hubiese sido sentida en el rebato; y así, á la hora acostumbrada, ya él estaba en el puesto, habiendo antes, y con la industria y traza que otras veces, recibido un papel de Laurencia, y puesto para mejor engañarla y divertirla, otro en su lugar, con que, disculpando su remisión, ella quedó en su olvido, y don Lope, en saliendo su dama, fuera de sus temores y sospechas; porque no sólo supo de su boca el término que tuvo para salirse del jardín sin ser sentida, mas el que la sobró para poner con igual suerte las llaves en buen cobro, con lo cual, sumamente contentos, en particular doña Juana, no sabía con qué exageraciones y palabras encarecer la satisfacción que su amante mostraba en su voluntad, pues justamente pudo antes temer que, según el suceso de la primera noche, quedara para siempre imposibilitada de su vista. En fin, clara y abiertamente le confesó la venida de sus herma-

nos, aunque de ésta, como cosa también sabida de él, no hizo en su pecho alguna novedad; no obstante que la ocasión que los había traído, la causó, y muy grande, porque era no menos que á tratar con su madre y hermana la última y final conclusión de un casamiento, que muchos días antes se le estaba tratado. Conviniéronse en que, hasta tomar mejor acuerdo, esto se fuese por doña Juana dilatando, de quien, diciéndola primero lo que la pasada noche había dispuesto, para la seguridad y peligro de sus hermanos, se despidió don Lope, dejándola de nuevo amartelada y agradecida. Mas como en los amantes son siglos los momentos que interrumpen sus gustos, no se pasaron muchos sin volverse á ver.

Laurencia, en este tiempo, consumiéndose, divertía los tristes días de estas intercadencias y engañaba sus prolijas horas con la esperanza alegre que de ver á su amante la daba doña Juana; que como ésta estuviese solamente en su mano, fingiéndose unas veces mal convaleciente y otras diferentes achaques, érale fácil disponerlo á su gusto y fomentar en él las ansias y congojas del engañado huésped. También don Lope, advertido de su dama, no pocas veces lleno de pasión amorosa, ignoraba el medio y la elección menos sangrienta para salir de tanta confusión; porque, si por una parte conocía el peligroso punto de su casamiento aplazado, por otra el riesgo de excusársele, sin renovar ven-

ganzas y acrecentar enemistades y violencias, le ponía en mayor cuidado.

Todo esto conferían entre sí los dos tiernos amantes, y en todo hallaban inconvenientes y dificultades invencibles; porque, como prudentes, sabiendo que los consejos temerarios, cuanto al principio son de alegres y, tratados, duros y pertinaces, efectuados suelen salir amargos y tristes, quisiera cuerdamente no despeñarse en semejantes daños; mas como los que ya el cielo tenía determinados se apresurasen por la posta, ni pudieron antes tomar mejor acuerdo, ni menos prevenir su desdicha. Y así, la última noche en que estas cosas dulcemente conformes se comunicaban el uno al otro, con ímpetu soberbio rompió su tierna plática el repentino escándalo de mil confusas voces los clamores de diversas campanas, el temeroso estruendo del artillería, los golpes de las armas y las respuestas de los arcabuces, con que salteado lastimosamente acabó don Lope de conocer su perdición y el mal cobro en que sus desvelos amorosos habían reducido su ciudad, sus amigos, sus deudos y su vida. Despidiéndose con tiernas lágrimas intentó volver á su posada, si bien antes de llegar á ella supo que la ciudad era entrada, y ella, con las de sus mayores amigos, echadas por el suelo: furioso y vengativo efecto de sus contrarios, los cuales, alentados y prevenidos con el descuido y poco recato que hallaron la noche de su entrada

y mayormente por lo mal que fueron rebatidos de don Lope, ejecutaron ahora animosamente su intento; y con tan acertada disposición, que primero estuvieron apoderados de Toledo que fuesen sentidos; y como el quitarse de delante á don Lope era lo más esencial de su empresa, así emplearon la mayor furia de ella en su casa, aunque no hallándole, la entregaron al fuego, y pasando adelante se enseñorearon del alcázar, plazas, puertas y famosas puentes.

CAPITULO LXIII

Ocúltase de sus enemigos don Lope, y ausentes ellos, vuelve á ver á su dama.

¡OH miserable fortuna de la vida humana: cuán llena de inconstancias eres; cuán rodeada de mudanzas y peligros! Véis aquí nuestro noble y *perfecto* caballero, no sólo desposeído de tan superior mando y grandeza, sino juntamente convertido en un retrato lamentable de sus miserias; porque si le consideramos cercado de tan mortales enemigos, también le hallaremos sin casas en quien defenderse, sin amigos de quien ampararse, sin criados de quien favorecerse y, finalmente, sin puerta sin salida, para escaparse de tales desventuras. Mas como de los trabajos y peligros muestra el altivo y generoso espíritu mayor fortaleza, mayor ánimo, valiéndose del



suyo con subido consejo, se arrojó en la primera casa que halló abierta; adonde no sólo fué amorosamente recibido, mas pudo fácil y seguramente confiarse de sus dueños, los cuales, como si fuera hijo ó padre suyo, le guardaron tan bien, que, aunque las diligencias de sus contrarios pasaron de límite, sus pregones, amenazas y promesas de término no tuvieron efecto, ni tan graves temores fueron bastantes á descubrirle.

Andaban con tan impensada desdicha todos sus parciales ausentes, sus criados desterrados y sus aficionados encogidos; y así, considerando cuán mal por entonces podía ser de aquéllos ayudado, haciendo á tantos males valiente resistencia, esperó constantemente más sazonado tiempo para su libertad; la cual no se le dilató muchos días; porque la fortuna, que siempre favorece á quien contrasta la violencia de sus excesos, ordenó las cosas de sus enemigos de tal suerte, que les fué forzoso, aunque dejando bien asegurado su partido, hacer ausencia de la ciudad ocasionada de algunas sediciones y alborotos importantes de los mejores lugares de la comarca; que siéndole esta nueva á don Lope notoria, sin perder coyuntura con gran secreto, previno, su partida, aunque con igual y mayor cuidado, en medio del rigor de tan grave peligro no se olvidó de su dama, cuya casa queriendo, desconocido por la seguridad, ver la siguiente noche y consolarse besando sus dichosas paredes,

fué á tan venturoso punto, que como de allá no hubiese menos firmes deseos, menos afligimientos y cuidados, halló que, prevenido su pensamiento, le esperaba en la cinta que salía un papel, que abriéndole y conociendo la letra de doña Juana, leyó en él estos breves renglones:

«Si el cielo ha conservado vuestra vida y os atrevéis á verme, ejecutadlo sin dilación, porque en ésta consiste la mía y vuestro gusto.»

Bien advirtió don Lope que, pues su dama así lo disponía, no sólo habría seguridad bastante, mas juntamente precisa y grave causa, y como á los atrevidos no sólo la fortuna, más aún, el mismo amor les favorece, intrépida y resueltamente se dispuso al peligro, adonde muy sin él, dentro de breve espacio, llegó doña Juana, tan sentida y llorosa, con sus tristes sucesos, que si fuera en su mano, fácilmente conociera el amante la desigualdad de su estimación y aun el desprecio de la victoria y reputación de su sangre. Mas no desvaneciéndose en su encarecimiento, sin mayor dilación la hizo saber cuán adelante (en la determinación de sus hermanos) estaba su aborrecido casamiento y otras semejantes razones á su propósito, con que dispuesto el ánimo de don Lope, brevemente ordenaron el último y forzoso remedio.

En conclusión, doña Juana se arresolvió á dejar su casa, y para ejecutarlo más á su honra, haciendo á las estrellas y á los cielos testigos,



dió de esposa la hermosa y blanca mano al perseguido y venturoso caballero, que, como absorto y elevado en semejante gloria, olvidado de sus graves desdichas, asistía á ella. Con esto, asignando su ida con limitado término, dieron la vuelta entrambos á prevenirla, y ciertamente que por ningún camino se le pudiera trazar mayor venganza de sus contrarios, si como ello quedaba concertado sucediera; pero como aquella su influyente antipatía no cesaba en su curso, de donde presumieron su mayor descanso, casi hubieran de hallar su última ruina.

CAPITULO LXIV

Laurencia sigue esta misma noche á doña Juana, y es testigo (escondida) de su amor y conciertos; avisa de ellos á los dos Palomeques, y en tanto doña Juana se sale de su casa.

FUÉ el caso, pues, que como doña Juana, regida solamente de su ardiente deseo, aquella misma noche, en sintiendo que el papel de la cinta habían tomado, quisiese conocer luego la experiencia de su efecto, debiendo primero esperar á que Laurencia estuviere bien sosegada, ella que con iguales penas velando padecía, no sólo advirtió curiosa en su nueva inquietud, sino que, fingiéndose dormida, aguardó el suceso, y en viéndola salir siguió sus pasos, y sin ser sen-

tida, desde su aposento mismo hasta el jardín y ventana adonde ya doña Juana estaba hablando, llegó (no sin grave y maravillosa confusión del caso impensado) á salir de su engaño al conocimiento de don Lope, y finalmente, ser testigo de sus conciertos y bodas. Queda á la consideración del lector los rabiosos y mortales efectos que causarían en su alma tan declarados celos, y mayormente ocasionados por su amiga y huéspeda, por el archivo y depósito de sus malogrados empleos, pues fué notable muestra de su varonil pecho el poder reprimir sus sentimientos, sin hacer con su boca público alarde de su afrenta y dolor.

Mas disponiendo en su ánimo una horrible venganza, antes de ser sentida se volvió al aposento, en quien con infinitas lágrimas y abrasados suspiros celebró amargamente las obsequias de su difunto amor hasta el siguiente día, en quien, con el mismo deseo y resolución, escribió cuanto pasaba á los dos caballeros, valiéndose para esta sangrienta diligencia de un criado de su padre, que siendo el mensajero, no paró hasta llegar á Torrejón, en cuyo asedio, hallando solamente á don Fernando, le dió las cartas. Mas antes que en la prosecución de la venganza de esta mujer pasemos adelante, es justo que se advierta que aunque los dos amantes anduvieron en el recato de sus conciertos tan desdichados, no del todo les cerró sus puertas la fortuna, porque quiero que

entendáis que su enemiga, si bien pudo oir la palabra que se dieron, no así con cierta distinción el acuerdo y resolución de su partida. Además, que nunca ella presumió que el dejar su casa fuera tan brevemente, ni por el camino que quedaba trazado, porque si esto alcanzara, fácilmente pudiera prevenirlo con su misma madre. Así que, advertido este punto, el aviso que hizo sólo fué por mayor del casamiento con su contrario, de la injuria de su casa de la parte de su comunicación y el peligro y sospecha de su fuga afrentosa.

Este despacho fué en alguna manera favorable á doña Juana, porque embarazada en él Laurencia, pudo mejor prevenirse, sin tal testigo, de muchas cosas convenientes á su intento, y así mesmo, en obra semejante, gastó don Lope el día, que, como le faltaban criados, sólo se aprovechó de dos, que así como él se habían hasta entonces escondido; y así, al uno mandó que le asistiese aquella noche con sendos caballos entre unas huertas, y con el otro avisó á los demás, que en una fortaleza se habían asegurado en lo más áspero y fragoso de los vecinos montes. Y dada tan buena orden, en siendo la mitad de la noche, no obstante que con su claridad la luna les ayudaba poco, doña Juana abrió la puerta del jardín y se puso en las manos de don Lope, y él, con tiernos afectos, recibiéndola en sus brazos, sin dejarla de ellos, siguió con bre-

ves pasos á la vecina muralla, en quien atándola blanda y seguramente con una fuerte cuerda, en un instante ya estaba en medio de aquel campo, siguiéndola él con la misma facilidad y buena suerte.

Había don Lope mandado á su criado que, como habéis oído, esperase con los caballos entre unas huertas; tanto por el secreto conveniente, cuanto porque, estando tan desviados y fuera de sospecha, se aseguraba su negocio mejor que no si los hallaran junto á sus muros ó entre la barbacana. Por esta razón, temiendo ahora el cansancio de su dama y, sobre todo, el peligro de la tardanza, quiso remitir á sus hombros aquel dulce trabajo, que, entendido por ella, no fué posible con razones y ruegos persuadírselo; con que, de su voluntad y parecer (quedando entre las hierbas escondida), haciendo alas los pies, partió por los caballos; si bien, aunque la brevedad fué diligente, no sucedió la vuelta de la suerte que doña Juana y su temor pedían.

CAPITULO LXV

Cae doña Juana en poder de los suyos, y prosigue el cuento.

Antes, en este mismo tiempo, para acrecentar sus desdichas, habiendo, con el aviso que habéis oído, corrido apresuradamente desde Torrejón con tres caballos, llegó su hermano don Fernando, á la Vega, y bajándose por la contramuralla hacia la Puerta del Cambrón, que era el mismo lugar en quien doña Juana estaba escondida, fué en tan fuerte y amargo punto que, como la afligida señora, cuidadosa esperase á su amante, y su tardanza aumentase sus miedos, ignorando si eran tres ó cuatro los que le asistían y guardaban, en viendo venir á aquella gente salió de adonde aunque pasaran fuera imposible verla, y pensando que eran don Lope y sus criados, se les puso delante, no obstante que en un momento, y cuando su inadvertencia no tuvo remedio, conoció su desgracia. Y don Fernando, dando un lastimoso grito, en su vestido y persona, á quien arrojándose del caballo y haciendo á su compañía proseguir la jornada sin poderla hablar, ni aun mirar al rostro, se le cubrió con una banda roja que á su cuello traía; y dejando un tanto pasar el rabioso accidente, después de haberse lastimado y enternecido en tan afrentosa injuria,

quiso saber de su alevosa sangre la parte adonde su enemigo esperaba, ó el medio y traza que para sacarla á aquel puesto había tenido.

Estaba, á estas razones, tan cubierta de lágrimas la llorosa dama, como de turbación y desconsuelo; y así, teniendo por segura la muerte y lo más que hay que ponderar y decir, persuadiéndose en aquel mismo punto á que don Lope, según su remisión, sólo la había sacado de su casa para hacerla semejante afrenta y tomar, desamparándola en aquellos campos, de su frágil sujeto la venganza que de los dos hermanos no podía, arrojándose con tiernos y afectuosísimos suspiros á los pies de don Fernando, no sólo le dió brevemente cuenta de su pregunta, de su infame burla, satisfacción indigna de don Lope, mas juntamente le pidió muchas veces que, sin más dilación, cobrase en parte de su pecho alevoso el perdido honor.

Mas como ya él trujese fraguado en su determinación otro mayor castigo (si es que le puede haber más que la muerte), no cumpliéndola en esto sus deseos, sin esperarse á más, la tomó á las ancas y mandando guiar á la Puente Vieja, en quien entonces había un barco para pasar la gente, atravesando el Tajo y maquinando de don Lope y de sus deudos, una atrocísima venganza, llegó á su Cigarral ó casa de campo, y abriendo sus puertas y apeando á doña Juana, dejándola adentro, él mismo la cerró con su propia mano;

y con la presteza y vigilancia que su enojo pedía, volviendo á pasar el río á rienda suelta, requirió la campaña, sin dejar en toda ella árbol, mata, ni hierba que, buscando á don Lope, él y su gente no revolviesen, hasta que hallando unas huellas de caballos, siguiendo el rastro, apresuraron su corrida con determinación de no parar hasta alcanzarle.

Toda esta vida y sus acciones y accidentes representan al vivo una farsa ó comedia, en quien los personajes que ayer hicieron reyes hoy salieron esclavos, y en un pequeño espacio, los que vimos en mayores caídas y desgracias, los miramos luego dichosos y contentos. Así que, siendo esta verdad tan manifiesta, aunque el presente caso traiga consigo igual admiración, no por ella será menos posible ó desacreditada su inconstancia y variedad, cuya fuerza, maravillosamente resistida, experimentaron estos amantes; pues cuando sus desdichas debieran tener alguna mengua, entonces parece que comenzaban con mayor rigor, y, por el contrario, en la última desesperación de sus inconvenientes ella misma era vida y remedio de sus males.

Habíanse éstos, con tan grande tropel, amontonado en la hermosa y afligida doña Juana, que estuvo en fácil término su remate, según en la ocasión que la dejó su hermano; porque presumiendo justamente de sus cosas que aquel encierro triste había de ser el teatro de su muerte, la

carne, en fin, como delicada y mortal, empezó á temer su amargo trago, y vertiendo copiosas lágrimas y suspiros sin número, reconociendo el de tantas miserias y, por el consiguiente, el galardón que de don Lope había recibido, aumentando su pena y trocando su temor en osadía, facilitaba y aun deseaba, con bárbara obstinación, un breve fin.

CAPITULO LXVI

Horrendo y temeroso acaecimiento en la prisión de doña Juana, y el que en el interin tuvo la vuelta de su amante.

Apenas en su alma confirmó doña Juana, consentida aquella desesperada volundad, cuando inopinadamente, oyendo unos gemidos tristes que con espantoso rumor salían de aquellos aposentos (aun sin haber mirado la sombra de la muerte), se juzgó por perdida, y con tan grave turbación y miedo, que aunque diversas veces probó á dar voces pidiendo al cielo su favor, ni pudo desanudar la lengua, ni el sentido superior hacer su oficio. Aumentábanse en tanto horriblemente los profundos suspiros, si bien con alguna intercadencia; entre unos y otros se oían voces articuladas; con que, recobrando su aliento, abrió los ojos y alargó los oídos, al mismo punto que

con más claridad, habiéndose acercado aquella triste voz, decía estas lastimosas razones:

—¡Oh alma miserable y afligida! ¿Por cuál, de tantas puertas y heridas, determinas salir de esta cárcel, y hasta cuándo durará la consulta de mi lastimoso fin y tu sangrienta resolución? Sácame ya de tan rabiosas y mortales penas, pues no es posible que la memoria de su causa infeliz, que en este triste apartamiento más me atormenta, remita su dolor mientras tu aliento me hiciese compañía. ¡Ay infelices horas mal gastadas! ¡Ay contentos mortales desvanecidos! ¡Ay glorias de la tierra perecederas, cómo todos me habéis desamparado, todos en viento y humo os habéis convertido, y al fin, al fin, en la mayor necesidad, en el más grave aprieto, como amigos fingidos, me habéis dejado!

De aquesta suerte, y con mayor horror se lamentaba aquel, á su parecer de doña Juana, vagante espíritu, cuando infiriendo la afligida señora de tan fieros vestigios y señales su portentoso fin, tragó la muerte, y levantándose con esta ansia mortal, apenas desalentadamente dió seis pasos, cuando á los rayos que de la clara luna entraban por unas fuertes rejas, vió revuelto en un lago de reciente sangre á un miserable hombre, que arrastrando (porque estaba ligado pies y manos) se pretendía acercar á las mismas puertas. Aquí acabó la dama de perder el sentido; y así, falta de fuerzas, desapoderada, cayó en

el suelo; si bien cuando, después de breve espacio, volvió de aquel pesado parosismo, hallándose en los brazos ligados de aquel hombre, queriendo, despavorida, arrojarse de ellos, el sangriento rostro que tenía delante, estando ya tan cerca, fué lastimosamente conocido de ella y no menos que por el del noble y desdichado amante suyo; el cual, no siéndole más favorable la fortuna, aun antes de su acaecimiento de ella, había caído en las manos de sus crueles y mortales enemigos.

Porque apenas, según ya queda escrito, en demanda de los caballos, don Lope se apartó de sus ojos, cuando al entrar de unas estrechas calles, que las huertas hacían sin poderlo excusar, dió con una gran tropa de gente de á caballo, de quien siendo al instante conocido (tanto por el aviso y sospecha que traían, cuanto por haber dado primero con los suyos y con el criado que les guardaba), atropelladamente le embistieron, escapando de aquel su primero ímpetu tan mal herido, que aunque intentó animoso vender su vida, cayendo sin sentido en el principio de su resistencia, al recobrarle, se halló en poder de don Pedro Palomeque, que haciéndole atar de pies y manos, entrando en la ciudad y atravesando la Puente de San Martín, dió con él en su quinta, de quien así él como su hermano tenían llaves; y dejándole como en un fuerte castillo asegurado, sin ser sentidos aun del que la tenía



á cargo, porque dormía en diferente casa, volvió á entrarse en la ciudad y á proseguir la orden de que su hermano don Fernando había traído, el cual, según ya queda escrito, á la hora que tuvo en Torrejón la carta de Laurencia, le había avisado á Casa Rubios de lo que en Toledo pasaba y previniéndole para que antes de llegar se juntasen; errando con la prisa este designio, vino algo primero que él, y con la buena dicha que habéis oído, pues con tanta facilidad tuvo en sus manos el héroe principal de esta tragedia.

De suerte que, entendido este caso, digo esta inaudita y maravillosa concordancia, obra de superior providencia, los dos hermanos, ignorantes el uno del acaecimiento del otro, juntaron en un mismo lugar, en una misma casa, debajo de una llave, por sus propias manos y voluntad, á los que para la diversión y apartamiento de la suya, parece que de acuerdo se habían convocado los cielos todos y sus cuatro elementos.

CAPITULO XLVII

Previenen los hermanos su sangrienta venganza y el efecto que tuvo, etc.

En fin, habiéndose después de las cosas referidas lastimosamente abrazado y comunicado sus desastrados fines, brevemente los dos tristes amantes consultaron el último golpe de su im-

placable fortuna; y en estos intermedios, habiendo don Fernando seguido casi dos leguas largas aquel rastro de caballos, en cuya prosecución le dejamos, llegando á unas caserías, sin pensar, entendió en ellas el engaño con que caminaba, y porque queriendo averiguar qué gente había pasado, supo que solamente don Pedro, su hermano, muchas horas antes iba á la vuelta de Toledo; con que siendo ya casi amanecido, aun en las mismas huellas, que eran las que su hermano había dejado, conoció su infructuoso trabajo, por lo cual, abrasándose en furiosa cólera, no siéndole por entonces otra cosa posible, dió vuelta á la ciudad, como así mesmo lo había hecho antes don Pedro. Si bien, hallando éste á su madre y familia llenos de confusión y escándalo, efecto de la fuga de su hermana, fué tal su alteración, que estuvo en términos de quitarse la vida.

Mas viendo que con semejante sentimiento no remediaba su afrenta y deshonor, volvió á buscar por entre aquellos campos la causa dél; y trastornando en esta diligencia las duras piedras, le halló su hermano, de quien después de haberle recibido con las nuevas que oyó de doña Juana, salió su espíritu de la aflicción que padecía, no siendo menos grave, antes sin comparación, mayor el consuelo y alegría de don Fernando, luego como entendió el suceso de su enemigo; y así, queriendo sin mayor dilación disponer su venganza, mandó á don Pedro guiase adonde estaba; mas

cuando en el camino, comunicándose los dos estas cosas, advirtieron el yerro que su ignorancia había cometido poniendo á los dos amantes en una misma parte, en un mismo lugar, se quedaron pasmados, no obstante que con el imaginado y breve castigo que de tantas injurias pensaban tomar, apresurando el viaje, mitigaron su pena. La cual, si por yerro tan disculpable, si por disgusto tan satisfecho había sido tan grande, por el que ahora oiréis que les estaba esperando, ¿qué tal sería, ó de qué suerte á su paciencia y sufrimiento les sería tolerable? Pues no sólo, abriendo las puertas de la quinta ó *Casa del encanto,* hallaron transformados ó revueltos en humo y sombra á los dos enamorados prisioneros, pero ni aun rastro mayor de su asistencia que la mucha sangre de las heridas de don Lope.

En conclusión: el modo de su fuga fué á todos bien patente; porque como la sobra de pasión ofusca y ciega el más claro entendimiento, así, aunque quisieran encubrirle los dos hermanos, y mayormente la afrentosa ocasión que los traía afligidos, fuera por demás é imposible el riguroso sentimiento que hicieron al mal cobro de sus perdidas prendas. Con que no sólo quedó entendido y manifiesto el secreto amoroso de su hermana y don Lope, sino también el que con tan inviolable silencio se había siempre ocultado en aquel cigarral; del cual, si os acordáis en los principios de esta *Historia,* habiéndose los dos

caballeros Palomeques escapado de tres cercos apretados, ignorando el camino, mereció justamente el nombre de la *Casa del encanto,* título con que también la he referido en aquestos discursos.

Estaba, pues, este maravilloso y secreto artificio dispuesto con ingenio tan raro, con tanta sutileza que ninguno, sin particular inteligencia de él, alcanzara su modo, fué traza de un ingeniero alemán, á quien don Rodrigo, su padre, satisfizo por ella con larga mano. Iba, en efecto, una profunda mina, desde el menos importante aposento de aquel cuarto, un grande espacio por debajo de tierra hasta salir su boca (cubierta de horruras y malezas) á la fragosidad de unos altos barrancos; pero la forma con que la puerta se disimulaba y encubría en el referido aposento, era sin comparación discreta y peregrina, porque en su mismo enladrillado estaba un cuadro movedizo, de anchura de dos tercias, fundado sobre un recio tablón de igual medida y embozado con los propios ladrillos. A éste, por la parte inferior dentro en la mina, sustentaban dos husillos con sus tornos correspondientes á dos fuertes clavijas de bronce que, sobrepujando por encima, torciéndolas con facilidad, en llegando á estar atravesadas, como pendían en lo firme del aposento, asegurando el artificio, quedaba todo el suelo ajustado; y en queriendo abrirle, con torcer las clavijas, el peso mismo hacía mover los tornos,

hasta tocar en el cimiento y suelo que sería menos que un estado.

CAPITULO LXVIII

Siguen á los amantes los Palomeques, y el fin trágico de la celosa Laurencia.

No entendían los apasionados caballeros que su hermana sabía este secreto, ni menos aún, cuando don Fernando lo supiera, en la turbación en que se hallaba cuando allí la encerró, pudiera prevenir este aviso, ni si la diligencia y buena suerte de don Pedro tenían á don Lope en la misma prisión; porque así el uno como el otro, regidos de un igual pensamiento, no curaron de más que dejar encerrada la prenda hallada y volver por la perdida con prisa y diligencia.

Pero ni con todo esto desconfiaron en la empresa de alcanzarlos; antes así, juntos como estaban, habiendo primero requerido la mina, fueron en su seguimiento; asegurando además sus esperanzas el conocer, por el sangriento rastro que don Lope iba dejando, que era imposible el alejárseles tan mal herido; como ello fuera indubitable si la clemencia y bondad divina no los amparara y socorriera. Mas la misma que dió á la animosa dama resolución y industria para que, acordándose (en medio del peligro en que los dejamos rodeados de angustias y mortales congo-

jas) de la secreta mina, saliesen de su amarga prisión; guió también sus temerosos pasos, y en ocasión tan acertada, que encontrando unos pobres pastores, valiéndose de su piedad, casi en sus hombros se hallaron al salir del sol en Argete, lugar distante de Toledo una gran legua; en donde, gratificados los buenos hombres, no le faltaron á don Lope otros muchos vecinos que le amparasen y encubriesen; no obstante que su riesgo evidente no le dió más lugar que para apretarse las heridas, las cuales eran tantas, tan peligrosas y crueles, que antes parecía obra milagrosa que valor humano sustentase vivo.

De aquí, en sendos caballos y con seguras guías, se puso en un fuerte castillo; de suerte que cuando sus enemigos llegaron á aquel aldea, entendido su viaje y la ventaja que les llevaba, hubieron de tornarse, aunque no para desistir en su cruel venganza; antes la comenzaron de nuevo, siendo primicias de ella la celosa Laurencia, á quien lastimosamente mataron á puñaladas este mismo día. Hecho, por cierto, no sólo indigno y repugnante á su nobleza, pero injusto y bárbaro, y más de sangrientos caribes que de caballeros cristianos.

Persuadiéronse los dos hermanos (como sabedores de la liviandad porque su padre se valió de su amparo) que en la prosecución de estos amores había ocasionádose su afrenta; y aunque era así verdad, las circunstancias y rodeos por

donde doña Juana lo dispuso, excusaban grandemente á la pobre Laurencia. Mas sin topar en esto (como su origen principal), satisfizo con la vida el peligroso riesgo en que puso á su amante y el aviso mortal que á términos tan tristes le redujo. Si bien ninguna atrocidad de las muchas que emprendieron los Palomeques, ya en los deudos y amigos de su contrario, ya en su grandiosa hacienda, en sus hermosas granjas, casas de campo, ricos palacios, fué tan mal vista y parecida como esta barbaridad y desatino; el cual ejecutado, sin mayor dilación, juntaron gente, artillería y municiones bastantes á mayor cerco; y determinando ponérsele á don Lope, salieron de Toledo.

Mas como en su prudencia no fuese necesario prevenir este riesgo, no sintiéndose con bastante defensa, desamparó la fuerza, y así como se hallaba mal doliente, aunque mejor curado, caminando las noches y los días, no paró hasta entrarse en Portugal; adonde siguiéndole sus criados con lo mejor de sus joyas y riquezas, lo primero que hizo fué tratar de su cura; que fué (por la remisión y tardanza) tan larga y prolija y tan llena de peligrosos accidentes, que muchas veces, aun antes de sus deseadas bodas, estuvo doña Juana en términos de llorarse viuda. Mas el cielo, que de tales riesgos le había sacado, también le libró de éste; con que después de su convalecencia, en dulce posesión dichosamente

gozaron el premio y dulce galardón digno á tantos trabajos.

CAPITULO LXIX

Sabe don Lope la calamidad de su hacienda y amigos en la ausencia que hizo de Castilla, y por satisfacción desafía á sus contrarios en singular batalla.

Los infortunios y miserias que, en la brevedad de este tiempo, padecieron en Toledo y Castilla todas sus cosas de don Lope, fueron tan generales, tan terribles y ajenos de satisfacción y venganza noble, que ni su calidad da lugar á escribirse, ni fuera lícito que injurias semejantes, así por quien las recibió como por el honor de quien las hizo, queden inmortalizadas en la estampa; sólo diré que la reputación de don Lope quedó en algunas con tanto menoscabo y descrédito, que siéndole inexcusable y forzoso el volver por su honra, dejando los demás caminos y medios de paz que con sus enemigos se trataban, eligió el que en ley de caballero, y según sus grandes agravios, tenía obligación.

Y así, habiendo primero pedido al rey don Juan el III, que entonces reinaba en Portugal, y debajo de cuyo amparo vivía en sus reinos, licencia para desafiar á los dos caballeros, luego que S. A. entendió tan graves y justas causas,



no obstante que ya en España se iba remitiendo y olvidando este infernal abuso, á ruego de la señora reina doña Catalina, que mucho estimaba á don Lope, y debajo del plazo de cuarenta días, se la concedió, asignando para su expedición la ciudad de Evora, adonde en la sazón se hallaban SS. AA. Con lo cual, despachando á diversas partes de la corona de Castilla, así en Toledo como en Valladolid, Burgos y Sevilla, parecieron en un mismo día fijados sus carteles; que como en ellos los retase con atributos y cargos poco honrosos, y ofreciese combatírselo á entrambos ó meter consigo caballero que ayudase su intento, en breve término se llenó España de su fama y valor, y la ciudad de Evora de gente inumerable que acudió á ser testigo del suceso. No tuvieron en mucho los dos hermanos semejante resolución; antes, en alguna manera consolados por la última venganza que, según su valentía y fuerza, cualquiera de ellos se aseguraba aceptando la empresa, y con su salvaguardia previnieron las cosas al trance necesarias.

Ya en aquesta sazón, habiendo don Juan Lope de Padilla perdido aquella memorable batalla de Villalar y pasadas las demás cosas decantadas por tan graves autores, gozaba Castilla de mayor quietud, la cual, con la venida del invictísimo Carlos V, su rey, acabó de conseguirse; si bien para más perpetuarla, entendiendo S. M. el estado y miserable ruina que amenazaba á estas

dos casas, deseando apaciguarlas y componerlas sin otro rompimiento, y que estos caballeros volviesen de Portugal igualmente satisfechos y honrados, tuvo por bien de escribir al señor rey don Juan, su cuñado, sobre este punto, que no deseándolo menos, procuró disuadir por diferentes medios y trazas á don Lope; aunque, como el sentimiento de sus agravios y la publicidad de sus injurias, corriesen parejas, no se pudo acabar con él desistiese en la empresa; por cuya causa mal contento S. A., secretamente dió orden para que ningún caballero y fidalgo vasallo suyo (porque muchos lo querían hacer) le acompañasen en aquel desafío, pareciéndole que aquello que con su autoridad y ruegos no había conseguido, la fuerza y aprieto de tal necesidad no efectuaría.

Esta misma diligencia se usó en Castilla; si bien el gallardo don Lope, que no por semejante camino se había de reducir, aunque vió que los amigos de Castilla tardaban y los de Portugal se encogían, ni desmayó en su intento, ni menos el aplazado día dejó de hallarse en medio del palenque; cuyo teatro hermoso, adornado de bizarras damas, y de toda la nobleza portuguesa, aunque fuera en mi pluma asunto peregrino la humildad que de ella reconozco, puede excusarme en su narración; y así, pasando ésta en silencio, habré de proseguir en lo restante de mi historia.

No quiso hallarse en ocasión tan triste la hermosa doña Juana, cuyas lágrimas, aunque disimuladas de su esposo, pudieran, como el divino Orfeo con su canto, enternecer los insensibles mármoles. Porque no sólo, aun antes de la batalla, le afligía su peligro y rigor, mas temía y con mayor cuidado que faltándole á don Lope ayuda, como también conocía el valor, de sus hermanos, se había de ver con ellos en notable riesgo. Pero con todo esto, reprimiendo su llanto, ella misma y con sus propias manos, ayudó á armar á su esposo, y no fiando de sus criados, apretando los pernos y requiriendo las hevillas y correas, infundía en su pecho nueva osadía y mayor audacia.

CAPITULO LXX

Tiene don Lope ayuda en el combate, su suceso y la conclusión de esta historia.

Salió con esto don Lope de entre los tiernos brazos de su esposa, y entró en la plaza, acompañado de muchos criados y de algunos señores portugueses, que así por sangre como por otros respetos le quisieron honrar; y no curándose de galas y divisas, armado de resplandecientes armas, todas ellas y el templado escudo, parecían un espejo de bruñido cristal.

El caballo era rucio, y más valiente y hacedor que galán, en quien con su acompañamiento y

padrinos dió una vuelta á la plaza, y hecho su acatamiento á los jueces y damas, porque los reyes no asistieron en ella, se arrojó en el palenque al mismo punto que sus contrarios asomaban; que como ellos quisiesen, juntamente con su valor, mostrar sus riquezas y poder; más parece que vinieron adornados para bodas alegres, que para batallas sangrientas; y así el acompañamiento, las libreas, divisas, plumas y colores fué maravilloso, con que dejaron en cuantos les miraban granjeado el aplauso y voluntad. Las armas que traían eran acuarteladas de oro y azul con orlas y grabaduras, que las hacían mas hermosas y ricas; y los caballos de Córdoba, pelo castaño y la presencia hermosa, y digna de sus valientes dueños; cuya enseña y divisa era el blasón antiguo de sus famosas armas.

Luego, pues, que se vieron en el palenque, quisieran sin mayor dilación dar principio al combate, aunque su mucho valor y gallardía, repugnando conocida ventaja, no obstante que de rigor y justicia pudieran hacerle juntos, ó ayudarse en cualquiera aprieto, resolvieron lo contrario; y habiendo, después de algunas diferencias y porfías, porque cada uno quería ser el primero, convenídose apenas don Fernando esperó el son de las trompetas, cuando entrando en la plaza un caballero en orden de pelea, suspendiendo la suya, esperaron á ver su determinación, la cual, no parando hasta el asiento de los

estado y sus intereses en sus manos á más no poder; y porque hacer otra cosa, contradiciendo á tanta autoridad fuera desatino y locura, hubo don Lope de concederlo, teniéndolo sus contrarios por bien; y facilitada cosa al parecer de tantos imposible; advirtiendo S. A. en que el extraño caballero quería, con su licencia, partirse; no lo permitió, antes gustando conocer quien, en su reino y á su despecho, daba á don Lope ayuda, le mandó descubrir; y así, desenlazado el yelmo, en vez del robusto semblante que su atrevimiento y presencia prometían, quedó patente un hermoso y delicado serafín, cuyo rostro y cabellos que, como trenzas de oro, cayeron blandamente, bordando el negro arnés. Apenas fueron vistos, cuando don Lope conoció á su esposa y los dos valientes Palomeques á su enemiga hermana. Quedaron á semejante vista los presentes atónitos, y juzgando en su aspecto otra divina Palas, corrió la voz de tan peregrino suceso y la noticia de su gentil persona á los oídos de S. A., que, con generoso y real pecho, conocida, la recibió en sus brazos, de quien enternecidos y admirados de tan grande valor, se la sacaron sus hermanos y esposo; haciendo esta impensada y notable acción impresión tan piadosa en sus entrañas que, no queriendo faltar á su ilustre sangre, con gusto general de Sus Altezas, grandes y caballeros, salieron de la plaza conformes y olvidadas sus pasadas injurias; con lo cual, después de

haberles hecho grandes honras y mayores mercedes el señor rey don Juan, alegres y satisfechos, los envió á Castilla. Si bien, queriendo que tan memorable valor quedase eterno, mandó, que de la misma suerte que doña Juana se le había mostrado, quedase retratada en su Armería real, adonde, con majestad maravillosa, aún hoy conserva el valiente pincel la hermosura de su original, y adonde, si algún curioso circunspecto le pareciese duro el haber sacado en esta *Historia* armada y á caballo una delicada mujer, podrá, leyéndola, satisfacer su duda, ver con los ojos su desengaño y el mejor abono de mi crédito.



Sucesos trágicos de Don Enrique de Silva.

CAPITULO LXXI

Historia quinta, sucedida en Lisboa, con el famoso origen, antigüedad y fundamentos de esta nobilísima ciudad.—Descripción de Lisboa.

Después de aquella tan memorable como decantada destrucción de Troya, en quien fué uno de sus famosos expugnadores el capitán Ulises, excelente por su elocuencia y sagacidad, dicen autores graves que, perdiéndose de la conserva y junta de los demás príncipes vengadores de Agamenón, dió principio á sus largos naufragios y asunto en ellos á la honesta perseverancia de su esposa.

En este prolijo viaje es también tradición antigua haber aportado á España, derrotado por el famoso Estrecho de Gibraltar, hasta la boca

y desaguaderos del Tajo; porque subiendo con sus naves y alegre con la majestad y esplendor de sus riberas, tuvo por sitio digno de su memoria las de mano siniestra, adonde, reparándose, fundó mil y ciento y setenta y dos años después del Diluvio una hermosa ciudad en quien perseverase eternos siglos, llamándola Ulixípolis, que en griego significa ciudad de Ulixes, ó, según Estrabón, Ulixea, por su nombre.

No es menos célebre y venerable la ancianidad y origen de la memorable y suntuósa ciudad de Lisboa, que es la misma de quien voy hablando, y á quien por tales causas los antiguos siempre la llamaron Ulixipo. Si bien mucho después de su primera fundación, escribe Plinio, fué nombrada Salacia y también Julia Félix, y que en su tiempo, poblándose de los nobles y patricios romanos, la volvieron su originario nombre.

Es, pues, esta dignísima y principal cabeza de la Corona de Portugal, en asiento hermosísima, en comarca abundante y por la oportunidad y manejo de su famoso río, rica, opulenta y entre las demás escalas y ciudades del mundo, única y admirable. Su fundación es una parte eminente de la extendida playa, en quien se empinan siete montes ó apacibles collados que, vestidos de levantadas torres, de edificios suntuosos, espesas calles, innumerables plazas y magníficos templos y aplaudos por el real y generoso monasterio de Belén, pirámide y entierro

de sus príncipes, de su fuerte y artillada torre, de la grandiosa Casa de la misericordia, Hospital de los Santos, memoria y rica fundación de los piadosos reyes don Juan y don Manuel, de sus inexpugnables castillos, de su palacio y fuerte, de su anchuroso puerto, de sus monstruosas naves y de sus innumerables moradores, no sólo ofrecen á la vista el más soberbio y espantoso objeto que pudo imaginar ingenio humano, sino que juntamente aquella formidable majestad está infundiendo y pregonando en él las inauditas y memorables hazañas de sus valientes hijos, cuyas armas y temidos estandartes (dejemos para espanto de Roma al antiguo Viriato), ya del Africa asombro, ya terror del Oriente, han tremolado portentosamente invencibles la redondez del orbe. Con que no sé yo quién con tanto valor, en tan grande igualdad, en tan general extremo de excelencias y maravillas, pondrá atrevido el intento ni la pluma, pues si es llano y ciertísimo que las cosas magníficas tienen de suyo granjeado el aplauso, el esplendor y alabanza, mucho más conocida sería mi locura emprendiendo pasar adelante en descripción tan notoria y famosa.

Y así, tanto por disculpar mi atrevimiento, cuanto por no animarle á semejante yerro, suspenderé la pluma y cederé contento el campo y la ventaja á quien más elegante y doctamente diese vida al bosquejo que presumieron alentar mis borrones, y yo, en el ínterin, proseguiré tan

sólo en la narración del suceso que tengo prometido; al cual, aunque por trágico y lloroso he deseado morigerar en alguna manera el sentimiento y respeto de quien me ha obligado á escribirle, no lo ha permitido, ni menos, la verdad que profeso, así en las demás historias referidas como en la que tenemos presente, cuyo principio es el que se sigue.

CAPITULO LXXII

Principio de la historia.

Así como es dificultoso en el que gobierna poder tanto reprimir sus afectos, que, desnudo de ellos, del respeto de la sangre, del amistad ó de su propia inclinación, guarde igualdad en la distribución de la justicia, premio y castigo de ella; así también es imposible faltar, aun á quien con mayor rectitud se haya portado en semejantes cargos, querellas, émulos, pasiones y venganzas; que si bien, por la mayor parte, son injustas, raras veces en el crisol de los descargos, en la prolijidad de las determinaciones, en el descrédito del que está padeciendo y en la dilación de sus fines, deja de quedar, aunque inocente, culpado, aunque absuelto cautivo y aunque sin pena, pobre y su opinión en opiniones. Peligroso género de servicios, peligroso camino de merecer, pues adonde un hombre ha echado

el resto de sus fuerzas y riesgos y trabaja más por alcanzar el premio de ellos, entonces fomenta y solicita su destrucción, entonces una mala intención, un poderoso émulo, descompone cauteloso cuanto su industria, su buen celo y cuidados adquirieron sudando.

No sin particulares fines he dispuesto tan nueva digresión, pues casi iguales términos, semejantes querellas y aun mayores quejas suspiraba ofendido en la ciudad de Goa el noble caballero don Luis Antonio, uno de los personajes principales de esta tragedia, capitán portugués, de admirable valor, y á quien por sus hazañas se le había dado el gobierno y tenencia de una fortaleza importante, y de las más esenciales que aseguran, en aquellas remotísimas partes, la majestad de la Corona. Mas como en tales y tan grandes cargos sobra tanto de lo que he referido, la envidia rindió tiranamente su inocencia, y sin ser poderosos los medios con que se procuró atajar en España, al fin el Supremo Consejo le obligó á ceder el oficio, y remitió órdenes para que, en son de preso, el virrey le enviase á Lisboa. El progreso de tan larga jornada vino á ser la piedra fundamental en nuestra historia, y así, aunque moralizados, fueron inexcusables sus principios y causas.

Esperaba, con la resolución dicha, don Luis Antonio que las naos de la India se aprestasen, y como también se le mandaba llevar su casa,

en el ínterin, haciendo traer á Goa sus mejores prendas, su mujer y una hermosa hija, iba previniendo el viaje y disponiendo de su hacienda, que era bien poderosa, hasta que, llegado el tiempo conveniente, se hicieron á la vela.

Era el virrey persona de condición severa, y así, ó bien por esta causa ó por las que le oponían á don Luis al entregarle, casi públicamente protestó y encargó su guarda al capitán mayor ó general de la Armada, el cual, no obstante que la nobleza de su ilustre sangre y el ser un gran soldado y caballero no menos que de la clara estirpe de los Silvas, contradecía semejantes rigogores; viendo cuán circunspecto lo entregaba el virrey, no pudo excusar su mayor recato y con él la seguridad de su crédito. Hízole embarcar en su misma nave, y en ella, como más á la mira, le trujo, no tan gustoso como quisiera y según el preso merecía.

Púsole, sin opresiones como se le ordenaba, al menos cuatro postas para que le asistiesen. Requirióles su guarda, cuidó de su advertencia, y, finalmente, en la disposición de tales diligencias, granjeó poco á poco el mayor odio y rencor del afligido don Luis y su familia, á quien, pareciendo en medio de tan inmensos piélagos y mares, exorbitante y aun impertinente tanto cuidado, llegaron á sentirle por vejación y aun á morderse y lastimarse en secreto y en público.

Fomentábase con estas cosas una sedición en el

navío y aun en toda la armada; porque si bien el Silva era su general y capitán mayor, don Luis Antonio era de los más compañero, de algunos deudo y de todos amigo; conque teniendo el capitán por conveniente cumplir sus órdenes, no aflojando el cordel, antes aumentando el recato, en la ocasión primera mandó pasar, de otro en que iba, á su bajel á don Enrique, su hijo.

Era este mancebo, si valeroso, arriscado y valiente, y á quien con respeto y aplauso estimaba el armada por tan buenas partes, importante en aquella sazón, como al fin pareció, pues con su presencia no sólo se quietaron los sentimientos y quejas, mas se moderaron los rigores y guarda del preso; porque su padre, dejándole á su cuenta, dió lugar á que en ella dispusiese á su gusto.

Con esto, lo que hasta entonces no había hecho, forzado de su obligación y cortesía emprendió don Enrique ahora, visitando á don Luis en su estancia y cortejándole para su diversión y consuelo lo más del tiempo, atajar los comenzados rencores y dejar antes deudor al preso en su agasajo, que lastimado y quejoso en su aspereza.

Y hubiérale valido á don Enrique el estarse en su nave y el ser menos cortés, menos piadoso, no menos que su total quietud, la tranquilidad de su alma y el sosiego y paz de su corazón. ¿Quién podrá imaginar, antes de leer estos discursos, que de tan heroica virtud, de tan noble trato, de términos tan concertados y honestos

naciera para aqueste mancebo el principio de su perdición, el origen de sus trabajos y, en fin, con su muerte, el remate de ellos? ¿Y quién será tan loco que se atreva á presumir que entre las procelosas ondas del Océano, entre su cana espuma, entre sus aguas y en la opresión y cerco de un tan fuerte y contrario elemento, podían engendrarse las encendidas llamas, el fuego ardiente, que en breve tiempo, como presto veremos, fué incendio lastimoso y miserable ruina de su alma?

CAPITULO LXXIII

Origen del amor de don Enrique.

REALMENTE que cuando así en aqueste como en los pasados sucesos que he escrito, llego á considerar los medios, los caminos por donde provinieron algunos, ó ya su dicha, ó ya su mala suerte, que pierde pie mi humilde entendimiento y se anega y confunde el juicio y el sentido y, encogiendo los hombros, sin más rastrear secretos tan ocultos, reverencio admirado la causa superior que los gobierna.

Ya referí al principio cómo don Luis Antonio traía toda su casa, su esposa y una hija, cuya belleza portentosa aunque entonces la pasé en silencio, ahora que ha de dar tal materia á esta historia no es posible excusarlo; porque además

de ser digna en todo de alabanza la fama, que aún dura en la India, de su hermosura y la que en Lisboa prmanecerá por muchos siglos, obliga al más útil pincel, á la más bien cortada pluma.

Era doña Leonor, que así se llamaba este bello sujeto, moza de poca edad, mas tan gentil de cuerpo, talle y disposición, que cualquiera juzgara sus años por mayores; y á este mismo modelo seguían las demás facciones, el brío, el donaire y la virtud y discreción del alma. De suerte, que si en ésta era admirable, en su cuerpo era peregrina, formándose de tantas excelencias un divino portento, un asombro de virtud y hermosura; y aun parece que no queda exagerado, ni encarecido bastantemente.

A este dulce espectáculo, monstruo en belleza, tal vez descuidados y aun libres miraron atrevidos los ojos del incauto mancebo, llevando, como siempre acontece, tras del atrevimiento y delito, la pena y castigo de su descuido y libertad.

Teníanle sus padres, en Lisboa, casi ya concluído un casamiento con una prima suya, tan rica como hermosa, y sobre todo, el empleo y caudal de su primero amor; y por cuyo respeto, si no digo desdén, había padecido no pequeños disgustos; y ahora sólo acabar su viaje dilataba su posesión. Y así, con tal empeño, parecíale que ni había causa en el mundo para que sus obligaciones y fe faltasen, ni peligro ni objeto que hiciese su palabra venir á menos. Con tan flaca

defensa, que en un instante se desvaneció como humo, contándose, como dicen, por casado y por el consiguiente, por seguro, dió franca y libre puerta á sus dos ojos y rienda á su inadvertencia y presunción, hallándose cuando menos pensó y quiso retirarse precipitado en un abismo de deseos y rodeado de murallas tan fuertes, que juzgó por eterna su prisión y su libertad por irremediable.

Olvidó el justo empleo que alborozado le volvía á su patria, la perseverancia prometida y, para mayor muestra de su exceso y locura, dió al mar un hermoso retrato de su prima y futura esposa. Señales eran estas mortales, accidentes eran aquestos de una furiosa calentura, y sus efectos, aunque bien encubiertos, fácilmente saliendo como el fuego á la boca, fueron patentes á su dama; y aunque advertidos de su discreción, en ninguna manera acogidos de su honesto pecho.

Sabía ya doña Leonor las aplazadas bodas; y aunque esto así no fuera, su presunción altiva, su recato y honestidad, bastaran á contrastar fuerzas mayores y mayores peligros, ó al menos extremos semejantes juzgaba ella de su entereza y cordura; si bien yo dificulto tan igual conveniencia y temo que tales presunciones suelen dar en terribles bajios; porque ser confiado y ser prudente, de suyo trae la contradición y repugnancia. En fin, de aquesta suerte, ya en las primicias de este amor, ya en la absteridad y encogimiento de

la dama, se iba prosiguiendo aquella larga y tenebrosa navegación, con tan prósperos vientos, que hasta invernar en Mozambique, por no atreverse entonces á doblar el Cabo, ninguno fué de tan siniestra condición como la mal correspondida voluntad del amante, que á vela y remo caminaba sin esperanza de seguro puerto.

CAPITULO LXXIV

Inverna nuestra armada en Mozambique; diferencias entre los capitanes, y otros varios sucesos en la navegación y amor de don Enrique, etc.

LLEGARON al término que tengo dicho las poderosas naves y, juntamente, según lo han de costumbre, albergaron quietas; aunque no así el preso don Luis, porque el ocasión de hallarse en tierra, acrecentó su guarda y, por el consiguiente, incomodidades forzosas. Sentía este caballero la desconfianza del capitán mayor y, sobre todo, que siendo de una misma ciudad y naturaleza, pudiesen con él tan poco sus merecimientos y partes, de adonde, volviendo á los encuentros pasados y sus enojos, llegaron al punto de quien jamás descaecieron. Con que si bien don Enrique, por su propio interés, deseó apaciguarlos, aunque hizo como antes lo que quiso de su padre y acomodó á don Luis, ni por eso se reconciliaron, ni el

tierno amante volvió á la comunicación de sus visitas. Con que, lastimosamente muriendo, pasó aquel temporal, hasta que, al cabo de algunos meses, embarcándose, sin mejor esperanza, volvieron al viaje, y él, por la cercanía, á poder ver mejor á su dama, sin la limitación que en la tierra.

Tenía muy buena voz y igual destreza en la música, y así, por medio de ella, diversas veces entendió doña Leonor los conceptos y ternuras de su amante; porque las más noches, en los corredores de popa pasaba desvelado, ó ya cantando al son de la vigüela, ó ya vertiendo amorosas lágrimas; si bien, á tantas quejas, á tan amargo llanto, siempre doña Leonor estuvo sorda, siempre cruel y siempre desdeñosa. Con que el abrasado mozo, reconociendo su desdicha, perdió pie en su remedio; y al paso que le iba faltando la esperanza, á ese mismo crecían sus tristezas, y perdiendo el vigor vino á rendirse, cayendo en una peligrosa enfermedad, con la cual, cesando el breve alivio de la vista de su dama, se aumentó su accidente y con él el peligro de su vida.

Llorábale su padre tiernamente y aun todos los soldados y oficiales, de quien era bien quisto; y no era don Luis Antonio quien menos lo sentía, porque reconocía que, si algún buen pasaje se le hacía, era por su medio y diligencia. Sólo doña Leonor, constante y firme, como roca á estos golpes, corría parejas en el sentimiento lícito, no en

el que á tan extraño y prodigioso amor debía.

En este ínterin, el mal del pobre enfermo, por instantes, por puntos, caminaba á prevenir su muerte, apresurada tanto de la causa dicha, como de las incomodidades del navío, golpes y vaivenes del mar, que también á esta sazón, con un viento deshecho, andaba por los cielos, hasta que reconociendo las Terceras, casi forzadamente hubieron de arribar á ellas; con que siendo preciso reparar los bajeles, en el entretanto, la ocasión á propósito obligó á saltar en tierra al capitán y á que sacasen á ella á su hijo y á don Luis y su gente, que todos venían con achaques diferentes.

Alojáronse juntos unos y otros en las casas del gobernador de aquellas islas, que para facilitar mejor su cura del noble don Enrique, acertó á ser no menos que su tío. Tenía este caballero dos hijas doncellas, de quien y de su madre casi igualmente fueron, con los parientes recibidos, don Luis y su mujer, y, sobre todo, la hermosa doña Leonor, porque su belleza y cordura no sólo causaba admiración, mas se hacía amable.

Ya se sabe cuán tiernamente se agasajan los de aquesta nación, y cuán poco deudo, obligación y conocimiento han menester para regalarse; y, supuesto lo dicho, no tengo para qué encarecer las caricias de tales huéspedes, ni la piedad y amor con que el doliente mozo sería curado. No se apartaban de él un punto sus dos primas, y si algún breve espacio le faltaban, era sólo para

hacer compañía á su dama, por la cual, encargando su gusto, cada instante preguntaba don Enrique; y, en medio de sus ansias y congojas, aquel su dulce nombre le alentaba con tal demostración, que fácilmente las piadosas señoras dieron en su desvelo y, poco á poco, en el origen cierto de su peligrosa enfermedad. Confesólo asimismo, casi ya desconfiando de su remedio, el tierno amante, y, cubiertos los ojos de lágrimas, las pidió que á lo menos, en habiendo muerto, le dijesen á doña Leonor su infeliz suerte, y con tristes suspiros les contó, juntamente, su perseverancia y firmeza, y el descuento que en desdenes, tibiezas y rigores le había reducido á tan mortal estado.

No se holgaron poco las dos damas de que su sospecha saliese cierta, porque del entenderla consiguieron en la salud del primo más segura esperanza, y en el consuelo de sus penas igual remedio; con lo cual, alentado su descaecimiento, tomaron tan á pecho su amorosa empresa, que sin más dilatarla, aun antes de acostarse aquella noche, sabía doña Leonor ya de su boca lo que mucho tiempo antes se tenía ella muy mejor entendido.

CAPITULO LXXV

Persuaden con porfía las dos damas á doña Leonor, y ella declara su última voluntad.

Quiero que antes de pasar adelante, ni que el lector se entere en los sentimientos fingidos, enojos disimulados y razones severas con que rechazó doña Leonor la intercesión de las dos primas, sepa también la altura, los términos y rumbos en que la hallaba el peligro de su muerte, su larga enfermedad, su tierno amor y su mayor constancia, para que así, más claramente penetrado este punto, reconozca cuán cortas son las fuerzas de una frágil mujer, cuán breves sus rigores y cuán fáciles sus resistencias; y, mayormente, combatida y poco recatada de un continuo cuidado, de unos dulces gemidos, de un largo padecer, de unas fingidas ó verdaderas lágrimas, de una solicitud amorosa, y, sobre todo, de un forzoso y cruel disimulo de su recato vergonzoso y de su natural honestidad y encogimiento.

Nunca á doña Leonor le pareció mal don Enrique; antes, siendo sus partes tan gallardas, su condición tan generosa y la cortesía tan bien experimentada, era fuerza y obligación precisa que en su pecho hubiese causado diferentes efectos de los que ella mostraba, como realmente era lo cierto; mas teníala á raya el saber que él iba á casar-

se, y sobre esto, su pundonor honesto, que este era incomparable. Por esta causa y por razón tan cierta, llano es que, aumentándose en la continua vista el fuego de esta viva centella, y creciendo el rigor de un vivo viento, tan deshecho y, mayormente por su causa, en términos de muerte un mozo tan gallardo, que había de contrastar sus intentos y desvanecer sus honrados propósitos.

Declarado, pues, este enigma y entendido que, aunque oculto, en su pecho triunfaba amor de su constancia, fácil me será el persuadir que no podía, en la sazón de entonces, suceder á doña Leonor cosa más deseada ni conforme á su estimación y entereza, porque ya, con su mayor contradicción y esfuerzo, había cobrado alientos su amoroso desvelo, y de tal suerte se hallaba sumergida y ahogada, que, á dilatarse más la diligencia de las dos damas, saliera de ella el descubrir á voces su sentimiento ó, por lo menos, se declarara infaliblemente por cualquier camino con don Enrique; que no hace menos furiosa batería querer así oponerse, resistiendo, disimulando y á brazo partido, con este ciego y rapacillo amor.

Este era el término y estado en que la cogió el tierno recaudo de su amante, y en quien los piadosos ruegos de aquellas damas pretendieron ablandar su corazón de cera, si bien para los dos probó á mostrarse entonces de acero duro, y con disimulación y enojo tan fingido y dispuesto,

que viéndose, en medio de sus muchas querellas, tocar en la estimación y aun en la obligación y fe de ser su huéspeda y, por el consiguiente, mal correspondida, casi se hubieran de hallar muy arrepentidas. Mas oyendo que, en el progreso de sus quejas, mezclaba artificiosamente las generosas partes de su primo, su igual conocimiento y, últimamente, que á no juzgarle por casado ó en términos de estarlo tan presto, no las culpara tanto; entendido el descuido exagerado, la dieron por rendida y, apretando la cuerda, apenas de parte de don Enrique, las dos la aseguraron en su recelo, pues no era puesto en razón ni aun lícito pensar que él pretendiera tan ilustre mujer menos que para un loable fin, cuando la abrasada señora hizo público alarde de su amor y rompió, no sin lágrimas, el velo de su disimulación y recato. Con lo cual, aclamando victoria, á persuasión de las dos primas se determinaron á hacer la siguiente noche, secretamente, una visita al doliente mancebo, ó por mejor decir, á llevarle la salud y la vida, como en efecto sucedió; porque alcanzando el sí de doña Leonor, en hora conveniente y en el peso y silencio de la noche entraron unas y otras, llevando en medio el verdero antídoto y remedio del enfermo, al cual, en vez de la salud que deseaban, inadvertidas hubieran acarreádole la muerte con tan impensado y repentino contento.

CAPITULO LXXVI

Llega á salvamento la armada, y en Lisboa se va más alentando el enojo y rencor de don Luis Antonio.

TENÍANLE á don Enrique sus continuas congojas en un suspiro eterno, desvelado y sin sueño y, por otra parte, la enfermedad terrible y el no comer, desalentado y débil. Y así no fué mucho juzgar á la primera vista tal suceso por alguna de las transformaciones de Ovidio; y, en hecho de verdad, no pasó menos; porque, alborotado y lleno de terror y respeto, en viéndolas, se quiso, para hacerles conforme reverencia, arrojar del lecho; y ejecutáralo si al punto no le detuvieran sus primas, y con el nuevo desengaño y nuevas de su buena fortuna, reprimieran su intento; aunque esto no fué de suerte que, á contento tan grande y nunca esperado en su concepto, él pudiese esprimir alguno que lo pareciese, ni menos asegurar su turbado espíritu, si bien con todo, agradeciendo con locuras de amor este favor inestimable, dejó lugar á que sus dos primas le hablasen y doña Leonor le satisficiese. Dijo, pues, la hermosa dama, cubierto el rostro de vergonzosa grana, entre otras muchas cosas con que pretendió disculpar su esquiveza y rigor, la fuerza que sus primas la habían hecho, lo que su amor la

tenía obligada y cuánto deseaba su primera salud, dió un pequeño rasguño en su correspondencia y, finalmente, aumentándose el virgíneo color con la seguridad de su fe y palabra, aseguró igualmente la suya y sus temores; con que brotando el corazón de que la oía agradecimientos, sumisiones, promesas y una inviolable fe, trocando en alivio sus penas, sus tormentos en gloria y sus tinieblas en sereno día, quedó, de muerto resucitado y, con tan evidente mejoría el consuelo del alma, que desde aquel punto informó nueva vida, nuevas fuerzas y alientos á su cuerpo.

Despidiéronse por entonces las damas; mas con iguales vistas, creciendo los favores, creció la voluntad y, aumentándose el trato, poco á poco el niño y ciego amor llegó á verse gigante en sus dos pechos. Y ¿qué mucho, si habiéndose plantado sus raíces en la humedad inmensa del Océano, crecido en medio de sus ondas y casi enderezádose en sus islas se lograse de esta suerte, pues aun para su aumento y correspondencia no sólo sirvieron de terceras y arrimo dos damas tan hermosas, mas aun, aquellos sollozos, aquellas islas ó pezones del mar le ayudaron y favorecieron con la semejanza de su nombre?

Había todo este tiempo andado alborotado el mar, levantadas sus ondas y el viento desatado y deshecho, porque aún en este rigor quiso con don Enrique mostrarse favorable, y tanto que parece esperaba sólo la mejoría y buen suceso de su

amor y salud para dejar trillarse de las naves, y así abonanzando, despedidos de las hermosas primas con abrazos y aun lágrimas, se embarcaron y, en ocho días, con general alegría, dieron vista á Lisboa y, finalmente, límites á los trabajos de su navegación, con lo cual (advertidos en la prosecución de sus amores) don Enrique y su padre pisaron los umbrales deseados de su casa, y don Luis Antonio, á quien ya esperaba un hijo suyo, con mejores despachos de la corte, guió á la suya acompañado de algunos guardas y de muchos amigos.

Teníasela el Supremo Consejo, informado mejor, señalada por cárcel; y así, juzgándolo por diferente suceso que el que prometía el recato del capitán mayor, creciendo su indignación y odio esperó los fines, que no se dilataron pocos días; aunque moderándose en ellos su prisión, tuvo después de algunos meses licencia para ir á la corte.

CAPITULO LXXVII

Procuran los parientes de don Enrique el efecto de su casamiento aplazado; y él, regido de su nuevo desvelo, lo dilata cautelosamente.

En este ínterin y aun luego, como don Enrique, convaleciente de su mal, llegó á su casa, así de la parte de sus mismos padres, como de los parientes y deudos, de la que había de ser su es-

posa, como en cosa tan hecha, comenzaron á tratar del efecto y disponer las dispensaciones; porque, como tengo dicho, doña Clara (llamábase así la dama) era su prima y, juntamente, doncella riquísima, única heredera de su casa, y, sobre todo, mujer á quien, por su hermosura y bizarro parecer, había el olvidado amante servido largos tiempos y aun querido con extremos locos; y bien acerté en darles semejante atributo, pues ninguno pudo mejor cuadrar con su variedad y mudanza.

Habíasele, al principio de este empleo, mostrado desdeñosa, condición ordinaria de una mujer rogada; y este fácil castigo, sintiéndole don Enrique por disfavor mortal, tuvo por buen remedio el ausentarse; y, poniéndolo por obra, á pesar de sus padres, de quien era su mayor consuelo, se traspuso á la India, de donde, entendida la causa y arrepentida el sujeto de ella, concertadas sus bodas, yendo por capitán mayor su padre, lo traía ahora para su cumplimiento, mas tan diferente y trocado como habéis oído; pues no sólo no volvió los ojos al pasado empleo, sino que, resuelto á proseguir su nuevo amor, pidió se suspendiese el trato, como, en efecto, lo hicieron sus padres, porque sólo su voluntad los gobernaba.

Cesaron con aquesto las pláticas; y aunque de parte de la dama se guardó el mismo orden, no así, en lo interior, se estimó el sentimiento.

Amaba doña Clara tiernamente á su primo, y el juzgarse tan cierto por su esposa, no sólo había hecho lícito este amor, mas, juntamente, abierto franca puerta á sus ciegos deseos, á sus ardientes llamas y una voluntad tan arraigada y envejecida, que fuera hoy por demás querer ceñirla ó mitigar su fuego. Y esta verdad, no obstante que el ingrato deudo la advirtió y conoció, aunque siempre resuelto á proseguir su gusto, nunca se persuadió desengañarla, ni tampoco quiso que sus padres lo hiciesen; antes, jugando con dos manos, procuró entretenerla; y fingiendo deseos, iba por otra parte excusando y dilatando su ejecución.

No puedo yo, á lo menos, presumir con qué fines; pero á lo más, bien veo que en este trato doble degeneró grandemente de sus obligaciones don Enrique, y que muy justamente se le podrán á él atribuir los daños graves que de sus remisiones y fingimientos resultaron; porque es cosa infalible, y que no admite duda, que si luego como llegó desengañara á su pobre prima, ni su voluntad tomara tan grandes fuerzas, ni su amor hubiera crecido de tal suerte que, cuando quiso atajarlo, pareció irremediable; mas no se quedaron sin castigo el uno y otro, porque si doña Clara lloró inmortalmente su libre y desenfrenado arrojamiento, no se dilató á don Enrique, ni á sus disimulaciones y dobleces, la satisfacción y paga merecida.

Pero dejado aquesto hasta su tiempo, no andaba, en el presente la hermosa doña Leonor poco afligida, porque la nueva asistencia de su casa dificultaba, hasta tomarla el tiento, la comunicación de su amante, á quien aunque los más días veía desde sus rejas, semejante á otro Tántalo, aquel breve consuelo la causaba más abrasada sed, mayor deseo y, por el consiguiente, igual pena y desesperación. Mas como la necesidad y trabajo es prudente maestro de la industria, no sin atropellar inconvenientes, hizo que la forjasen una llave, con la cual, saliendo de su cuadra, podía llegar á unas ventanas y por ellas hablar con su galán seguramente. No era menos el cuidado y vigilancia de sus padres, pues aun en tan corta diligencia, tenía su hija tantas dificultades; mas ¿qué importan éstas ni otras mayores cuando una voluntad vive dispuesta? En fin, previniendo un papel con avisos y señas suficientes, el mismo día que se acabó la llave, arrojándosele al pasar á don Enrique, y tomándole él con igual cuidado, entendido su gusto, salió de confusiones, además que fué mucho no perder el juicio.

CAPITULO LXXVIII

Crecen los favores de doña Leonor hasta verse con don Enrique en más estrechos lazos.

Esta tranquilidad que he referido, éste gozo y contento, les duró á los amantes largos días, comunicándose las más noches ternísimas y confirmando nuevamente su amor y perseverancia, sin atreverse, en tanto tiempo, á tomar resolución segura, pidiéndola don Enrique á sus padres ó dando ella lugar á otro concierto. Duraban en don Luis los reñidos pleitos que de la India le habían traído; y el rencor granjeado por su guarda y recato, estaba con su padre de don Enrique en el mismo paraje; y como estas cosas no ignorase la dama, cierta de su contradicción, procuraba, hasta mejor sazón, divertir y entretener á su amante; pero, en efecto, el temor receloso de que con semejantes dilaciones no se volviese á su primero empleo, y, sobre todo, su insufrible deseo, la obligaron, ó por hablar más lícito, la hicieron fuerza á que tomase otra resolución; que si bien no fué la más honesta y acertada, por lo menos, para su cumplimiento y para mejor seguridad de sus cosas, ella la juzgó por esencial y breve.

Quien trujere leyendo estos renglones á la memoria los primeros de esta historia, y en ellos

la crueldad, el desdén, el severo rostro, la continencia y recato con que esta dama trató el origen de su amor, y ahora viere tan notable mudanza, fuerza será, ó que se me conceda en su disculpa ser grave, ser vehemente su pasión ó que en su pecho halló menos prudencia y mayor confianza; blasón que locamente se atribuye más presto, quien más pronto se precipita y cae de ojos. No niego yo que el frágil natural de las mujeres es en cuanto á deseos más disculpable; pero también no ignoro que para recatarlos y encubrirlos es, sin comparación, más fuerte y poderoso que en los hombres; y así, censurando modesto, creo y tengo por cierto que primero le rendiría la celosa pena del verse por sus dilaciones olvidada, y mayormente estando de por medio doña Clara, ó congruencias diferentes, enderezadas á su honrado propósito, que no incendios de amor, llamas de sus desordenados deseos.

En conclusión, doña Leonor, dispuesta á divertir su amante con más nuevos y crecidos favores, movida por las causas ya dichas, y apresurada de sus continuos ruegos é importunaciones, le dió orden para que entrase en su casa, y no obstante que esto era lleno de inconvenientes temerosos, y no el menor el allanar las puertas, loco de gusto, sin reparar en ellos, atropelló en sus dificultades, inclinando y disponiendo cavilosamente la voluntad de un esclavo portero, piedra fundamental y llave de su entrada, y con

tanta destreza y disimulación, que á pocos lances le tuvo de su parte. Porque valiéndose para con semejante persona de otro igual sujeto, digo de otro esclavo suyo, y bien ladino; mediante éste, con facilidad le granjeó, persuadido á que según la verdad del intento, casándose los dos amantes, ó sería con razón dueño de sus voluntades, ó que por lo menos le ahorrarían de su esclavitud, y añadiendo á este punto dádivas y regalos, que es el más fuerte medio, sin más dificultarlo, don Enrique escaló la fortaleza, y doña Leonor, aunque arrepentida, se halló en diferente estado. Había llegado su amor al último remate y, recíprocamente, más que nunca á su gusto sujeto, mostraba don Enrique el agradecimiento, tanto en el mortal peligro á que se ponía, cuanto á ella en los muchos á que para salir á verle se aventuraba, pues siéndole preciso llegar hasta una sala de estrado que era adonde el negro y falso alcaide podía meter á su galán, el menos importante en su modo, ir atravesar por delante de sus mismos padres y hermanos, que unos y otros consecutivamente al suyo dormían en diferentes aposentos, de quien á ser sentida, indubitablemente y sin mayor examen fuera muerta, porque en casos tan de honra no es más bien reportada la gente noble de esta belicosa nación.

CAPITULO LXXIX

Dánse palabra y fe de esposos los amantes, y en el ínterin, doña Clara, impaciente por la dilación de su primo, cae en una grave enfermedad.

En la noche primera de sus vistas, no olvidando del todo la hermosa dama lo que debía á su sangre, antes de verla puesta en contingencia, recibió de don Enrique con igual alegría la mano y fe de esposo, llamando por testigos las negras sombras de la oscura noche y al bárbaro tercero de sus bodas, las cuales, con tales requisitos, no dejaré yo de llamar muy negras y aun tristes desde este punto, y á lo menos en señales y agüeros nos fuera lícito creer no sé que más contrarios, no sé cuáles más infelices.

Ya yo estoy esperando en don Enrique si el verse con tan nuevo estado y sin remedio la persona de su prima le obligan á desengañarla, le fuerzan á declararse con ella. Pues no fué así, porque ni con todo le pasó por el pensamiento; antes con el mismo desvelo la traía suspendida, adorando en sus acciones, creyendo en sus palabras, y como inocente corderilla, dejándose por ellas llevar al matadero.

Vivía la cuitada doncella en un continuo llanto, efectos que á los ojos respiraba su alma, abra-

sada y encendida en ardientes recelos, siendo lastimosa y cruelmente apresurados y prevenidos con la pena de tantas tibiezas y desdenes, con el incendio de fingidos requiebros y, finalmente, con el incentivo de sus dilaciones y pausas, porque no hay accidente tan furioso ni locura tan desatada que así rompa, atropelle, desbarate la más honesta y casta resolución, como la desestimación y desprecio de la cosa amada; y sobre todo, la privación ó suspensión de sus mismos objetos. Así, regida de aqueste ciego é implacable amor, abandonando su natural vergüenza, perdía, en viéndose con él á solas, los estribos del recato, y lo que más se puede ponderar, hacía tiernamente oprimida con su olvidado primo el mismo oficio que, en ley de buen galán, debiera él representar en aquesta tragedia, pues trasformándole en sí mismo, ella le requebraba, ella le hacía caricias y, con dulcísimos efectuosos gemidos, solícita fomentaba su gusto, su perdición y ruina. ¡Oh lastimoso y miserable estado de mujer! ¡Cuán imperiosamente está apoderada de tu triste alma esta pasión tirana, y cuán ciega y arrebatadamente eres llevada al abismo de tu final desdicha!

Ciertamente que, llegando á este punto, casi me falta aliento para proseguir esta historia, y que si el haberme empeñado en su promesa no me obligara, que de mi acuerdo quedara á otro menos piadoso su progreso. En fin, digo que ya

abriendo los ojos don Enrique cuando el remedio de estas cosas consistía en no dársele, entonces, para que el daño y fin de todas creciese con más prisa, trató de declararse y desengañarla; si bien aun este propósito tardío no llegó á ejecutarse por entonces; porque la afligida señora, cansada de sufrir tan largos males, le atajó, y acosada de tan amarga resistencia, desmayando en ella, entregó sus espíritus á un piélago profundo de tristeza y el cuerpo hermoso á una fuerte y poderosa calentura, que en breve término rindió su mayor fuerza; corriendo en aquestos extremos unas mismas pisadas y parejas los dos primos; pues si él se vió, cual ya visteis, al desdén doña Leonor hecho esqueleto, así ahora doña Clara por su ocasión, aunque con otros fines, llegó á semejante estado. De esta suerte caminan los accidentes de esta vida; y en tal disformidad, suelen á veces discurrir sus mudanzas incesables.

Lloraba sin consuelo su triste madre; porque estando ya en esta sazón viuda, como única prenda quería y estimaba á doña Clara; y así, librando en su salud su esperanza y contento, no dejó medicina ni remedio que no le aplicase, ni médico famoso que no se desvelase en su cura; pero sirviendo poco y obrando menos tan buenas experiencias, la enfermedad creció y el sujeto paciente vino á tanta flaqueza; porque sólo sus lágrimas eran su mayor sustento, que, faltando remedios que hacerle, desahuciaron su vida. Por

otra parte, como su madre, cuidadosa y solícita, mirase en sus acciones, en sus ansias y continuo llanto el afecto entrañable, adivinó el origen; y no cesando de importunarla con ruegos y amorosos conjuros, al fin, sin más duros tormentos, consiguió absolución de sus dudas y, no sin lágrimas, la confesión entera de su afición terrible, de la vil correspondencia y olvido que á tales términos la había reducido; guardando en esto casi conforme estilo al que tuvo su primo, refiriendo su pena, cuando contándola á sus deudos, mejoró su salud, que hasta en tan ignoradas apariencias quiso imitar su amor, si bien no su remedio, aunque asegurándosele su madre, apenas entendió de su boca tan cierta presunción, cuando teniéndolo por fácil y hacedero, dispuso al punto los caminos más fuertes para su ejecución.

CAPÍTULO LXXX

Prosigue cauteloso en su dilación don Enrique; apriétale su prima, y finalmente, aunque tarde, se declara.

Con el intento dicho, mandando llamar al padre del ingrato mancebo, sin reparar en diferencias, dote ni hacienda, toda cuanta tenía, que era sin número, le ofreció con su hija literalmente; y no contenta con aquesto, como el atajar la muerte de su hija la apresurase, juzgando que

su severidad había causado la tibieza y desconcierto de sus bodas, atropellando respetos y pundonores, el propio día (porque los más visitaba á la enferma don Enrique), ella misma, tomándole á una parte, le propuso su intento y el ofrecimiento hecho á su padre; y no celando la ocasión que á su hija tenía en tan míseros términos, tan bien supo pintársela, tales fueron sus ruegos, tan grandes sus afectos y su empeño, que no dejó camino al apretado mozo, salida ni respuesta que dar ó que fingir menos que declarándose; y esto fuera un cuchillo, un golpe penetrante que diera al traste con la pobre dama y aun con su triste madre; y juzgándolo así, dilatando su desengaño por entonces, con nuevos fingimientos y promesas se dispuso aplazarlo, dando, aunque con ambiguas y dudosas razones, esperanzas de obedecerla.

Estas supo al momento doña Clara, con lo cual y la presencia de su amante, que mas tierno y alegre la sirvió de trinchante, pudo aquel día comer; y los demás por el mismo consiguiente. Porque reconociendo el primo que tan en breve consuelo consistía su vida, no quiso suspenderle, si bien faltó por ello no pocos ratos á la graciosa vista de doña Leonor y á las delicias y regalos de sus tiernos abrazos.

Estaba, en aquesta sazón, tan adelante su amoroso trato, que la hermosa dama sentía y aun lloraba achaques tan sospechosos y apretados,

que pudieran, á no prevenirse con tiempo, ocasionarla un afrentoso fin; y esta nueva tan triste, aunque en otra coyuntura les fuera á entrambos la más feliz y alegre, ahora les hacía que, discurriendo en mil varios consejos y salidas, se les pasasen juntos las noches cortas y divididos los prólijos días.

No excusara, en tan cierto peligro, don Enrique de pedirla á su padre y valerse, si se la negara (como fuera lo cierto) de otros más fuertes medios, con que quedara soldado semejante yerro, sino que el estar don Luis Antonio en términos de partirse á la corte, le detenía; pareciéndole que mejor en su ausencia se dispondrían sus intentos. Esta consideración que, al salirles cierta, fuera sin duda el total remedio, suspendía á doña Leonor, divirtiéndola y asegurándola en los muchos temores que la causaba la dilatada partida de su padre. Y en este mismo tiempo, mejorando grandemente doña Clara con sus nuevas y fingidas esperanzas, aliviándose á veces, solicitaba alegre su convalecencia; y juntamente para el efecto de sus bodas, la intercesión y ruegos de sus padres de don Enrique, de los cuales, tanto por esta causa, cuanto por las notables conveniencias que en casamiento tal se les hacían, era no poco importunado y oprimido don Enrique; y de tal manera se hallaba acosado, que solamente esperaba á que cobrase algunas fuerzas su prima para poder por ellas resistir el

golpe duro de su desengaño, saliendo así, aunque con tan cruel remedio, de confusiones y disgustos.

Había sido el último y final con que los médicos rigieron á la enferma señora ciertos ejercicios y salidas, que tomando jarabes del acero era preciso el disponerse á ellas; y, casi comenzando la cura, todas las mañanas paseaba los campos, acompañada de una tía suya y otras criadas.

A esta agradable romería convidó alegre doña Clara á su primo, que sin poner (aunque lo deseó) excusas hubo de obedecerla, siendo algunas, aunque no todas veces, el alba de aquel sol, digo su escudero y galán. Con lo cual, una de estas mañanas, en quien, ó sus acostumbrados fingimientos ó el incendio que siempre la rodeaba, fulminó en doña Clara nuevos rayos ó más ardientes flechas, hallándose con su querido dueño á solas, porque la demás gente, quizá de industria, se habían adelantado, haciéndole sentar entre unos altos y espesos árboles, con más terribles ansias y aun deseos conmenzó dulcemente á persuadirle, ya con requiebros tiernos, ya con acciones amorosas; y esto con tan fuertes afectos y resoluciones, que, finalmente, se temió don Enrique, y más en la oportunidad, sitio y arrojamiento de ocasión semejante: y cierto que ella era temerosa y tan digna de excusarse como de huirle el rostro. Y así, considerándolo atentamente y viendo que aquellos negocios pasaban

de su límite, haciendo reportar á la prima y no queriendo tenerla más suspensa y engañada, discurrió cuerdamente, sin reservar un pensamiento solo de cuanto habéis oído, declarando la enigma de su olvido y la verdad de su nueva afición; y concluyendo su dolorosa y triste plática, con advertirla el estado en que se hallaba preñada doña Leonor, y el mal remedio que, según tal empeño, podía tener su malogrado amor, esperó bien confuso la respuesta que le daba su prima. La cual, desde el instante mismo que comenzó á entender su cruel desengaño, se le había, poco á poco, trocado la color del rostro; y, por el propio término, suspendido el vigor, amontonándose en su pecho gemidos y suspiros de tal suerte, que cuando quiso responderle no pudo, ni menos hacer más que, bajando los ojos, mirar con ellos fijos las hierbas del florido campo; hasta que habiendo estado así trasportada un largo espacio, recobrando el aliento, sin replicar palabra, se levantó del suelo; y á la misma manera y aun con mejor semblante, callando unos y prosiguiendo todos el fin de su ejercicio, dió la vuelta á su casa, adonde, despidiéndose de don Enrique, que de tal suspensión venía turbado, se entró con igual severidad y disimulación.

CAPITULO LXXXI

Fin lamentable y trágico en el amor de doña Clara.

Cuando los casos de tanta gravedad llegan á destrocarse sin remedio, de ánimos y pechos generosos es oponerse á ellos, abriendo el corazón y desahogando el espíritu antes que envilecerse con mujeriles quejas, con gritos y desordenadas acciones. Tal juzgó don Enrique en el presente suceso del silencio y despejo de su prima; y plugiera á los cielos que así la pobre dama se hubiera aconsejado.

En fin, ella pasó el día, la mayor parte de él, con su madre y criadas, con el semblante y alegría que otros; si bien sólo fué diferente en que, risueña y aun con tristes y donaires graciosos, hizo de sus joyuelas y donceles galas un alarde vistoso; y tras de él (como si otorgara testamento ó como si, con su esperada boda, se hubiera de mejorar) un general repartimiento entre todas sus criadas. Con que, llegándose la noche y recogiéndose en su lecho, durmió ó veló lo restante de ella, hasta que, siendo la acostumbrada hora, vistiéndose para su ordinario paseo, salió de su cuadra, y antes de comenzarle, entró adonde su madre reposaba y, despertándola con afectos ternísimos, la dió dulces y

apretados abrazos, duplicándolos y repitiéndolos, no sin espesas lágrimas, muchas veces; y todo aquesto sin hablarla palabra, porque aún pienso que no pudiera pronunciarla; y guardando su madre el mismo silencio, porque también semejante novedad la tenía suspensa, se despidió de sus ojos, volviendo una vez y otra, hasta perderla de vista los lagrimosos suyos; de tal suerte que, como si jamás la hubieran de tornar á ver, así formaban su acción y sentimiento. Diferente juzgó la amorosa madre; porque cuidando fuesen desdenes de su primo tales extremos, segura de que presto se habían de trocar en contentos y gustos, disimuló su pena, sin preguntársela; más bien en breve se halló desengañada.

Salió, pues, doña Clara adonde sus criadas esperaban; y, entendiendo ser hora de tomar el jarabe, para verlo de hacer, se volvió á su aposento; en quien tanto espacio se estuvo y tanto dilató su salida, que hubo su tía de entrar por ella; mas viéndola que (aun sentada en una silla) todavía se estaba con el vaso en la mano, como temiendo, ó dilatando el beberlo, presumiendo melindre, alegremente la comenzó á animar; y con tal priesa y aceleración, que aunque no quiso, hubo de despertar doña Clara de aquel letargo, y volviéndose á ella, decirla no sin abundancia de lágrimas:

—¿Cómo, querida tía, y vos también apresu-

ráis mi muerte; vos y todos solicitáis mis últimos gemidos? Alto, pues; ejecútese el fallo y pague su imprudencia mi miserable vida.

Y diciendo y haciendo, con ímpetu furioso, bebiendo todo el vaso, se levantó de la silla y, juntamente, tomándola por la mano, se salieron á la calle, adonde apenas hubo andado seis pasos cuando arrancándosele el alma, con un fiero gemido, cayó muerta.

No así pensaron luego las criadas que la acompañaban que su desdicha fuese más que un breve desmayo, y consiguientemente, tomándola en sus brazos, cómo estaba tan cerca, se volvieron á casa, en quien, ya á sus grandes voces, á su alboroto y ruido, levantándose de la cama su madre, viendo tan amargo espectáculo, arrojándose al pecho de su hija, sin cordura y recato, perdió el decoro en su autoridad, y con gritos espantosos y alaridos sin término solicitó un lamentable llanto en los presentes. El mal creció sin límite luego que, llamándose los médicos declararon la mortal sentencia. Halláronla éstos, aunque en tan corto espacio, el rostro denegrido, morado el cuerpo y, finalmente, con señales certísimas de algún penetrante veneno. Y no obstante que tal declaración corrió en secreto, limitándola en público, á pocas horas sonó por aquella gran ciudad la repentina muerte.

No son menos sangrientos los miserables fines que siempre se promete una pasión tan desorde-

nada y terrible, y así tales, podrá esperarlos quien no atajare en los principios el cáncer ponzoñoso de sus deseos y apetitos. No quiero yo decir, ni pretendo afirmar, que fuese indubitable la presunción de los doctores, pues antes creeré que fué veneno de amor irremediable que no juzgar tan temerariamente de una mujer cristiana y noble; sólo es mi pretensión, mi asunto principal, dar á entender, en sucesos tan atroces y miserables, cuánto deben las tiernas doncellas poner freno á los ojos, reprimir sus afectos, huir las ocasiones y no empeñar la voluntad y el alma para no hallarlas, sin pensar, sumergidas en semejantes desventuras.

No fué mucho menor la que en este tiempo se apoderó de su fiero homicida, de su ingrato primo, á quien habiendo ya llegado nueva tan lastimosa, le tenía convertido en un retrato de lágrimas y de duelos, y tan rodeado de temores, cercado de cuidados y penas, que casi vino á estar juntamente imposibilitado de consuelo. Porque como ninguno sabía mejor la causa de aquel daño, así también ninguno podía cuidar ni aun temer con más razón su mayor castigo; y, en fin, su sentimiento fué tan grande, que en muchos días no le vieron alegre, además que, según él contó muchas veces, nunca en lo restante de la vida se le quitó de su presencia la imagen denegrida y mortal de aquella miserable mujer.



CAPITULO LXXXII

Sentimientos de don Enrique; recelos de su dama, y el suceso notable que uno y otro tuvieron.

No se atrevió, por el presente, don Enrique, ver á la afligida madre, ni aunque lo hiciera fuera bien recibido ni mirado, y por esta razón, fingiéndose achacoso, no se halló en el entierro, si bien su retiramiento y mayores lutos dieron bien á entender tan justo sentimiento, cosa que, á no tener en su esposa y dama tan seguras prendas, hubiera descompuéstole; porque enfadada de extremos semejantes, no sólo los lamentó celosa, mas estuvo en términos de juzgarse engañada, que no es menos desatada y cruel una mujer amante, y más con celos; y así no alcanzó poco don Enrique cuando, pasados algunos días, la volvió á ver desenojada y satisfecha, y mayormente estando tan necesitada de consuelo con el ir dilatándose la partida de su padre y creciendo su peligro; pues por más encubrirle lo más del tiempo lo pasaba en la cama, no faltándole, para poderlo hacer, fingidos dolores y aun verdaderos males.

Todas aquestas cosas pendiendo solamente del afligido amante, le traían tan mortal y desalentado, que casi de sus muchas tristezas y melan-

colías profundísimas pudiera recelarse y temerse un desastre, como, en efecto, se le iban acarreando sus peligrosos pasos ó, por hablar más moralmente, el temeroso fin y acabamiento de su prima, pues siendo, como fué ocasionado indubitablemente de sus fingimientos y engaños, cierto es que el justo cielo no le había de dejar sin castigo, si bien dando su gran piedad lugar y tiempo al arrepentimiento, con azotes de padre y particulares recuerdos dilató muchos días el último rigor.

Cuarenta y más se habían ya pasado después de la muerte infeliz de doña Clara, cuando menos sentido y lastimado (que el tiempo es fuerte antídoto para semejantes pasiones) acudía don Enrique continuadamente á los regalados abrazos de su dama, en cuyo mayor gusto, como quiera que los más de esta vida tienen la misma estabilidad, bien sin pensar en ello, fueron salteados en la última de estas vistas; porque sin duda alguna causó su desgracia el rumor que doña Leonor hizo pasando por tantos aposentos y peligros; que no siempre es la fortuna favorable, ni los sentidos de los hombres obedecen al sueño. En conclusión, su padre y aun su hermano no dormían, y como tal suceso les cogió inadvertidos, en tanto que uno y otro tomaron armas, advirtiendo su daño don Enrique, con despejo valiente, cogiendo en brazos á su querida esposa, se arrojó en el zaguán, cerrando en un momento

por de fuera aquel cuarto; con lo cual, juzgándose por libre, abriéndole el esclavo la puerta principal, salió á la calle al mismo tiempo que á fieros puntillazos y grandes golpes se oía romper la que él había cerrado. Y no teniéndose tan cerca por seguros, aunque doña Leonor estaba muerta, todavía, animándola el riesgo, acompañó como mejor pudo á su amante; que atravesando algunas calles procuraba asegurarla desmitiendo los pasos de quien fuese en su alcance, y hubieran conseguido su intento y puéstose en salvo, si á esta hora no diese de repente con ellos una gran tropa de hombres, luces y armas que los detuvo. Bien conoció don Enrique aun antes de acercarse que era ronda, y así, porque otro día no atestiguasen en el caso, hizo que doña Leonor, para su vista, se ocultase primero entre unos cobertizos; y saliéndoles después al encuentro, en siendo conocido, menos tardaron en pasar adelante que en sus ofrecimientos y cortesías; que para quien iba huyendo, serían harto pesadas y prolijas. Todo hasta aquí, por ser del mal lo menos, había sucedídoles favorablemente, si al propio instante que la justicia se apartó de con él (previniendo su alcance aquel espacio breve) no dieran con su cuerpo por otra calle el padre y hermano de su dama.

CAPITULO LXXXIII

Vénse los dos amantes en evidente riesgo, y prosíguese el caso con varios accidentes.

Ya habían echado los dos caballeros menos su amada prenda, y el esclavo infiel, también sin dilación, declarado el ladrón que la llevaba; y así, medio desnudos, aunque con rodelas y espadas, queriendo don Enrique encubrirse, su resolución excusó tal designio; porque apenas le vieron, cuando le llegaron á reconocer, y tras de aquesto á embestirle furiosos; y por el consiguiente, á volver la justicia; pero estaban los dos tan encarnizados, y don Enrique tan cuidadoso de su defensa, que primero se alborotó la calle, y hubo en aquellos belleguines muchas heridas que pudiesen ponérseles en medio, hasta que viendo de unas partes y de otras acudir gentes, abrir las puertas y sacar luces y hachas, rabiando padre é hijo se fueron retirando, haciendo su contrario lo mismo, siguiéndolos á todos divididas las guardas, si bien éstos, conocidos los tres, curaron más de curar sus golpes que de otra diligencia; con lo cual, separándose un tanto don Enrique, hurtando el cuerpo al puesto y á la calle, con el ansia del bien que había dejado, volvió por otra parte en su busca; y aunque no fué la menor de sus temeridades esta vuelta, pues

ya pudieran esperarle más prevenidos sus contrarios, todavía lo tuvo en poco, y aun diera cualquier daño por bien empleado en recambio de hallar su dulce esposa.

Mas saliendo al revés su pensamiento, entonces comenzó su mayor locura, entonces su furor, pues ciego de cólera y enojo, desatinado con su grave pasión, no dejó sombra, rincón, portal ni piedra que no viese y volcase, y rodeando mil veces aquel sitio entre unos y otros lances, llamaba tiernamente á su dama; y antojándosele cualquier rumor su voz, cualquier sombra su cuerpo, volvía de nuevo á trabajar sin fruto. Y, en fin, llegando á términos de perder el sentido, pues dió como frenético, espantosos gritos, y sin consideración de honra ó respeto hizo público alarde de su secreto amor; en tales desatinos le cogió el día, con el cual, no pudiendo hacer menos, hubo de retirarse á un convento, desde adonde, avisando del suceso á su padre, quedó atendiéndole rodeado de las mayores penas y de los más amargos desvelos que nunca tuvo; porque lo menos era juzgar su ausente dama en poder de sus padres, y por el consiguiente, hecha pedazos de sus manos y enojos. Y así, llorando sin cesar el mal cobro de sus cosas y la venganza y muerte presumida, su mayor alivio (si es que en caso tan triste le podía haber) era prevenir y jurar el más sangriento estrago que hubiese llegado á noticia de los hombres.

Ya en este ínterin corría el suceso con valiente estampido; porque, en los primeros movimientos, el rumor y alboroto que inexcusablemente hicieron padre é hijo al salir tras don Enrique y el escutriño y examen del esclavo, fué patente á los demás criados; y así de las bocas y lenguas de aquellos enemigos forzosos salió á luz, no sin admiración y escándalo de toda la ciudad, en quien, hablándose indiferente, cada cual echaba por enmedio y su juicio en el corro, trayendo la opinión de tales caballeros de plaza en plaza y entre tabernas y mesones, que es la suma infelicidad y mayor ruina á que pueden llegar las cosas de esta vida.

También á su llamado de don Enrique había venido su padre; con que bien advertido en negocio tan arduo, sin curar por entonces de otras reprensiones y sentimientos que acudir al remedio, visto el peligro que en poder de sus padres doña Leonor corría, porque siempre creyó su amante que había dado en sus manos; el prudente viejo se resolvió á poner de veras los hombros en el caso. Y así, acompañado de algunos deudos y teniendo por más breve y seguro aquel camino, dió de todo él, y aun de sus últimos temores y sospechas, cuenta al virrey. Entendido el suceso, juzgó de él y de la condición de don Luis Antonio una salida muy sangrienta, si antes no se la remediaba y prevenía y deseando, en parte, apaciguar por bien su justo enojo y, en parte, atajar

el riesgo de su hija, acordó de pedirle se la diese buenamente á su esposo, ó sacársela con su autoridad; para lo cual, rodeado de algunos caballeros y la guarda ordinaria, se fué al punto á la posada de don Luis; y llegando á sus puertas, por hallarlas, bien fuera de lo acostumbrado, cerradas y en profundo silencio, fué preciso el hacer que á puros golpes las abriese una esclava, que sólo estaba en su guarda y custodia.

CAPITULO LXXXIV

Presúmese que don Luis ofendido, haya muerto á su hija, y con tales indicios don Enrique, frenético de amor, procura su mayor venganza.

Mucho quedó admirado el virrey de tan breve ausencia; pero muy mucho más cuando uno de sus alabarderos le enseñó con la mano un buen golpe de sangre en medio del zaguán: con que apeándose, grandemente turbado, teniendo por segura su sospecha, mandó seguir el rastro; el cual atravesaba lo ancho del portal, hasta que, llegando á la puerta de un hermoso cuarto, viéndola desquiciada en el suelo y que todavía pasaban adelante las sangrientas señales, discurrieron siguiéndolas hasta llegar adonde con mayor abundancia se mostraba su fin, que era en las alfombras de un estrado, cuyos varios matices,

salpicados por diferentes partes, publicaban la tragedia cruel que allí se había representado. Y con tanto, teniendo por emprendido el hecho que venía á remediar, mandó el virrey que cincuenta hombres siguiesen á don Luis, á su hijo y á la demás familia. Sabíase ya, que iba á una pequeña aldea, y haciéndole secrestar sus bienes y que quedasen en su custodia guardas, dió la vuelta á Palacio, y con sentimiento y ánimo tan justamente indignado, que estuvo muchas veces resuelto á cortarles, en llegando, las cabezas.

Esta nueva infeliz, esta sospechosa probanza de la muerte de doña Leonor, llenó de lástima y compasión la ciudad; y volando ligera, cubrió de luto y lágrimas los ojos y el espíritu de su afligido esposo; que ya á esta hora, viendo que la justicia no intervenía en el caso, estaba más seguro en su casa; pero el efecto que en él hizo y aun en todos los suyos fué tan terrible, tan ciego y precipitado, que casi abandonando la vida, juzgando por infamia el sustentarla sin su dueño, se resolvió á la última y más desesperada y peor salida que les pudiera maquinar su desdicha, digo mal, su imprudencia y desatino.

Mas porque se conozcan los innumerables trabajos y infortunios que acarreó tras sí este arrojado mozo, desde el instante y punto que mudando de amor, de fe y palabra, faltó á su obligación, faltó á su crédito, y con viles engaños desesperó á su prima, atiéndase y veráse en lo que

resta de estos discursos, cuáles y cuántos fueron y el fruto amargo que, por fin de todos, cogió para su muerte.

Había el furioso mancebo entendido la ausencia de don Luis, el camino que llevaba y la diligencia que para su prisión prevenía el virrey; y así, sin pedir ni tomar mejor consejo que el que dictaba su vengativo espíritu, mandó á un lacayo que encubiertamente sacase al campo para él y un primo suyo, mozo de igual edad y no menos arriscado, adargas y lanzas berberiscas; y ordenado esto, subiendo los dos en caballos bastantes para cualquiera afrenta, por excusadas calles y veredas, saliendo al mismo sitio y brevemente al camino que llevaban don Luis y su hijo, en menos de una hora, y antes que la gente del virrey llegase á ellos, se les pusieron delante. Venían, además de un coche de mujeres, acompañando á los dos caballeros diez ó doce criados, que si bien no todos eran para ocasión, todavía era muy conocida tal ventaja; pero no obstante ésta, se atravesaron en el camino los dos valientes primos, cuya enojosa vista dejó perplejos y no poco irritado á cuantos la miraron; y, sin más suspender el intento de su venida, alargardo el caballo don Enrique, con tremendo semblante y voz furiosa, comenzó á decirles las siguientes razones:

—Ya, viles y alevosos caballeros, llegó el día en que pagareis vuestra maldad y traición, quedando en este campo diferidas las causas que os

movieron á tan cobarde venganza y las que os excusaron de honrar con mi nobleza vuestra sangre; clamando está á los cielos la que, como flacas mujeres, sacastes del pecho de mi esposa, de vuestra hija y hermana; y así, curad de defenderos, que si á mis brazos no les sobrasen fuerzas para dejaros sin vida, llamas y rayos duros fulminarán los cielos en castigo y venganza del ángel bello, de quien fuisteis infames homicidas.

Y con esto, dando un grito al caballo, arremetió á los que, viendo sobre tan grande afrenta su atrevimiento, como acosados toros, hicieron contra él lo mismo. Mas cuando la fortuna es adversa, ni aprovecha el valor, conocida ventaja, ni aun la razón y justicia, porque todo se avasalla y se rinde á su voluntad y tiranía.

Así le sucedió á don Luis Antonio, pues no bastando su razón, su mucha valentía y tantos criados, vió en un instante atravesado y muerto por la sangrienta lanza de su mortal enemigo al hijo desdichado, y aun su misma persona mal herida en el suelo; porque como los dos parientes venían armados con lanzas y defensa suficiente, así se metieron entre ellos, que ni su experiencia y esfuerzo, ni el número de los que le acompañaban, pudo excusar la inocente y temprana muerte de su querido hijo; y antes corriera él semejante peligro, si á las crecidas voces de las damas del coche y al rumor de las armas, y relinchos de los caballos, no acudiera infinita gente

de las huertas y quintas que había alrededor, y aun bastara muy poco, si á esta hora por el mismo camino de la ciudad, no asomara la escuadra que enviaba el virrey; con lo cual, dilatando los primos el fin de su venganza y protestando en su prosecución el último estrago de sus enemigos, campo travieso, picando los caballos, en un momento se desparecieron á todos, corriendo sin parar algunas leguas, porque según lo que dejaban hecho, pareció asegurarse y ponerse su cobro.

CAPITULO LXXXV

Diversos cargos de la justicia á don Luis Antonio, su satisfacción y respuesta.

Serían al fin de esta refriega y llegada de la gente del virrey poco menos de las tres de la tarde; y así, siendo aquel consuelo y alivio que tuvo el pobre don Luis, en tan graves desdichas, no dejándole hacer otra cosa, entrándose en el coche, para que le apretasen las heridas, con ánimo verdaderamente constante, mandó dar la vuelta á Lisboa; y haciendo con un tapete cubrir el cuerpo de su hijo, encima de una acémila, siguió el mismo viaje, con tan grandes silencio y compostura, así en él y su esposa como en la restante familia, que no juzgara nadie por piadoso el sentimiento oculto de su alma.

De esta suerte que digo entraron al anoche-



cer en la ciudad, y no sé si me afirme que con general contento de sus males, porque la aprehensión que le había hecho en la muerte cruel de su hermosa hija, ocasionaba, no sólo semejante indignación, mas juntamente entendido el arriscado hecho de don Enrique, con ser tan injusto, los nobles y plebeyos le aprobaron por hazaña ilustre.

Pusieron á don Luis y á su familia en diferentes prisiones, y no obstante que él venía falto de sangre y fatigado de las heridas, con todo, en habiendo curádole, se lo tomó su confesión, cargándole la muerte de su hija, casi ya averiguada con su fuga, con los vehementes indicios de la sangre y, finalmente, con el no saberse, viva ni muerta de ella, y otras razones que intimaban el hecho y aun le hacían detestable y terrible.

A lo cual, habiendo estado atento el afligido caballero y hasta aquel punto con generoso y valiente espíritu, como ya habéis oído, en acabando de aprender el caso, rompió por su silencio, y sin poder ya más resistir su amargo sentimiento, cubrió de lágrimas el severo rostro, pobló la cuadra de gemidos roncos, de suspiros tristísimos; á cuyo nuevo extremo, suspendidos los que sabían su entereza y condición, cuando pensaron que eran arrepentimientos de su delito, dando principio á su respuesta y confesión, en el discurso de ella salieron de su engaño, y aun entraron en mayores dudas y confusiones.

Porque, no sólo el buen don Luis justificó bastantemente su inocencia, mas satisfizo, entre abundantes lágrimas, á los cargos hechos; y así, en cuanto á faltar y no saberse de su hija, respondió, repitiendo el suceso de la pasada noche, desde el punto que sintió su afrenta, hasta que él y el difunto mancebo rompieron la puerta que por de fuera les había cerrado; siguieron por la advertencia del esclavo portero á don Enrique y lo que en su alcance les pasó, concluyendo este artículo advirtiendo á los jueces con cuánta más razón debieran admitirle á él la demanda de su hija, que no el pedírsela el mismo robador que se la sacó de su casa tan afrentosamente; y, en cuanto á los indicios de la sangre, confesó llanamente la muerte que, entre él y su hijo, habían dado al esclavo, como al principal instrumento de su injuria y traición; y que, habiendo huído de sus manos, desde el estrado adonde cayó muerto, fué llevado á enterrar por su mandado en unos trascorrales de su casa, adonde le hallarían; y, últimamente, al particular de su fuga y jornada satisfizo con decir que lo había hecho sólo porque los ruegos é intercesiones de sus deudos y amigos no le obligasen á prestar con sentimiento en semejantes bodas; y también por juzgar que la afrenta recibida le dejaba incapaz de comercio humano, de alegría y correspondencia; pero que si el haber tomado resolución tan honrada se estimase á delito y culpa, él, por lo menos, habien-

do tomado tan cruel enmienda don Enrique, no podía, ni aun debía ser castigado otra vez por una misma causa; y mayormente cuando la gravedad del castigo excedía tan evidentemente á la culpa, pues por la que emprendió ausentándose perdió su amado hijo; y antes, con el quebrantamiento de su casa, el honor y reputación.

CAPITULO LXXXVI

Sabe su padre de don Enrique este suceso, y con otros, en su tanto mayores, desconfían en el remedio de su hijo.

De la suerte que he dicho, dió fin á sus razones don Luis Antonio; y aunque con su entereza y justificación minoró grandemente el sereno rigor de los jueces todavía, como doña Leonor, principal personaje de esta tragedia, faltaba, no sirvió de otra cosa que de acumular delitos á delitos, verificar la muerte del esclavo y echar sobre sí aquel embargo más.

En semejante estado andaban estas cosas, cuando sabiendo sus padres de don Enrique su ya advertido atrevimiento, lloraban tiernamente con su ausencia, su perdición y ruina; considerando que según los delitos, aunque entonces el aplauso del pueblo los hacía disculpables, por lo menos no le verían más. Empero, si el común parecer les dejaba esperanza, bien presto se les

desvaneció; bien fácilmente juzgaron por irremediables sus cuidados; y, á los que antes les fueron tan propicios, contrarios y enemigos; porque no es más estable y firme el vulgo, ni sus inclinaciones menos dispuestas.

En medio, pues, de tales aflicciones, ya con algún consuelo, ya con mayor cuidado, les cogió un notable accidente, que en parte les sacó de confusión, aunque fué para meterles en otras. Serían entonces dos horas de la noche pasadas, que parece se esperaba semejante desazón para el recato y mayor secreto del caso, cuando avisado su padre de don Enrique, supo que un hombre le buscaba á gran priesa, cosa que estando en semejantes pensamientos, le hizo presumir fuese algún aviso de su hijo; y así, haciendo que algunos criados le entrasen en su cuadra, queriendo que delante de todos le dijese á lo que venía, rehusando esto el hombre, dió á entender la importancia del secreto. Asegúrose en viéndole el capitán mayor, porque la presencia honrada y las canas que adornaban su rostro, no prometía otra alguna sospecha; con lo cual, quedando con él solo y creciendo en su pecho el primer indicio de que fuese recaudo del ausente don Enrique, con más vivos deseos escuchó el viejo anciano las siguientes razones:

—Estando (¡oh buen señor!) la pasada noche reposando en mi cama, me obligó á levantar de ella un gran tropel de golpes y armas que sona-



ba en la vecina calle, de adonde, oyendo que unos y otros vecinos, ya con luces y ya con diferentes armas, salían también á dar favor á la justicia, queriendo yo hacer lo mismo, apenas, para el caso, abrí mis puertas que caen debajo de unos soportales, cuando se arrojó dentro una mujer que, sin duda por lo que pareció, se había escondido en los mismos umbrales. Echóse, en viéndome, á los pies, pidiéndome que la amparase, y esto con tan espesas lágrimas y ruegos que, moviéndome el alma sin curar otra cosa, volví á cerrar y á tomarla por la mano hasta dejarla con dos doncellas hijas mías, en cuya compañía, pasando la resta de la noche, se llegó el día, y con él el mayor deseo de saber quién era; y aunque de su aspecto hermosísimo, de su adorno y persona, se pudieran juzgar sus muchas partes, con todo lo que más he sabido es ser cosa que os toca, con que teniendo á buena suerte el haberos servido, vengo á decíroslo y á traer juntamente este papel, que declará mejor que yo el misterio que encierra este secreto.

Y con tanto, sacando del pecho un billete, cesó, dando lugar á la admiración y nuevo espanto del capitán, y á que acabase de desengañarse, leyendo en él las razones siguientes:

Papel de doña Leonor.

«Bien satisfecha quedo de que, según la discreción y voluntad de don Enrique, llegando ya mis cosas á este estado, habrá de todas ellas dádoos cuenta, mayormente si el cielo le libró anoche de las crueles manos de los míos; con que sólo servirá este papel de suplicaros que, como padre, amparéis la causa de vuestro hijo, y como caballero, la de una mujer que, por obedecerle, ha llegado á semejantes términos.

DOÑA LEONOR.»

CAPITULO LXXXVII

Salen de España don Enrique y su primo; su larga ausencia, y los acaecimientos de ella.

AQUÍ, con el discurso breve del pasado billete, acabó de salir de tantas dudas, y á representársele de nuevo el desbarate lastimoso de su hijo, la inocente muerte del que había de ser su cuñade, los irremediables agravios de don Luis, su razón, su justicia y, últimamente, la temerosa indignación del cielo y la severidad de su castigo.

Mas como raras veces, en el mayor trabajo y desventura, no falta algún consuelo, todos aquestos males le tuvieron en parte con sólo pa-

recerle que sabiendo su hijo el nuevo hallazgo, una vez que otra le verían sus ojos; y así, más alentado y resuelto á oponerse á su fortuna, mandó que á toda priesa previniesen un coche, y con la misma, no obstante la hora dicha, él en persona avisó en un convento de monjas y parientas suyas, adonde habiendo traído la hermosa dama, la dejó más segura, aunque menos contenta; pues es cosa evidente que, oyendo la ausencia de su amante, su locura, la muerte de su hermano y la prisión, heridas y afrenta de su padre y familia, que aunque fuera su alma hecha de bronce había de suspirar males tan grandes, mayormente interesando en todos tanto. En conclusión, agradecido el agasajo y guarda del honrado huésped, en amaneciendo al siguiente día supo el virrey las justicias y ciudades su aparecimiento; y abriendo más los ojos, conocieron las sin razones de don Enrique y, por el consiguiente, los agravios y injurias del preso caballero; con que, sin esperar otro descargo á éste con limitada pena, por la muerte del esclavo, le mandaron soltar, y contra don Enrique se dispusieron diferentes diligencias.

Había, en el ínterin, tenido el capitán aviso de su hijo, el cual, con el valiente primo, estaba oculto seis leguas de Lisboa, y así entendido este nuevo rigor, se le hizo saber con el suceso de su dama, ocasionándole indiscretamente á que, abandonando su peligro y su vida, viniese

muchas veces á verla. Y entre tanto, don Luis Antonio, remitiendo á la justicia su castigo y venganza, de suerte apretó el caso, que en breves días tuvieron los dos primos sentencia de degollar, y por el consiguiente, necesidad de ponerse en Italia.

Despidióse primero don Enrique de sus tristes padres, y, sobre todo, convertido en lágrimas, de su prenda querida, de cuyo sentimiento no hay para qué contaros, pues es cierto que sería increible, y mayormente quedando, como habéis oído, preñada; porque si bien en tales personas, que su agrado bastara á mayor consuelo, el verse dividir de la mitad del alma, del que esperaba por esposo, y la incertidumbre y fin de sus desdichas, justamente se le imposibilitaban.

Corrió, pues, don Enrique con su primo el mar Mediterráneo y, en pocos días, pisó el reino de Nápoles; adonde, atraído de su amenidad y abundancia, fácilmente olvidó la Ruanova, los jardines, las quintas y aun las frescas riberas del dorado Tajo, aunque no por entonces la justa correspondencia de sus padres y dama, á quien, perseverante y puntual, escribía continuadamente. Pagábanle ellos en la misma moneda; y, con todo, viendo que en dos años de ausencia no se concluía su perdón, ni menos se le facilitaba alguno en este medio, para volver á verlos, casi desconfiando en la esperanza con que le entretenían, trató de divertir sus sentimientos y de aguardar el

fin, discurriendo lo restante de Italia y mayores provincias de la Europa.

Es remedio utilísimo aprovecharse, en tales casos, de la variedad y diversión; porque si ya no los concluye, por lo menos los hace más tolerable y pasaderos. Así, por esta causa, como porque otros dos caballeros la incitaban con la misma curiosidad, avisando á su patria y dejando al primo en Nápoles para que atendiese á la correspondencia de España, tomar y remitir cartas y avisos, con su nueva compañía dió principio á su jornada y peregrinación.

Desde Venecia, habiendo ya corrido algunos meses lo mejor de la Italia, fué la última carta que de él tuvo su primo; porque, aunque siempre se estuvo en Nápoles, y año y medio esperándole, fué por demás el saberse de él; y así, habiendo vuelto los dos compañeros con nuevas de que le dejaban en la ciudad de Praga, muy al cabo, saliéndose él de Nápoles y advirtiendo á Lisboa de semejante daño, caminó en su busca; pero no hallándole en el lugar que venía informado, ni seña ni aun razón que le satisfaciese; cruzando la Alemania, se pasó á Flandes, adonde, militando debajo de los estandartes del Archiduque Alberto, á pocos días murió animosamente en la rota de Ostende. La nueva de la enfermedad de don Enrique, y la partida de su primo buscándole y el pasarse otros tres años sin saberse de ellos, no sólo confirmó el rumor que ya andaba

en Lisboa de su muerte, sino que ocasionó otra, en su tanto, semejante desdicha.

CAPITULO LXXXVIII

Prosíguese la historia, volviendo después de algunos años don Enrique á Lisboa.

En este ínterin, el héroe de esta historia, á quien el cielo guardaba vivo, en remotas provincias, siendo cierto el peligro que tuvo en Praga; al fin, convaleciendo, no obstante que sus dos compañeros le dejaron primero, prosiguió sus intentos, mirando muy despacio la Hungría, Transilvania y Polonia; y por ello, parte de Moscovia, los confines de Europa, hasta la Laguna Meotis; y torciendo el camino, con la misma perseverancia y olvido de sus cosas, paseó la Alemania, y entrándose por el Septentrión hasta la Escandinavia, no sin grandes peligros y necesidades, la atravesó; y en ocasión que, hallando urcas flamencas, pudo pasar á sus Bajos Países, desde adonde, sabida la muerte de su primo, poniendo tal desdicha, en el número de los innumerables trabajos que le acarreó su pasión ciega, no queriendo tener á sus tristes padres y esposa en más crecida suspensión, se embarcó para Lisboa, llegando á ella después de seis años de ausencia y de tres que, no sabiendo de él, le tenían por muerto.

Venía ya tan curtido del sol y tan otro con sus peregrinaciones, que pudo seguro aventurarse, saliendo á tierra en hábito flamenco: y así, antes de anochecer, como el amor de su dama arrastrase los demás respetos, sin tocar en su casa guió al convento; en cuyo torno, preguntando con prisa por su hermoso dueño, viéndole la portera, extranjero en vestido y portugués en el habla, extrañó la novedad; y con la misma, oyendo que la traía cartas y que éstas se habían de dar en locutorio, volvió al punto á llamarla.

No incitaba su prisa el pensar de él quien fuese, porque mucho tiempo antes habían olvidado semejantes sospechas; sólo la admiración y novedad del traje formó tales extremos. Tornó, pues, con la respuesta, y más curiosa, le hizo otras importunas preguntas; hasta que, en fin, por remate de ellas, le remitió á una grada, para que allí esperase á doña Leonor. Y habiendo obedecido, después de un breve espacio, que en sus deseos fueron siglos muy largos, vió que abriendo de la parte de adentro una pequeña puerta, ya casi anochecido, llegaban á la reja cuatro monjas; y que la una, acercándose más, le preguntaba lo que quería. Pero no tocó apenas la voz á sus oídos, y dije mal apenas, á su vista la sombra de su rostro, cuando, sin embargo, del velo, del hábito y aun de la oscuridad, conoció en ella no menos que su querido y dulcísimo empleo, á su hermosa dama, á la ocasión que le traía de

tan remotas y extranjeras provincias. Y quedando suspenso del impensado traje de su vista, dió lugar á que, viendo tal suspensión, se le volviese á repetir la misma pregunta, á quien, pasándose algún tanto su turbación y espanto y juzgando por devoción ó voto á su venida el religioso hábito, desatando la lengua así, amoroso y tierno, dijo á su dama las siguientes palabras:

—Pues ¿cómo así, querido dueño mío, tan mal conocimiento halla mi voluntad? ¿Tan corto fué el pincel que imprimió en vuestro pecho mi retrato? ¿Ya no me conocéis? ¿Tan poco firme ha sido aqueste esclavo, vuestro amante perdido, vuestro don Enrique ausente, que ni el tiempo ni el hábito le pudieron hacer desconocido en vuestros ojos, olvidado en vuestra memoria? Yo soy. ¿Qué me miráis? ¿Qué os suspendéis? Pues seis años de ausencia aún no han sido los del famoso Ulises, ni los furiosos vientos y ardientes soles, si han denegrido el rostro, por lo menos no han tocado mi alma, no han mudado su ser ni su firmeza; porque ésta ha sido intacta, siempre invencible y perdurable; y lo será también mientras el cielo diera aliento á mi vida y vos olvido á su perseverancia.

Así, llorando lágrimas alegres, discurría don Enrique, cuando atajó su plática el ver que de improviso, al pronunciar su nombre, levantaban los gritos hasta el cielo, tapándose los rostros las presentes, y que, haciéndose cruces, aun sin pa-

rar en esto, con crecido alboroto, atronando el convento, se salieron huyendo de la grada, dejando sola en ella á su hermoso dueño. La cual, aunque se vió desamparada, con varonil denuedo quedó gozando sin temor la presencia del que (si no tenía por el difunto amante) á lo menos creía fuese su espíritu.

CAPITULO LXXXIX

Escríbese la traza con que don Luis Antonio dispuso en aqueste intermedio parte de su venganza.

Por cierto que fué la de esta dama maravillosa y gallarda prueba de un firme y verdadero amor. Mas ¿qué no emprenderá este rapaz gigante? ¿Qué hazaña, qué peligro, qué temores, qué riesgos no han vencido y acabado sus encendidas flechas, aun siendo gobernadas del más frágil sujeto, de la más tierna y delicada doncella? No quiero dilatar con tan común materia aquesta historia ni con afectos tan experimentados sus discursos; antes, volviendo á ellos, sabréis si pude con razón exagerar el valiente ánimo con que doña Leonor esperó semejante suceso; pues no fué menos (y según en su concepto estaba creído) que haberse puesto á razones con un muerto, quedarse sola con quien había muchos días que le tenían por tal; y en conclusión, estar

firme y entera, hablando á un fantasma, á un alma en pena.

Pasaba esto en hecho de verdad, y así lo he ponderado, porque quiero que así quedéis mejor desengañados en la forma que tan incierta nueva se apoderó, no sólo del crédito y verdad de sus padres y dama, empero de toda la ciudad, de todo el reino. Ya os acordáis, como atrás queda dicho, el mal que tuvo en Praga don Enrique; el viaje de su primo buscándole, la muerte de éste en Flandes, y últimamente, la gran quiebra y desmán de su correspondencia, cartas y avisos. Es, pues, el caso ahora que como ninguna cosa de éstas se le encubriese á don Luis Antonio, porque no sólo en casa de sus contrarios, en el convento de su hija, mas en Flandes, en Italia y Bohemia tuvo centinelas y espías que le advirtiesen de sus pasos, ó ya para prevenir su venganza entre ellos, ó ya por otra causa reservada á su pecho, y como fuera de esto, ni los ruegos de poderosos príncipes, de personas religiosas, ni aun las continuas lágrimas de su propia mujer hubiesen alcanzado el perdón del ausente, porque su airado espíritu, presentes sus injurias, clamaba sólo por el castigo y venganza, así siempre regido de sus deseos sangrientos, maquinaba los días y pensaba las noches algún camino ó medio que ya en parte y en todo se les diese á sentir sin riesgo suyo. Y con semejantes desvelos, juzgando que el mayor castigo sería

dejar imposibilitada de casarse á su hija, no obstante que sabía que por primicias de su parto criaban sus abuelos un hermoso retrato de su hijo, niño que era su mayor consuelo, emprendió el principal de sus intentos, valiéndose, para mejor ejecutarle, de algunos papeles y cartas que el primo de don Enrique dejó á sus camaradas el día de aquella infeliz rota y su muerte; los cuales, por inteligencias notables, habiendo llegado á su poder, y no menos que en medio del rumor y aun de las lágrimas que derramaban sus contrarios, tanto por el aviso que desde Nápoles tuvieron, cuanto por el que, habiéndole buscado y nunca parecido, envió desde Flandes su difunto primo, aprovechándose juntamente de tan buena ocasión, sin más esperar, hizo que conforme la letra y firmas que tenía, se falseasen unas cartas, con tan dispuesto disimulo, diestras y fundadas razones, que fuesen suficientes á darlas crédito. Fingíase en el principio de ellas cómo el primo difunto, un día antes de la batalla (porque es loable costumbre de cualquiera caballero y soldado), había descargado su conciencia y escrito, por punto principal de ella, aquellos avisos y cartas; y así, después de un breve prólogo, en que trataban de esto, su progreso mayor fué dar cuenta á sus tíos de la muerte de don Enrique en Praga de Bohemia y de algunos legatos y obras pías que les dejó encargados en el último artículo. Y tras de tan amargas nuevas, largas

disculpas en cuanto á la omisión de tal aviso, excusándose con el deseo de atajar su sentimiento. Con lo cual, concluyendo, así mesmo quedó forjado el cauteloso engaño, prosiguiéndolo con tan buena dicha y con tan eficaces razones y fingimientos del portador, que fué un soldado de los mismos países, que no sólo se creyó y tuvo por cierto, empero se le hicieron las funerales honras, con tan grave dolor de sus pobres padres, que fué mucho poder sustentar la vida, y mayormente la triste y afligida dama, que era el blanco principal de esta empresa. La cual, después de algunos meses, que gastó llorando con perseverancia increible su miserable ruina, su desamparo y soledad, su viudez sin ser casada, su afrenta sin remedio, y al hijo hermoso con tan infame título, al fin, al fin, no pudiendo hacer cosa más digna, rindió á los hados, digo, á la voluntad y juicio del cielo, su honrada determinación, tomando el hábito de aquella religión y profesando con gusto y voluntad, llegando el término.

CAPITULO XC

Conclúyese el suceso con el incierto fin de don Enrique.

Ya conseguidos sus rabiosos deseos, si bien malográndose en ellos, murió su padre de doña Leonor dentro de pocos días, dejando cuanto pudo mandar y disponer de su hacienda, repar-

tida en memorias y patronazgos por sí y por su hijo, en que acabó de conocerse el sentimiento intrínseco que le causó su inocente muerte hasta aquel punto.

Este, pues, era el estado y término en que halló don Enrique sus cosas, y este era el con-concepto mañoso por quien las monjas, según oisteis, se alborotaron, y con tan temerosa aprensión, que ya, en el ínterin, hubieran muchas apellidado la vecindad si otras más recatadas y prudentes no lo impidieran con más ánimo y brío, pues convocándose casi todo el convento, muy pocas animosas bastaron á que las demás las siguiesen y entrasen con velas encendidas, cruces y agua bendita, adonde, por lo menos, juzgaban hallar muerta á doña Leonor.

Mas como en estos medios su turbación hubiese sosegado, y creciendo las lágrimas y aun las razones dulces de su amante, fuese también cayendo poco á poco en la cuenta, y advirtiendo que no tenían delante ningún cuerpo fantástico, apenas con las luces que entraron acabó de desengañarse y las demás monjas de satisfacerse, cuando reconociendo su desdicha, la cautelosa burla de su padre y el estado imposible á que de su voluntad se había reducido, sin poder resistir el ímpetu y coraje de su corazón, la pena y sentimiento de su alma, turbados los vitales espíritus, se cayó desmayada en los brazos de las que la acompañaban, estando á tan lloroso espec-

táculo el afligido caballero en términos de hacer otro tanto.

Bien conocieron y rastrearon todas la causa original del parosismo de la infeliz señora, y así, juzgándola por grande, disculparon su extremo; mas viendo que no tornaba en sí, despidiendo al amante, la llevaron á su lecho, en quien, pasadas veinticuatro horas, cuando volvió en su acuerdo fué turbada la lengua y muerto, por lo menos, todo de lado siniestro, cosa que, aunque aumentó en don Enrique sus desventuras y lastimó generalmente la ciudad, se estimó por menor daño del que prometía tan prolijo desmayo.

Y así, no obstante tales inconvenientes, de consejo de sus viejos padres, que ya gozando de su vista no se acordaban de los pasados males, con el parecer de personas doctas que tenían por inválida la profesión de doña Leonor, llevando recaudos bastantes, alentado de las lágrimas y continuas importunaciones de su dama, y aun por no dejar su hijo con tan infame título, partió á Roma, si bien sólo sirvió su viaje de cansarse sin fruto y acabar, con el desengaño que allí le dieron, de perder la esperanza y la paciencia. Y plega á Dios que con ella no haya perdido el alma, pues desde que se embarcó, para volverse, en una nave genovesa, hasta hoy que se escribe esta historia, no se ha sabido vivo ni muerto de él, de la nave ni de cuantos en su compañía se hicieron á la vela; con que, sin duda al-

guna, se puede presumir que acabó sus peregrinaciones, sus ansias y amorosos deseos en el mismo elemento, en las mismas aguas y profundas ondas en que tuvieron principio, apresurando con tan triste nueva la muerte de sus viejos padres y el miserable fin de la infeliz doña Leonor.



Los dos Mendozas.

CAPITULO XCI

Historia sexta y última de esta prinera parte, con el origen, fundamento y antigüedad de la insigne Villa de Madrid, adonde sucedió.— Descripción de Madrid.

A doce leguas de la imperial Toledo, en la mitad de las Españas y Citerior Tarraconense, está fundada la memorable y famosa Villa de Madrid, corte real y cabeza de la más estimada monarquía que ha visto al mundo desde sus principios, cuyos originarios fundadores, como siempre sucede en cosas muy antiguas, tienen tan oscura noticia, que casi de toda ella los tiempos espaciosos y largos siglos no han dejado más esencial memoria la tradición de su segundo nombre, que es Mantua Carpetana, así la llama César en sus *Comentarios*, ó por el mismo apellido de los vecinos montes, ó por la semejanza de esta voz,

Carpetum, que significa carro, uso particular de sus naturales por la comodidad que para su artificio hay en tantos planicies y llanuras como por largo espacio la rodean.

Tholomeo, poniendo su latitud en cuarenta grados, también la llamaba así, y primero Ursaria, y no falta quien, llevado de vestigios probables, la haga fundación de los primeros griegos (cuyo antiguo blasón fué un dragón espantoso), y más particularmente de su famoso capitán Epaminondas, y por el consiguiente, armas originales de este lugar, según se hallaron en los timbres antiguos de sus puertas. Arguye bien su antigüedad notable haber en la repartición que hizo de España el Magno Constantino, constituídola en obispado más ha de mil doscientos y treinta años. Y, finalmente, el título y corona que la concedió el emperador Carlos V para sus nuevas armas.

Por estas y otras causas testifican autores fué en su primero origen el escudo y muralla de los antiguos y primeros españoles, como también después Escuelas públicas y Estudio general de las ciencias que entonces se sabían, en España. También los moros, según acostumbraron con las grandes y mejores poblaciones de esta provincia, en su asolación y pérdida la dieron nuevo nombre y el mismo que hoy conserva, aludiendo la significación de él á una de sus mayores excelencias, á sus frescos y saludables aires, porque

Madrid no otra cosa significa, en su lengua, que lugar de *buenos aires*, y esto es tan cierto, que ni en lo restante de España ni aun de la mitad del orbe se conoce sitio más sano, cielo más benévolo y claro, terreno más fértil, abundancia más llena, aguas más puras, rostros más hermosos y genios más lucidos, corazones más valientes, ánimos generosos y, sobre todo, virtudes y excelencias más en superior grado. Todo merced de sus influyentes estrellas, de su cielo benigno y, finalmente, de sus incorruptibles y delicados vientos.

Y así, respecto de tan grata experiencia y convidados de la amenidad de sus campos, de la grandeza de sus bosques y otras infinitas comodidades, los más reyes de España honraron con largas asistencias, con amor increible, este noble lugar, hasta que con perdurable asiento fijó el prudente Filipo en él su casa y corte, ampliándole y engrandeciéndole de suerte que él solo, por la igualdad y anchura de sus calles, por sus casas fundadas á este fin, por sus grandes palacios, por sus ricos y fértiles contornos, es capaz de tal máquina, de tanta multitud de moradores, de tan copiosos tratos, de tantas mercancías, de tantos negociantes, de tan grandes príncipes, de tantos títulos, de tantos caballeros, de tan graves Consejos, de tan innumerables ministros, de tantas guardas, de tantos oficiales y, finalmente, de tan varios compuestos como forman su

monstruoso cuerpo, su portentosa é increible grandeza. A quien por partes, aunque rompida á trechos, rodea una cerca de muralla antiquísima, traza y edificio de griegos; ó, por decir lo que tantos afirman y se ve con los ojos, de una llama continua, de un fuego restringido, pues lo mismo viene á ser el duro pedernal de que es formada y aun las piedras con que enlosan las calles. Y así, por esta causa, dijo un autor que España, entre otras excelencias, tenía una ciudad fundada sobre fuego y cercada de lo mismo.

Mas, dejado esto aparte, justo será que no se olvide en esta descripción uno de sus mayores atributos y aun santuario de los mayores de la Europa, la imagen memorable que apareció en Atocha; aquel retrato de la reina del cielo, aquel asombro de maravillas y milagros; y, entre los muchos triunfos de sus victorias, la del antiguo alcaide de Madrid, el portentoso caso de sus hijas y esposa, aquella estupenda resurrección, y tras de aquesto el hijo amado, el labrador humilde que, juntamente con los dos papas San Dámaso y Melquiades, reverencia por sus santos la Iglesia, y al primero por patrón, esta Villa, en quien también se ve hoy entre otros edificios grandiosos, monasterios sin número, el religiosísimo convento de San Jerónimo del Passo, nombre notable adquirido por el que defendieron generosamente algunos caballeros y aun privados del señor rey don Enrique IV; hazaña tan nota-

ble que justamente quedará para siempre eternizada en la memoria de los hombres, como también por los sucesos de la siguiente historia, la fama y nombre de los Mendozas, hijos ilustres de esta insigne Villa, y tan fieles y verdaderos hermanos, que su rara amistad, sus loables hechos, pudo ser digno asunto y materia bastante á su discurso. Y así, poniendo límite al desta descripción, comenzará en sus fines nuestro cuento.

CAPITULO XCII

Dáse principio al cuento prometido, diciéndose quién fué don Alonso de Mendoza.

Don Alonso González de Mendoza, caballero ilustrísimo como lo son todos los de este generoso apellido, fué natural de Madrid, lugar á quien, según ya queda escrito, han elegido por su grande excelencia los monarcas de España por asiento y morada de su corte. Aquí, pues, y en los antiguos solares de sus progenitores, nació y vivió largo tiempo, aunque lo más de su mocedad entre el rumor sangriento de las armas, sirviendo en sus inmortales hazañas y empresas grandes á la cesárea majestad de Carlos V, el cual, como tan buen apreciador del valor y experiencia militar, hizo particular estimación los años que don Alonso siguió sus estandartes, de

sus méritos y persona; y tanta, que si no fuera algo arrebatado y colérico (condición que en parte desdoraba sus generosas obras), es sin duda que hubiera ocupado un grandioso puesto.

Mas á esta causa, no siendo muy bien quisto y teniendo en el ejército algunas importantes inquietudes, le convino retirarse á su tierra, adonde no le faltaron otras muchas, porque apenas llegó á ella, cuando pagado sumamente del muy hermoso agrado de doña Catalina Ramírez, dama de admirables virtudes, la comenzó á servir con tan poco gusto de sus padres, que deseaban para su gallarda hija hombre menos brioso y no tan soldado, que á pocos lances, rompiendo con ellos y sus deudos, hubiera de granjear á lanzadas lo que suele adquirirse con blanduras, voluntad y terceros. Finalmente, porque deseo troncar estas particularidades, que son muy accesorias al hecho principal, don Alonso, bien granjcado el amor de su dama, que quisieron que no sus padres, la hizo su mujer, y aunque á costa de muchos gastos, pleitos y aun prisiones, ello se quedó hecho y sus suegros desenojados.

Mas como raras veces deja en la posesión de mitigarse el ardor de los deseos, poco á poco, morigerándose en su pecho aquella ardentísima afición, fué divirtiéndose y aun distrayéndose con alguna nota; si bien nunca ésta rompió de suerte que llegase á sentimientos de su esposa ni á faltar á las obligaciones precisas de su esta-

do; porque corre gran riesgo la flaqueza mujeril el día que la disolución del marido hace huérfanos el lecho casto y la mesa común; y así, el discreto honrado, aunque fuerce el alma y pierda en su gusto lances sin recompensa, no ha de perder horas tan bien gastadas, pena de llorarlas de veras. En fin, con nuevas aficiones don Alonso, restringiendo el amor de su esposa, vivió sin hijos seis ó siete años, cosa que, aunque disimulada de la honesta señora, era de ella sentida y aun llorada con tiernas lágrimas.

Presumía, aunque dudosamente de la condición de su dueño, sus desvelos é inquietudes; mas no por eso acreditaba semejantes sospechas de suerte que él llegase á imaginarlas; que es gran cordura para que no se pierda al pundonor, el decoro y respeto, fingir y aun ignorar las cosas, que en los que pueden no sirven de más que quitarles la máscara para ejecutarlas en público. Así disimulando padecía desoladas penas, en tanto que, desenfrenado en sus vicios, corría él temerario y ligero. Hasta que perdiendo el temor al cielo, y arriesgando su vida en terribles sucesos, vino á empeñarse en uno de manera que, sin gusto y por fuerza, le obligó á dejar la corte, como ahora sabréis.

CAPITULO XCIII

Sabe su esposa la distracción de aqueste caballero, procura remediarla, y él, sospechoso, venga su injusta cólera en un criado de su casa.

HABÍA no lejos de sus barrios de don Alonso una hermosa doncella, de tan grandes partes, calidades y hacienda, que pudiera, á ser más recatada y menos libre, estimarse por casamiento de un muy gran caballero. Esta señora, pues, sin reparar en que don Alonso tenía estado que le imposibilitaba de remedio, llegó á prendarse de suerte en su afición, que casi hizo con él los oficios de un muy fino galán; y como aún más cortos envites eran bastantes á contrastar su gusto, en breves días, y con menores diligencias, ya el arrojado caballero era dueño absoluto de su prenda mejor; y no parando allí el efecto de semejante yerro, antes en lo que siempre suele, á dos meses de trato ya ella estaba preñada y entendida su falta. No tenía más que madre, pero tan varonil, que al mismo punto, sabiendo quién era el autor de su afrenta, con secreto inviolable la desapareció de sus ojos.

Este último exceso alcanzó á saber doña Catalina desde sus principios, porque el poco recato que en él hubo le hizo patente á una criada antigua de sus padres y de ella sus oídos;

mas como era tan discreta y prudente y el caso tan digno de temerse como de remediarse, antes de dar cuenta á quien pudo atajarlo la pareció, con dádivas y ruegos, saberlo con certeza de un criado de su marido, el cual, no sólo por sus buenos servicios era el archivo de su alma, mas toda su privanza y voluntad. Pero fué por demás y cansarse en balde; pues antes el fiel mozo procuró desmentirles tales sospechas y aun dió de ellas á su señor larga noticia, diligencia que después le costó la vida; porque no satisfecha con su absolución la celosa señora, tanto cavó en su intento, que alcanzó la verdad, y mediante el favor de una dama de palacio, su deuda, el sosiego de su alma, pues al punto mandó Su Majestad, por medio del Consejo, que don Alonso se fuese á sus lugares; orden que sintiéndola impacientísimo y no atreviéndose á perder el respeto, á quien la había trazado, como su condición fuese terrible y desease de semejante pesar igual venganza, dió, sin poderse reprimir, en persuadirse que aquel criado, á quien él tanto amaba, vencido de las dádivas de su mujer le había descubierto. Y como á esta presunción engañada se juntase el ausencia impensada de su dama que todo sucedió en un mismo tiempo, hubo de quebrar su cólera y enojo en el pobre inocente, destinado ya, por su contraria suerte, á morir sin culpa. Y así, sacándole una noche, como solía consigo, hizo que dos valientes esclavos que te-

nía para tales empresas estuviesen en parte que, con comodidad y recato, lo ejecutasen, aunque no sin defensa del triste hombre; pues aunque se vió salteado de ellos y de su dueño, mostró bien cuanto hiciera á medirse igualmente. Al fin, en el mismo lugar, puesto que algo desviado de las últimas casas, le enterraron, desmintiendo la sangre y las señales; de suerte que, aunque echándole menos, á instancia de sus deudos, que los tenía en Madrid, se hicieron notables diligencias; y aunque la justicia, por algunos indicios, puso guardas á don Alonso y procedió en la causa, al cabo, sin saberse del muerto rastro alguno, fué absuelto de la instancia, y dado por libre; con lo cual, el cumplimiento del mandato que he dicho, con toda su familia se fué veinte leguas de la corte, adonde en un fresco lugar de su patrimonio y riberas del río Júcar vivió con más quietud y con menos distraimiento; y echóse bien de ver el provecho y gusto que acarreó á su casa, pues dentro de tres años ya tenía dos hijos en su esposa, y con ellos diferentes cuidados que los que hasta allí. Llamóse el primogénito don Diego y el menor don Fadrique, y uno y otro de admirables presencias; y, sobre todo, tan conformes hermanos y tan verdaderos amigos, que pudo su singularidad y excelencia, no sólo dar dos héroes á mi historia, sino fama á su nación, gloria á su patria y materia bastante á dejarlos eternizados en la estampa.

CAPITULO XCIV

Desaviénense don Alonso y sus hijos, y auséntanse á la corte.

Ya, en aquesta sazón y aun días antes que don Alonso se retirase, había Carlos V en Flandes, con aquella espantosa hazaña de la renunciación de sus Estados, echado el sello á sus inmortales y famosas victorias, pues alcanzándola de sí mismo, fué la mayor que en los pasados ni en los presentes siglos han mirado los hombres.

Gobernaba por él esta dilatada monarquía su prudentísimo hijo, el Salomón segundo, digno abuelo del potentísimo príncipe Felipe IV, que por dichosos y felices años hoy reina sobre sus innumerables señoríos y vasallos.

Y así, teniendo por la templanza de sus aires, serenidad de cielo y otras comodidades, particular inclinación á la asistencia de Madrid, con su continuación y real presencia, poco á poco se fué extendiendo y ampliando, hasta llegar casi á la grandeza y esplendor en que le vemos; con que todas sus cosas tomaron nuevo ser, porque los muy apartados campos de sus contornos se convirtieron en vistosas calles, los sembrados en grandes edificios, los humilladeros en parroquias, las ermitas en conventos, y los egidos en plazas, lonjas y frecuentes mercados.

A todos ó á los más de estos aumentos, don Alonso, alegre con sus prendas, vivía ausente y retirado de grandezas y máquinas; con lo cual, y los menores gastos, fué allegando suficiente suma y tal según su rico mayorazgo, que pudo fundar otro en don Fadrique y no muy pequeño; si bien el cumplir este deseo ocasionó, por la escaseza con que trataba á la familia, tantas disensiones en ella, que, aunque, no obstante, salió con lo que quiso, fué á costa de dejarle los criados, olvidar sus obligaciones, morir de pena y otros muchos enfados su propia mujer, y, últimamente, de malquistarse con sus hijos, que no pudieron sufrir tal carestía.

Siendo ya mancebos de gallardos alientos, con la conformidad de su voluntad, apenas el mayor dió á entender la suya, cuando ya don Fadrique trazaba el modo de ejecutarla. Era su intento de los dos obligarle en la corte á que los señalase alimento, pues el dote de su madre, y los dos mayorazgos de que eran sucesores, los pedían muy grandes; pero dificultábaselo mucho la falta de dineros, porque aunque don Diego tenía, por último abrazo de su madre, guardadas en secreto sus más ricas y preciosas joyas, todo les parecía poco respecto de saber cuán tercamente los había de defender su padre. Y así, resolviéndose los dos, acordaron de hacerse bien espaldas, y cargar en las suyas con la plata, jaeces y caballos; para lo cual, haciendo venir á algunos de

los criados que andaban despedidos, con galante despejo, á la primera caza que salió don Alonso, la dieron ellos á lo mejor que había, y con gran diligencia se emboscaron en Madrid, hasta ver como lo tomaba, que no fué con mucho rigor, si no es que el mal remedio le hizo disimular.

No era de su naturaleza miserable ni corto, sino por accidente causado en el acrecentamiento de sus hijos, y así, forzosamente, como todo había de ser suyo, fácil sería consolarse en la pérdida. Con tal aviso, alegres los hermanos salieron en limpio, echaron libreas, pusieron casa y cuerdamente censuraron sus gastos y despensas; de suerte que veinte mil ducados que traían consigo, pudiesen lucirles y fomentar su intento.

Eran entrambos bizarrísimos mozos, lindos jinetes, diestros en todas armas, callados, comedidos y en extremo valientes; de forma que, sin tener necesidad del aplauso y abono de sus muchos deudos, en pocos días se hicieron los ojos de la corte y en menos de año y medio se hallaron con los alimentos que pretendían. Porque habiéndolos puesto en tela de justicia, aunque su padre los contradijo, y aunque intentó que, al menos, se les pusiese en cuenta lo que se habían tomado, como no hubo probanza, merced á la afición de sus criados, que se hicieron mudos, sin mayor dilación aprobó el Consejo los que parecieron forzosos, causa para que, sin muchas escaseces, se alargasen sus galas y se aumentasen sus

lucimientos; y así, aun antes de esto, pocas fiestas ó regocijos públicos hubo en quien ellos no se señalasen ni en quien con suertes venturosas no granjeasen tierra. Valíanse y apadrinábanse, en semejantes ocasiones tan á apunto, y estaban en aquello tan diestros y avisados, que ni para favorecerse había larga distancia ni para su advertencia ocupación, recato ni interés que los descuadernase. A este propósito, no juzgo fuera dél escribir un lance peregrino que en la presencia de Felipe II les sucedió en las primeras fiestas, que fué conocido su valor.

CAPITULO XCV

Obras y lucimientos generosos de los dos hermanos, por cuyos méritos granjearon el aplauso del pueblo.

PARECE ser que no se contentaban, así por el gran número de pretensores como por otras circunstancias, los caballeros que habían de ser en el juego de cañas; y así, viendo ellos semejante desorden, como discretos y corteses, aunque entre sus naturales no había otros más dignos, desistieron del juego, pero no de alegrarle con la capa y gorra y algunos rejonazos mientras se apercibían las cuadrillas. Cumplióse así su intento y, á tan fuerte sazón, que pudo suceder un desmán, porque (por culpa ó descuido del que los soltaba)

cuando los hermanos entraron se hallaban en la plaza dos valientes toros, y no así juntos como acostumbran por natural instinto, sino como dos desatados leones, divididos, y cada uno haciendo por su parte lastimosa riza en el pobre peonaje.

Parece que la buena fortuna de estos mancebos, para que así mejor luciese y campease, había guiado el suceso de esta suerte, porque apenas viendo lo que pasaba, tomaron de sus lacayos sendos rejones y se apartaron hacia donde cada cual de los toros hacía anchuroso círculo, cuando casi á un mismo tiempo embistieron con ellos, mas con diferentes suertes; porque don Fadrique, el menor, rompió gallardamente el asta en piezas rehilando en la cerviz la resta con el hierro; mas don Diego, aunque quebró diestrísimo, fué tanto lo que el toro se le entró por el lado, que llevándole de hilo las cinchas y correas, le dejó, por la falta de silla, en evidente riesgo de perderse; y pareció ello así, porque revolviendo sobre él con el sentimiento de la herida, al primer encuentro le arrojó con la silla á la otra parte, que cayendo de pies, mientras, en un instante embarazado el toro con la silla, le dió lugar, ya él, con la espada en la mano, pudo recibir el segundo golpe; pero tan en sí y animoso, que embistiéndole con la capa en los ojos, al bajar la cerviz le dejó sin vida, tendiéndole en el suelo con la más horrible y fiera cuchillada

que desde entonces acá se ha visto en aquella plaza.

Todo esto sucedió tan acaso, tan en un pensamiento, que casi al mismo instante don Fadrique había hecho su suerte y don Diego esperaba á caballo. Mas como á los alaridos que daban los presentes alabando el suceso fuese preciso el volver también el rostro á aquella parte, apenas don Fadrique lo hizo cuando miró á su hermano á pie y rodeado de infinita gente, y no parando aquí su turbación, al propio punto vió así mesmo al furioso animal que de su brazo había escapado, que con ligeros pasos, desembarazando la plaza, llegaba al puesto.

Tenía ya otro rejón en la mano, y así, conociendo el peligro, no despide su flecha el arco indiano tan veloz y presto como él arrancó en favor de su hermano, y tan á lindo tiempo, que habiéndole sus criados mismos desamparado pareció necesaria su ayuda; la cual fué tan airosa, que, atravesándose en medio, hecho escudo del querido hermano, recibió la indomable bestia con tan gallardo pulso, que, ayudado del cielo y de su buena suerte, apenas enderezó el rejón, cuando, partiéndole la nuca, con aclamaciones del pueblo y admiración y gusto de las damas, le dejó haciendo sombra al compañero muerto.

Subió con tanto en otro caballo don Diego, y mandando sacar, bien mal herido, al de su entrada, como si por ellos no hubieran sucedido dos

tan notables casos así gratos y humildes, paseando la plaza, correspondieron al aplauso y parabienes, hasta que entrando los del juego, haciendo acatamiento á los reyes, la desocuparon. Díjose por muy cierto que aquel prudente príncipe había admirado el suceso y alabado de valientes y fieles amigos á los dos hermanos; con que quedó calificado su hecho y más acreditada su opinión, y realmente toda esta honra mereció con justicia su bizarría y despejo; porque no así tan solo en aquesta ocasión, sino en otras sin cuento, mostrando su valor, fueron mas dignos, como se irá advirtiendo en el discurso de la *Historia* que tenemos entre manos.

CAPITULO XCVI

Descúbrense émulos contra la virtud de aquestos caballeros, mientras ellos discurren en sus loables ejercicios.

NUNCA, como en las demás acciones humanas, faltan á semejantes accidentes envidias y emulaciones, como ni tampoco á los grandes sujetos, ó ya por el ingenio, ó ya por el valiente y alentado espíritu; y así, en alguna manera fuera caso de menos valer si á los nuestros faltara esta excelencia. Ser virtuosos, ser corteses, ser recatados, piadosos y discretos y, por el consiguiente, murmurados, téngolo á mucha dicha, como al

contrario por afrenta é injuria de los hombres al que no lo es; porque este tal, á falta de virtudes y méritos, no es envidiado.

No así fuera de intento he escrito estas breves razones, antes, sí, con muy gran causa; pues es bien de notar que sin haberla estos caballeros dado por ningún camino ni entrado en lances que como tan bizarros mancebos pudieran, fomentaron en su contra la voluntad de un gran señor tan mal afecto, que en cualquiera ocasión procuraba disminuirlos; y esto con tan público extremo y descortesía, que ninguno en su presencia, ni aun á sus oídos, trataban de alabar ó engrandecer sus cosas que no le hallase opuesto y disgustado. ¿Qué nombre, pues, daremos á semejante exceso? ¿Qué título á tan bajos envites, ó á qué parte atribuiremos tan mala voluntad? Pienso que si no es llamarla vil envidia, que no tengo otro atributo á que acojerme, por lo menos, en muchos días no se entendió otra causa, ni los hermanos curaron de saberla; y no porque les tuviera á raya el ser este caballero marqués rico y brioso, que para tanto estado, ellos estaban tan emparentados y bien quistos, que pudieran frisar con él y darla mucha mohina; sólo les enfrenaba su generosa y noble condición y desear conservarse con agrado mientras él no les empeñase al descubierto.

Tales y tan honrados propósitos fuerza era que se lograsen aumentando su crédito; y así,

aunque en tan verdes años alcanzaron tan gran predicamento, que no sólo los preciaban por generosos y bizarros, sino por prudentes, cuerdos y de maduro juicio. Cosas eran aquestas para que, llegando á noticia de su padre, mudara condición y se gozara mucho con tales hijos; y sucedió ello así, porque deseando los dos volver á su gracia, cortas diligencias la granjearon, y de suerte, que desde allí adelante su mayor cuidado de don Alonso, al fin padre, era el acrecentamiento y gusto de sus amados hijos. Criábales gallardos potros, entreteníase en bordarles jaeces, en remitirles nuevas galas, allegarles dinero y labrarles ricas y preciosas alhajas y, sobre todo, en darles estado y compañía digna de su valor y muchas virtudes; con lo cual los nobles mancebos andaban lucidísimos y pasaban loablemente su juventud sin haber hasta entonces abierto puerta á las nocivas llamas de amor, ni entrado en rifa de sus ardientes juegos.

Comenzaba en aquesta sazón la primavera, y don Fadrique, gozando la frescura de sus mañanas con más inclinación que don Diego, salía á ver en el campo de la Tela hacer mal á sus caballos, diestrarlos en los tornos y castigar siniestros y resabios. Gustaba notablemente de semejantes ejercicios, con lo cual pocos fueron los días de aquel alegre tiempo que, dejando en la cama á su hermano, no le viesen en la Puente Segoviana y los cristales puros de su río; y uno

de éstos, que al descubrir el sol bajaba al puesto, queriendo un poco antes apearse, apenas lo hubo hecho, cuando emparejando con él cuatro mujeres que querían atravesar la Puente, reparándose él algo á mirarlas, vió que con igual intento habían hecho lo mismo; con que, más advertido en su curiosidad, las hizo un humilde acatamiento, porque no obstante que siempre en él había tales extremos, la estofa de la ropa juzgó por digna de mayor cortesía.

CAPITULO XCVII

Prosíguese el suceso de este día.

La respuesta que tuvo el comedimiento cortés de don Fadrique fué de otra jerarquía; porque haciéndole señas que se acercase, la una tapada hasta los pechos, adelantándose de la compañía algunos pasos, en baja voz le dijo con discreto donaire:

—Si os atrevéis, como á matar los toros en la plaza, á seguirnos ahora en este campo, no es pequeña aventura en la que os pondréis; pues habiendo de llegar á San Isidro, sólo porque el acero que se toma por vos (más que por otro achaque) no se vuelva contra nosotras, os remitiremos nuestra guarda; y, por lo menos, podréis venir seguro, que si hubiese caballeros andantes

que lo impidan, todas nos habremos de ver á vuestro lado.

Aquí, no sin alguna risa, callando ella, respondió don Fadrique:

—Conociéndome, como dáis á entender, mal habéis hecho en mandarme con tan largas razones, pues sólo la presunción de que me hayáis menester basta á ponerme en peligros de veras, cuanto y más en cosas tan de gusto.

Y diciendo y haciendo, mandó á sus criados que le atendiesen; y poniéndose delante, comenzó á acompañarlas. Pasaron en alegre conversación la Puente, y con la misma, llegaron á la ermita; si bien en toda esta distancia, quien sustentó la tela, fué la misma que primero había habládole, mas por tan discretos ambajes y rodeos, que se le cenoció hablaba en nombre de otra, y que asimismo atendía á recatar de las demás el alma de su intento.

Repararónse en aquel santuario un grande espacio, en quien la propia, tomando por la mano otras dos mujeres, y fingiendo irse á gozar de la milagrosa fuente, dejó á don Fadrique por guarda de la última, la cual, apenas se vió sola, cuando, alzando del rostro el sutil manto, descubrió de improviso un pedazo de cielo lleno de soles, arreboles y estrellas, que casi su belleza, y mayormente tan nueva admiración, le dejó suspendido.

Reconoció su turbación la dama; y aunque ella

estaba en no mejores términos, con todo eso le ganó por la mano; y con alegres ojos y dulcísima voz le dijo:

—Al fin, señor don Fadrique, este buen día yo me le he granjeado por mi lance, pues es cierto que, según andáis poco advertido, con quien tanto desea vuestro gusto, ni el miraros desde el coche tan libre, ni el aplaudir á vuestros ojos esa dichosa suerte, ni aun menos recatadas diligencias y acciones, fueran bastantes nunca á granjear mejor correspondencia y excusar mi cuidado de semejante atrevimiento y libertad. Pero, al fin, como vos no la tengáis por tal, y como yo quede en vuestra opinión en el predicamento que merezco, daré por perdonados tales descuidos y aun los disgustos y riesgos á que me he dispuesto, si esto imaginasen los míos, los cuales aún son mayores de lo que puedo encarecer, y solamente los que han tenido á raya mis afectos; porque ni tengo criado de quien fiarme, ni aun mujer en mi servicio, á quien (fuera de la que os vino hablando) pueda descubrirme. Ella es buen testigo de lo mucho que me debéis; y no hubiera dilatado según me quiere el haceros cargo de tal deuda, si como yo, no estuviera en el mismo recato, en la misma guarda y clausura. Pero ya que los cielos han destinado por términos tan tristes mi contento, no ha de faltar alguna buena estrella que nos ayude; siendo vuestro gusto verme y hablarme por adonde viniendo

á deshora, pienso que habrá lugar. Ese papel os dirá la parte; y en él conoceréis cuántos días he andado prevenida, y ahora, porque éste será el último día que he de salir al puesto en que véis, seguidme ó haced saber mi casa; y, en tanto, el cielo os guarde y dé á mis pensamientos acogida en vuestro pecho.

CAPITULO XCVIII

Escríbese el papel de esta dama, y otro semejante accidente para los dos hermanos.

Con lo que arriba dijo, sin esperar respuesta, dejándose un papel en el suelo y á don Fadrique en éxtasis absorto, llamando á sus criadas, salió á la puerta la hermosa dama; y riñendo, con muestras de mohina, el dejarla sola, volvieron al camino haciendo, el asombrado caballero (guardando el papel dicho) el mismo oficio; no obstante que con menos descuido y aun sosiego que vino, y aun si dijese libertad, no sería engaño.

Tan impensado fué el suceso, tan peregrina el aventura y, sobre todo, portentoso é increible que sujeto tan bello hubiese, con desigual despejo, mostrado á un hombre humano rendimientos incapaces de crédito, que no por menos los apercibía don Fadrique, juzgándose por indigno de tanta gloria. Tales discursos entretuvieron su jornada, hasta donde atendían sus criados, y

adonde, despidiéndose de las damas, mandó seguirlas, y que el más confidente tomase las señas de la casa; y prosiguiendo él á la suya, queriendo antes de descansar ver á su hermano, que aún se estaba en la cama, le halló leyendo un papel, y junto á él un paje que le había traído. Holgóse sumamente don Diego en viéndole, porque la respuesta del que tenía en la mano pedía la consulta de entrambos; y así, poniéndole en las suyas, aunque don Fadrique traía suficientes cuidados, no fueron menores en los que de nuevo se halló, leyéndole en la forma siguiente:

Papel para los dos hermanos.

«Barajas hace mañana grandes fiestas, á quien de secreto asisten los reyes y en público lo mejor de la corte. Deseo sobre todas las cosas, y aun deseamos, que vos y don Fadrique aseguréis nuestro cuidado excusando el riesgo de más lanzadas ni peligrosas suertes. Pero no que faltéis en ellas, pues ausentes, antes nos causarán pesar que regocijo; y, en tanto, no curéis de apurar al portador porque lleva tan limitada licencia como tienen sus dueños que, respetando dificultades grandes y imposibles mayores, sólo pueden veros muy poco y desearos mucho.»

No era más largo el billete, y así, no hallando en él cosa que dificultase el expediente, algo risueño, volviéndose á su hermano, le dijo:

—Aquí, señor, no hay sino obedecer, dé donde diere; que por lo menos, si nos halláremos engañados, no nos podrán tener por descorteses, y aunque, como ahora sabréis, yo pudiera con razón excusarme, á trueque de no caer en mal término atropellaré mi voluntad.

—Alto, pues (replicó don Diego); pues esta es la vuestra; no hay sino prevenirnos.

Y con esto, despidiendo al criado, le enviaron con el mismo parecer; y tornando á su plática, en ella don Fadrique dió á su hermano larga cuenta de su aventura, y juntamente del papel, que aún no había leído. De que no poco admirado, abriéndole y juzgando por encanto lo de aquel día, leyó en él los siguientes renglones.

Papel á don Fadrique.

«Un año hizo el día de los Reyes que en las justas reales de palacio, entre los muchos premios que á vuestro valor dieron los jueces, me llevasteis el mejor de mi alma, que aunque conoce (según pide su natural vergüenza) atrevimiento y libertad tan indigna de su noble ser, la fuerza que le han hecho mis sentidos, la resistencia loca de mi pecho, el dolor y tormento de mi corazón, al fin, al fin la han atropellado y vencido; y de tal manera, que sus rendimientos serán eternos, aunque mi desdicha y vuestra diversión sean perdurables. Pero si ya éste lle-



gare por dichoso á vuestras manos, no permitáis que su dueño, por desdichado, quede sin el premio de veros, pues esto será fácil advirtiendo la casa y demás señas que van en ese membrete.»

Era verdad como el papel decía, porque dentro de él, en otro más pequeño, prosiguiendo la orden, hallaron los hermanos señas tan claras y razones tan infalibles, que no se podía errar el intento. Y así, aunque con recato particular, habiendo de irse otro día á Barajas, tuvieron por preciso acudir al puesto que se le avisaba á don Fadrique, como en efecto lo cumplieron aquella noche, pues ya á las doce, que era el término señalado, el galán estaba donde el papel decía, que era cierta calle excusada, á quien salía una ventana baja, y don Diego haciéndole su escolta y no sin grande aviso, porque respecto de la grandeza y suntuosidad de la casa, juzgaba por necesario todo recato y secreto.

CAPITULO XCIX

Habla don Fadrique á su dama, y partiendo á Barajas él y don Diego, el siguiente día tienen allí varios acaecimientos.

Salió en esto la dama, incomparablemente hermosa, porque el contento de ver á don Fadrique tan puntual acrecentó aquel atributo, que encareció el amante con todas veras, señal de

que ya estaba para menores burlas; mas al ser bien pagado, disculpó su breve vasallaje; prometióle éste eterno, y diciéndole su nombre la dama, que era Leonarda, se despidieron más alegres, hasta volverse á ver.

Bien quisiera don Fadrique que su hermano disculpara su afición viendo su empleo; mas pareciéndole muy temprana licencia, la dilató á mejor ocasión; y recogiéndose con él, parlando en diferentes cosas, hicieron hora de dormir; y otro día á las tres de la tarde, teniendo prevenidas ventanas, con ricos y preciosos vestidos y algunos amigos y criados, partieron á Barajas. Si bien cuando llegaron estaban ya las fiestas comenzadas y los andamios tan cerrados y llenos, que para poder ir á su puesto hubieron de atravesar la plaza; y así desde adonde se les dejó pasar en tropa como estaban, no sin riesgo del toro y con alguna prisa cruzaron hasta sus ventanas.

Bien pensó don Diego que don Fadrique iba en su compañía; mas engañóse en ello, porque embarazado en el camino, muy sin pensarlo, se quedó muy atrás; y echándole menos, al volver la cara, le vió que paso á paso, y como si no anduviera un demonio en el coso haciendo con los cuernos remolinos de gente, se acercaba á las ventanas sin ninguna pena. Mas no pudiendo sufrir el corazón mirarle en tal peligro, sin que las voces y aun los brazos de sus amigos fuesen bas-

tantes, se arrojó por el coso hasta emparejar con su hermano. Pero estando muy cerca de salir con su bizarro intento, no sin admiración de los presentes, turbó, no su buen ánimo, mas toda el alegría de la plaza, el embestir el toro á aquella parte.

Venía el feroz animal todo sangriento, bramando, y acosado con algunas garrochas; y no obstante, los dos buenos hermanos le atendieron, no juntos, como suelen en tales casos, mas antes apartándose algún tanto. A quien no sé si temiendo la empresa, ó abandonado del grande atrevimiento, cuatro ó seis pasos de ellos reparó el bravo toro, y así, mientras con furiosas pisadas arrancaba la menuda arena, no quedó dama en balcón, hombre en andamio, que no los diese gritos, que no los pidiese se retirase. Mas fuera entonces ponerse en conocido riesgo, además que, sin mayor tardanza, los embistió tan ciego, que en un punto se halló con las dos capas en los ojos y cortadas las piernas. Mas aquí se vió ahora el rumor del vulgo, los alaridos y voces de la gente, aquí el alargar los cuerpos en las ventanas, aquí el empinarse unos sobre otros, y finalmente, los mayores aplausos, las mayores alabanzas que oyeron hombres. Tomaron sus capas, y con las gorras destocadas, prosiguiendo á su puesto, de un balcón, al pasar, dos damas atapadas dejaron caer encima de ellos una banda pajiza y un bordado lenzuelo; mas con tanto des-

cuido, que sin ninguna nota se salieron con ella, porque todos y todas estaban empleados en mirar los valientes mancebos, los cuales, alcanzando sus dos prendas y haciendo á aquella parte cortesía, se subieron á sus ventanas, desde adonde, aunque curiosos procuraron atalayar la causa de su venida, que bien creyeron fuese las de aquellos favores, se cansaron en balde; porque ni aun una seña, un volver de ojos, un mínimo cuidado, no llegó á su noticia.

Con que, sin más rastrearlo, acabaron de ver las fiestas; y no teniendo más que hacer allí, tomando algún refresco, en desabahando el vulgacho y aun el espeso polvo del camino, ya de noche, dieron la vuelta, engañando el corto viaje con gustosos motes y atendiendo á matracas de no menos donaire y regocijo; hasta que, llegando al nombrado arroyo de Broñigales, les cortó el hilo de ellas otra tropa de gente de á caballo, que, en llegando á juntarse, les preguntaron por los dos Mendozas, que apenas se oyeron nombrar, cuando, adelantándose un poco, dijeron que ellos eran; á que haciendo semejante ademán otros dos de la contraria parte, arrimándose á un lado, les respondieron:

—Pues si nos dan licencia vuestros compañeros, os querríamos hablar.

—Pues como mejor mandáredes (replicó don Fadrique), y haced cuenta que la tenéis.

Y con tanto acercándose más él y su hermano,

en llegando á postura, conocieron al mal intencionado marqués que dije arriba, y á otro gran caballero primo suyo, que tomando la mano, mientras ellos dispusieron las suyas para cualquier suceso, les comenzó hablar de la suerte que oiréis en el capítulo siguiente.

CAPITULO C

Desafío del marqués y su primo á los dos Mendozas y el efecto que hubo.

Aunque el puesto (dijo su primo del marqués), para definir ciertas dudas no era poco apropósito, todavía la mucha gente que traéis y la que á nosotros acompaña lo contradicen; y así, según aquesto, fuerza será que nos digáis en qué parte los dos á los dos solos os hallaremos en tocando á maitines, que allí seremos puntuales; y allí quedarán definidas de una manera ó de otra nnestras cosas.

—Harto mejor os fuera (respondió don Díego), que pues tantas ganas teníades de hablarnos, lo hubiérades anticipado, ó á lo menos advertido con más secreto, y no que ahora, viendo semejantes facciones (pues llano es que no han de presumir bien los que nos miran), alborotemos la corte y todo pare, al fin, en aire y en prisiones; pero, en efecto, el caso no tiene ya remedio, ni tampoco le tiene el señalaros lugar, hasta que á

esta misma hora nos juntemos en la Puerta Cerrada, donde podremos elegirle mejor y más seguramente; y, en tanto, andad con Dios, que os quedo encargo y deseoso de serviros, merced que ha muchos días tengo bien esperada.

—Pues quede así como ordenáis (replicó el marqués), que ya podría ser se diese á manos llenas toda satisfacción á vuestros deseos.

Con esto, fingiendo alegres rostros y con gallardo disimulo, prosiguieron los unos y los otros, ó por lo menos, así lo hicieron los dos Mendozas; los cuales, en llegando á su casa, habiendo muy gustosos cenado, despedidos de los amigos y haciendo recoger su gente, ellos solos se armaron y pusieron en forma ciertos de que todo les había de ser forzoso y de que el marqués ni su primo habían de salir en camisa; y siendo ya la hora, en un instante previnieron el puesto, si bien no tardó mucho en verse juntos; con que concertándose en breve, sin hablar en el caso, guiaron á la Puente Segoviana á instancias del marqués; cosa en que los hermanos erraron largamente, pues de solo pedírsela el contrario, estaba sospechosa; pero por no encontrar descrédito, atropellaron por ello.

Sería la una cuando se hallaron en los primeros andenes, y así, separándose allí, vuelto á los dos Mendozas, el marqués les dijo:

—Muchos días ha que, temiendo llegar á estos términos lo he excusado, pareciéndome que

como forasteros, ignorábades nuestra pretensión, ó que corriendo el tiempo, llegando á vuestra noticia, excusaríades los continuos paseos de la calle y aun los cuidados y pensamientos de la señora Hipólita; mas yo he vivido engañado, y aun ella pienso que lo está para vuestro daño. De esta verdad estoy muy satisfecho, y así no pretendo ahora que tratéis de disculparos; porque si hasta aquí os pudiera admitir cualquiera excusa, ya tan graves ofensas y á mis ojos no piden sino obras. Aquí habemos salido mi primo y yo; porque también á él le toca mucha parte á que nos déis una banda y pañuelo que os arrojaron hoy en Barajas. Ved, pues, si lo traéis con vosotros, ó si no, quién ha de volver por ello, que con darme de presente este gusto y para lo futuro palabra de alzar mano de estos locos intentos, podréis en paz volveros y granjear en mí un honrado amigo.

Cesó con esto, y no sé si presumiendo que bramaban los dos por responderle, ó si por no decir más descortesías: y así, viendo don Fadrique á su hermano que arrebatado de ellas, según su condición, no había de replicar cosa á propósito, tomándole la mano, lo hizo él de esta suerte:

—Porque don Diego está con mucha prisa y sé que desea satisfaceros sin retóricas, acortaré yo con las mías, porque todavía conozco ser conveniente atender á esto, como después á lo que más importare; y así, señor marqués, ante todas co-

esas os juro que real y verdaderamente, no sólo ignoramos vuestras pretensiones, la calle de ellas y á la señora Hipólita, pero de la misma manera los demás adherentes de esta plática; á los cuales, por abreviar palabras y porque ellos y su disposición no admiten otro modo, satisfaré yo con deciros que en cuanto á pensar que somos forasteros, estáis tan engañados como ignorantes en que somos más naturales de esta Villa que vos y vuestro primo lo sois de España; y en cuanto á las bandas y favores, satisfacciones y enojos, obras ó palabras y á las demás locuras que habéis dicho, en las unas afirmo que habéis andado necios y en las otras mentido por la barba.

Y dando un paso breve, diciendo y arrancando las espadas, en instante, como dos torbellinos, les cargaron de tantas cuchilladas, heridas y golpes, que á no llegarles presto una celada (infame diligencia entre hombres nobles), ellos acompañaran hasta el día del juicio las losas de la Puente.

Estaban cuatro hombres en un sombrío barranco que allí cerca se hace, y acudiendo en un punto, no sólo los libraron de muerte, aunque no sin grandes heridas, sino que asimismo dieron fuerte apretón á los hermanos, que más animosos y alentados con semejante traición, los embistieron; y rebatiendo su ímpetu con destreza y fuerza monstruosa, á su pesar, dejándo-

se dos compañeros muertos, los arrancaron hasta la misma puerta, adonde sacando algunas luces y acudiendo gente, así unos como otros, acabaron de dejar la pendencia, porque no menos ayuda el cielo á la razón y á la virtud, ni menos se castiga la soberbia y locura. No quedaron los Mendozas heridos, cosa que en parte confirmó su justicia, con que atribuyendo á Dios tan buena suerte, y avisando en su casa, se retiraron á un convento.

CAPITULO CI

Discúrrese en la corte sobre el caso pasado, quedando los Mendozas en mayor crédito.

LUEGO, al siguiente día, se extendió por toda la corte este suceso, y como siempre suele, dividida en corrillos, unos le contaban de una manera y otros de otra; si bien en todas partes, inclinados á los dos hermanos, favorecían su causa y afeaban la traición de los contrarios que, peligrosamente heridos, así amos como criados, tenían hecho un hospital el convento de Atocha. Y porque aún mejor se conozca el gran predicamento de los Mendozas, la voluntad del vulgo y su agradecimiento, diré la defensa y espaldas que, en este ínterin, tenía su opinión, y ésta aun en los templos del dios Baco, digo, en los tabernáculos de la gula y embriaguez.

Parece ser que en una de estas casas, gober-

nándose el mundo por algunos lacayos, entre los muchos triunfos de sus rentoyes, salió el de la reciente pendencia, en quien dos de aquellos ministros, no sólo se contentaban con dar por movedores y agresores de ella á los nobles hermanos, sino que juntamente con alharacas y juramento afirmaban ser ellos los que llevaban la celada, y los que engañosamente sacaron al marqués á su puesto. Con lo cual, y con otros oprobios, irritado el hermano tabernero, que era de los del hampa, y un espartero, que los contradecía de una palabra en otra y de un brindis en otro, se entendieron de suerte, que desmintiéndose á lindas cuchilladas, cayó muerto un lacayo, y el otro escapó á Santa Cruz, herido; mas acudiendo la justicia, el oficial de esparto se puso en cobro, y el tabernero, que era algo pesado, quedó por prenda de los agarradores.

Procedióse contra él, y cabalmente le condenaron á ahorcar, y pagara el escote si llegando á noticias de los dos caballeros semejante suceso no arrimaban los hombros, y aun el favor de sus grandes amigos, y le sacaron libre del aprieto, pagándole no sólo cuanto había gastado, más aún, las pérdidas y ganancias que podía haber tenido en su oficio, y, últimamente, el perdón de la parte y una muy buena joya para memoria de su amistad. Y no paró en este ejemplar del vulgo que el crédito granjeado y merecido, porque llegando de boca de Ruiz Gómez

de Silva á noticia de S. M. la verdad del suceso referido, fué tan mal parecido, que al punto mandó salir al marqués y á su primo de la corte, que lo cumplieron sin embargo de sus heridas; y asimismo que las justicias advirtiesen la de los dos hermanos con toda reestimación y suavidad, dando á entender con esto la mucha que tan alto príncipe hacía de tales hombres, los cuales, en San Francisco, recogidos y visitados de toda la corte, no hubo noche en quien la ocasión de don Fadrique no se hallasen con el sosiego que primero, y con tan grande gusto de los dos amantes, que á no tenerle á raya ciertas dudas gravísimas y el respeto debido á su decoro, hubiera don Fadrique tomado diferente título que el de pretendiente.

Pedíale Leonarda que se casase con ella, ó que á lo menos, la diese palabra ó cédula en cambio de meterle en su casa. Y para esto esforzaba su gusto con el ser forzosa heredera de un rico mayorazgo; que junto con su gran hermosura era, precioso dote, si como el caballero estaba satisfecho de esta verdad, lo estuviera de quien era su padre, punto sobre el cual se hacían en Madrid diferentes glosas.

Había criado á esta hermosa dama su misma abuela, mujer en cuyo poder estaba entonces, y señora de mucha calidad y aun prudencia varonil; de la cual se decía que habiendo tenido una sola hija, de peregrina y notable belleza

siendo doncella engañada de un grande personaje, había dado mala cuenta de sí, y al mundo en la gentil Leonarda, aquella muestra de su exceso y pecado, y juntamente, que la discreta madre, esperando con secreto su parto, la había con rigores forzado á entrarse en un convento, en quien, haciendo profesión, la tenía sepultada. Y como tales cosas eran tan delicadas y de honra, entendidas por don Diego, temiendo la pasión del hermano, no sólo se las hizo saber, sino que con todas sus fuerzas procuraba disuadir su voluntad. Mas como ésta, aunque en tan cortos términos, había abierto grandiosa batería, fuera desatino intentarlo, además que su ciega afición le ofrecía tan aparentes y discretas disculpas, que sin duda con ellas, una vez ú otra, era muy de temer su arrojamiento.

CAPITULO CII

Nuevo y peregrino suceso en los dos hermanos.

En semejantes lances se les pasaron á los dos hermanos algunos días de su retraimiento, en quien, uno de los que con menor cuidado estaban, porque don Diego no se preciase de tanta libertad, remaneció en su cuarto una mañana el paje del aviso de Barajas, con otro semejante billete, que abriéndole, admirados de que hubie-

sen aquellas damas duendes acordándose de ellos, vió que así decía:

Papel para los dos hermanos.

«Ya el cielo, condolido de mi amargo penar, parece que ha mostrado su arco de Iris, aplacado mis borrascas, de suerte, que de las mismas vuestras haya nacido la paz que mi alma ha deseado. Sabréis aquesta enigma claramente si, fiándoos de mí y de que no serán horas mal gastadas las vuestras, tuviéredes por bien de llegaros adonde ese criado os guiare esta noche; que con la serenidad y quietud de que gozan mis umbrales (merced de vuestros brazos) y con el valiente hermano vuestro, deseado por acá no menos que vos; ni habrá enemigos que temer, ni recato en que reparar: fuera de que perdida la ocasión, podrá ser que, advertida algún día, mereciese vuestro arrepentimiento.»

En tocándoles á los dos hermanos en caso de enemigos, temores ó seguridades, les llevaron por la misma razón hasta las infernales fraguas de Vulcano. Y así, no reparando en más consultas, regalando al paje, le enviaron contento, y avisado en el punto y la hora, en quien, aforrados los pechos (que las armas no son para cobardes, sino para quien sabe emplearlas y defenderlas), dejándose guiar, salieron en su compañía la vuelta de los Convalecientes, á cuya anchurosa

calle, dando una breve vuelta, en un rincón ó esgonce que hacía, encubierto la misma pared, tocaron un pequeño postigo, que abierto con las llaves que traía su guía, yendo ella adelante y volviendo á cerrar, se hallaron en un gracioso jardín, tan oloroso y bien trazado, que casi por su rastro, pudieran alcanzar el esplendor del dueño.

Hacía frontera en él un levantado cuarto, al parecer, espaldas de unas gentiles casas que caían á la principal calle, y así, habiéndolo todo reconocido el paje y hallado que esperaban, los avisó llegasen á una de sus fuertes rejas, en quien á pocos pasos descubrieron una bizarra moza, que recibiéndolos con risueño semblante y más hermosos ojos, los dejó á entrambos en igual estimación de su mucha belleza; y mayormente cuando, oyéndola hablar con voz dulcísima, conocieron su discreción y gallardía.

Estaba adornada de riquísimas ropas; y así su compostura, divino olor, gracia y donaire, pudiera suspender cualquier cuidado. Díjoles luego que fuesen bien venidos; y prosiguiendo sin apartar la vista de don Fadrique, las siguientes razones:

—Si como habéis sido deseados de la señora, mi prima, y de mí, hubieran en nosotras faltado, como hoy, los inconvenientes, estad muy ciertos que ni la ida á Barajas se hubiera imaginado, ni la banda y favor con que os servimos fuera ocasión de tales inquietudes, ni quizá el loco de-

vaneo del marqués se hubiera puesto en términos de forzar voluntades de otro dueño; y, finalmente, no se viera hoy nuestra casa, ó por mejor decir, la mejor prenda de ella, en tan grande desesperación y disgusto. (Y volviendo de nuevo el rostro á don Diego, con que pareció que á él sólo tocaba lo restante del cuento, discurrió con la misma gracia y dijo): El marqués, vuestro opuesto, desde Alcalá, adonde asiste herido, ha enviado á pedir á mi tío, el conde, su hija Hipólita, y pienso que, sin duda, se efectuará su intento; porque como los padres reparan algo más en la comodidad del estado que en la conformidad del gusto, sin empeñarse en éste no ven que matan á su hermosa hija y rompen en forzarla el báculo de su vejez y el más lucido espejo de sus ojos. No sé hasta ahora en lo que parará, ni menos si las lágrimas de Hipólita han de mudar la aprensión que, como buenos catalanes, han hecho en su primero parecer. Ella está sobre cena en aquestos discursos, y así, con vuestro gusto, será bien que le avise y que, en el ínterin, os recostéis en estos jazmines.

CAPITULO CIII

Véese don Diego con la hermosa Hipólita, cuyos favores para siempre le dejan prendado y más agradecido.

Con tanto, habiendo los caballeros besado antes y después las manos á aquella dama, quedando en la mayor confusión que nunca tuvieron, repitiendo tan varias y notables cosas. Decía don Diego á don Fadrique, no con pequeño gusto:

—Hermano, ¿qué Hipólita es aquesta? ¿Qué conde catalán, qué casamientos son estos en que estamos metidos, qué máquinas y ambajes nos rodean? Yo de mí sé deciros que aunque tan grandes cosas me han suspendido y aun alborotado, soy de tan buen contento, que sin duda me hallara satisfecho con la dama que he visto, si bien me ha parecido que fuisteis el favorecido y aun el mejor mirado.

Rióse á esta razón notablemente don Fadrique, y respondió al hermano:

—Pues sois ya medio conde, ó al menos, según veo, para entero os pretenden; y aun sin ser envidiado, ¿no estáis contento? Pues adviértoos que de quererlo todo caeréis de ojos en el común adagio, y, por el consiguiente, os veréis sin lo uno y sin lo otro.

—Y eso, querido hermano (replicó don Diego), ¿quién lo niega, ó quién puede más temerlo, vos que, amando á Leonarda, queréis á ésta, ó yo que, sin ninguna, estoy en términos de creer que es comedia este suceso?

—Que no pare en tragedia (replicó don Fadrique) habemos de estimar, pues ya el marqués ha hecho los principios.

—Serálo para él (prosiguió don Diego), porque, á decir verdad, saliendo cierto lo desta Hipólita, por hacerle pesar he de tomar su empresa, pues ya os acordaréis que aquella noche así nombró á su dama.

—Bien me acuerdo (dijo el hermano), y aun ahora caigo en que el pasar nosotros tan continuadamente aquesta calle, á ver nuestro deudo don Fernando, dió ocasión á la sospecha del marqués y aun motivo al favor que hoy nos hacen, y al pasado de la banda y lenzuelo, con que no fué mucho yerro empeñarse.

—Disculpa su locura y trato descortés (respondió don Diego) y cese su castigo con lo hecho; y si os parece, vámonos.

—Ni tal he imaginado; antes, concluyendo la plática (replicó don Fadrique), estoy de acuerdo que, aunque faltando á las cosas de mi gusto, no se deje este lance un solo punto.

Y en este mismo interrumpió sus razones el ver gente en la reja; y así, acudiendo á ella, demás de la dama que primero vieron, hallaron

otra que, para encarecella sin hipérboles, no tengo que decir más sino que á don Fadrique se le antojó fea en su comparación su querida Leonarda, y á don Diego bosquejo y sombra oscura la que poco antes le había parecido una deidad.

Hiciéronse unos y otros cortesía; y anticipando don Diego su razón, encareció con ella sumamente el favor que le hacían, agradeció discreto la perseverancia de su fe, dió, en cambio, igual reconocimiento y mayor humildad, y finalmente, ofreciendo un inmortal amor, prometió morir ó arrestar sus deudos, sus amigos y vidas porque ella no recibiese fuerza, aunque en todo no interesase más que su servicio; y pasando adelante en el particular de sus billetes, favor de sus prendas y en el gusto con que las había defendído, al nombrar el marqués se suspendió su plática, porque la hermosísima Hipólita, que era la misma con quien él hablaba, entre tristes suspiros se la atajó diciendo:

—Cuatro años ha y más, buen don Diego, que ese hombre aborrecible me pretende, digo, ronda estas calles, estas puertas, guarda aqueste jardín, estas paredes, persigue á mis criados, molesta á mis amigos, es sombra de mis pasos y hoy, finalmente, mi última desdicha, sin haber animado con causa alguna, ni aun con mirarle sólo su atrevimiento, ó á la contraria suerte de mi vida, la cual durará poco si el cielo no reduce ante mis padres y vos no me amparáis con

vuestro valor; seguro de que, haciéndolo, hacéis lo que á vos toca, y pagáis parte de lo que en muchos días me cuesta vuestro amor, y últimamente, las opresiones que ha padecido el alma imposibilitada de descubrirle, y cuando pudo, el temor y vergüenza de ejecutarlo. Ya lo más está hecho; y yo soy y he de ser vuestra á pesar del mundo; el marqués me ha pedido y no lo he arrostrado, antes dilataré el tiempo que á vos os pareciere mi respuesta, hasta que se prevenga otro remedio y el consuelo que mediante esta vista y su continuación será más llevadero.

Con aquesto cesando y confiriendo cosas tan arduas, en el ínterin que don Fadrique metió entre dos aguas y con desiguales efectos ó ya otras semejantes razones, don Diego, alegre, satisfizo de suerte á la gallarda Hipólita, que ella quedó más firme y más pagada; y encargándole la correspondencia de su hermano para con su prima, exagerando su rico y grande empleo, unos y otros se despidieron hasta la siguiente noche; en la cual, y en otras muchas, teniendo ya don Diego la llave del jardín, fué fomentándose en él y en su dama tal voluntad y tan valiente amor, que primero los dividió la muerte que su fuego encendido se consumiese.

CAPITULO CIV

Sucédele á don Fadrique, yendo á ver á Leonarda, otro notable caso.

Estando don Fadrique tan prendado como ya habéis oído, mal podía la hermosura de Laura (que así era el nombre de la prima) ser menos que engañada; y así él, con el primero dueño, gastaba las más noches; y su hermano, fingiendo achaques, disculpaba y suplía sus faltas; con que por esta causa, á su pesar, les era fuerza el dividirse; pero por no alejarse tanto el uno del otro, mudaron casa, tomando, de las muchas que se iban labrando arriba de San Luis, una de maravillosos edificios, cuartos y grandeza.

Ya en este tiempo, averiguada la verdad del caso y presentádose, andaban en fiado; mientras sus enemigos, desterrados y heridos, trataban de su convalecencia, y aun vivamente de su casamiento, no obstante que las dos primas lo contrastaban fuertemente. También Leonarda apretaba su amante, tanto porque su abuela, enferma y vieja, temiendo dejarla sin estado, trataba de dársele, cuanto por la fuerza que su amor la hacía; á que tampoco, no faltándole causas, nuevas excusas y dilaciones, don Fadrique, lleno de amargos pensamientos, suspendía el fin último. En este estado estaban los negocios, y los her-

manos tan bien quistos y amados, que no había que temer sus enemigos; y así, con tal seguridad, cada cual tiraba á solas y como le parecía á sus cuidados.

Era el fin del invierno, tiempo lluvioso, noches largas y oscuras; y por la parte que don Fadrique andaba, lo antiguo de Madrid, y aquellos barrios de San Pedro, aun de día, solos, y por el consiguiente, á deshora, temerosos y ocasionados. Una noche, pues, de éstas, en quien todo lo dicho parece que ayudaba, bien sin recelo alguno, siendo ya hora de verse con su dama, venía don Fadrique acercándose al puesto, para lo cual, primero era preciso atravesar una angosta calleja; y así, yendo por ella, al revolver la esquina, de repente se le puso delante (y no menos que en la puerta de un caballero deudo y amigo suyo) un vestiglo espantoso, tan alto y tan disforme, que tomaba su espacio desde un alto balcón, adonde tenía arrimada la monstruosa cabeza, hasta el mismo suelo. El caso, por cierto, era para turbar á un escuadrón de gente, cuanto y más á un hombre; y así no sería mucho que en don Fadrique causase algún pavor tan impensado encuentro. Contaba el animoso caballero que al principio le tuvo, no sólo perdidísimo, sino que el mismo aire, que encanalado rimbombaba por aquellas angosturas, se le había antojado bramidos roncos de algún fiero volcán; y que sin poderse tener en los turbados pies, le convino

sentarse en el primero umbral; y aunque, sin duda alguna, se volviera si su vergüenza misma y otras consideraciones piadosas y cristianas no le hubieran animado.

Y fué así realmente; porque ya recobrado en parte y quieto el pecho, como si verdaderamente se le hubiera infundido un nuevo espíritu, se levantó dispuesto á morir ó saber lo que aquella sombra buscaba; y aun siéndole necesario su favor ó ayuda dársela fielmente. Parece que esta resolución nos da á entender que sin duda presumió del suceso alguna aparición ó alma en pena, y el efecto lo dice; porque besando la cruz de su espada, creyendo tal sospecha, comenzó á conjurarla y á pedirla nombre, causa y razón, como espidiente del consejo; si bien, aunque en estas diligencias gastó algún rato, ni por eso despertó su silencio; lo cual visto, mudó de parecer; y dejando conjuros y preámbulos, como si embistiera á otro hombre (notable corazón), así arrancó el espada y le empezó á cargar de cuchilladas; y con tan gran rumor golpes y fuerza, que al herir de las piedras y retumbar de los encendidos pedernales despertó la vecindad; abrieron las mismas puertas, sacaron hachas y acudieron algunos criados y con un montante su propio deudo. Con lo cual, conocido don Fadrique y alborotado el barrio y todo puesto en confusión, el resplandor de tantas luces dió entera noticia del horrible fantasma, que era no menos que un crecido venado,

que desde pequeñuelo se había criado en casa, á quien, émulos y contrarios secretos de su amigo, por darle aquel pesar ó por otros intentos, que no es de mío escribirlos, cogiéndole de fuera aquella noche le habían muerto y medio desollado; de suerte que, como le dejaron colgado por los fornidos cuernos de la reja y el pellejo colgando de las piernas, formaba tan desemejada y horrible muestra que, dejando aparte lo jocoso del caso, fué uno de los notables y temerosos que pudieran suceder á hombre, y en quien considerado, nadie puede negar el audaz y valentísimo ánimo de este caballero. El cual, retirándose con su deudo y amigo, y dejando por aquella noche á Leonarda, estuvo en punto de matarse corrido, de lo que otro pudiera preciarse con mucha estimación. Al fin, volviéndose á su casa, por más que se procuró encubrir, sonó el caso de suerte y con tan diferente rostro del que él juzgaba, que apreciándose con general y común espanto, quedó su nombre sobre las estrellas.

CAPITULO CV

Sospechan los desvelos de Hipólita sus padres, y indignados previenen la venganza.

No pararon, no, en tan graves sucesos los de estos nobles mozos; antes parece que la fortuna, no como quiera acaso, sino con particular intento, se los enderezaba y disponía, ya al uno ó ya

al otro, deseando sustentarlos siempre en igual opinión; y así parece de los mismos progresos de esta historia, á quien volviendo y en ella á la gallarda Hipólita, que apretada de sus padres estaba en tales términos, que á no andar de por medio el consuelo y la vista de su amante, se hubiera muerto.

Y lo peor fué que de su resistencia y de los continuos paseos de los Mendozas, heridas del marqués, presunción del origen y algún descuido de ojos como los de sus padres anduviesen tan recatados y sobre aviso, fácilmente dieron en la cierta sospecha y aun en la causa de sus inobediencias; porque andando sobre los estribos y hechos vigilantísimas espías, no pudo tanto su hija recatarse que, al fin, no la cogiesen con el hurto y viesen desde otra ventana que le caía encima los conciertos y amores de los cuatro. Pero no alborotándose ni enfureciéndose, cautamente callaron y asegurándolos algunos días, teniéndose por afrentados y ofendidos previnieron el castigo de lo que les tocaba de la puerta adentro y la venganza de los dos hermanos.

No son los contentos humanos menos quebradizos y frágiles, ni las felicidades de esta vida más perdurables; y así parece, que desde hoy por largos días, todas las cosas de aquestos caballeros en alguna manera mudaron forma; porque si á don Diego, ignorante de que estuviesen públicas, se le había ocasionado semejante des-

mán, á don Fadrique no le iba mejor con su Leonarda que de esotro sujeto, como era cumplimiento y desenfado para la más fácil salida de la pretensión de su hermano, no hacía el caso que merecía la belleza y discreción de Laura.

En fin, la vieja abuela de su dama que, augurando su cercano fin, deseaba, según dije, acomodar su estado, habiéndole con grandes conveniencias y secretas particularidades trazado y dispuesto, como en su cumplimiento faltase el sí de Leonarda y ella lo suspendiese y rehusase con claridad y veras, no así con suavidad la ansiosa abuela (cuya condición era terrible) persuadió á su voluntad, mas con rigores y violencias tan grandes, que no sólo llegó á ponerla las manos, á quitarla las galas, á moderarle su regalo, sino que, como si realmente supiera el consuelo que estos trabajos tenían de noche con su amante, sin pensar el provecho que daba á sus intentos, se lo quitó encerrándola; con que, apretando imprudente el arco, se le hizo romper y atropellar por todo, acogiéndose como mejor pudo con unas deudas monjas á un convento.

Ya días antes don Fadrique había entendido de aquella doncella, primera exploradora de su afición, estos aprietos, y con iguales penas y sentimientos confería con su hermano el remedio; el cual, viéndole en tal estado, aunque sentía honrosa y cuerdamente (por los achaques que habéis oído) su remate y perdición, al fin,

como le amase tanto, hubo de convenirse, en que ya que se hiciese, fuese con gusto de su padre, ó disculparse el inconveniente secreto con el gran mayorazgo y hacienda libre que heredaba Leonarda, que todo junto era un dote tan rico y poderoso, que bastaría á contrapesarle y escurecerle.

Este último acuerdo aceptó don Fadrique; si bien antes de ejecutarle, para alivio de su afligido dueño, quiso dársele á entender por el medio que he dicho, mas fué á tiempo que Leonarda la misma tarde había prevenido su fuga; y así, no obstante que por tan grave causa estaba la casa bien alborotada, él tuvo papel de ella y aviso cierto de su asistencia, porque de todo dejó bien apercibida á su secretaria. Con lo cual, creciendo en don Fadrique sus desvelos, nuevamente empeñado se volvió á su posada, adonde, habiendo de acompañar á su hermano aquella noche, hallándole que encima de su lecho reposaba hasta la más conveniente hora, él se fué á hacer lo mismo.

CAPITULO CVI

Portentoso suceso de don Diego de Mendoza.

Tenía, según he dicho, de verse con su dama don Diego; y como para el efecto de su amor conviniese, hasta tanto, el no desengañar la prima, una vez que otra esperaba á su hermano

para que sustentase la traza. Sería entonces más de media noche, por quien en silencio profundo reposaba su gente, y asimismo el cuidadoso don Fadrique; y con ser el tiempo que aguardaba don Diego, aún todavía dormía; hasta que en este mismo término de su pesado sueño le despertó una terrible voz, que haciéndole todo estremecer, le llamó por su propio nombre.

Al principio, aunque el buen caballero se sintió alborotado (no obstante), lo quiso atribuir á fantasías del sueño; y así, tratando de volverse de otro lado, la temerosa voz, tornándole á llamar, le privó de reposo. Abrió los ojos, y miró por la cuadra; y aumentándose su admiración, esperó suspenso en lo que paraba, porque aun hasta entonces se presumía engañado de su propio desvelo; mas sacóle muy presto de esta duda el oir que más acercándose á su cuarto volvía á llamarle la afligida voz; con lo cual, intrépido y gallardo, tomando una rodela y una espada, se puso en pie, y abriendo otras dos puertas salió á un anchuroso corredor, en quien mirando á todas partes, en lo mas sombrío y oscuro de él, vió un hombre, á su parecer embozado y vestido de negro, el cual, sacando la mano, le hacía señas para que se acercase á él; si bien hubiera sido semejante diligencia excusada, pues de su animoso espíritu podemos confiar le embistiera, aunque le acompañaran otros cuatro, si al mismo punto que salió de su cuadra y llegó á mirarle

no le hubiera asido de cada pie una rémora, y de la lengua y labios un candado, que impidió su respuesta; y así, no pudiendo moverse, ni aun arrancar la espada de la vaina, no obstante que por su remisión se le acercaba aquel hombre, quedó hecho una estatua.

De aquí se advertirá bien claramente cuán frágiles, cuán miserables y apocadas se muestran, en semejantes casos, las más robustas y varoniles fuerzas, y, por el consiguiente, cuán bárbara locura emprendieron los ciegos fundadores de la Torre de Babel, pues un breve resquicio, un asomo, una sombra permitida del cielo, rinde, atemoriza y encadena el valor y las monstruosas fuerzas de un mozo tan gallardo y valiente, como del progreso de esta historia queda visto. Al cual, habiéndose acercado el que le llamaba, tomándole sin poderlo estorbar por una mano, lo hizo andar fácilmente, mas con tan extraordinarios sentimientos, que apenas le tocó cuando se le antojó que le hubiesen metido en un lago de nieve frigidísima; tal fué aquel horrible tacto, y tan penetrante y sutil su frialdad espantosa. Esto le hizo tirar para sí el brazo, y como uno que se va desmayando, rociándole con agua se alienta y vuelve en sí, así á don Diego le pareció que desarraigada del corazón y el alma aquella su primera turbación, había el postrado espíritu animádose; con que, advirtiendo mejor en su compañía, haciendo mella á una pequeña

pausa, al cabo le preguntó quién era y qué buscaba, y juntamente mirando el temeroso rostro, triste, macilento y lleno de sangre, atendió á su respuesta, que fué decirle:

—No es este el lugar, noble don Diego, en quien se me permite daros esa razón; seguidme, que en vuestro ánimo hay fuerzas para todo; demás que ha largos días que está destinado mi remedio á vuestras manos.

—Pues en buen hora (replicó el caballero). Guiad donde ordenáredes, que siendo así, desde luego os ofrezco mi ayuda, y sed quien vos quisiéredes.

No replicó aquel hombre á tal resolución; sólo bajando la cabeza, agradeciéndola, comenzó á caminar hacia una espaciosa escalera que descendía al patio, en cuyo descanso estaban los aposentos de su hermano. Y así, habiendo hasta ellos abajado, al atravesar por delante los detuvo el ver que don Fadrique, á la luz de una vela con que le alumbraba un criado, salía abrochándose las cintas de una cota. Repararon en viéndose unos y otros, y diciendo don Fadrique que por juzgar que era hora iba ya á llamarle; sin responderle su hermano, se apartó con el hombre á un lado, y haciendo señas á los demás para que se retirasen, les dijo en voz baja:

—Ya véis aqueste inconveniente, y el caso que me espera lo es tan grave que si no es ordenando vos otra cosa me sería penosísimo el dejarle.

—Pues no vengo á afligiros (prosiguió aquel asombro), antes seré contento que mi negocio se quede ahora, no obstante que los minutos breves son y serán, para mi triste pena, eternos siglos; yo os veré en ocasión; id á la vuestra, si bien mucho os encargo miréis por vuestra vida y que advirtáis gravísimos peligros que os rodean. Y diciendo aquesto, con un suspiro triste, abriéndose las losas de aquel suelo, se dejó entrar por ellas, quedando el buen don Diego tan absorto á las razones últimas, y al mirarle partirse, que si á su gran tardanza no saliera su hermano, hoy se estuviera en el mismo sitio. Mas como en el turbado rostro conocía otra mudanza, y en el hallarle tan de improviso solo algún recelo, no quiso dejar de preguntar la causa, si bien por entonces la dilató don Diego; y viendo que la hora de su concierto se pasaba, aunque el ejecutarle en tan turbada noche le tuvo algo dudoso, al fin, considerando que en ella se había de resolver el sacar á su dama (según lo tenían dispuesto), se acabó de determinar; y así, haciendo bajar de su aposento un fuerte jaco, en el ínterin que se le vestía mandó que se armasen también otros dos criados, novedad que en don Fadrique acrecentó su pasado deseo, y de quien, en saliendo á la calle, le sacó su animoso hermano, contándole el suceso y juntamente el apercibimiento de las últimas palabras con que se le había des aparecido aquella sombra.

CAPITULO CVII

Vénse los dos hermanos en un grave peligro.

Como en los dos caballeros había tan grandes corazones, ni don Fadrique hizo más que admirarse al caso referido, ni don Diego otra cosa más de la concertada. Llegaron al dar las dos al postigo que he dicho, y habiendo reconocido seguridad bastante en el contorno, le dejaron abierto y en su guarda á los dos criados, que eran hombres de satisfacción, cual convenía, y, con tanto, acercándose á la reja, hallando á sus dos damas, dieron principio á su amorosa plática y al prevenir el modo que habían de tener en sus resoluciones.

Porque, aunque Hipólita deseaba excusar la fuerza en sus padres, y el temor que por otros indicios nuevamente tenía, quisiera que esto se guiara por medios tan suaves, que ni su honra corriese detrimento, ni la vida de su amante peligro, había hallado en su padre otra mudanza, menos buen rostro y aun recatarse de ella, tratando con secreto algunas cosas; y así mesmo, que había hecho venir dos ó tres deudos de Cataluña por la posta; y todo aquesto, causándola aflicción, la traía suspensa; como, por otra parte, á su hermosa prima las tibiezas de su fingido amante, sospecha que también ayudaba mu-

cho á la indeterminación de Hipólita, ya que no se acabase de resolver en la orden que daba su galán, que era el hacer saber su notoria fuerza á quien la depositase en parte más segura, para que libremente eligiese su esposo.

En fin, dando y tomando pareceres, sin asentar ninguno, estuvieron gran rato, hasta que de improviso suspendió sus razones el ver que con gran ruido abriéndose una puerta que del cuarto salía al jardín, se arrojaban por ella cuatro hombres, que en un punto, y casi no dándoles lugar á embrazar las rodelas, los embistieron rabiosamente, y con tanto silencio, que si no era el sordo estruendo de sus golpes y algunas voces de las hermosas damas (señal que también ellas tenían en su modo castigo), no se oía otro ruido. Bien juzgaron los dos buenos hermanos cuán grave inconveniente les sería concluir allí dentro la refriega; y así, para excusarle, con gallarda destreza se fueron retirando y sacando pies.

Era aquel accidente muy á pedir de boca para sus enemigos, porque ignorando la nueva prevención de los Mendozas y los dos criados, que tan fuera de su costumbre los guardaban con aviso prudente (si les hubiera sucedido así) tenían también dispuesta su salida con otros cuatro hombres, y librados en ellos la venganza y castigo de sus contrarios, que, como ya advertí, retirándose al postigo aun antes de llegar á él, oyeron de la parte de afuera semejante rumor, y

ello era así verdad, porque los cuatro habían á un tiempo embestido á sus dos criados; aunque como ellos fuesen personas de honra, hacían, sin desamparar la puerta, notable resistencia.

Llegaron á este tiempo los dos hermanos al peligro mayor, que era salir sin dar á espalda por tan grande angostura; mas haciéndoles cara don Diego, y dando un recio encuentro con su hermano, su fuerza le sacó á la calle; y ejecutando él con gran tiento lo mismo, poniendo allí el resto de su valor, y porque siendo tantos y tales, saliéndose tras de él, no fuese mayor su riesgo; á su pesar, con ánimo increible, firmando fijo el pie, los tuvo á raya; y diciendo á don Fadrique ayudase á su gente (en el ínterin que obedeció gallardo), el buen don Diego defendió el postigo, y tan valientemente, que sin duda les hallara allí el día que le saliera hombre. Mas en aqueste punto, en quien, ya con ayuda de sus criados, y no sin gran trabajo, llevaba don Fadrique á los contrarios de vencida, y de suerte que sacándoles de aquella calle, podía en la retirada temerse su desdicha; considerando los que quedaban en el huerto, que á mayor dilación acudiría gente, que excusase su venganza; aunque hasta entonces deseosos de encubrirla y ejecutarla á su salvo, no se habían valido de otras armas; visto que ya el secreto era imposible, abandonándose infamemente, dispararon en el valiente mozo dos cargadas pistolas; que aunque, per-

mitiéndolo Dios, sólo la una le hirió en el brazo derecho; la bala de la otra le acertó en la fuerte rodela, con tan grande furor, que si bien sus aceros resistieron el golpe, él fué tan poderoso, que como si le hubieran tirado un morterete, así le echó á rodar por aquel suelo, en quien desembarazada la salida, rodeado de sus enemigos, es sin duda que primero muriera á sus manos que se levantara; si á tan triste sazón, no se les opusiera impensadamente un hombre que le defendió con tan maravilloso esfuerzo, que pudo á su pesar, aunque ya muy mal herido, recobrarse don Diego y darles una terrible carga. Al principio de tan buena ayuda, con el desatiento de la caída y el cuidado del peligro presente, presumió que su hermano era el que le favorecía; mas viéndole á este punto llegar con sus criados, salió de aquel engaño.

CAPITULO CVIII

Cuéntase el fin de este fracaso y lo más que les avino.

Dejaba don Fadrique, aunque á costa de algunas heridas, en declarada fuga, á los que le tocaron; y no así se le fueran sin mayor estrago si el estampido de las dos pistolas no le hiciera volver, juzgando algún grave peligro en su querido hermano; que ahora con socorro tan bueno, de tal suerte embistió á los que tan alevosamen-

te le habían herido, que en breve espacio los encerró en el jardín; si bien no tan lozanos como salieron, porque el primero cayó en dando cuatro pasos, y el último en el propio postigo quedó desmayado con una espantosa herida; y aún no se contentara con lo hecho (porque el verse tan herido le tenía rabioso), antes yendo á arrojarse en el jardín, sin duda diera fin de los demás, ó sucediera el suyo; si trabándole aquel incógnito hombre por un brazo, no le dijera:

—¿Adónde vas, mancebo, tras de tu perdición y la mía? Tente y vuelve á tu casa, que no harás poca hazaña, si como estás, escapares la vida.

A estas razones que le turbaron los sentidos más que el presente riesgo, se retiró don Diego: y obedeciéndolas con obras, dió la vuelta á su casa. Mas apenas, saliendo á lo ancho de la calle, quiso darle las gracias, cuando ni lo vió ni lo oyó. Túvolo por portento milagroso, y así, dando gracias á Dios que le había escapado, en llegando á su lecho, trató de que con gran secreto le curasen. También don Fadrique traía dos heridas, y el un criado atravesado el brazo; con que todos hicieron cama, y todos estuvieron en no poco peligro, aunque el de don Diego fué mayor.

No se entendió este caso en largos días, porque unos y otros procuraron encubrirlo, tan inviolablemente, que aunque en casa de Hipólita quedó uno de la pendencia muerto, pasó en cosa juzgada y sin saberse. Todo lo cual entendió don

Diego por medio de aquel paje, archivo del amor y billetes de su dama, el cual, también le advirtió cómo el conde su padre, así á ella como á la hermosa Laura, les había sacado de la corte, y que aunque á los principios se creyó que á Cataluña, el volver su padre más en breve de lo que requería semejante jornada, había deshecho su presunción. Con tanto, aunque el sentimiento del caballero herido fué terrible, su generoso espíritu se le opuso de suerte que, no obstante el ver perdido este negocio, siempre se prometió esperanzas seguras do volverle á ganar.

Este breve y alentado consuelo causó en gran parte su mejor convalecencia, aunque fué más larga que la de don Fadrique; el cual, ya había días que andaba en pie, soldando tanto algunas glosas, que por su recogimiento se esparcían, cuanto las quiebras de su amor, si bien como él sabía el convento donde estaba Leonarda, la tenía ya satisfecha con su indisposición.

Había asimismo escrito largamente á su padre, don Alonso, el intentado empleo, sus requisitos y circunstancias, y por momentos esperaba su beneplácito y licencia; con que, Leonarda, sin curar de las lágrimas y aun de las envueltas amenazas de su abuela, alegre sumamente, esperaba el fallo de esta resolución.

Don Diego en este tiempo, levantado por casa, también suspendía sus cuidados, y la pena de no saber dónde Hipólita estaba, ya con la conver-

sación y visitas de sus amigos, y ya con entretenidos juegos y diversiones; sin curar de otra cosa, ni aun de traer siquiera á la memoria algunos de sus mayores acaecimientos, cuyo fin dependiente, aunque él olvidó tanto, muy pronto se le hicieron acordar. Porque á la tercera noche de su más segura salud (que parece se había esperado á que totalmente la tuviese), estando aún antes de maitines don Diego en su cama despierto, y vacilando con su imposible amor, con estar bien cerradas, de repente se abrieron las dos puertas de la cuadra, y entrándose por ellas aquel espantoso hombre que ya oisteis, poniéndole como otra vez en no pequeña turbación, sin alargarse en pláticas, le pidió que se vistiese, cosa que, pasado aquel sobresalto primero, hizo don Diego en un punto, y con mayor aliento que antes, porque aún los demonios tratados son menos temerosos, ó á lo menos así lo han presumido muchas engañadas mujeres que ha castigado el Santo Oficio.

Digo esto, admirándome de ver tan despejado en caso tal á este mancebo; pues como si le llamaran para algunas bodas, así se puso en orden y así con sus acostumbradas armas, mano á mano se salió de su cuarto con aquella sombra, á quien asimismo, como si comunicara con otro hombre de su suerte, le fué satisfaciendo así en el particular de sus heridas como en la remisión de su tardanza y descuido, á todo lo cual,

no respondiéndosele palabra alguna, callando él juntamente, atravesaron los corredores, bajaron á la escalera, cruzaron el extendido patio y salieron á unos trascorrales, siguiendo con lindo ánimo esta derrota, hasta que reparándose casi en la mitad de ellos, volviéndose á don Diego el afligido compañero, después de una breve interrupción que primero hizo mirándole atentísimo, con trémula y triste voz le comenzó á decir semejantes razones.

CAPITULO CIX

Prosíguese la historia y el valor generoso con que don Diego asiste á este horrendo espectáculo.

Yo soy (dijo temblando aquel mísero espíritu) ¡oh ilustre mozo!, Ignacio Ortensio, cuyo nombre no ignoro le habéis oido diversas veces en vuestra casa propia; yo soy aquel criado á quien injustamente habrá treinta años que vuestro padre y dos esclavos suyos, sacándome á este sitio (campo bien solitario en aquel tiempo), me dieron muerte y sepultura entre estas hierbas y carrizos. No quiero, no, alargarme en la causa, porque sé que muy pronto la sabréis por diferente vía; sólo os vuelvo á decir que morí sin culpa; y así la Divina Providencia, á quien todas las cosas están subordinadas, ya que permitió

la muerte de mi cuerpo, no así dió lugar á la de mi alma; si bien desde aquel punto otras particulares ofensas arrepentidas, lloradas, pero no satisfechas, justamente merecieron el purgatorio y penas increibles en que estoy padeciendo, y de adonde si mereciere mi aflicción vuestra noble piedad, haciendo por mí los sacrificios y satisfacciones que yo os dijere, saldré al descanso perdurable. Ved ahora si según mi demanda gustaréis de admitirla, advirtiendo antes de responderme que aunque con más razón pudiera pedir esto á quien me redució á tan triste estado, no se me ha permitido; y así, pues, los secretos juicios del cielo me concedieron ser instrumento en vuestra ayuda cuando entre los pies de vuestros enemigos no ha un mes que os visteis casi muerto, no hay duda sino que á vos también tiene su misericordia y piedad remitido mi último remedio.

Aquí, cesando, dió aquel cuerpo fantástico fin á su discurso temeroso, y don Diego, que con espanto y admiración le había escuchado, principió á su respuesta, que fué tan cristiana, tan llena de piedad y generoso espíritu, que teniéndose de ella por satisfecho el difunto Ortensio, rindiéndole las gracias, finalmente, le dió particular y estrecha cuenta de la satisfacción y demás cosas que por su amparo se habían de hacer; y pidiéndole, sobre todo, sagrada sepultura, y aceptádolo y prometídolo,

al mismo punto se le quitó de delante, pareciéndole el noble caballero que había sumergídose en aquel propio sitio. Y así, con advertencia y ánimo que suspende, puso en él por señal unas piedras, y dando la vuelta con más sosiego que hasta allí, de paso despertando á su hermano, le dió extensamente razón de todo, y recostándose en su lecho, apenas fué de día cuando comenzó á disponer su promesa, dando orden, no sólo en que se le dijesen buen número de misas y hiciesen otros sufragios, sino á otras satisfacciones de hacienda y honra, y lo más esencial, que fué un honrado entierro, porque nunca dudó de hallar el cuerpo. Y como para hacerlo pareciese forzosa la intervención de la justicia, callando el nombre y el homicida, fielmente declaró todo el suceso; con que acudiendo á tales diligencias ministros y personas graves de la corte, dió un terrible estampido por toda ella, y mandando cavar en la parte advertida, á pocos lances pareció el cuerpo, digo, sus descarnados huesos, y juntamente una espada y diversos pedazos de la capa y vestido; por donde se entendió que con todo ello le habían sepultado. Con lo cual, haciéndolo ahora en su misma capilla, porque de la misma manera que si fuera un pariente, quiso don Diego que sus deudos y amigos le honrasen.

Para las restantes satisfacciones, teniendo necesidad forzosa de comunicarlas con su pa-

dre, aunque en tan grandes dilaciones se consumía su fuerte corazón, respecto que por ellas se imposibilitaba el buscar á su dama, no quiso anteponiéndolas, diferirlas ni alzar mano de ellas hasta su conclusión, estimando por acción más loable ésta que conseguir su gusto y aun perder un casamiento tan ilustre.

Mas como semejantes servicios nunca el cielo los deja sin recompensa, será por do menos pensó halló este caballero el premio de ellos y de sus buenas obras, y así, en su prosecución, se puso en camino, encargando á su hermano la de otras cosas que dejaba empezadas.

CAPITULO CX

Declárase quién era la dama de don Fadrique, su desengaño y aflición.

No había aún dado la vuelta el mensajero que esperaba don Fadrique sobre su casamiento; y esta resolución le dejó en Madrid, y el ver que así mesmo de coraje y pasión había rendídose á una cama su abuela de Leonarda. Y como su edad les pusiese en cuidado, deseando su consuelo, tuvo por acertado que ella lo dispusiese, satisfaciendo á su inobediencia, con declararla su voluntad, y las partes, personas y calidad de su empleo; pareciéndole, y no sin mucha razón, á don Fadrique que ganando y no perdiendo repu-

tación con él, la afligida señora se quietaría y lo tendría por muy honroso. Pero lo que resultó de esta diligencia y consuelo fué que apenas leyó el papel y razones de la dama, y advirtió en ellas sus intentos, y, sobre todo, el nombre del galán y de sus padres, cuando inmediatamente, con profundos suspiros y extremos espantosos, se quedó desmayada.

Esta absolución de sus deseos, como, en efecto, mala nueva, supieron brevemente los dos tiernos amantes, y porque no así parasen sus desgracias, pocas horas después la de la muerte; de adonde, sin pensar resultaron sus más crecidos y irremediables sentimientos; suceso bien digno de que se lea y advierta atentamente. Murió, pues, como dije, esta señora, apresurando su fin, lo que en Leonarda se juzgó por su mayor remedio, y aun estuvo en términos de que, si puede haber mayor mal que la muerte, cayese sobre su indignación y sentimiento, que en parte la tuvo muda y sorda á los consejos saludables del confesor y padre de su alma, que á no ser él tan docto y aun tan cuerdo, sin duda corriera detrimento; mas no permitiéndolo Dios, no sólo la sacó del camino errado, mas juntamente, abriéndola los ojos, la hizo disponer cristianamente de sus cosas, y que sin reparar en pundonores ó respetos humanos declarase el secreto de verdades tan graves que, sólo el digerirlas, bastara en cualquier tiempo á quitarla, como en aquél, la vida.

Pero esta diligencia, aunque de tan gran riesgo, pareció inexcusable, y tanto que, á quedar en silencio, se abriera puerta á una dilatada y horrible ofensa de Dios; pues fuera cierto que si la anciana abuela no dijera cómo la hermosa Leonarda era hija de don Alonso de Mendoza, y por el consiguiente, hermana de don Fadrique, apenas cerrara ella los ojos cuando los hermanos estuvieran casados ó en términos peores; porque ya en este punto, sabiéndose el de su muerte, como heredera forzosa, Leonarda estaba en su casa y su amante disponiendo las bodas; mas esta impensada declaración suspendió sus deseos, aunque no su esperanza. Porque, si bien sus ansias, sus congojas y lágrimas fueron terribles, en medio de ellas, sin poder animarse á darla crédito, don Fadrique partió á mejor enterarse de su padre y en seguimiento de don Diego, su hermano; y su dama, resolviéndose en llanto, quedó esperándole.

De esta suerte caminó tan aprisa el ciego mozo, que antes de llegar al cristalino lugar alcanzó á su hermano, con quien, referido el suceso, llegó á los ojos de su padre, que no estando avisado los recibió, mezclando el gusto de su venida con el sobresalto de verla tan sin pensar, temiendo la hubiese ocasionado algún peligro. Mas enterado en ella, don Fadrique no sólo entendió la certeza de sus dudas, mas oyó de su boca los últimos amores que, si os acordáis, en el principio de esta historia, no sólo fueron el

origen de su destierro y salida de la corte, pero de la injusta y lastimosa muerte que dió al pobre Ignacio Ortensio. Y así era la verdad, porque su madre de Leonarda era aquella hermosa doncella que dije haberse libremente enamorado de don Alonso; y la difunta vieja madre suya y abuela de Leonarda, quien advertido su preñado y la imposibilidad de don Alonso para saldar su honra, excusando la publicidad de tal afrenta la había encerrado en un convento, adonde profesa vivía entonces ejemplarmente.

Con tal satisfacción (que era la misma que tenía de llevar el mensajero) quedó don Fadrique desengañado y perdiendo el juicio, y su hermano don Diego admirado y confuso, y no lo quedó menos su padre cuando entendió la ocasión que á él le traía, y el memorable y temeroso acaecimiento del difunto criado; pues no sólo en oyéndolo se compungió su alma y entristeció su corazón piadosamente, sino que, sin poder reposar, ni aun alegrarse, desde aquel punto fué cavando en su pecho de suerte el temor del castigo y el deseo de satisfacer á Dios y al mundo, que ni el amor de sus queridos hijos, sus muchas lágrimas, ni el deseo de sus acrecentamientos, desamparo de sus criados y mayormente su larga edad y sujeto regalado, fueron parte á estorbarle meterse en un convento, adonde profesando santamente la observancia regular de San Francisco, después de algunos años acabó sus días.

CAPITULO CXI

Vuelven á Madrid los Mendozas, y juntamente con su historia se da fin á esta primera parte.

QUEDARON, con tal resolución, los dos hermanos, aunque llorosos y desconsolados, riquísimos; y así, dentro de pocos días, como su cuerdo padre ejecutó este intento, repartiendo entre sí los criados que tenía y disponiendo las demás cosas, dieron vuelta á Madrid.

Era en esta sazón el rigor del invierno, y sus continuas aguas tenían anegados y peligrosos los campos y caminos; y con todo prosiguieron en su viaje, no obstante que la primera jornada, llegando á un profundo arroyo, él venía de suerte embravecido, que los tuvo dudosos el pasarle. Mas como la noche se les venía acercando, y con ella otros mayores inconvenientes, deseando excusarlos y salir del presente sin mayor suspensión, don Diego, que siempre en tales casos quería ser el primero, intrépido, apretando á un cuartago, le iba á arrojar al agua, y hiciéralo infaliblemente si llegando á esta sazón al mismo puesto un pobre labrador no lo impidiera y con tan eficaces razones, notando el gran peligro, que obrando en él particularmente, y en todos los demás con secreta fuerza, sin más porfiar

tomaron otra vía, yendo aquel hombre siempre guardándolos, hasta que siendo anochecido los puso en una puente, por adonde pasando los compañeros, deteniendo por la rienda á don Diego, en voz baja le dijo:

—Ya con esta son dos, buen caballero, las veces que, mediante Dios, me debéis la vida; porque tened por cierto que pereciérades así en la pasada como en ésta; pero el cielo os conserva como á tan buen ejecutor de sus piadosas obras. Proseguid, pues, en hora muy dichosa, y aunque rodeéis algo, entrad en Alcalá mañana, y quedáos en paz, que ya vuestro cristiano celo y proceder me tienen en el lugar del descanso.

Y mostrándose á estas razones últimas más cándido y resplandeciente que las mismas estrellas, se le quitó de delante, dejándole, como podréis considerar, aunque con diferente alegría que otras veces; porque conociendo ser la misma voz que ya tanto le había dado que hacer, en su incomparable resplandor, entendió el dichoso estado en que se hallaba. Y así, advertido en lo que le ordenó, mandó otro día se torciese el viaje, presumiendo que Ortensio tuviese en Alcalá necesidad de su persona, pues se lo había encargado así; adonde en llegando antes de medio día, apenas se apeó en una posada, cuando llegaron á ella (y una tras de otra) dos mujeres como mandaderas de monjas, á pedirle, así á él como á don Fadrique, se llegasen á un cierto monas-

terio por quien los dos poco antes pasaran: lo cual, poniendo por obra curiosamente y creyendo que algunas monjas, habiéndolos visto atravesar desde las vistas, querían como con forasteros divertirse, sin más pensarlo se entraron en un locutorio, en quien, por abreviar, cuando entendieron verse en batalla campal con veinte discreteantes profesas, se hallaron sin pensar con la bizarra Hipólita y su hermosa prima. A las cuales, habiéndolas traído allí el conde, por más que á la abadesa, que era su hermana, dejó encargada su recato y custodia, y sobre todo, el escribir ó hablar de aquella suerte, tuvo el remedio que véis. Porque no obstante que á los principios se guardó con ellas apretado rigor, y tanto, que ni avisar pudieron á los dos caballeros, ya en parte, mitigándose y dándolas solaz en mirar á la calle, quiso su fortuna que fuese á tan buen tiempo, que al pasar por ella conociesen á sus dos amantes, y tuviese el hablarlos (mediante el favor de algunas monjas) el efecto que oís.

Dejo á la consideración del lector, por no dilatar más esta historia, así el gusto de aquellos caballeros (digo del buen don Diego) como las alegres lágrimas con que las dos señoras solemnizaron su deseada venida; y finalmente, los amorosos conceptos, que por no ser sentidas, reducirían á una breve suma: de la cual, el remate y carta cuenta que unos y otros se dieron fué

concertar que las dos primas escribiesen al punto al arzobispo la fuerza que para impedir su casamiento les hacía el conde; y que esto se propusiese con tan vivas razones que, mediante la diligencia que los dos hermanos, de sus deudos y amigos, pusiese aquel perlado su mano y jurisdicción en remediarla. Con esta conclusión, despidiéndose alegres, entrando en la corte, se fomentó de su parte de suerte, que cuando menos sospechaban los llamó el arzobispo para ante todas cosas entender la verdad y voluntad de entrambos.

Estaba ya la de don Fadrique (supuestos los inconvenientes que he dicho) aunque mal consolado reducido á la de su hermano, que siempre deseó el empleo de Laura. Y por el consiguiente, la hermosa Leonarda, convencida en lo que sus hermanos hiciesen de ella, y así, desecha esta dificultad, se mandaron sacar del convento, y traer á Madrid á la dos primas, adonde, aunque el conde sintió terriblemente que contra su gusto se le casasen tales prendas; y procuró que el marqués y su primo, que ya andaban libres, para su dilación, saliesen á impedirlo, fué por demás; porque ellos, mirándolo mejor, se estuvieron quedos; y él, viendo estas esperanzas perdidas y que para que condescendiese le apretaban personajes gravísimos, huvo de tener por bien lo que, si hasta allí contradecía era más por interés ó tema que por deméritos de tales

caballeros, los cuales eran tan ricos y tan nobles como él; y en conclusión, concertadas sus bodas con general aplauso de la corte, gusto y descanso de sus corazones, las pusieron por obra, renovándose las muchas fiestas que se hicieron en ellas con las de su hermosa hermana, á quien dignamente dieron el estado que merecían sus partes, casándola, poco después, con un gran caballero. Con que dejando fama eterna de sus muchas virtudes el venerable y antiguo tronco de su casa, sobre sus excelencias ilustres y, entre tal altas ramas, adelantó estos generosos pimpollos que le adornaron y engrandecieron.

FIN DE ESTA PRIMERA PARTE

TABLA

DE LOS

CAPÍTULOS QUE CONTIENE ESTA PRIMERA PARTE

Breve resumen de las excelencias y antigüedad de España, teatro digno de estas peregrinas *Historias*.

Dispónese éste en cuatro capítulos, desde el folio 15 hasta el 28, en que concluye la materia.

El buen celo premiado.

Folios.

CAP. V.—Historia notable sucedida en la imperial ciudad de Zaragoza, con el origen y antigüedad de sus mayores excelencias. 29

CAP. VI.—Alégánse en la confirmación de la primacía y excelencia de esta ciudad diferetes razones.......................... 34

CAP. VII.—Dáse principio al cuento prometido.................................... 38

CAP. VIII.—Toman los delincuentes nueva resolución, aumentando con ella sus culpas y delitos.......................... 44

Folios.

CAP. IX.—Prosigue el caso, y dícese para su mayor inteligencia el que antes de éste había pasado por aquestos ministros..... 47
CAP. X.—Declárase quién eran el caballero herido y el fingido fraile.................. 50
CAP. XI.—Acontecimiento notable en la reclusión de Federico....................... 53
CAP. XII.—Cuenta el preso su vida á Federico................................ 56
CAP. XIII.—Prosigue Fulgencio el amor de su dueño y dice su suceso en Compostela. 61
CAP. XIV.—Convalece su padre de doña Elena: vuélvense á Zaragoza, y ella tácitamente en el camino se desposa con su galán.................................. 67
CAP. XV.—Prosigue el preso su amoroso discurso y cuenta en él la traza con que llegó su efecto.......................... 71
CAP. XVI.—Presume hacer su madre en doña Elena indignas experiencias, y temiéndolas ella, se rinde á su voluntad.... 74
CAP. XVII.—Descubre Fulgencio á don Rodrigo los amores de su dueño; trazan su venganza los dos, y concluye su cuento... 78
CAP. XVIII y último de esta primera historia.—Dáse fin á la historia, y goza Federico el premio merecido de su buen celo y religión................................ 83

El Desdén del Alameda. Folios.

CAP. XIX.—Historia segunda, sucedida en Sevilla, con el antiguo origen y fundamento desta ciudad... 87
CAP. XX. — Empieza el caso sucedido en Sevilla 90
CAP. XXI.—Resiste honesta diferentes empleos la esposa del difunto Claudio y prosíguese el cuento........................ 93
CAP. XXII. — Descríbense las virtudes y partes de Floriana, sírvenla en grandes fiestas y, por su recato incomparable, granjea indignamente el nombre del Desdén del Alameda.............................. 96
CAP. XXIII. — Prosíguense las fiestas; la absteridad y rigor que usa con don Sancho, su hermano, al hablarse los dos y su resolución.............................. 99
CAP. XXIV.—Responde ásperamente, á su hermano, don Pedro, y él, irritado justamente, satisface su injuria............... 103
CAP. XXV. — Admirables sucesos de don Sancho huyendo de la justicia........... 107
CAP. XXVI.—Degenera don Sancho en su proceder noble, y con violencia goza de la ocasión................................ 111
CAP. XXVII.—Los dos amigos, amparando á don Sancho, facilitan su fuga, mientras su hermano vuelve de las heridas en su acuerdo................................ 115
CAP. XXVIII.—Gran valor de don Sancho

Folios.

en los Países Bajos; favorécele el Duque, y por honrarle le vuelve á enviar á España, en tanto que en Sevilla corren varios sucesos.................................. 118
CAP. XXIX.—Prosigue en sus empleos don Pedro de Castilla, y en el ínterin vuelve á Sevilla por mandado del rey su mismo hermano.................................. 121
CAP. XXX.—Diversos regocijos festejando á don Sancho, y el suceso que en uno de ellos tuvo.................................. 125
CAP. XXXI.—Vése don Sancho en un grave peligro, de quien con su valor y el de unas damas, se halla impensadamente socorrido.................................. 128
CAP. XXXII. — Dícese quién era aquella dama, y hallándose don Sancho lleno de obligaciones, goza mejor fortuna y nuevo estado.................................. 132
CAP. XXXIII.—Prosigue el suceso y absuélvense las dudas y suspensión pasada. 137
CAP. XXXIV. –Despósase don Sancho; búscale la justicia; quieren hacerla en don Pedro; socórrele su hermano, y tiene fin la historia.................................. 141

La Constante Cordobesa.

CAP. XXXV. — Historia tercera, sucedida en Córdoba; con el antiguo origen y fundamento desta ciudad.................. 145

Folios.

CAP. XXXVI.—Dáse principio á la ofrecida historia; dícese quién es el principal personaje de ella, y algunas hazañas de sus progenitores.......................... 148
CAP. XXXVII.—Prosíguese este asunto y escríbese el memorable origen del Campo de la Verdad.............................. 153
CAP. XXXVIII.—Ultimas fiestas en las bodas de don Diego, y el trágico suceso que tuvieron................................. 157
CAP. XXXIX.— Convalece esta dama y su salud causa diferentes efectos en sus ilustres huéspedes.......................... 160
CAP. XL.—Presume el ciego amante contrastar á la honesta doña Elvira, valiéndose para ello de diferentes medios y caminos.................................. 163
CAP. XLI.—Resolución de doña Elvira, su respuesta y ausencia..................... 166
CAP. XLII.—Hace don Diego diligencia por saber de su dama, mientras ella procura huir de su presencia...................... 171
CAP. XLIII.—Ampárase la honesta Cordobesa de un antiguo criado de sus padres, y allí impensadamente halla nueva inquietud y desasosiego.................... 174
CAP. XLIV.—Impensada mudanza en doña Elvira, y las causas que más la originaron.................................. 177
CAP. XLV.—Hablánse estos amantes, dispónese sus bodas, y suspéndelas, avisado

Folios.

por un acaecimiento peregrino, don Diego de Córdoba... 181
CAP. XLVI.—Diligencias de la justicia sobre las heridas de don Diego; mudándole á Córdoba, y juntamente á doña Elvira, á su madre y criada... 185
CAP. XLVII.—Persevera constante en sus intentos la honesta doña Elvira, mientras don Diego prosigue los de su loco amor... 188
CAP. XLVIII. — Obliga nuevamente á su dama don Diego, líbrala de la muerte por dos veces; pero ella, más constante, mira más por su honra... 191
CAP. XLIX.—Resolución honrada de doña Elvira, fragilidad de su madre y criada y esperanzas primeras de don Diego... 195
CAP. L.—Horrendo y espantoso suceso en los dos amigos... 199
CAP. LI.—Siente don Diego en sus mejores prendas el castigo del cielo, y doña Elvira comienza á gozar de mejor fortuna... 202
CAP. LII.—Dícese la ocasión de este alboroto, concluyendo la historia con la elección prudente que la concede el cielo á doña Elvira por galardón y premio de su perseverancia generosa... 205

Pachecos y Palomeques.

Folios.

CAP. LIII. — Historia cuarta, sucedida en Toledo, con el origen y fundamento y antigüedad de esta ínclita é imperial ciudad. 209
CAP. LIV.—Notable historia sucedida en Toledo.................................. 212
CAP. LV.—Oculta con secreto y recato su padre á la hermosa Laurencia, y prosigue el caso.................................. 215
CAP. LVI.—Procura doña Juana, entendido el empleo del ausencia, divertírsele y aun desacreditársele.................... 219
CAP. LVII. — Avisa su asistencia á don Lope Laurencia, ocasionando con su visita varios sucesos.......................... 221
CAP. LVIII.—Resuélvese don Lope al cumplimiento del billete, y doña Juana aumenta en él la pasión de su incendio..... 225
CAP. LIX. — Intercadencias del amor de don Lope y otros nuevos sucesos mayores.................................. 228
CAP. LX. — Háblanse doña Juana y don Lope sin sabiduría de Laurencia......... 232
CAP. LXI.—Prosiguen estos nuevos amantes sus tiernos coloquios, quedando interrumpidos por un caso notable........... 236
CAP. LXII.— Don Lope, divertido en sus amores, falta al recato y seguridad de sus cosas, con que impensadamente salteadas, se viene á ver en un mortal peligro...... 240
CAP. LXIII. — Ocúltase de sus enemigos

Folios.

don Lope, y ausentes ellos, vuelve á ver á su dama.................................. 243
CAP. LXIV.—Laurencia sigue esta misma noche á doña Juana, y es testigo (escondida) de su amor y conciertos; avisa de ellos á los dos Palomeques, y en tanto doña Juana se sale de su casa.................. 246
CAP. LXV.—Cae doña Juana en poder de los suyos, y prosigue el cuento........... 250
CAP. LXVI.—Horrendo y temeroso acaecimiento en la prisión de doña Juana, y el que en el ínterin tuvo la vuelta de su amante.................................. 253
CAP. LXVII. — Provienen los hermados su sangrienta venganza y el efecto que tuvo, etcétera.................................. 256
CAP. LXVIII.—Siguen á los amantes los Palomeques, y el fin trágico de la celosa Laurencia.................................. 260
CAP. LXIX.—Sabe don Lope la calamidad de su hacienda y amigos en la ausencia que hizo de Castilla, y por satisfacción desafía á sus contrarios en singular batalla. 263
CAP. LXX.—Tiene don Lope ayuda en el combate, su suceso y la conclusión de esta historia.................................. 266

Sucesos trágicos de Don Enrique de Silva.

Folios.

CAP. LXXI.—Historia quinta, sucedida en Lisboa, con el famoso origen, antigüedad y fundamento de esta nobilísima ciudad. Descripción de Lisboa.................. 273
CAP. LXXII.—Principio de la historia.... 276
CAP. LXXIII. — Origen del amor de don Enrique................................ 280
CAP. LXXIV. — Inverna nuestra armada en Mozambique; diferencias entre los capitanes, y otros varios sucesos en la navegación y amor de don Enrique, etc....... 283
CAP. LXXV.—Persuaden con porfía las dos damas á doña Leonor, y ella declara su última voluntad........................... 287
CAP. LXXVI.—Llega á salvamento la armada, y en Lisboa se va más alentando el enojo y rencor de don Luis Antonio... 290
CAP. LXXVII.—Procuran los parientes de don Enrique el efecto de su casamiento aplazado; y él, regido de su nuevo desvelo, lo dilata cautelosamente................ 292
CAP. LXXVIII. — Crecen los favores de doña Leonor hasta verse con don Enrique en más estrechos lazos.............. 296
CAP. LXXIX.—Dánse palabra y fe de esposos los amantes, y en el ínterin, doña Clara, impaciente con dilación de su primo, cae en una grave enfermedad............ 299
CAP. LXXX.—Prosigue cauteloso en su di-

Folios.

lación don Enrique; apriétales su prima, y finalmente, aunque tarde, se declara... 302
CAP. LXXXI.—Fin lamentable y trágico en el amor de doña Clara................ 307
CAP. LXXXII.-Sentimientos de don Enrique; recelos de su dama, y el suceso notable que uno y otro tuvieron........... 311
CAP. LXXXIII.—Vénse los dos amantes en evidente riesgo, y prosíguese el caso con varios accidentes....................... 314
CAP. LXXXIV.—Presúmese que don Luis ofendido, haya muerto á su hija, y con tales indicios don Enrique, frenético de amor, procura su mayor venganza....... 317
CAP. LXXXV.—Diversos cargos de la justicia á don Luis Antonio, su satisfacción y respuesta.............................. 321
CAP. LXXXVI.—Sabe su padre de don Enrique este suceso, y con otros, en su tanto mayores, desconfía en el remedio de su hijo 324
CAP. LXXXVII.—Salen de España don Enrique y su primo; su larga ausencia, y los acontecimientos de ella................. 327
CAP. LXXXVIII. — Prosigue la historia, volviendo después de algunos años don Enrique á Lisboa....................... 331
CAP. LXXXIX. — Escríbese la traza con que don Luis Antonio dispuso en aqueste intermedio parte de su venganza......... 334
CAP. XC.—Conclúyese el suceso con el incierto fin de don Enrique................ 337

Los dos Mendozas.

Folios.

CAP. XCI.—Historia sexta y última desta primera parte, con el origen, fundamento y antigüedad de la insigne Villa de Madrid, adonde sucedió.—Descripción de Madrid.................................. 341
CAP. XCII.—Dáse principio al cuento prometido, diciéndose quién fué don Alonso de Mendoza.............................. 345
CAP. XCIII.—Sabe su esposa la distracción de aqueste caballero, y procura remediarla, y él, sospechoso, venga su injusta cólera en un criado de su casa............. 348
CAP. XCIV.—Desaviénense don Alonso y sus hijos, y auséntanse á la corte........ 351
CAP. XCV.—Obras y lucimientos generosos de los dos hermanos, por cuyos méritos granjearon el aplauso del pueblo......... 354
CAP. XCVI.—Descúbrense émulos contra la virtud de aquestos caballeros, mientras ellos discurren en sus loables ejercicios.. 357
CAP. XCVII.—Prosíguese el suceso de este día.................................... 360
CAP. XCVIII.—Escríbese el papel de esta dama y otro semejante accidente para los dos hermanos.......................... 363
CAP. XCIX.—Habla don Fadrique á su dama, partiendo á Barajas él y don Diego; al siguiente día tienen allí varios acaecimientos.......................... 366
CAP. C.—Desafío del Marqués y su primo

Folios.

á los dos Mendozas y el efecto que hubo. 370
CAP. CI.—Discúrrese en la corte sobre el caso pasado, quedando los dos Mendozas en mayor crédito.......................... 374
CAP. CII.—Nuevo y peregrino suceso en los dos hermanos......................... 377
CAP. CIII.—Vése don Diego con la hermosa Hipólita, cuyos favores para siempre le dejan prendado y más agradecido...... 381
CAP. CIV.—Sucédele á don Fadrique, yendo á ver á Leonarda, otro notable caso...... 385
CAP. CV.—Sospechan los desvelos de Hipólita sus padres, é indignados, previenen la venganza............................ 388
CAP. CVI.—Portentoso suceso de don Diego de Mendoza.......................... 391
CAP. CVII.—Vénse los dos hermanos en un gran peligro............................. 396
CAP. CVIII.—Cuéntase el fin de este fracaso y lo que más les avino................ 399
CAP. CIX.—Prosíguese la historia y el valor generoso con que don Diego asiste á este horrendo espectáculo............... 403
CAP. CX.—Declárase quién era la dama de don Fadrique, su desengaño y afición..... 406
CAP. CXI.—Vuelven á Madrid los dos Mendozas y, juntamente con su historia, se da fin á esta primera parte................. 410

FIN

ESTA PRIMERA PARTE SA ACABÓ DE IMPRIMIR EN ZARAGOZA, Á DOS DE JUNIO DEL AÑO DE 1623, EN CASA DE JUAN DE LARUMBE, IMPRESOR DE LIBROS, EN LA CUCHILLERÍA

FE DE ERRATAS

PAGINA	LINEA	DICE	DEBE DECIR
26	6	poderoso luto	poder absoluto
34	11	Agaray Osoria	Garay ó Soria
86	12	algunos de cinco	alguno es de cinco
96	22	Artificios	Artificio
274	PENÚLT.	Aplaudos	Aplaudidos

SE ACABÓ DE IMPRIMIR ESTE
LIBRO EN CASA DE P. APA-
LATEGUI, Á LOS DIEZ Y NUE-
VE DÍAS DEL MES DE ABRIL
DE MCMVI

OBRAS DE D. EMILIO COTARELO Y MORI

EL CONDE VILLAMEDIANA. *Estudio biográfico y crítico con varias poesías inéditas del mismo.* Madrid, 1886, en 4.°, 6 ptas.

TIRSO DE MOLINA. *Investigaciones bio-bibliográficas.* Madrid, 1893, en 8.°, 3 ptas.

VIDA Y OBRAS DE DON ENRIQUE DE VILLENA. Madrid, 1896, en 8.°, 2 ptas.

Estudios sobre la historia del arte escénico en España. I. MARÍA LADVENANT Y QUIRANTE, *primera dama de los teatros de la corte.* Madrid, 1896, en 8.°, 2 ptas.

Estudios sobre la historia del arte escénico en España. II. MARÍA DEL ROSARIO FERNÁNDEZ (*la Tirana*). Madrid, 1897, en 8.°, 3 ptas.

IRIARTE Y SU ÉPOCA. *Obra premiada en público certamen por la Real Academia Española é impresa á sus expensas.* Madrid, 1897, en 4.° mayor, 15 pesetas.

El supuesto libro de LAS QUERELLAS *del Rey Don Alfonso el Sabio.* Madrid, 1898, en 4.° (agotado).

Discurso de ingreso en la Real Academia Española. Sobre las imitaciones castellanas del *Quijote.* (No se ha puesto á la venta.)

DON RAMÓN DE LA CRUZ Y SUS OBRAS. *Ensayo biográfico y bibliográfico.* Madrid, 1899, en 4.°, 20 pesetas. (Quedan muy pocos ejemplares.)

CANCIONERO DE ANTÓN DE MONTORO (*el Ropero de Córdoba*), poeta del siglo XV, publicado por primera vez, con prólogo y notas. Madrid, 1900, en 8.°, 4 ptas.

JUAN DEL ENCINA *y los orígenes del teatro español.* Madrid, 1901, en 8.° (agotado.)

LOPE DE RUEDA *y el teatro español de su tiempo.* Madrid, 1901, en 8.° (agotado).

Estudios de historia literaria de España. Madrid, 1901, en 8.°, 6 ptas.

Estudios sobre la historia del arte escénico en España. III. ISIDORO MÁIQUEZ *y el teatro de su tiempo*. Madrid, 1902, en 8.°, 6 ptas.

Cancionero inédito de JUAN ALVAREZ GATO, poeta madrileño del siglo XV. Madrid, 1901, en 8.°, 2 pesetas.

Lazarillo de Manzanares. Novela española del siglo XVII, de JUAN CORTÉS DE TOLOSA. Reimpresión y notas. Madrid, 1901, en 8.°, 2 ptas.

Comedia de Sepúlveda (del siglo XVI). Ahora por primera vez publicada: con advertencia y notas. Madrid, 1901, en 8.°, 2 ptas.

El primer auto sacramental del teatro español y noticia de su autor EL BACHILLER HERNÁN LÓPEZ DE YANGUAS. Madrid, 1902, en 4.°

El supuesto casamiento de Almanzor con una hija de Bermudo II. Madrid, 1903, en 4.°

Sobre el origen y desarrollo de la leyenda de los amantes de Teruel. Madrid, 1903, en 4.°

Las armas de los Girones. Madrid, 1903, en 4.°

Teatro español del siglo XVI. Catálogo de piezas impresas y no conocidas hasta el presente. Madrid. 1903, en 8.°, 1 pta.

Bibliografía de las controversias sobre la licitud del teatro en España. Obra premiada por la Biblioteca Nacional é impresa á expensas del Estado. Madrid, 1904, en 4.° mayor, 10 ptas.

Efemérides cervantinas, ó sea resumen cronológico de la vida de MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA. Madrid, 1905, en 8.°, 5 ptas.

